

EMILIANO JIMÉNEZ

***EL CREDO,  
SÍMBOLO DE LA FE DE LA IGLESIA***

**INTRODUCCIÓN**

**CREO EN DIOS PADRE TODOPODEROSO CREADOR DEL CIELO Y DE LA TIERRA**

**CREO EN JESUCRISTO, SU UNICO HIJO, NUESTRO SEÑOR**

**QUE FUE CONCEBIDO POR OBRA Y GRACIA DEL ESPÍRITU SANTO, NACIÓ DE SANTA MARIA VIRGEN**

**PADECIÓ BAJO PONCIO PILATO, FUE CRUCIFICADO, MUERTO Y SEPULTADO**

**DESCENDIÓ A LOS INFIERNOS Y AL TERCER DIA RESUCITÓ DE ENTRE LOS MUERTOS**

**SUBIÓ AL CIELO Y ESTÁ SENTADO A LA DERECHA DE DIOS PADRE**

**DESDE ALLÍ HA DE VENIR A JUZGAR A LOS VIVOS Y A LOS MUERTOS**

**CREO EN EL ESPÍRITU SANTO**

**LA SANTA IGLESIA CATÓLICA**

**LA COMUNIÓN DE LOS SANTOS**

**EL PERDÓN DE LOS PECADOS**

**LA RESURRECCIÓN DE LA CARNE Y LA VIDA ETERNA**

# INTRODUCCIÓN

## 1. LA IGLESIA SE EDIFICA SOBRE LA FE APOSTOLICA

**El Credo**, que hoy recitamos en la Iglesia está en sintonía con los dos venerados Símbolos de la Iglesia antigua: el Símbolo de los Concilios de Nicea y Constantinopla y el Símbolo Apostólico. En él resuena la palabra viva de la **Escritura** en el eco o testimonio de la **Tradición** viviente de la Iglesia.

Los Credos, como símbolos de la fe cristiana, son documentos de la Iglesia, anteriores incluso al mismo Nuevo Testamento. En sus breves fórmulas, procedentes de contextos litúrgicos, catequéticos o misionales recogen la síntesis de la fe. Son, pues, expresión de la vida de la comunidad, antes incluso de la formulación escrita de sus artículos<sup>1</sup>.

La salvación, que Dios Padre ofrece en la Iglesia a los hombres por su Hijo Jesucristo en el Espíritu Santo, es el misterio primordial que, como hilo conductor, unifica la profesión de fe de los cristianos de todos los tiempos y lugares.

La Iglesia no puede atestiguar y confesar una fe distinta de la que le ha sido transmitida de una vez para siempre. En la tradición de la fe de los Apóstoles, fundamento de la vida cristiana, nada se puede cambiar; es preciso «combatir por la fe que ha sido transmitida a los santos de una vez para siempre» (Cfr. Jds 3,5.20; 1Cor 11,2; 2 Tes 2,15; 1 Tim 6,20). Así la Iglesia se mantiene «edificada sobre el cimiento de los Apóstoles y profetas, siendo la piedra angular Cristo mismo» (Ef 2,20).

Como escriben varios padres de la Iglesia, -recogiendo la leyenda que dice que los apóstoles, antes de separarse para evangelizar a todo el mundo, redactaron el «breviario de la fe» como «pauta de su predicación», proclamando cada uno un artículo-, el Credo es la «fórmula sucinta de la fe cristiana»<sup>2</sup>, «un inagotable tesoro en breves palabras» (Teodoro de M.), «la breve pero grande norma de nuestra fe» (S. Agustín) o «la síntesis de la fe católica»<sup>3</sup>. Pues los apóstoles, «recogiendo testimonios de todas las Escrituras Sagradas, formaron este

único y breve edificio de la fe», de modo que «en el Símbolo está consignada para los fieles la fe católica» (S. Ildefonso)<sup>4</sup>.

En el siglo IV nos encontramos ya con un texto seguido, sin el esquema de preguntas y respuestas. Hacia el siglo V, y quizá ya en el IV, nace la leyenda sobre el origen apostólico del texto y pronto se concretiza esta leyenda diciendo que los doce artículos, en los que se divide el Credo, proceden de cada uno de los doce apóstoles. Esta leyenda responde a una verdad, pues el Credo apostólico representa el auténtico eco de la fe de la Iglesia primitiva que, por su parte, es fiel reflejo del Nuevo Testamento.

Los apóstoles son los primeros testigos del Evangelio; lo recibieron directamente de Cristo y fueron enviados por El a todo el mundo. Por eso, la Iglesia se edifica sobre el fundamento de la fe apostólica. El Vaticano II ha resaltado la actualidad vivificante de la tradición:

**La predicación apostólica se ha de conservar por transmisión continua hasta el fin del tiempo. Por eso, los apóstoles, al transmitir lo que recibieron, avisan a los fieles que conserven las tradiciones aprendidas de palabra o por carta (2 Tes 2,15) y que combatan por la fe ya recibida (Jds 3)... Así la Iglesia con su enseñanza, su vida, su culto, conserva y transmite a todas las edades lo que es y lo que cree.**

**Esta Tradición apostólica va creciendo en la Iglesia con la ayuda del Espíritu Santo, es decir, crece la comprensión de las palabras e instituciones transmitidas cuando los fieles las contemplan y estudian repasándolas en su corazón (Lc 2,19.51)... La Iglesia, de este modo, camina a través de los siglos, hacia la plenitud de la verdad, hasta que se cumplan en ella plenamente las palabras de Dios... Así, Dios, que habló en otros tiempos, sigue conversando siempre con la Esposa de su Hijo amado; así, el Espíritu Santo, por quien la voz viva del Evangelio resuena en la Iglesia, y por ella en el mundo entero, va introduciendo a los fieles en la verdad plena y hace que habite en ellos intensamente la palabra de Cristo<sup>5</sup>.**

Ante la confusión y aturdimiento de tantas ideologías y teologías, es preciso volver a las fuentes de la fe, donde la verdad nace limpia, como fundamento de la identidad del cristiano en el mundo y origen perenne de la comunidad eclesial. Volver a los fundamentos de nuestra fe, al **Símbolo apostólico**, dejándolo resonar en nuestro interior, iluminará nuestra vida; interiorizándolo, haciéndolo nuestro, hará que nosotros y a través de nosotros siga hablando y salvando a nuestra generación y pase a la siguiente generación.

## 2. EL CREDO: SÍMBOLO DE LA FE DE LA IGLESIA

**El Credo**, compendio de la fe cristiana, es la espina dorsal del cristiano. Y, como **Símbolo** de la fe, el Credo permite al cristiano sentirse miembro de la comunidad creyente.

**Símbolo** (del griego *sympállein* = juntar, unir) es lo que une y crea la comunión; es justo lo contrario de **diablo** (del griego *diabállein* = separar, dividir) que es el que separa y rompe la comunión.

El Credo es la confesión singular de la fe eclesial en el misterio de Dios Padre, revelado por Jesucristo, y testimoniada al creyente por el Espíritu Santo en la Iglesia. El Credo es confesado en primera persona del singular. Pero esta primera persona del singular presupone una comunidad, como atestiguan las expresiones «nuestro Señor», «santa Iglesia católica», «comunión de los santos». El cristiano, en su profesión de fe, no confiesa su propia fe o sus ideas, sino la fe de la Iglesia: fe que ha recibido de la comunidad que se la transmitió (la *reditio* supone la *tradio*), fe que le une a la comunidad y que profesa ante y con la comunidad eclesial. Lo personal y lo comunitario quedan inseparablemente vinculados.

Cada cristiano recita en singular el Credo incluso dentro de la asamblea litúrgica; pues ninguna acción es tan personal como ésta. Pero el creyente lo recita en la Iglesia y a través de ella; su fe participa de la fe de la Iglesia, que le permite -por muy grande que sea su miseria- confesar la fe total de la Iglesia, pues él es **hombre de la comunidad católica**.

La fe, pues, sin dejar de ser personal, existe sólo en cuanto diálogo, audición, respuesta; es decir, nunca como algo tan original que nazca del puro interior del hombre, ni tan individual que no provenga de una participación en la misma Palabra, aceptada en el seno de la comunidad. La fe de la Iglesia es el fruto de la acción del Espíritu, desde la fe de María y de los Doce, hasta la profesión de fe que un cristiano hace hoy.

La unidad de la Iglesia en la fe es una exigencia constante en el Nuevo Testamento:

**Esforzaos en mantener la unidad del Espíritu con el vínculo de la paz. Un solo cuerpo y un solo Espíritu, como una sola es la esperanza de la vocación a la que habéis sido convocados. Un Señor, una fe, un bautismo, un Dios, Padre de todo, que lo trasciende todo (Ef 4,3-6).**

Al no ser la fe fruto de mis pensamientos, viniéndome de fuera, no es algo de que dispongo y cambio a mi gusto. La fidelidad a lo recibido y a la Iglesia, que lo trasmite, es esencial a la fe. «La confesión de fe en la recitación del Símbolo, dirá H. de Lubac, significa y realiza el vínculo de comunión personal y público con todos los creyentes»<sup>6</sup>. Si se ha podido decir que «una teología sin Iglesia no pasa de ser ciencia-ficción», mucho más vale esto para la profesión de la fe.

Cuando se afirma que el hombre es bautizado en la fe de la Iglesia, lo que se quiere significar es que el sentido del gesto bautismal no se inventa en aquel momento, sino que su significación es la que le ha dado Cristo, como ha sido recibido y es aceptado por la Iglesia.

El cristiano, por tanto, no puede profesar el Credo si no se reconoce unido a todos los que con él confiesan la fe de la Iglesia. Esto significa que no se puede **creer sin amar**<sup>7</sup>.

### **3. FE Y CONVERSION**

Las fórmulas del Credo son un resumen de las principales verdades de la fe de la Iglesia. Pero no se trata de conocimiento abstracto, sino de la experiencia del misterio de Dios revelado en la creación del cielo y de la tierra, manifestado en la salvación histórica de Jesucristo y comunicado -actualizado e interiorizado- por el Espíritu Santo en la Iglesia. En el acto de fe, el creyente no se adhiere con su inteligencia a una fórmula conceptual, sino que se adhiere con toda su persona a la realidad misma de lo creído. Sólo así el Credo es **confessio fidei**, manifestación del propio ser cristiano ante sí mismo y ante los demás, y reconocimiento agradecido ante Dios por esa fe. Se trata de «entrar en ese yo del Credo y transformar el yo esquemático de la fórmula en carne y hueso del yo personal»<sup>8</sup>.

Creer es aceptar, mediante la conversión, el evangelio de la salvación de Dios, proclamado y realizado en Jesucristo. Para los Hechos, al describirnos la primera comunidad, los cristianos son **los creyentes** (He 2,44; 4,32; 5,14). Ser creyente es sinónimo de cristiano. Aunque suponga la aceptación de las **verdades creídas**, ser creyente es mucho más que eso; significa aceptar una forma de vida, o mejor, entrar en una nueva forma de ser. Por eso, la fe supone la conversión, un nuevo nacimiento, una recreación o regeneración. La fe es, pues, principio de vida. No

se cree con la mente o con el corazón, se cree con todo el ser.

Israel expresó su fe en **Credos** históricos (Dt 6,20-24; 26,5 9; Jos 24,2-13) y sálmicos (Sal 78; 105; 136...), confesando entre las naciones y ante todas las gentes al Dios que ha creado el cielo y la tierra, libró a su Pueblo de Egipto y lo condujo a la Tierra prometida. Esta confesión de fe en el Dios uno, y único digno de ser amado con toda la mente, con todo el corazón y con todas las fuerzas, es la oración del **Shemá**, recitado por la mañana y por la tarde.

Jesús, fiel israelita, proclamó esa misma confesión de fe en el único Dios (Mc 12,28-29p; Mt 6,24; Jn 17,3), pero revelándonos que 'el Señor del cielo y de la tierra' es **el Padre** (Mt 11,25p). Pedro -y con él **los doce** añadirán, por revelación del Padre, la confesión de fe en «Jesús como Mesías e Hijo de Dios vivo» (Mt 16,16). La comunidad cristiana hará suya esta profesión de fe, completándola con la confesión de fe en el Espíritu Santo, que ha recibido y experimentado en su mismo nacer como Iglesia y en la misión de su vida<sup>9</sup>.

La fe presta al hombre unos ojos nuevos, que le permiten ver lo invisible y penetrar en lo inefable. La iluminación de la fe permite a la mirada del creyente ver **símbolos** donde el hombre natural sólo ve fenómenos; para el creyente las cosas creadas reflejan la realidad invisible de Dios Creador y la historia se hace resplandor de su presencia salvadora (Heb 11).

La fe cristiana está íntimamente ligada a la fe de Israel; las confesiones de fe del Nuevo Testamento hunden sus raíces en los Credos del Antiguo Testamento. «Yavé es nuestro Dios», es la síntesis de todas las profesiones de fe del pueblo de Dios. Dios es uno y no hay otro y El es **nuestro** Dios: el reconocimiento de Dios supone entrar en alianza con El. No cabe una confesión de fe sin implicar en ella la propia existencia.

La confesión de fe en Dios es adoración y alabanza en respuesta a su acción salvadora. Por eso, al confesar y ensalzar a Yavé como Dios, se proclaman siempre sus hechos salvíficos realizados en la historia y, entre ellos, el haber sacado a su pueblo de Egipto, como fundamento mismo de la existencia del pueblo. La fórmula: «Dios, el que te sacó de Egipto» nos sale a cada paso en el Antiguo Testamento. En el Nuevo Testamento nos encontraremos con la fórmula correspondiente, igualmente repetida continuamente: «Dios, el que resucitó a Jesucristo».

Ambas fórmulas son expresión de la fe como fundamento en Dios de la existencia del pueblo de Dios y de la Iglesia<sup>10</sup>.

A esta confesión fundamental sigue la proclamación de los demás hechos salvíficos. El Credo no es ideológico, sino histórico; sus artículos de fe están formados por la cadena de actos salvíficos desde Abraham hasta el don de la Tierra:

**Mi padre era un arameo errante que bajó a Egipto y vivió allí como forastero siendo pocos aún, pero se hizo una nación grande, fuerte y numerosa. Los egipcios nos maltrataron, nos oprimieron y nos impusieron dura servidumbre. Nosotros clamamos a Yavé, Dios de nuestros padres, y Yavé escuchó nuestra voz; vio nuestra miseria, nuestras penalidades y nuestra opresión, y Yavé nos sacó de Egipto con mano fuerte y tenso brazo en medio de gran terror, señales y prodigios. Nos trajo aquí y nos dio esta tierra, tierra que mana leche y miel. (Dt 26,5-9).**

Este Credo histórico es proclamado por el israelita en toda acción de gracias por los frutos de la Tierra. Y es la profesión de fe de la comunidad en la asamblea litúrgica (Sal 106; 136), ampliado en forma de letanía, que recorre los hechos salvíficos de la historia. Estos Credos orales y litúrgicos son más antiguos que todas las tradiciones escritas de la Escritura.

Y en la oración de la mañana y de la tarde, el **Shemá Israel** es la confesión de fe en Yavé como el único Dios y como **nuestro** Dios. Profesión de fe, liturgia y oración van unidas y llenan la vida del verdadero creyente.

En Heb 11 tenemos el elogio de «una nube de testigos», alabados por su fe en Dios, es decir, por haber «caminado con Dios» (Gen 6,9) en «la obediencia de la fe» (Gen 22,3; Rom 1,5; 6,17s; 10,16; 16,26...). Así Israel es «la Esposa que sube del desierto **apoyada** en su amado» (Cant 8,5).

Este testimonio de la fe se prolonga y culmina en el Nuevo Testamento en el 'Israel de Dios' (Rom 9,6-8), en los «hijos de Abraham el creyente, que viven de la fe» (Gál 3,7-9.29). Entre estos sobresale María, «la creyente» (Lc 1,45). María es la primera creyente, tipo de todo creyente cristiano, figura de la Iglesia, (LG, n. 63), comunidad de los creyentes. María acoge la Palabra, que se encarna en su seno; conserva y medita en su corazón las cosas y acontecimientos con que Dios la habla, figura del creyente que escucha la palabra, conservándola en un corazón bueno, haciéndola fructificar con abundancia (Cfr. Lc 2,19.51; 8,15). «¡Feliz la que ha creído!» (Lc 1,45)<sup>11</sup>.

#### 4. EL CREDO ESTA VINCULADO AL BAUTISMO

Por su origen y por su uso, el Credo está estrechamente vinculado con la liturgia. Concretamente, con la celebración del bautismo. Los catecúmenos, en formas diversas, hacían la profesión de fe al recibir el bautismo. Estas fórmulas de fe bautismales tenían una estructura trinitaria. En su diversidad, los distintos **Credos** -apostólico o niceno-constantinopolitano- tienen en común esta estructura trinitaria. El Credo apostólico se elaboró en el transcurso de los siglos II y III, en conexión con el rito bautismal, fiel a las palabras del Resucitado: «Id y haced discípulos de todos los pueblos, bautizándolos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo» (Mt 28,19). El bautismo vincula con la persona de Jesucristo; ahora bien, toda su obra de salvación procede del amor del Padre y culmina con la efusión del Espíritu Santo<sup>12</sup>.

Por ello al bautizando se le hacían tres preguntas: «¿Crees en Dios, Padre, todopoderoso? ¿Crees en Jesucristo...? ¿Crees en el Espíritu Santo? A cada una de las preguntas el catecúmeno contestaba con **credo** y se le sumergía en el agua, por tres veces<sup>13</sup>.

La triple pregunta, con su triple respuesta, se opone a la triple renuncia que la precede: «renuncio a Satanás, a su servicio, a sus obras» (Hipólito, 46). La profesión de la fe es, pues, la expresión de la conversión, del cambio del ser esclavo de Satanás a la libertad de hijo de Dios. En la triple renuncia y en la triple afirmación, unida al triple símbolo de la muerte mediante la inmersión y al triple símbolo de la resurrección a una vida nueva, se revela lo que es la fe: conversión, cambio de la existencia, cambio del ser<sup>14</sup>.

La fe es el «escudo» del cristiano en su lucha diaria contra el maligno (Ef 6,11-18). Por ello, dirán los santos Padres, que el Credo «es una gran defensa contra la tentación del adversario» (S. Ambrosio), «escudo contra el maligno» (S. Agustín), «remedio contra el veneno de la serpiente» (Quodvuldeus).

La triple confesión de fe bautismal está en contraposición a la triple renuncia a Satanás, a sus obras y a sus seducciones. La **ruptura** total con Satanás, a quien antes estuvo ligada la vida, con la confesión de fe se hace **entrega** total al único Dios,



reconocido como Padre, Hijo y Espíritu Santo.

**Al renunciar al diablo y a sus ángeles, con sus pompas y vanidades, debéis olvidar lo pasado y, abandonando la vida vieja, emprender una nueva de santas costumbres. (S. Agustín)**

El Credo se entrega a los catecúmenos para que «resistan al diablo, firmes en la fe» (1 Pe 5,9). Así el Credo se hace «el viático para todo el tiempo de la vida» (S. Cirilo). «¡Que nadie se olvide del Símbolo!», dirá S. Pedro Crisólogo. Para ello, S. Agustín exhortará a «recitarlo diariamente, al levantarse y al acostarse», protegiéndose con el «Símbolo antes de dormir y antes de comenzar la jornada», «guardando siempre en el corazón lo que se ha aprendido y recitado: rumiándolo en el lecho y meditándolo por las plazas públicas, no olvidándolo al comer y hasta soñando con él»<sup>15</sup>.

La confesión de fe culmina en el martirio, el testimonio supremo de la fe. A los primeros cristianos les bastaba cambiar la profesión de fe «**Kyrios Christós**» por «**Kyrios Kaisar**» para salvar su vida". La referencia al testimonio de Jesús ante Poncio Pilato suena en la persecución de los cristianos «como una arenga» para permanecer fieles a la profesión de fe (O. Cullmann).

El martirio o «la efusión de la sangre por Cristo es un don concedido a pocos, sin embargo todos deben estar dispuestos a confesar a Cristo delante de los hombres y a seguirle por el camino de la cruz, en medio de las persecuciones, que nunca faltan a la Iglesia» (LG, n. 42). La profesión de fe en la propia historia es parte del testimonio cristiano<sup>17</sup>.

Cristo, el Mártir por excelencia (Ap 1,5), y los mártires cristianos «sufrieron el destierro y la muerte a causa de la Palabra de Dios y del **testimonio** de Jesús, pues despreciaron su vida ante la muerte» (He 22,20; Ap 1,9; 2,13; 6,9; 12,11).

El bautismo, al unir al neófito con Cristo, le vincula igualmente con la comunidad de los creyentes. El Credo, como **Símbolo**, es el signo de esta comunión. El Credo, transmitido a los catecúmenos por los fieles, es devuelto en la profesión bautismal del catecúmeno como **signo o credencial** de una fe común: distintivo eclesial de unidad y comunión. Es el sello impreso en el corazón de los neófitos como distintivo de su pertenencia a la Iglesia. «En quien lo profesa se reconoce a un fiel cristiano»<sup>18</sup>, «que se diferencia de los que «naufragaron en la fe» o «se

desviaron de ella» (1 Tim 1,19 y 6,10), quedando «descalificados en la fe» (2 Tim 3,8), que «justifica y salva» (Rom 3, 28).

## 5. LA FE VIENE DE LA AUDICIÓN

La profesión de la fe de la Iglesia comienza con la breve palabra **creo**.

La fe no es nunca una cavilación en la que el yo llega al convencimiento racional de una verdad. Es más bien el resultado de un diálogo, expresión de la audición, de la recepción y de la respuesta a la palabra oída: «La fe viene de la predicación, y la predicación por la Palabra de Cristo» (Rom 10,17). Luego, se puede pensar la fe como re-flexión sobre lo que antes se ha oído y recibido. La fe, al contrario, de la idea, entra en el hombre desde fuera; desde fuera me es anunciada, me interpela, me implica y exige una respuesta. «Es esencial para la fe la doble estructura del `¿crees?'-`creo', la del ser llamado desde fuera y responder a esa llamada»<sup>19</sup>.

Primeramente, como queda dicho, el catecúmeno hacía su profesión de fe en forma de preguntas y respuestas; a las tres inmersiones correspondían las tres preguntas sobre la fe en el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. Más tarde, el Símbolo era explicado al catecúmeno y éste le recitaba al momento de ser bautizado.

En forma indicativa y declaratoria el **Credo** era transmitido al catecúmeno por la comunidad cristiana (**traditio symboli**) y luego, después de un tiempo, el catecúmeno le restituía (**redditio symboli**) proclamándole ante la asamblea litúrgica, como nos lo describe, por ejemplo, San Agustín en las Confesiones (c.2).

El mismo Pablo, que ha recibido el Evangelio directamente del Señor, sin embargo confiesa que la profesión de fe le ha sido transmitida por la comunidad cristiana. Esa fe, que es **Símbolo** de la unidad, es la que él a su vez transmite. La recepción y transmisión de esta profesión de fe crea la comunidad y la comunión eclesial (1 Cor 15,3ss). La profesión de fe nace claramente desde el interior del ser de la Iglesia. Es la respuesta de la fe a la predicación aceptada. Por eso la confesión de la fe está tan íntimamente vinculada al bautismo y al culto litúrgico

de la asamblea cristiana.

La fidelidad de Dios lleva al cristiano a la fidelidad de la fe. Los creyentes son llamados **los fieles**<sup>20</sup>. Son fieles porque han cimentado su vida sobre el fundamento sólido del amor de Dios Padre, sobre la roca inmovible del Señor resucitado, vencedor de la muerte y del pecado, amor y victoria actualizadas e interiorizadas en sus corazones por el testimonio del Espíritu Santo presente en la Iglesia.

La fidelidad a la fe de la Iglesia es, por tanto, un don del Espíritu de Jesús al verdadero creyente. El cristianismo es, fundamentalmente, una realidad **dada** en el doble sentido de la palabra: existente con anterioridad a cada uno de nosotros y donada gratuitamente; sólo cabe el rechazo o la acogida agradecida y custodiada en fidelidad.

## **6. DE LA TRADITIO A LA REDDITIO SYMBOLI**

El Credo, consignado en la **traditio Symboli** es «el tesoro de la vida», que el catecúmeno debe «aprender de memoria, sin escribirlo en pergaminos, sino esculpiéndolo en el corazón para no olvidarlo y, también, para que este sacramento de la fe no sea divulgado públicamente ni llegue al infiel el arcano de la fe»<sup>21</sup>.

El Credo, como profesión pública de la fe, engendra la salvación: «Si confiesas con la boca que Jesús es el Señor y crees en tu corazón que Dios le resucitó de entre los muertos, serás salvo. Pues con el corazón se cree para conseguir la justicia, y con la boca se confiesa para conseguir la salvación» (Rom 10,9-10):

**El Símbolo levanta en vosotros el edificio de la fe, necesaria para salvaros. Se os ofrece en pocas palabras para que lo aprendáis de memoria y lo confeséis con la boca... El Símbolo es la carta de fundación de nuestra comunidad, y en quien lo profesa se reconoce a un fiel cristiano**<sup>21</sup>.

Si un hombre llega a la fe mediante la predicación del Evangelio, esta fe no puede quedarse encerrada en el corazón (Jn 12, 42ss), sino que se debe manifestar en una confesión pública ante Dios, ante la comunidad y ante los hombres (1 Tim 6,12-14). Por ello, como repetirá el Evangelio: «Por todo el que se declare por mí ante los hombres, yo también me declararé por él ante mi Padre que está en los cielos. Pero a quien me niegue

ante los hombres, le negaré yo también ante mi Padre que está en los cielos» Mt 10,32-33; Lc 12,8-9; 9,26; Mc 8,38):

**La fe percibida por el oído debe ser creída en el corazón y confesada con la boca para obtener la salvación 21.**

El Credo es la fe que predica la Iglesia a todos los hombres, para que «invocando el nombre del Señor se salven». «Pues, ¿cómo invocarán a aquel en quien no han creído? ¿Cómo creerán en aquel a quien no han oído? ¿Cómo oirán sin que se les predique?» (Rom 10,13ss).

El creyente no puede olvidar la memoria de Jesús ni callar su fe en Dios. El recuerdo agradecido en el amor se manifiesta en testimonio para el mundo, en esperanza viva de salvación para todos los hombres. «¡Ay de mí si no anunciara el Evangelio!» (1 Cor, 9,16), grita Pablo. Y S. Agustín, en oración al Padre, dirá: «¡Ay de los que callan sobre Ti» (Confesiones I, 4,4). Quien ama necesita comprender y hablar de aquel a quien ama; hacer memoria y cantar al amado.

No basta, pues, creer; es necesario confesar la fe. No basta la fe interior del corazón; es necesaria la confesión pública con la boca. La fe suscitada «en el corazón» del creyente, mediante la audición de la Palabra predicada por el «enviado» o recibida en la «traditio» de la Iglesia, debe traducirse en la confesión exterior por la palabra de la «redditio», haciéndose así testigo y mensajero de la fe ante los hombres. El creyente se hace confesor de la fe: «¡Creemos, por eso hablamos!» (2 Cor 4,13).

## **7. CATEQUESIS SOBRE EL CREDO**

La primera y la última palabra del Credo -**creo** y **amén**- abrazan todo el contenido que encierran entre ellas: expresan la entrega del creyente al fundamento que le sostiene y le permite permanecer firme y confiadamente en Dios Padre, gracias a Jesucristo, mediante el Espíritu Santo, presente en la Iglesia, que le ha gestado a la fe, que ha recibido y confiesa fielmente.

Pero hoy, para «conservar la fe» (1 Tim 1,19), es preciso una fe adulta, «cristianos firmes en lo esencial y humildemente felices en su fe»<sup>24</sup>. Estos cristianos, «alimentados con las palabras de la fe» (1Tim 4,6), «sólidamente cimentados en ella» (Col 1,23), se «mantendrán firmes en la fe profesada» (Heb 4,14), y

«combatiendo el buen combate de la fe, conquistarán la vida eterna a la que han sido llamados y de la que hicieron solemne profesión delante de muchos testigos» (1 Tim 6, 12), como el mismo Cristo ante Poncio Pilato (v. 13).

En nuestro mundo secularizado, pluralista y técnico «el ateísmo es uno de los fenómenos más graves». Y, como reconoce el Concilio, «en la génesis del ateísmo pueden tener parte no pequeña los mismos creyentes, en cuanto que, con el descuido de la formación religiosa, o con la exposición inadecuada de la doctrina, o incluso con los defectos de su vida religiosa, moral y social, han velado más bien que revelado el genuino rostro de Dios» (GS, n. 20).

Por ello, conocer la fe que profesamos y vivir en conformidad con la fe profesada es la respuesta necesaria para una **nueva evangelización** de nuestro mundo:

**El remedio del ateísmo hay que buscarlo en la exposición adecuada de la doctrina y en la integridad de vida de la Iglesia y de sus miembros. A la Iglesia toca hacer presentes y como visibles a Dios Padre y a su Hijo encarnado con la continua renovación y purificación propias, bajo la guía del Espíritu Santo. Esto se logra principalmente con el *testimonio de una fe viva y adulta*, educada para poder percibir con lucidez las dificultades y poderlas vencer. Numerosos mártires dieron y dan preclaro testimonio de esta fe, la cual debe manifestar su fecundidad imbuyendo toda la vida de los creyentes (GS,n.21).**

La confesión de la fe ofrece, hoy como ayer, sentido y esperanza a la vida; la memoria proclamada de la fidelidad de Dios es la garantía de la vida eterna esperada. Vivir en concordancia de corazón y de vida con la fe creída y proclamada es ya un anticipo de esa vida. «Si no creéis -si no os apoyáis en mí-, leemos en el profeta Isaías, no tendréis apoyo» (Is 7,9), no subsistiréis. La raíz 'mn (amén) expresa la idea de solidez, firmeza, fundamento; de aquí su significado de confiar, fiarse, abandonarse a alguien, creer en él. La fe es un agarrarse a Dios, en quien el hombre halla un firme apoyo para toda su vida presente y futura. La fe es un permanecer en pie confiadamente sobre la roca de la palabra de Dios.

La fe no es un «interrogante», sino una **certeza y seguridad**; no es «un salto en el vacío» o «en el abismo infinito», sino el apoyo firme en la fidelidad salvadora de Dios, que es **fiel, roca** firme; quien ha experimentado su amor eterno y fiel puede darle **crédito** con su **amén**. La palabra **hemunáh** (fe) proviene de la raíz verbal amán (ser firme, seguro, fiable). El creyente en Dios

es quien se apoya totalmente en él, confiando plenamente en su **fidelidad (émeth)**. Dios es **fiel**, es la **roca**, su fidelidad dura por siempre (Dt, 32,4; Is 26,4; Sal 100,5; 89,2-3.25.34; 98,3; 117...).

Dios, al revelarse en Cristo encarnado, proyecta una luz que clarifica el misterio del hombre. Conocer y profesar la fe en Dios da, por ello, certeza y seguridad al hombre, desvelándole el sentido último de su existencia: la «vida eterna», como concluye el Credo.

Trasmitir la fe a las nuevas generaciones y testimoniar su identidad creyente en una sociedad, que ha borrado de ella las huellas de Dios, es la misión del cristiano.

«La catequesis ha sido considerada siempre por la Iglesia como una de sus tareas más importantes». Y hoy, como repite constantemente Juan Pablo II, es necesaria una «catequesis permanente» de los adultos, pues han de «ser reiniciados a una fe adulta quienes, por diversas circunstancias, fueron insuficientemente o nunca educados en la fe y, en cuanto tales, son verdaderos catecúmenos»<sup>15</sup>.

Es la misión encomendada por el Señor Resucitado: «Id y haced discípulos de todos los pueblos, bautizándolos en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo; y **enseñándoles** a guardar todo lo que yo os he mandado» (Mt 28,19-20).

La Iglesia cumple el encargo del Señor en la evangelización, por la que los hombres son llevados a la fe, y en la catequesis, por la que la fe incipiente se fortalece y madura, conduciendo a los creyentes a profundizar en el conocimiento y en la vivencia del misterio de Jesucristo, para que vivan como cristianos en el mundo.

Con estas páginas quisiera ayudar a penetrar en el sentido de esa confesión original de la fe, que es el **Credo apostólico**, para que los creyentes de hoy, «iluminados los ojos del corazón, descubran la esperanza a que han sido llamados, la gloria que les está reservada como herencia, la soberana grandeza de su poder, eficazmente desplegada por Dios en Cristo, al resucitarlo de entre los muertos y sentarlo a su derecha en los cielos, constituyéndolo Cabeza de la Iglesia, que es su cuerpo» Cfr. Ef 1,15-23). La fe, como experiencia de amor, lleva en su entraña el deseo de comprensión: «Porque cuando digo **Credo**, razón me

parece será que entienda y sepa lo que creo»<sup>26</sup>.

Como dice San Juan de la Cruz: «Desde el mismo instante en que Dios nos envió a su Hijo, que es su única palabra, nos lo ha revelado todo». No se puede añadir o quitar nada. Pero la profesión de fe «no dibuja una línea sino un círculo; las frases se siguen unas a otras y la última integra de nuevo en la primera a todos los miembros intermedios: mediante su acción creadora, que se continúa en Cristo como redención y en el Espíritu como santificación, lleva el Padre a su seno a aquellos que El quiere hacer sus hijos en Jesús y en el Espíritu» (Garrone). Una línea puede prolongarse siempre; un círculo no. A un círculo no se le puede añadir nada sin romperlo o sin deformar su estructura perfecta. En el conocimiento del Credo se avanza por profundización y no por adición. El Espíritu, por quien es la única palabra del Padre en su seno y en la encarnación, puede producir siempre nuevos frutos. No sólo asegura su duración eterna, sino que además la hace fértil y la da actualidad perenne.

Pero, sabiendo que la fe es don de Dios, ruego, con Pablo, al Padre «para que nos conceda, según la riqueza de su gloria, que seamos fortalecidos por la acción de su Espíritu en el hombre interior, que Cristo habite por la fe en nuestros corazones, para que, arraigados y cimentados en el amor, podamos comprender con todos los santos cuál es la anchura y la longitud, la altura y la profundidad, y conocer el amor de Cristo, que excede a todo conocimiento, para que nos vayamos llenando hasta la total plenitud de Dios» (Ef 3,14-19).

**EMILIANO JIMÉNEZ**

*EL CREDO, SÍMBOLO DE LA FE DE LA IGLESIA*  
**Ediciones EGA, Bilbao 1992, págs. 11-25**

---

**1. O. CULLMANN, Las primeras confesiones de fe cristiana, en La fe y el culto en la Iglesia primitiva, Madrid 1971, p. 63-122; J. COLLANTES, La fe de la Iglesia católica, Madrid 1983. Y por supuesto las obras clásicas de KATTENBUSCH, el Símbolo Apostólico, Leipzig 1900, y KELLY, Primitivos Credos cristianos, Salamanca 1980.**

**2. S. AGUSTIN, Sermón 58.**

**3. S. AGUSTIN, De Fide et Symbolo, 1,1.**

**4. Cfr. S. SABUGAL, Credo. La fe de la Iglesia, Zamora 1986, donde pueden encontrarse muchos más textos de los Padres, con su referencia bibliográfica.**

5. **Dei Verbum, n. 8.**
6. **H. DE LUBAC, La fe cristiana, Madrid 1970.**
7. **H. U. von BALTHASAR, Sólo el amor es digno de fe, Salamanca 1971.**
8. **J. RATZINGER, Introducción al cristianismo, Salamanca 1982, p, 30.**
9. **X. PICAZA, Las confesiones de fe en la Biblia. Sus formas y significado, Communio 2 (1979) 7-19.**
10. **Cfr. Ex 20,2; Jos 24,16ss; 1 Re 18,39; Sal 81,11...; Rom 4,24; 8,11; 2 Cor 4,14; Gál 1,1; Ef 1,20; Col 2,12; 1 Tes 1,10; 1 Pe 1,21.**
11. **J. ALFARO, María, la bienaventurada porque ha creído, Roma 1982; B. HARING, María prototipo de la fe, Barcelona 1983.**
12. **I. OÑATIBIA, Símbolos de la fe y celebración litúrgica, Phase 13 (1973) 9-22.**
13. **Cfr. Sacramentarium Gelasianum o la Tradición Apostólica, n. 48 de Hipólito.**
14. **J. RATZINGER, o.c., p. 64.**
15. **Sermo ad Cath. de Symbolo 1.**
16. **Cfr. El martirio de Policarpo, VII 2; IX 3.**
17. **LG, n. 35; Evangeli Nuntiandi, n. 41.**
18. **S. AGUSTIN, Sermón 214.**
19. **J. RATZINGER, o.c., p. 67.**
20. **He 2,44; 4,32; 5,14; 22,19; 1 Tes 1,7; 2,10.13; 2 Tes 1,10; Gál 3,22; 1 Cor 1,21; 14,22; Ef 1,19; 1 Pe 2,7...**
21. **Cfr. S. CIRILO, Cat. Mistagógicas.**
22. **S. AGUSTIN, De Fide et Symbolo y Sermones 212-216.**
23. **S. PEDRO CRISOLOGO, Sermones 56-59.**
24. **Catechesi Tradendae, n. 61.**
25. **Catechesi Tradendae, 43-44.**
26. **SANTA TERESA DE JESUS, Camino de perfección, 24,2.**



# CREO EN DIOS PADRE

## TODOPODEROSO

### CREADOR DEL CIELO Y DE LA TIERRA

#### 1. CREO EN DIOS

La confesión de fe en el único Dios, con la que los cristianos comienzan el Credo desde hace dos mil años, se remonta mucho más atrás en el tiempo. Las primeras palabras del Credo cristiano asumen el Credo israelita, que suena así en la confesión diaria de su fe: «Escucha, Israel: Yavé, tu Dios, es el único Dios».

##### a) Dios *de vivos*

Al confesar nuestra fe en Dios, los cristianos nos referimos al Dios «de vivos», al «Dios de Abraham, Isaac y Jacob» (Ex 3,6; Mt 22,32), al Dios de Israel (Sal 72,18; Is 45,3; Mt 15,31), que es el «Padre de nuestro Señor Jesucristo» (2 Cor 1,3). Conocemos a Dios por la historia de salvación de Dios con los hombres. En esta historia Dios se nos aparece, El abre el camino y acompaña a los hombres en su «peregrinación de la fe». La fe no es otra cosa que recorrer el camino con Dios, apoyados (**aman**) en El, que va delante como «columna de fuego o de nube».

El Dios trascendente e invisible, en su amor, se ha hecho cercano, entrando en **alianza** con Israel, su pueblo. En la travesía del Mar Rojo, en la marcha por el desierto hacia el Sinaí, en el don de la Tierra prometida, en la constitución del reino de David..., Israel experimenta una y otra vez que «Dios está con él», porque Dios es fiel a la alianza por encima de las propias infidelidades. Israel se siente llevado por Dios como «sobre alas de águila» (Ex 19,4).

El Dios de Israel, por tanto, no es un Dios lejano, impasible y mudo. Es un Dios vivo, que libera y salva, un Dios que interviene

en la historia, guía y abre camino a una nueva historia. Es un Dios en quien se puede creer y esperar, confiar y confiarse.

### *b) Dios único*

La profesión fundamental de Israel es la negación de todos los dioses circunvecinos. La confesión de fe en Dios se opone, simultáneamente, al politeísmo y al ateísmo. «Hay un Dios» es la negación del «hay muchos dioses» y del «uno hay Dios»<sup>1</sup>. El monoteísmo de Israel, en todos sus Credos aparece con fuerza en medio del paganismo politeísta de los pueblos vecinos.

Pero, al mismo tiempo que Israel profesa su fe en el único Dios, la historia de la alianza con Dios transcurre de un modo dramático. Israel constantemente abandona al único Dios vivo para adorar a los ídolos de los pueblos vecinos. Dios, en su fidelidad, llama **profetas**, que envía como mensajeros suyos al pueblo, que denuncian la infidelidad, el adulterio del pueblo y la fidelidad de Dios: «¿Puede una madre olvidarse del hijo de sus entrañas? Pues, aunque ella se olvide, yo no te olvidaré» (Is 49,15; 44,21ss; Os 11, 7-9). Dios se mantiene fiel a pesar de la infidelidad humana. «Pues los dones y la llamada de Dios son irrevocables» (Rom 11,29).

Como negación de los dioses, la confesión de fe en el Dios único significa la negación de la divinización del pan, del eros y del poder, como potencias que, en formas diversas, mueven y subyugan a la humanidad. La adoración de la fertilidad de la tierra, de la fecundidad humana y del poder son las tres formas de idolatría, a que se opone el reconocimiento de la unicidad de Dios. La aceptación del Dios único, al ingresar en la comunidad cristiana, suponía un cambio radical de la existencia de graves consecuencias. «¡Muerte a los ateos!», gritaban a los cristianos de los primeros siglos. Pero «la verdad cristiana afirmó siempre que si Dios no es uno no es Dios» (Tertuliano).

Hoy han desaparecido irrevocablemente todos los dioses antiguos, pero no han desaparecido los **poderes** en los que se encarnaban, ni la tentación de absolutizarlos buscando en ellos la vida y la felicidad. Es algo que pertenece a la condición humana, vendida al poder del pecado. La idolatría de la seguridad, del sexo y del éxito -unificadas en el dios Dinero-amenaza al hombre de hoy tanto o más que a los antiguos. En la medida en que el hombre niega a Dios, en esa medida le persiguen los dioses y le alcanzan, esclavizándole bajo su

dominio2.

Los dioses pre-cristianos y los postcristianos son, en definitiva, los mismos, aunque quizá hoy hayan perdido su máscara de seres divinos y aparezcan bajo la máscara profana de modernidad, científicidad, liberación o como quiera que se llame. Dioses ídolos son todas las cosas que, -«engañados por el tentador inventor del mal y enemigo de la vida»-<sup>3</sup> ponemos en lugar de Dios, absolutizándolas y pidiéndoles la vida y la felicidad. Ídolos pueden ser: el dinero, el prestigio, el trabajo, el poder, el progreso, la ciencia, la técnica, el placer, la nación, las ideologías, el partido o el sindicato...

Hoy es preciso hacer con los «catecúmenos» lo mismo que hacía San Cipriano:

**Para preparar a nuestros hermanos a que hagan confesión pública del Señor con la firmeza del valor y de la fe, armándoles así para el combate en la persecución y en el martirio, en primer lugar ha de afirmarse que los ídolos fabricados por los hombres no son dioses, pues las cosas fabricadas no son superiores a quienes las fabrican ni pueden defender o salvar a nadie (Sal 135,15-18; Sab 15,15-17; 13,1-4; Ex 20,4). Una vez destruido el culto de los ídolos, enseñarles que sólo a Dios debe darse culto. Así está escrito: «Adorarás al Señor tu Dios y a El solo darás culto» (Dt 6,13; Mt 4,10); y en otro lugar: «No tendrás otros dioses fuera de mí» (Dt 5,7; Ex 20,3)... «Pues en esto consiste la Vida eterna: en que te conozcan a Ti como único Dios verdadero y a tu enviado Jesucristo (Jn 17,3)»<sup>4</sup>.**

Y en otro escrito exhortará con fuerza persuasiva:

**¿Por qué te humillas e inclinas ante dioses falsos?; ¿por qué encorvas tu cuerpo como un esclavo ante vanos simulacros? ¡Dios te ha hecho erecto! Si los demás animales fueron creados con posición inclinada hacia la tierra, a ti te otorgó un rostro vuelto hacia arriba: ¡hacia su Señor! Conserva la dignidad, en que has nacido, y permanece como has sido creado por Dios; levanta tu ánimo en la dirección de tu rostro y tu cuerpo: ¡Conócete a ti mismo para que puedas conocer a Dios!»<sup>5</sup>.**

### *Nombre de Dios*

El texto central veterotestamentario para comprender la profesión de fe en Dios es la narración de la zarza ardiente (Ex 3). En ella Dios revela su nombre a Moisés, revelándose a sí mismo. Moisés pregunta: Los hijos de Israel, a los que me envías, me dirán: ¿quién es el Dios que te envía? ¿Cómo se llama?:

**Moisés replicó a Dios: «si voy a los hijos de Israel y les digo: el Dios de vuestros padres me envía a vosotros, y me preguntan**

**cuál es su nombre, ¿qué voy a responderles? Y Dios dijo a Moisés: «Yo soy el que soy». Así responderás a los hijos de Israel: «Yo soy», el Dios de vuestros padres, el Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob, me manda a vosotros. Este es para siempre mi nombre; éste mi memorial, de generación en generación (Ex 3, 13-15).**

Dios no revela su esencia, su ser, sino que se manifiesta como un Dios presente y salvador en la historia de los hombres. El **yo-soy** significa más bien **yo-estoy**, yo estoy con vosotros, salvándoos: soy vuestro Dios, el Dios de vuestros padres, que me haré presente entre vosotros con mi fuerza salvadora.

En contra de la tendencia pagana por un dios local, por una divinidad concretada en un lugar y limitada a él, el Dios de los padres representa un cambio radical. No es el Dios de un lugar, sino el Dios de las personas: el Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob, que muestra su presencia operante en todo lugar donde se encuentra el hombre. No es el Dios de la tierra, ligado a un lugar sagrado, sino el Dios de la historia. Yavé es el Dios personal, deseoso de relaciones personales, que se manifiesta allí donde el hombre se deja encontrar por El.

El «Yo soy», Isaías lo traduce con «Yo soy el primero y el último y no hay otro Dios fuera de mí» (44,6). El Dios de Israel se contrapone a los demás dioses y se muestra como el que es frente a los que no tienen consistencia, que cesan y pasan. En la sucinta frase «yo soy» de la zarza ardiente se apoyan los profetas en su lucha contra la idolatría 6.

Al dar nombre a una persona no se pretende decir qué es en sí misma, sino hacerla nominable, es decir, invocable, para poder establecer una relación con ella. Por tener nombre puedo llamar a una persona, comunicarme con ella, entrar en comunión con ella. El nombre propio da la capacidad de ser llamado. Al comunicarnos su nombre, Dios se ha hecho nominable, invocable, puede ser llamado e invocado por el hombre. Dios, al revelarnos su nombre, se ha hecho cercano, accesible, nos ha permitido entrar en comunión con él: «Como tú, Padre, en mí y yo en ti, que ellos también sean uno en nosotros» (Jn 17,21).

Porque Dios tiene un nombre, no es una realidad impersonal, sino un ser personal, un yo, un tú. No es un dios mudo y sordo, sino un **Dios que habla y con el que se puede hablar**. El, en la Escritura, se nos presenta constantemente hablándonos como un yo:

**Yo soy el Señor, tu Dios, que te saqué de Egipto (Ex 20,2; Os**

**12,10). Yo soy Dios, y no hay otro, no hay otro Dios como yo (Is 46,9).**

Y, porque Dios se presenta a nosotros con su yo, nosotros podemos invocarle con un tú. En vez de hablar de Dios, hablar a Dios:

**Yo te invoco porque Tú me respondes, Dios mío, préstame oído y escucha mis palabras (Sal 17,6).**

**Desde lo hondo a ti grito, Señor;  
Señor, escucha mi voz:  
estén tus oídos atentos  
a la voz de mi súplica (Sal 130,1-2).**

d) *Jesús revelador del verdadero nombre de Dios*

En el Nuevo Testamento, Juan nos presenta a Jesús como el «revelador del nombre de Dios»:

**He manifestado tu Nombre a los hombres que tú me has dado... ¡Cuidalos en tu Nombre!... Cuando estaba yo con ellos, yo les cuidaba en tu Nombre... Y yo les di a conocer tu Nombre, y se lo haré conocer, para que el amor con que Tú me has amado esté en ellos y yo en ellos (Jn 17,6.11.12.26).**

En Jesús, Dios se hace realmente invocable. Con El Dios entra para siempre en la historia de los hombres. El Nombre de Dios ya no es simple palabra, que aceptamos, sino carne de nuestra carne, hueso de nuestro hueso. Dios es uno de los nuestros. Lo que la zarza ardiente significaba, se realiza realmente en aquel que es Dios en cuanto hombre y hombre en cuanto Dios. En Jesús Dios es el Emmanuel: Dios con nosotros<sup>7</sup>.

Cristo es la misma zarza ardiente en la que se revela a los hombres el Nombre de Dios. Pero, como El mismo se aplica y es «Yo soy», resulta que Jesús es el Nombre de Dios: «Yavé salva». El es Emmanuel: «Dios con nosotros». El nombre no es una palabra, sino una persona: Jesús.

e) *Creer en Dios es vivir el Shemá*

Lo que hizo Israel en los albores de su historia, lo que repitió la Iglesia en los comienzos de su peregrinación, debe renovarlo cada uno de los creyentes en su vida. «Creo en Dios» es una ruptura contra la idolatría politeísta y contra el ateísmo, que hoy como ayer nos circundan <sup>8</sup>.

**Creer en** -forma específica de la fe cristiana- expresa esa actitud en la que se pone en juego y se entrega la propia

persona con una confianza total, en la que no cabe decepción alguna. Esta actitud sólo puede tener por término a Dios, que es quien con su fidelidad absoluta y eterna la suscita: «Si el alma busca a Dios, mucho más le busca su amado a ella»<sup>9</sup>. Por ello, los creyentes cantarán: «Bendito sea Dios que nos ha llamado antes de la creación del mundo para ser sus hijos» (Ef 1).

La fe en Dios no parte del hombre, sino del mismo Dios. Como los profetas, los creyentes se saben llamados «desde el vientre de la madre» (Jr 1,5ss); esta llamada primordial es la garantía de la presencia definitiva de Dios en sus fieles, pues es irrevocable, apoyada como está « en la fidelidad del Señor que permanece para siempre» (Sal 117).

«Creer en Dios» significa creer en un solo Dios, es decir, creer en El solo, retirar nuestra confianza absoluta a cualquier otra cosa. Superar la tentación de idolatría que nos lleva a poner la confianza en las riquezas (Mt 6,24), en el placer (Filp 3,19), en el poder (He 4,19; Mc 12,17). Pues «sabemos que el ídolo no es nada y no hay más que un único Dios. Pues aún cuando se les dé el nombre de dioses, ya sea en el cielo ya en la tierra -y de hecho hay numerosos dioses y señores-, para nosotros no hay más que un Dios, el Padre, del cual proceden todas las cosas y para el cual somos, y un solo Señor, Jesucristo, por quien son todas las cosas y por el cual somos nosotros» (1Cor 8,4-6).

«Creer en Dios» significa creer en un solo Dios, es decir, creer en El solo, retirar nuestra confianza absoluta a cualquier otra cosa. Superar la tentación de idolatría que nos lleva a poner la confianza en las riquezas (Mt 6,24), en el placer (Filp 3,19), en el poder (He 4,19; Mc 12,17). Pues «sabemos que el ídolo no es nada y no hay más que un único Dios. Pues aún cuando se les dé el nombre de dioses, ya sea en el cielo ya en la tierra -y de hecho hay numerosos dioses y señores-, para nosotros no hay más que un Dios, el Padre, del cual proceden todas las cosas y para el cual somos, y un solo Señor, Jesucristo, por quien son todas las cosas y por el cual somos nosotros» (1Cor 8,4-6).

«Creer en Dios» significa llevar grabado en el corazón y vivir en la historia el **Shemá**: « Escucha, Israel: El Señor, nuestro Dios, es el único Señor, y amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma, con toda tu mente y con todas tus fuerzas» (Mc 12,29-30). Nuestro Dios no es visto con los ojos de la carne, pero sí con los ojos del corazón: «Bienaventurados los limpios de corazón porque ellos verán a Dios» (Mt 5,8). Creer en

Dios es poder decir, con Santa Teresa: «Sólo Dios basta... Quien a Dios tiene, nada le falta».

Sólo Dios basta es reconocer que Dios es Dios y que, siendo «grande en perdonar», sus pensamientos y caminos superan los pensamientos y caminos del hombre cuanto los cielos superan a la tierra (Is 55,7ss). Por ello, dirá San Pedro Crisólogo:

**Quien cree en Dios no presume discutir a Dios. Basta saber que Dios es Dios. El sol inoportuno entenebrece la mirada: ¡Así se ciega el ilícito acceso a Dios! Quien desee verle, aprenda a medir su visión. El que quiera conocer a su Dios, ignore los dioses de los paganos, pues quien a estos conoce a Dios contradice. Pero sepa que es libertad servir al único Dios, siendo servidumbre servir a muchos dioses 10.**

El Dios de los padres, Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob, el Dios personal, que muestra su cercanía, su invocabilidad en la manifestación de su nombre a Moisés, el Dios único, frente a los dioses de la tierra, de la fertilidad o de la nación, como se nos reveló a través de los profetas, es el **Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo.**

## **2. PADRE**

El Credo llama a Dios Padre. Esta palabra vincula el primer artículo de la fe con el segundo. A Dios sólo le conocemos real y plenamente en Jesucristo, su Hijo: «A Dios nadie le ha visto jamás. El Hijo único, que está en el seno del Padre, es quien nos le ha dado a conocer» (Jn 1,18).

### *a) Novedad de la fe cristiana*

El Dios uno y trino del cristianismo supera la «unidad sin riqueza interior» del monoteísmo judío y la «multiplicidad sin límite y contradictoria en sí misma» del politeísmo pagano (Máximo Confesor).

La fe monoteísta no explicita aún la novedad de la fe cristiana en Dios. Necesitamos completar la fórmula, diciendo «creo en Dios Padre». En esta primera palabra añadida al nombre de Dios se nos resume el conjunto del Credo cristiano. Ella nos introduce en la asombrosa novedad de la fe cristiana en la revelación trinitaria de Dios.

El Oriente antiguo y también Israel ha llamado a Dios Padre en relación al pueblo, confesando que el pueblo debe su origen a Dios. A través del nombre de Padre, Dios es honrado como

creador y señor -potente y misericordioso- que exige del hombre veneración y obediencia. En Israel, ciertamente, la paternidad atribuida a Dios no se funda en el hecho de engendrar, como ocurre en otras religiones. Dios es llamado Padre por la elección que Dios hace de Israel como su primogénito (Dt 14,1-2; Ex 4,22-23; Os 11,1; Jr 31,20).

Pero la gran novedad la hallamos en el Nuevo Testamento, donde se inspira la profesión de fe cristiana. Dios se revela como Padre de nuestro Señor Jesucristo. Así, la palabra Padre del Credo no se refiere al hecho de que Dios sea el creador y señor del hombre y del universo, sino al hecho de que ha engendrado a su Hijo unigénito, Jesucristo, el cual como primogénito es hermano de todos sus discípulos. Pues a todos los elegidos, el Padre, antes de todos los siglos, «los conoció de antemano y los predestinó a reproducir la imagen de su Hijo, para que El fuera el primogénito entre muchos hermanos» (Rom 8,28-30)<sup>11</sup>.

En efecto, el Nuevo Testamento pone constantemente en labios de Jesús la palabra Padre. En San Juan **Padre** es sinónimo de **Dios**. El término **Abba, utilizado** por Jesús para dirigirse a Dios como Padre, es algo tan insólito en toda la literatura judía, que no expresa tan sólo la obediencia filial en su relación con Dios, sino que constituye la expresión de una relación única con Dios»<sup>12</sup>.

### *b) Jesús: Icono vivo de Dios*

Jesús, con verdad, puede decir: «Nadie conoce al Hijo sino el Padre; y nadie conoce al Padre sino el Hijo, y aquel a quien el Hijo se lo quiera revelar» (Mt 11,27), Pues «Yo y el Padre somos uno» (Jn 10,30), de modo que «quien me ve a mí ve al Padre» (Jn 14,9-10). Como Hijo, Jesús es la imagen, el icono de Dios Padre (2 Cor 4,4; Col 1,15). En El, Dios se hace visible como un Dios con rostro humano. En Jesucristo, Dios se ha manifestado definitiva y totalmente. Y ahora:

**Lo que ni el ojo vio, ni el oído oyó, ni al corazón del hombre llegó, lo que Dios preparó para quienes le aman..., a nosotros nos lo reveló por medio del Espíritu, que lo sondea todo, hasta las profundidades de Dios..., pues nadie conoce lo íntimo de Dios, sino el Espíritu de Dios (1 Cor 2,9-10).**

En el Hijo, gracias al Espíritu Santo, sabemos que Dios es Padre desde toda la eternidad (Jn 1,1-3). Dios es desde toda la eternidad el amor que se da y comunica a sí mismo. Desde la eternidad, el Padre comunica todo lo que es al Hijo. El Padre vive



en relación con el Hijo, dándose a sí mismo al Hijo. Igualmente, el Hijo vive en relación con el Padre; es Hijo porque es engendrado por el Padre y se vuelve con amor al Padre.

### c) Hijos de Dios en el Hijo

Dios, al mostrarnos su Hijo, se nos ha revelado como Padre de Jesucristo. La paternidad de Dios se define exclusivamente por su relación con el Hijo Unigénito. Los hombres pueden llamar a Dios Padre-«vuestro Padre»- en la medida en que participan de la relación única de Jesús con el Padre -«mi Padre»- (Jn 20,17): «La prueba de que sois hijos de Dios es que Dios ha enviado a vuestros corazones el Espíritu de su Hijo que clama: ¡Abba, Padre!» (Gál 4,6):

***Padre, dice en primer lugar el hombre nuevo, regenerado y restituido a su Dios por la gracia, porque ya ha empezado a ser hijo: «Vino a los suyos, dice, y los suyos no lo recibieron. A cuantos lo recibieron, los dio poder de hacerse hijos de Dios, a los que creen en su nombre» (Jn 1,12). El que, por santo, ha creído en su nombre y se ha hecho hijo de Dios, debe empezar por eso a dar gracias y hacer profesión de hijo de Dios, puesto que llama Padre a Dios, que está en los cielos; debe testificar también que desde sus primeras palabras en su nacimiento espiritual ha renunciado al padre terreno y carnal, y que no reconoce ni tiene otro padre que el del cielo (Mt 23,9)... No pueden llamar Padre al Señor, quienes tienen por padre al diablo: «Vosotros habéis nacido del padre diablo y queréis cumplir los deseos de vuestro padre. El fue homicida desde el principio y no se mantuvo en la verdad, porque no hay verdad en él» (Jn 8,44). ¡Cuan grande es la clemencia del Señor e inmensa su gracia y bondad, pues quiso que orásemos frecuentemente en presencia de Dios y le llamásemos Padre; y así como Cristo es Hijo de Dios, así nos llamemos nosotros hijos de Dios! Ninguno de nosotros osaría pronunciar tal nombre en la oración, si no nos lo hubiese permitido El mismo... Hemos, pues, de pensar que cuando llamamos Padre a Dios es lógico que obremos como hijos de Dios, con el fin de que, así como nosotros nos honramos con tenerlo por Padre, El pueda honrarse de nosotros. Hemos de portarnos como templos de Dios, para que sea una prueba de que habita en nosotros el Señor y no desdigan nuestros actos del espíritu recibido, de modo que los que hemos empezado a ser celestiales y espirituales no pensemos y obremos más que cosas espirituales y celestiales<sup>13</sup>.***

Y San Cirilo de Jerusalén dirá a los catecúmenos:

**Sólo de Cristo es Dios Padre por naturaleza... Nuestra filiación divina es por adopción, don de Dios, como dice San Juan: «A los que le recibieron les dio poder de hacerse hijos de Dios, a los que creen en su nombre» (Jn 1,12). Recibieron el poder llegar a ser hijos de Dios no antes de la fe, sino por la fe. Sabiendo, pues, esto, portémonos como hombres de espíritu, para que seamos dignos de la filiación divina: «Los que son conducidos por el Espíritu de Dios, esos son hijos de Dios» (Rom 8,14). De nada**

**nos sirve llevar el nombre de cristianos, si no nos acompañan las obras... « Si llamamos Padre al que, sin acepción de personas, juzga por las obras de cada uno, vivamos con temor el tiempo de nuestra peregrinación... de modo que nuestra fe y nuestra esperanza estén en Dios» (1 Pe 1,17-21); y «no amemos al mundo y las cosas del mundo. Si alguien ama al mundo, el amor del Padre no está en él» (1 Jn 2,15)14.**

Padre es una palabra que siempre dice relación a otro, al hijo. «Porque no se llama Padre para sí, sino para el Hijo; para sí es Dios»15. En su ser hacia otro es Padre, en su ser hacia sí mismo es simplemente Dios.

Lo mismo cabe decir de la palabra hijo, que se es en relación al padre. De aquí la total referencia de Cristo, el Hijo unigénito, al Padre: «El Hijo no puede hacer nada por sí mismo» (Jn 5,19.30). Por ser Hijo actúa en dependencia de quien procede. Esto mismo vale para los discípulos de Cristo, hijos de Dios por El: «Sin mí no podéis hacer nada» (Jn 15,5). La existencia cristiana cae, pues, bajo la categoría de la relación.

Todo lo que hemos dicho de Cristo puede aplicarse a los cristianos. Ser cristiano significa ser como el Hijo: ser hijos: «Mirad qué amor nos ha tenido el Padre para llamarnos hijos de Dios, pues ¡lo somos!» (1 Jn 3,1). En efecto, «cuando llegó la plenitud de los tiempos envió Dios a su Hijo, nacido de mujer, nacido bajo la ley, para rescatar a los que estaban bajo la ley, a fin de que recibiéramos la filiación adoptiva por medio de El» (Gál 4,1-5):

**Pues no recibimos un espíritu de esclavos para recaer en el temor; antes bien, recibimos un espíritu de hijos adoptivos, que nos hace exclamar: ¡Abbá, Padre! El Espíritu mismo se une a nuestro espíritu para dar testimonio de que somos hijos de Dios. Y, si hijos, también herederos; herederos de Dios y coherederos de Cristo (Rom 8,15-17).**

#### d) Los cristianos: Iconos del Padre

Y, como hijo, el creyente puede dirigirse a Dios diciéndole con sus hermanos: «Padre nuestro» (Mt 6,9; Lc 11,2); pero, como hijo, no puede vivir en sí mismo y para sí, sino abierto totalmente al Padre y a la misión recibida del Padre: «Como el Padre me envió, así os envío yo a vosotros» (Jn 20,21; 13,20; 17,18). Enviados al mundo como hijos que hacen visible a Dios Padre en un amor único, «extraordinario», reflejo del amor del Padre. Puestos en el mundo como **iconos de Dios**. Como dirá San León Magno:

**Si para los hombres es un motivo de alabanza ver brillar en sus hijos la gloria de sus antepasados, cuánto más glorioso será para aquellos que han nacido de Dios brillar, reflejando la imagen de su Creador y haciendo aparecer en ellos a Quien los engendró, según lo dice el Señor: «Brille vuestra luz ante los hombres, para que vean vuestras buenas obras y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos» (Mt 5,16)16.**

Los que, como Jesucristo, «no han nacido de la sangre, ni de deseo de la carne, ni de deseo de hombre, sino que han nacido de Dios» (Jn 1,12-13) son «hermanos y hermanas de Jesús», acogiendo la Palabra «y haciendo la voluntad del Padre» (Mt 12, 48-50). Ellos brillan en el mundo como hijos de Dios, haciendo brillar entre los hombres el amor del Padre:

**Yo os digo: Amad a vuestros enemigos y rogad por los que os persigan, para que *seáis hijos* de vuestro Padre celestial, que hace salir su sol sobre malos y buenos, y manda la lluvia sobre justos e injustos. Porque si amáis a los que os aman, ¿qué recompensa vais a tener? ¿No hacen eso también los publicanos? Y si no saludáis más que a vuestros hermanos, ¿qué *hacéis de extraordinario*? ¿No hacen eso mismo también los paganos? Vosotros, pues, sed perfectos como es perfecto vuestro Padre celestial (Mt 5,44-48; Lc 6,27-36).**

Esto pone de manifiesto que no todos los hombres son hijos de Dios, como leemos en Teodoro de Mopsuestia:

**Es preciso reconocer en Dios Padre dos cosas: Que es Padre y Creador. No es Creador por ser Padre, ni es Padre por ser Creador, ya que no es Creador de quien es Padre, ni es Padre de quien es Creador; sino que Dios es Padre sólo del Hijo verdadero, el «Unigénito, que está en el seno del Padre» (Jn 1,18), mientras que El es Creador de todo lo que llegó a ser y fue hecho, por El creado según su voluntad. Del Hijo es, pues, Padre por ser de su naturaleza, mientras que de las criaturas es Creador, por haberlas creado de la nada. Por otra parte, Dios no es llamado por los hombres Padre por haberlos creado, sino porque están cerca de El y le son *familiares*. No es, pues, llamado Padre por todos, sino por los que *son de su casa*, como está escrito: «He educado a hijos y los he creado» (Is 1,2), concediendo ser llamados así aquellos a quienes acercó a El por la gracia (Jn 1,12; Gál 4,4-7; Rom 8,14-17)17.**

Lo mismo dirá San Hilario:

**Todos los que se dejan guiar por el Espíritu de Dios son hijos de Dios (Rom 8,14)... Este es el nombre atribuido a quienes creemos mediante el sacramento de la regeneración; y si la confesión de nuestra fe nos concede la filiación divina, las obras hechas en obediencia al Espíritu de Dios nos cualifican como hijos de Dios... También nosotros somos verdaderamente hijos de Dios, por haber sido hechos tales: de «hijos de la ira» (Ef 2) hemos sido hechos hijos de Dios, mediante el Espíritu de filiación, habiendo obtenido este título por gracia, no por derecho de nacimiento. Todo cuanto es hecho, antes de serlo no era tal. También**

**nosotros: aunque no éramos hijos, hemos sido transformados en lo que somos; antes no éramos hijos, llegando a ser tales tras haber obtenido por gracia este nombre. No hemos nacido sino llegado a ser hijos. No hemos sido engendrados, sino adquiridos<sup>18</sup>.**

**Padre es, por tanto, el nombre propio de Dios, con el que expresamos la nueva relación en la que nos ha situado la donación del Espíritu de Jesucristo, el unigénito Hijo de Dios<sup>19</sup>.**

### **3. TODOPODEROSO**

Como para el Antiguo Testamento, también para Jesús **Dios es el Señor de la historia**, que ayuda y salva, libera y redime. Los milagros de Jesús son una manifestación del poder salvador del Padre, que actúa a través de El (Mt 12,28; Lc 17,21). «Porque nada es imposible para Dios» (Lc 1,37; Gen 18,14).

#### *a) Dios es el Señor (Adonai)*

Dios es el Señor (Adonai), que está por encima de todo lo creado: «Señor Dueño nuestro, ¡qué admirable es tu nombre en toda la tierra! Ensalzaste tu majestad sobre los cielos» (Sal 8,2). Y más aún que la creación, la historia de salvación ensalza su majestad, al manifestarlo como «Señor, Señor, Dios compasivo y misericordioso, lento a la ira y rico en clemencia y fidelidad» (Ex 34,6). El señorío de Dios se manifiesta en favor del creyente que se apoya en El y puede, por tanto, confesar y cantar:

Yo te amo, Señor; Tú eres mi fortaleza;  
Señor, mi roca, mi alcázar, mi libertador.  
Dios mío, peña mía, refugio mío,  
escudo mío, mi fuerza salvadora, mi baluarte (Sal 18,2-3).

#### *b) Dios: omnipotente en el amor*

El poder de Dios es el poder de su gracia, de su misericordia invencible, omnipotente en el amor y el perdón. Es un poder que suscita la alegría de los pobres (Mt 5,3-12) y de los pecadores (Lc 15). Pueden confiar en que Dios es para ellos como un padre que aguarda al hijo pródigo, le perdona e incluso celebra su vuelta con una gran fiesta. Es un **amor sin límites**: todopoderoso. Con San Agustín, confesamos:

**«Creo en Dios, Padre omnipotente». ¡Qué laconismo y qué fuerza! Dios y Padre a la vez: Dios en el poder, Padre en la**

**bondad. ¡Felices nosotros, que tenemos en Dios a un Padre! Creamos en El y esperémoslo todo de su misericordia: ¡Es omnipotente! Alguno dirá: «No puede perdonar mis pecados» ¡Cómo!, ¿no lo puede, siendo omnipotente? Quizás objetes: «¡He pecado tanto!» Yo tengo sólo una respuesta: ¡Es omnipotente! Dirás aún: «Son tan grandes mis culpas, que no creo que pueda ser purificado de ellas». Mi respuesta: ¡Es omnipotente! Es lo que cantamos en un salmo: «¡Bendice, alma mía, al Señor, El perdona todas tus culpas y cura todas tus dolencias» (Sal 103,2s)20.**

En la misericordia sin límites se manifiesta la santidad y la **gloria** de Dios: «¡Santo, Santo, Santo, el Señor de los ejércitos, la tierra está llena de su gloria» (Is 6,3). O como leemos en Oseas para expresar el colmo del amor: «Que soy Dios y no hombre, santo en medio de ti» (11,9). Y con más fuerza aún lo dirá San Juan: «Dios es amor» (1 Jn 4,8.16). «¡Y no puede negarse a sí mismo!» (2 Tim 2,13).

En la salvación y en el juicio -para los ricos y los que se creen justos (Lc 6,24-26;11,42-52)- se manifiesta de igual manera la omnipotencia de Dios. Sólo porque Dios es todopoderoso puede, movido por su amor, salvarnos en cualquier situación contra los poderes del mal. Sólo el amor omnipotente de Dios puede ser el fundamento de nuestra esperanza. En sentido bíblico, la **justicia de Dios** significa el don gratuito de Dios al hombre, que hace justo al pecador que lo acoge.

### *c) Dios Padre omnipotente en la resurrección del Hijo*

La omnipotencia de Dios en el amor, como Jesús la ha predicado y vivido, se manifestó sobre todo en la **muerte y resurrección de Jesús**, donde realmente Dios «glorificó su nombre» (Jn 12, 287. En la muerte de Jesús, Dios se dirigió al débil y desecho de los hombres y «le resucitó rompiendo las ataduras de la muerte» (He 2,24). Por la muerte y resurrección de Jesús hemos sabido definitivamente quién es Dios, el **Padre todopoderoso**: «el que da vida a los muertos» (Rom 4,17; 2 Cor 1,9). La fidelidad creadora de Dios Padre y su omnipotencia en el amor brillan unidas en la muerte y resurrección de Cristo. «La soberana grandeza de su poder» se reveló plenamente «resucitando a Jesús de entre los muertos» y «sentándolo a su derecha» como Señor de todo<sup>21</sup>.

En «la debilidad divina» de «Cristo Crucificado» se manifestó «la fuerza de Dios» anunciada por «el Evangelio que es poder de Dios para salvación de todo el que cree» (1 Cor 1,18-25). De aquí que este Evangelio sea llevado en la fragilidad de «vasos de barro, para que se vea que el **extraordinario poder** (de

salvación) es de Dios y no de los hombres» (2 Cor 4,7).

Como dirá Pablo, en Jesucristo, -en su vida, muerte y resurrección-, se nos ha manifestado la bondad y el amor de Dios (Tit 3,4). Podemos estar seguros de que «ni muerte, ni vida, ni ángeles, ni principados, ni presente, ni futuro, ni potencias, ni altura, ni profundidad, ni criatura alguna podrá apartarnos del amor de Dios manifestado en Cristo Jesús, Señor nuestro» (Rom 8,38-39).

*d) Todo es posible para Dios*

«Creo en Dios» significa estar, como Abraham, como María, abiertos a lo imposible, «esperando contra toda esperanza», «pues nada es imposible» «al poder del Altísimo» (Lc 1,35-37) y reconocer agradecidamente, como creación de Dios, lo imposible acontecido: «Proclama mi alma la grandeza del Señor... porque el Poderoso ha hecho obras grandes en mí» (Lc 1,46ss)22.

La revelación definitiva de Dios, Padre todopoderoso, en Jesucristo es el fundamento de nuestra esperanza en el reino futuro de Dios, en el que Dios será todo en todas las cosas (1Cor 15,28). Como concluye la Escritura, en su último libro:

**Dice el Señor Dios: Yo soy el Alfa y la Omega, el que es, el que era y el que viene, el Todopoderoso (Ap 1,8).**

**Acampará entre ellos: Ellos serán su pueblo y Dios estará con ellos y será su Dios. Enjugará las lágrimas de sus ojos. Ya no habrá muerte, ni luto, ni llanto, ni dolor. Porque lo de antes ha pasado.**

**Y el que estaba sentado en el trono dijo: todo lo hago nuevo (Ap 21,3-5).**

#### **4. CREADOR DEL CIELO Y DE LA TIERRA**

Como para el Antiguo Testamento, también para Jesús **Dios es Creador**, que ha dado el ser a todas las cosas, las cuida y conserva. La solicitud de Dios como Padre se nos manifiesta en toda la creación, en la hierba y en los lirios del campo (Mt 6,28-30) y en las aves del cielo (Mt 6,26; 10,29-31). Hace salir su sol sobre buenos y malos y manda la lluvia sobre justos e injustos (Mt 5,45). Ni un sólo cabello cae de nuestra cabeza sin que El lo sepa y quiera (Mt 10,20).

El cristiano puede confesar a Dios como creador y, por tanto, que el mundo es bueno, si ha tenido un encuentro personal con Jesucristo, en quien conoce a Dios como «Aquel que resucitó a Jesucristo de entre los muertos y **llama a las cosas que no son para que sean**» (Rom 4,17).

*a) Dios salvador es el Dios Creador*

El Dios salvador y redentor, en cuanto experiencia vital existencial, es anterior al Dios Creador. El mundo, como creación de Dios, es el lugar del encuentro de Dios y el hombre en el peregrinar de la fe. El mundo es el lugar de la historia del hombre y de la historia de salvación de Dios. La presencia de Dios hace que la historia del hombre en el mundo sea historia de salvación.

Confesar a Dios como «Creador del cielo y de la tierra», quiere decir que todo el mundo, la realidad entera que me envuelve y me hace estar enclavado en el tiempo y en el espacio, es **creación divina**, obra de sus manos. Buena, por tanto: «Y vio Dios todo lo que había hecho y era muy bueno» (Gén 1,4.10.12.18.21.31). Buena, y querida por Dios. Este mundo ha brotado de la bondad y del amor de Dios: «Tú has creado el universo; por tu voluntad lo que no existía fue creado» (Ap 4,11). «Porque El es bueno, existimos», sintetiza San Agustín.

*b) La creación: manifestación de la gloria de Dios*

Al ser la creación obra de Dios, el mundo es una **manifestación de la gloria de Dios**. El canto a la creación, como aparece en los salmos y en varios textos sapienciales de la Escritura, es un canto a la **sabiduría** de Dios, al poder de Dios, a la cercanía salvadora de Dios: «Los cielos cantan la gloria de Dios» (Sal 19; 93; 147; Pr 8,22; Job 38...). En el cántico de los tres jóvenes se convoca a toda la creación -cielo y tierra, sol, luna y estrellas, rocío y lluvia, relámpago y nubes, aves del cielo y peces del mar, a todo lo que existe- para que cante la gloria de Dios (Dan 3,24ss).

El liturgo que orchestra la sinfonía de alabanzas al Creador es el hombre, hasta el punto de poder decir que «la gloria de Dios es el hombre viviente» (San Ireneo). La gloria de Dios es la gloria de su amor, que se complace en las **laudes** de su pueblo. Y el hombre alcanza su plena realización y felicidad, no mediante la posesión y el placer, sino mediante la fiesta y la celebración, el

agradecimiento, la alabanza y la bendición. El hombre, puesto en medio de la creación, cumple su misión en el mundo, llevando consigo todas las cosas al **sabbat**, a la Eucaristía: «Todo es vuestro: y vosotros de Cristo y Cristo de Dios» (1Cor 3,22-23).

Como bellamente dice San Ambrosio:

**El relato de la creación se concluye con la obra más excelsa de este mundo: la lograda creación del hombre... Es entonces cuando «Dios descansa de todo el trabajo que hizo» (Gén 2,2). El reposó en el santuario íntimo del hombre... Como El dijo: «¿Sobre quién descansaré, sino sobre el humilde y contrito que se estremece ante mi palabra?» (Is 66,2). Yo doy gracias al Señor, nuestro Dios, por haber hecho una tal criatura en la que encontró su reposo. El creó el cielo, pero no leo en la Escritura que haya reposado; creó la tierra, pero no leo que haya descansado; creó el sol y la luna y las estrellas, y tampoco aquí leo que se haya reposado. Pero leo que «creó al hombre y entonces se reposó, teniendo en él a quien perdonar los pecados»<sup>23</sup>.**

Pero, al confesar a Dios como «Creador del cielo y de la tierra», declarando el señorío de Dios sobre toda la realidad, en el fondo estamos confesando que **el mundo no es Dios**. Todas las cosas creadas, como salidas de las manos de Dios, son buenas, pero ninguna es sagrada, divina, con poderes mágicos: Absolutizar algo es idolatría, caer en la vacuidad de los ídolos.

### *c) Nueva creación*

Y si el creyente llega a la fe en la creación desde la experiencia salvífica de la resurrección de Jesucristo, entonces ve la creación como **recreación, como nueva creación**, con «cielos nuevos y tierra nueva» (Ap 21,1), que la potencia de Dios ya ha inaugurado al resucitar a su Hijo y que el cristiano espera que consume en él (1 Pe 3,13).

Dios es un Dios que crea siempre en novedad y abre las puertas al futuro. Las grandes obras del pasado -vocación, elección, liberación, alianza, posesión de la tierra, construcción del templo, exilio con su retorno- se repetirán de una forma nueva y más maravillosa en el futuro. En la plenitud de los tiempos, Dios levantará de nuevo a Israel y hará una nueva alianza, sellada en el corazón del verdadero Israel (Jr 31,31-33).

Dios, que creó todas las cosas por Cristo y en vistas a Cristo (Jn 1,3; Col 1,15-20), recrea en Cristo su obra desfigurada por el pecado (Col 1,15-20). El núcleo de esta nueva creación, que implica a todo el universo (Col 1,19s), es el **hombre nuevo** creado en Cristo para una vida nueva: «Por tanto, el que está en



Cristo, es una nueva creación; pasó lo viejo, todo es nuevo» (2 Cor 5,17; Gál 6,15; Ef 2,15).

Este mundo, pues, está en tránsito. Nada en él es estable, duradero. Pasa la escena de este mundo con las riquezas, los afectos, llantos, alegrías y construcciones humanas (1 Cor 7,29-31). El poder y la gloria que ofrece «el señor del mundo» es efímero (Mt 4,1-11).

Pero, mientras se desmorona este mundo, hasta en el cuerpo humano, el cristiano experimenta en su mismo cuerpo la nueva creación **ya en gestación:**

**Pues la ansiosa espera de la creación desea vivamente la manifestación de los hijos de Dios. La creación, en efecto, fue sometida a la vanidad, no espontáneamente, sino por aquel que la sometió, en la esperanza de ser liberada de la servidumbre de la corrupción para participar en la gloriosa libertad de los hijos de Dios. Pues sabemos que la creación entera gime hasta el presente y sufre dolores de parto. Y no sólo ella; también nosotros, que poseemos las primicias del Espíritu, nosotros mismos gemimos en nuestro interior anhelando el rescate de nuestro cuerpo (Rom 8,19-23).**

#### *d) Nuevos cielos y nueva tierra*

Desde esta experiencia de nueva creación en la novedad de vida, inaugurada con la resurrección de Cristo, -y para cada cristiano al incorporarse a Cristo con la fe (Rom 1,6) y el bautismo (Rom 6,4)-, el creyente se abre, en esperanza, a la culminación escatológica, anticipada en el presente con las arras del Espíritu (2 Cor 1,22;5,5):

**En Cristo también vosotros, tras haber oído la palabra de la verdad, el Evangelio de vuestra salvación, y creído también en él, fuisteis sellados con el Espíritu Santo de la Promesa, que es prenda de nuestra herencia (Ef 1,13-14; Cfr todo el capítulo).**

La creación, en el plan de Dios, desde el comienzo, está orientada a la plenitud. Al acabar la obra de los seis días, Dios descansó, creando el **sabbat**, el descanso. La corona de la creación es el sábado. Toda la creación está orientada a la glorificación de Dios, a entrar en la libertad de los hijos de Dios, en la gloria de la plenitud del Reino de Dios (Rom 8,19-24). La primera creación lleva ya en germen su tensión hacia el nuevo cielo y la nueva tierra (Is 65,17;66,22;Ap 21,2). Alcanzará su plenitud cuando Dios sea «todo en todo» (1Cor 15,28).

En el centro está Cristo, como cúspide o piedra angular de la

creación y de la historia:

**El es imagen de Dios invisible,  
primogénito de toda criatura;  
porque por medio de El fueron creadas todas las cosas  
celestes y terrestres,  
visibles e invisibles.  
Tronos, Dominaciones, Principados, Potestades;  
todo fue creado por El y para El.  
El es anterior a todo,  
y todo se mantiene en El (Col 1,15-17).**

.....

- 1. Para el ateísmo Cfr. E. JIMENEZ HERNANDEZ, ¿Dios?! ¿Para qué?! Interrogantes del ateísmo de cara a la nueva evangelización, Bilbao 1991.**
- 2. Cfr. H.U. von BALTHASAR, El problema de Dios en el hombre actual, Madrid 1966; J. MARTIN: A. GONZALEZ, El Credo de los cristianos, Madrid 1982.**
- 3. GREGORIO DE NISA, Orat. Cath. 20,1-23,4.**
- 4. SAN CIPRIANO, A Fortunato, 4,1-2.**
- 5. SAN CIPRIANO, A Demetrio 16.**
- 6. Is 40,18-20; Jr 10; Os 1-2; 8,6; 9,3; Am 5,26; Miq 5,13.**
- 7. Cfr. J. RATZINGER, o.c., p. 75-159; W. PANNENBERG, La fe de los Apóstoles, Salamanca 1975, p. 28-58; J.R. FLECHA, Creo en Dios Padre todopoderoso, en VARIOS, El credo, Madrid 1982, p. 33-46.**
- 8. X. ZUBIRI, El hombre y Dios, Madrid 1985.**
- 9. S. JUAN DE LA CRUZ, Llama de amor viva, canción III.**
- 10. SAN PEDRO CRISOLOGO, Sermo 61.**
- 11. J. JEREMIAS, Abba. El mensaje central del Nuevo Testamento, Salamanca 1981; C. GEFRE, Padre, nombre propio de Dios, Concilium 163 (1981) 370.**
- 12. J. DE DIOS MARTIN VELASCO, Creo en Dios Padre, en El credo de los cristianos, Madrid 1982, p. 12-32.**
- 13. S. CIPRIANO, Sobre la oración Dominical, 8-11.**
- 14. SAN CIRILO DE JERUSALEN, Cat. VII, 14.**
- 15. S. AGUSTIN, Enarraciones sobre los salmos, 68,1,5.**
- 16. SAN LEON MAGNO, Homilía 26,4-5.**
- 17. TEODORO DE MONSUESTIA, Homilía 11 10-18.**
- 18. SAN HILARIO, De Trinitate XII 13.**
- 19. S. VERGES. - J.M. DALMAU, Dios revelado por Cristo, Madrid 1976.**

**20. SAN AGUSTIN, Sermo 213,1.**

**21. Ef 1,19-22; He 2,32-36; Rom 4,20-24; 1Cor 15,25-27; 2Cor 13,4; Rom 1,4; Col 2,12.**

**22. Cfr. J. PFAMMATER, Pantoloátor, en *Mysterium Salutis* 1/2, p. 330.**

**23. SAN AMBROSIO, Hexameron IX 10, 75-76.**

## CREO EN JESUCRISTO, SU UNICO HIJO, NUESTRO SEÑOR

El segundo artículo del Credo es el centro de la fe cristiana. El Dios confesado en el primer artículo es el Padre de Jesús, Ungido por el Espíritu Santo como Salvador del mundo.

Siendo el corazón de la fe cristiana, la fórmula original «Creo en Jesucristo, su único Hijo, nuestro Señor» se desenvuelve en varios artículos de nuestro Credo: nació, padeció, murió, resucitó... Es decir, la fe cristiana confiesa que Jesús, un hombre que nació y murió crucificado en Palestina al comienzo de nuestra era, es el Cristo, el Ungido de Dios, centro de toda la historia 1.

Esta es la fe y el escándalo fundamental del cristianismo. Jesús, hombre histórico, es el Hijo de Dios o, lo que es lo mismo, el Hijo de Dios es el hombre Jesús. En Jesús, pues, aparece lo definitivo del ser humano y la manifestación plena de Dios.

### 1. CREO EN JESUCRISTO

#### a) *Jesús el Ungido del Padre*

La palabra JESUCRISTO -al unir Jesús y Cristo- es una confesión de fe. Decir Jesucristo es confesar que Jesús es el Cristo.

En nuestro lenguaje habitual, Jesucristo es una sola palabra, un nombre propio. Para nosotros, Jesús, Cristo y Jesucristo hoy son intercambiables. Sin embargo, en los orígenes del cristianismo no fue así. Cristo era un adjetivo. Cristo, aplicado a Jesús, es un título dado a Jesús. San Cirilo de Jerusalén, de origen griego, sabía muy bien el significado de Cristo en su lengua natal y así se lo explicaba a los catecúmenos:

**Se le llama Cristo, no por haber sido ungido por los hombres, sino por haber sido ungido por el Padre en orden a un sacerdocio eterno supra-humano 2.**

**Cristo significa ungido, no con óleo común, sino con el Espíritu Santo... Pues la unción figurativa, por la que antes fueron constituidos reyes, profetas y sacerdotes, sobre El fue infundida**

**con la plenitud del Espíritu divino, para que su reino y sacerdocio fuera, no temporal como el de aquellos-, sino eterno 3.**

Y ya antes, en el Credo romano se profesa la fe, diciendo: «Creo en Cristo Jesús». Esta inversión es fiel a la tradición apostólica del Credo. San Clemente Romano repite constantemente la misma fórmula: «En Cristo Jesús».

En efecto, Cristo es la palabra griega (**Christós**), que significa **ungido** y traduce la expresión bíblica hebrea **Mesías**, del mismo significado. Cuando Mateo habla de «Jesús llamado Cristo» (1,16) está indicando que en Jesús se ha reconocido al Mesías esperado. En Cristo ha puesto Dios su Espíritu (Is 42, 1). Jesús de Nazaret es aquel a quien «Dios **ungió** con el Espíritu Santo y con poder» (He 10,38). Y según Lucas (4,17-21), el mismo Jesús interpreta la profecía de Isaías (61,1) como cumplida en sí mismo. El es, pues, de manera definitiva el Cristo, Mesías, el Ungido de Dios para la salvación del hombre.

En la Escritura el título de Cristo -Ungido- se aplica primeramente a reyes y sacerdotes, expresando la elección y consagración divinas para su misión. Luego pasa a designar al destinatario de las esperanzas de Israel, al MESIAS. Cristo, aplicado a Jesús de Nazaret, era, por tanto, la confesión de fe en El como Mesías, «el que había de venir», el esperado, en quien Dios cumplía sus promesas, el Salvador de Israel y de las naciones.

Pedro, el día de Pentecostés, lo confiesa con fuerza ante el pueblo congregado en torno al Cenáculo: «Sepa, pues, con certeza toda la casa de Israel que Dios ha constituido Señor y Cristo a este Jesús a quien vosotros habéis crucificado» (He 2,36). Y lo mismo hacían los demás apóstoles, que «no dejaban de proclamar en el templo y por las casas la buena noticia de que Jesús es el Cristo» (He 5,42).

Esto es lo que confesaban con valentía Pablo (He 9,22) y Apolo, que «rebatía vigorosamente en público a los judíos, demostrando con la Escritura que Jesús es el Cristo» (He 18,28; Cfr. He 3,18.20; 8,5.12; 24,24; 26,23). Para lo mismo escribe Juan su Evangelio:

**Jesús realizó en presencia de los discípulos otras muchas señales que no están escritas en este libro. Estas han sido escritas para que creáis que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios, y para que creyendo tengáis vida en su nombre (Jn 20,30).**

## *b) El Mesías esperado*

«Jesús es el Cristo», el Mesías esperado, confiesa la comunidad cristiana, fiel a la predicación apostólica, como la recoge insistentemente el Evangelio.

Ante la aparición de Juan bautizando en el Jordán, las «autoridades judías enviaron desde Jerusalén sacerdotes y levitas a preguntarle: ¿Tú, quién eres? Y él confesó abiertamente: yo no soy el Cristo» (Jn 1,19-20). Y el mismo Bautista, al oír lo que se decía de Jesús, enviará desde la cárcel a dos de sus discípulos con idéntica pregunta: «¿Eres tú el que había de venir o esperamos a otro?» (Lc 7,20).

Esta expectación **mesiánica** nace con los mismos profetas del Antiguo Testamento. Tras el exilio nace en el pueblo piadoso una corriente mesiánica, que recogerá el libro de Daniel. Se esperaba el advenimiento de un mundo nuevo, expresión de la salvación de los justos, obra del **Hijo del Hombre**, a quien Daniel en visión ve «que le es dado el señorío, la gloria y el imperio, y todos los pueblos, naciones y lenguas le sirven. Su dominio es eterno, nunca pasará y su imperio jamás será destruido» (Dan 7,13-14).

En Jesús, confesado como el Cristo, ha visto la comunidad cristiana realizada esta profecía. Cristo es el Hijo del Hombre, como El mismo se denomina tantas veces en el Evangelio. El es quien instaurará el nuevo mundo, salvando al hombre de la esclavitud del pecado.

En el relato evangélico de la confesión de Pedro, Jesús llama bienaventurado a aquel a quien el Padre revela que El es el Cristo:

**Jesús les preguntó: ¿Quién dicen los hombres que es el Hijo del Hombre? Ellos le dijeron: Unos, que Juan Bautista; otros, que Elías; otros, que Jeremías o uno de los profetas. Y El les pregunta- ba: Y vosotros, ¿quién decís que soy yo?. Simón Pedro contestó: Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo. Replicando, Jesús le dijo: Bienaventurado eres Simón, hijo de Jonás, porque no te ha revelado esto la carne ni la sangre, sino mi Padre que está en los cielos (Mt 16,13ss; Mc 8,27-30).**

La confesión que Jesús mismo hace ante el Sumo Sacerdote de ser el Cristo es la razón última que provoca su condena a muerte:

**El Sumo Sacerdote le dijo: Yo te conjuro por Dios vivo que nos**

**digas si Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios. Dicele Jesús: Sí, tú lo has dicho ...Y todos respondieron: Es reo de muerte (Mt 26,63-66).**

Como dice C.H. Dodd: «Un título que El no niega a fin de salvar su vida, no puede carecer de significado para El». En el título de Mesías está encerrada toda su misión, su vida y su persona. El es el mensajero de Dios, que invita a pobres y pecadores al banquete de fiesta, el médico de los enfermos (Mc 2,17), el pastor de las ovejas perdidas (Lc 15,4-7), el que congrega en torno a la mesa del Reino a la «familia de Dios» (Lc 22,29-30).

### *c) Jesús: Hijo del Hombre y Siervo de Yavé*

Hijo del Hombre y Siervo de Yavé definen a Jesús como el Mesías, que trae la salvación de Dios. El es «el que había de venir», que ha venido. Con El ha llegado el Reino de Dios y la salvación de los hombres.

Pero Jesús, frente a la expectativa de un Mesías político, que El rechaza, se da el título de Hijo del Hombre, nacido de la expectativa escatológica de Israel. El trae la salvación para todo el mundo, pero una salvación que no se realiza por el camino del triunfo político o de la violencia, sino por el camino de la pasión y de la muerte en cruz (Filp 2,6ss). Jesús es el Hijo del Hombre, Mesías que entrega su vida a Dios por los hombres 4.

El Mesías, de este modo, asume en sí, simultáneamente, el título de Hijo del Hombre y de Siervo de Yavé (Is 52,13-53,12; 42,1 ss; 49,1 ss; 50,4 ss), cuya muerte es salvación «para muchos». Jesús muere «como Siervo de Dios», de cuya pasión y muerte dice Isaías que es un sufrimiento inocente, aceptado voluntariamente, con paciencia, querido por Dios y, por tanto, salvador.

Al identificarse con el Siervo de Dios y asumir su muerte como muerte «por muchos», es decir, «por todos», se nos manifiesta el modo propio que tiene Jesús de ser Mesías: entregando su vida para salvar la vida de todos. El título que cuelga de la cruz, como causa de condena, se convierte en causa de salvación: «Jesús, rey de los judíos», es decir, Jesús Mesías, Jesús el Cristo. Así lo confesó la comunidad cristiana primitiva, en cuyo seno nacieron los Evangelios.

Mateo comienza el Evangelio con la Genealogía de Jesús, hijo de David, hijo de Abraham. En El se cumplen las promesas hechas

al patriarca y al rey. En El se cumplen las esperanzas de Israel. El es el Mesías esperado. Y Lucas, en su genealogía, va más lejos, remontando los orígenes de Jesús hasta Adán. Así, Jesús no sólo responde a las esperanzas de Israel, sino a las esperanzas de todo hombre, de todos los pueblos. Es el Cristo, el Mesías de toda la humanidad (Mt 1,1-17; Lc 3,23-38).

Cuando Jesús se bautiza en el Jordán, «se abrieron los cielos y vio al Espíritu de Dios que descendía en forma de paloma y se posaba sobre El. Y una voz desde los cielos dijo: Este es mi Hijo amado, en quien me complazco» (Mt 3,16-17). Los cielos, cerrados por el pecado para el hombre, se abren con la aparición de Jesucristo entre los hombres. El Hijo de Dios se muestra en público en la fila de los pecadores, cargado con los pecados de los hombres, como siervo que se somete al bautismo. Por ello se abren los cielos y resuena sobre El la palabra que Isaías había puesto ya en boca de Dios: «He aquí mi siervo a quien sostengo, mi elegido en quien se complace mi alma. He puesto mi Espíritu sobre El» (Is 42,1).

Hijo y **Siervo (pais,** en griego) de Dios unidos, apertura del cielo y sometimiento de sí mismo, salvación universal ofrecida al mundo mediante la entrega de sí mismo a Dios por los hombres: esta es la misión del Mesías.

Del Jordán Jesús, conducido por el Espíritu, pasa al desierto de las tentaciones. Jesús, el Cristo, asume el destino de Israel en el desierto, camino de la realización de la promesa. Pero Jesús no sucumbe a las tentaciones de Israel. A1 rechazar convertir las piedras en pan, manifiesta que no es el Mesías de las esperanzas temporales y caducas; El trae el pan de la vida que no perece. Con la renuncia a la aparición triunfal en la explanada del templo, manifiesta que no es el Mesías político, que busca la salvación en el triunfo y el aplauso. Con el rechazo del tentador, manifiesta su fidelidad al designio del Padre: aunque pase por la humillación y la muerte, la voluntad del Padre es camino de salvación y vida. Donde Israel fracasó, rompiendo las esperanzas de salvación para todos los pueblos, allí triunfa Cristo, llevando así a cumplimiento las promesas de salvación de Dios Padre (Mt 4,1- 11).

Pero es, sobre todo, en la cruz donde Jesús se muestra plenamente como el Mesías, el Cristo, que trae la salvación plena y definitiva, de modo que «es el que había de venir y no tenemos que esperar a otro». En la cruz, Jesús aparece entre



malhechores y los soldados echan a suertes sobre su túnica (dos rasgos del canto del Siervo de Isaías, 53,12). En la cruz, pueblo, soldados y ladrones se dirigen sucesivamente a El con el mismo reto: «Salvó a otros; que se salve a sí mismo, si es el Mesías, el Cristo de Dios», «¿No eres Tú el Mesías? Sálvate a ti mismo y a nosotros» (Lc 23,34-49p). Y en la cruz, sin bajar de ella como le proponen, Jesús muestra que es el Mesías, el Salvador de todos los que le acogen: salva al ladrón que se reconoce culpable e implora piedad, toca el corazón del centurión romano y hace que el pueblo «se vuelva golpeándose el pecho».

Pilato, con la inscripción condenatoria escrita en todas las lenguas entonces conocidas y colgada sobre la cruz, lo proclamó ante todos los pueblos como Rey, Mesías, Cristo. La condena a muerte se convirtió en profesión de fe en la comunidad cristiana. Jesús es Cristo, es Rey en cuanto crucificado. Su ser Rey es el don de sí mismo a Dios por los hombres, en la identificación total de palabra, misión y existencia. Desde la cruz, dando la vida en rescate de los hombres, Cristo habla más fuerte que todas las palabras: El es el Cristo.

Con El la cruz deja de ser instrumento de suplicio y se convierte en madero santo, cruz gloriosa, fuerza de Dios y fuente de salvación para el mundo entero.

Cristo resucitado podrá decir a los discípulos de Emaús -y en ellos a todos los que descorazonados dicen «nosotros esperábamos que El fuera el libertador de Israel»-:

**¡Que insensatos y tardos de corazón para creer todo lo que anunciaron los profetas! ¡No era necesario que el Cristo padeciera eso para entrar así en su gloria! (Lc 24,25-26).**

#### *d) Creo en Jesucristo*

Desde entonces la fe cristiana confiesa que «Jesús es el Señor». O más sencillamente, uniendo las dos palabras en una, integrando el nombre y la misión, le llama: JESUCRISTO.

Esta transformación en nombre propio de la misión unida al nombre, como la conocemos hoy, se llevó a cabo muy pronto en la comunidad cristiana. En la unión del nombre con el título aparece el núcleo de la confesión de fe cristiana. En Jesús se identifican persona y misión. El es la salvación. El es el Evangelio, la buena nueva de la salvación de Dios. Acoger a Cristo es acoger la salvación que Dios nos ofrece. Jesús y su

obra salvadora son una misma realidad. El es **JESUS**: «Dios salva», **Enmanuel**: «Dios con nosotros»:

**Es contrario a la fe cristiana introducir cualquier separación entre el Verbo y Jesucristo. San Juan afirma claramente que el Verbo, que «estaba en el principio con Dios, es el mismo que se hizo carne» (Jn 1,2.14). Jesús es el Verbo encarnado, una sola persona e inseparable: no se puede separar a Jesús de Cristo, ni hablar de un «Jesús de la historia», que sería distinto del «Cristo de la fe». La Iglesia conoce y confiesa a Jesús como «el Cristo, el Hijo de Dios vivo» (Mt 16,16). Cristo no es sino Jesús de Nazaret, y éste es el Verbo de Dios hecho hombre para la salvación de todos. En Cristo «reside toda la plenitud de la divinidad corporalmente» (Col 2,9) y «de su plenitud hemos recibido todos» (Jn 1,16). El «Hijo único, que está en el seno del Padre» (Jn 1,18), es el «Hijo de su amor, en quien tenemos la redención. Pues Dios tuvo a bien hacer residir en El toda la plenitud, y reconciliar por El todas las cosas, pacificando, mediante la sangre de su cruz, lo que hay en la tierra y en los cielos» (Col 1,13-14.19-20)5.**

Jesús no ha traído una doctrina, que puede desvincularse de El; ni una moral, que se puede vivir sin El; ni una religión, que puede vivirse, irénicamente, con todos los creyentes en Dios, prescindiendo de El.

Confesar a Jesús como Cristo, invocarle con el nombre de Jesucristo, significa profesar que El se ha dado en su palabra. En El no existe un **yo** que pronuncie palabras, que enseñe verdades o dé normas de vida, sino que El se ha identificado de tal manera con su palabra que son una misma cosa: El es la Palabra. Y lo mismo vale con relación a su obra: su obra salvadora es el don de sí mismo.

La fe en Jesús como Cristo es, pues, una fe personal. No es la aceptación de un sistema, de una doctrina, de una moral, de una filosofía, sino la aceptación de una personal.

Por otra parte, reconocer al Cristo en Jesús significa unir fe y amor como única realidad. El lazo de unión entre Jesús y Cristo, es decir, la inseparabilidad de su persona y su obra, su identidad como persona con su acto de entrega, son el lazo de unión entre fe y amor: el amor en la dimensión de la cruz, como se ha manifestado en Cristo, es el contenido de la fe cristiana. Por eso, una fe que no sea amor no es verdadera fe cristiana. El divorcio entre fe y vida es imposible en la fe cristiana 7.

## **2. SU UNICO HIJO**

## *a) El Cristo es Hijo de Dios*

La confesión de Jesús como Cristo supera todas las expectativas mesiánicas de Israel y de cualquier hombre. Jesús de Nazaret, el Mesías, es el Hijo de Dios. Si Jesús no sólo ama, sino que es amor, es porque El es Dios, el único ser que es **amor** (1Jn 4,8.16). La radical mesianidad de Jesús supone la filiación divina. Sólo el Hijo de Dios es el Cristo. No hay otro nombre en el que podamos hallar la salvación (He 4,12). Como dirá San Cirilo de Jerusalén a los catecúmenos:

**Quienes aprendieron a creer «en un solo Dios, Padre omnipotente» deben creer también «en su Hijo Unigénito», porque «quien niega al Hijo no posee al Padre (1 Jn 2,23). Dice Jesús: «Yo soy la puerta» (Jn 10,9), «nadie va al Padre sino por mí» (Jn 14,16); si, pues, niegas a la puerta, te cierras el acceso al Padre, pues «ninguno conoce al Padre sino el Hijo y aquel a quien el Hijo se lo revele». Pues si niegas a aquel que revela, permanecerás en la ignorancia. Dice una sentencia de los Evangelios: «El que cree en el Hijo tiene vida eterna; el que rehúsa creer en el Hijo, no verá la vida, sino que la cólera de Dios permanece sobre él» (Jn 3,36)8.**

En Cristo los hombres tenemos acceso a la vida misma de Dios Padre (Ef 3,11-12). Participando en su filiación entramos en el seno del Padre: «¡Padre, los que Tú me has dado, quiero que donde yo esté estén también conmigo, para que contemplan mi gloria, la que me has dado, porque me has amado antes de la creación del mundo!» (Jn 17,24). Por ello «quien confiese que Jesús es el Hijo de Dios, Dios permanece en él y el en Dios» (1Jn 4,15;5,9-12).

Hablar del Hijo de Dios es hablar de la acción salvífica de Dios, pues «El que no perdonó ni a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros, ¿cómo no nos dará con El gratuitamente todas las cosas?» (Rom 8,32). Mediante el Hijo del Padre, recibimos la reconciliación con Dios (Rom 5,10), la salvación y el perdón de los pecados (Col 1,14) y nos hacemos también nosotros hijos de Dios:

**Pues, al llegar la plenitud de los tiempos, envió Dios a su Hijo, nacido de mujer, nacido bajo la ley, para rescatar a los que se hallaban bajo la ley, a fin de que recibiéramos la filiación adoptiva. La prueba de que sois hijos es que Dios ha enviado a nuestros corazones el Espíritu de su Hijo que clama: ¡Abba, Padre! De modo que ya no eres esclavo, sino hijo; y si hijo, también heredero por voluntad de Dios (Gál 4,4-7).**

En Cristo se nos ha mostrado luminoso el rostro de Dios y nuestro verdadero rostro de hombre. En Cristo, el Hijo, Dios se

nos ha mostrado como Padre y, al mismo tiempo, nos ha permitido conocer su designio sobre el hombre: llegar a ser hijos suyos acogiendo su Palabra, es decir, a su Hijo (Jn 1,12):

**Muchas veces y de muchos modos habló Dios en el pasado a nuestros padres por medio de los profetas: en estos últimos tiempos nos ha hablado por medio del Hijo a quien constituyó heredero de todo, por quien también hizo los mundos, siendo resplandor de su gloria e impronta de su sustancia (Heb 1,1-3).**

Jesús, como Hijo, es la revelación última, plena y definitiva de Dios. En El Dios ya no dice, sino que se dice, se da. Jesús es el Hijo de Dios, que existía en el principio, estaba con Dios y era Dios (Jn 1,1). Al encarnarse, Dios está ya definitivamente con nosotros. El es Emmanuel: «Dios con nosotros» (Cfr. Mt 1,23; Ap 21,2; Zac 8,23).

Jesús es el Hijo eterno del Padre. Si se nos muestra como Hijo, no es -como en nuestro caso- porque se haga o llegue a ser Hijo; lo es, no por elección o adopción, sino por naturaleza: «Hijo consustancial con el Padre» desde antes de los siglos, como confesará el Credo de Nicea. Y como explicará San Cirilo en sus catequesis:

**Cristo es Hijo natural. No como vosotros, los que vais a ser iluminados, sois hechos ahora hijos, pero en adopción por gracia, según lo que está escrito: «A todos los que lo recibieron les dio poder de hacerse hijos de Dios, a los que creen en su nombre. Ellos no nacieron de sangre, ni de deseo de carne, ni de deseo de hombre, sino que nacieron de Dios» (Jn 1,12-13). Y nosotros nacemos ciertamente del agua y del Espíritu (Jn 3,5), pero no es así como Cristo ha nacido del Padre 9.**

La relación filial de amor y confianza, de conocimiento y revelación, de autoridad y poder salvífico entre el Hijo y el Padre se prolongan en una relación de naturaleza.

Jesús, el Hijo encarnado, revela y nos hace partícipes en el tiempo de la relación y comunión personal que El tiene con el Padre desde siempre. Desde Jesús, en la historia humana, conocemos la naturaleza y eternidad de Dios. Lo que Jesús es entre nosotros de parte de Dios lo es en sí desde la eternidad. «Las procesiones fundan las misiones y las misiones corresponden a las procesiones», decía la teología clásica. Y K. Rahner lo traduce hoy diciendo que «la trinidad económica es la trinidad inmanente». O, dicho de otra manera con C. Dodd, en su exégesis del cuarto Evangelio:

**La relación de Padre a Hijo es una relación eterna, no alcanzada**

en el tiempo y que tampoco termina con esta vida o con la historia del mundo. La vida humana de Jesús es, por decirlo así, una proyección de esta relación eterna (que es amor divino) sobre el área del tiempo. Y esto, no como un mero reflejo o representación de la realidad, sino en el sentido de que el amor que el Padre tuvo por el Hijo «antes de la fundación del mundo» y al que Este corresponde perpetuamente, opera activamente en toda la vida histórica de Jesús. Esa vida despliega la unidad del Padre y del Hijo en modos que pueden describirse como *conocimiento o inhabitación*, pero que son tales, no en el sentido de contemplación ensimismada, sino en el sentido de que el amor de Dios en Cristo crea y condiciona un ministerio activo de palabra y obra, en el que las palabras son «espíritu y vida» y las obras son «signos» de la vida y de la luz eternas; un ministerio que es también un conflicto agresivo con los poderes hostiles a la vida y que termina en victoria de la vida sobre la muerte *a través de la muerte*. El amor de Dios así derramado en la historia, lleva a los hombres a la misma unidad de la que la relación del Padre y del Hijo es el arquetipo eterno 10.

La confesión de la filiación divina de Jesús no es una curiosidad racional. Es una buena noticia, fruto de la experiencia cristiana de la Iglesia: el cristiano no es ya hijo de la ira, ni está condenado a la orfandad definitiva que acosa a todo ser finito, ni vive amenazado por la soledad irremediable. En Jesús, el Hijo Unigénito del Padre, el cristiano ve realizada la llamada de Dios a la **vida eterna**. Dios tiene un Hijo, es decir, no es soledad sino comunión y, por ello, la vocación del hombre, creado a imagen de Dios, es llegar a ser en Cristo hijo de Dios, pasar de la soledad y aislamiento en que le ha encerrado el pecado a la comunión eterna con Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo 11.

Esta es la fe de la Iglesia desde los orígenes hasta nuestros días. La confesión de Jesús como Hijo de Dios, en quien Dios nos asume a una existencia filial, es lo que confesamos en el Credo, eco vivo y permanente de la Escritura.

Marcos llama a todo su Evangelio: «Evangelio de Jesucristo, Hijo de Dios» (Mc 1,1) y concluye la vida de Jesús con la profesión de fe del centurión romano, quien al ver la muerte de Cristo confiesa: «Verdaderamente este hombre era Hijo de Dios» (Mc 15,39).

Y el Apóstol Pablo afirmará con vigor que su evangelio no es otra cosa que el anuncio de esta buena nueva: Jesús es el Hijo de Dios (Rom 1,3), que enviado por el Padre murió por nosotros para hacernos conformes a El y, así, participar de su vida filial (Rom 8,3.29-32). Y Juan concluirá su Evangelio con la misma confesión: Estos signos han sido escritos **para que creáis que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios**, y para que creyéndolo

tengáis vida en su nombre» (Jn 20,31). Pues « en esto se manifestó el amor que Dios nos tiene: en que envió al mundo a su Hijo único para que vivamos por medio de El. En esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que El nos amó y nos envió a su Hijo como propiciación por nuestros pecados» (1 Jn 4.9-10).

Para Juan, pues, como para Pablo, la fe se centra en la confesión de Jesús como Mesías e Hijo de Dios. Quienes por la fe entran en comunión con El pasan a una existencia nueva, tienen vida eterna, participando de la vida del Hijo:

**A todos los que le recibieron les dio poder de hacerse hijos de Dios, a los que creen en su nombre, los cuales no han nacido de sangre, ni de deseo de carne, ni de deseo de hombre, sino que han nacido de Dios. Y la Palabra se hizo carne y puso su Morada entre nosotros. Y hemos contemplado su gloria, gloria que recibe del Padre como Hijo único, lleno de gracia y de verdad... Y de su plenitud hemos recibido gracia sobre gracia (Jn 1,12-16).**

Por ello, Pablo cantará lleno de exultación:

**Bendito sea Dios,  
Padre de nuestro Señor Jesucristo,  
que nos ha bendecido en la Persona de Cristo  
con toda clase de bienes espirituales y celestiales...  
El nos ha destinado en la Persona de Cristo,  
por pura iniciativa suya,  
a ser sus hijos,  
para que la gloria de su gracia,  
que tan generosamente nos ha concedido  
en su querido Hijo,  
redunde en alabanza suya (Ef 1,3-6).**

*b) El crucificado es el Hijo de Dios*

¿En qué realidad se funda esa especial relación de Jesús con Dios que nos permite llamarle Hijo, el Hijo Unigénito, el Hijo querido? El Nuevo Testamento nos describe esa relación filial de Jesús con Dios Padre. Jesús se dirige a Dios con una palabra del lenguaje familiar, como se dirige un niño a su padre, expresando su infinita confianza y amor: **Abba**, papá.

Jesús es confesado como Hijo único -Unigénito- y como Primogénito de muchos hermanos. Los Padres se complacen en comentar esta riqueza y la diferencia que hay entre los dos títulos:

**En cuanto es Unigénito (Jn 1,18) no tiene hermanos, pero en cuanto Primogénito (Col 1,15) se ha dignado llamar hermanos (Heb 2,11) a todos los que, tras su primacía y por medio de ella**

**(Col 1,18), renacen para la gracia de Dios por medio de la filiación adoptiva, como nos lo enseña el Apóstol (Gál 4,5-6; Rom 8,15-16). Es, pues, único el Hijo natural de Dios, nacido de su sustancia y siendo lo que es el Padre: Dios de Dios, Luz de Luz. Nosotros, en cambio, no somos luz por naturaleza, sino que somos *iluminados* por aquella Luz, para poder iluminar con la sabiduría. Pues «El era la Luz verdadera que ilumina a todo hombre que viene a este mundo» (Jn 1,9)12.**

En forma parecida se expresan otros muchos Padres:

**Los dos vocablos, -Unigénito y Primogénito-, se dicen de la misma persona, pero hay mucha diferencia entre unigénito y primogénito ...Esto es lo que nos enseña la Escritura. Refiriéndose al Unigénito dice que «hemos visto su gloria como gloria del Unigénito salido del Padre, lleno de gracia y de verdad» (Jn 1,14); y también que «el Unigénito está en el seno del Padre» (Jn 1,14), siendo conocido como Unigénito por la unión con su Padre... Tal es el significado de Unigénito: el único engendrado por el Padre, con quien siempre existe... Con respecto al Primogénito, entendemos su significado a la luz de estas palabras: «A los que de antemano conoció los predestinó a reproducir la imagen de su Hijo, a fin de que El sea Primogénito entre muchos hermanos» (Rom 8,29); nos da a entender el Apóstol, llamándole Primogénito, que tiene muchos hermanos, pues son muchos los que participan de la filiación divina13.**

**Creemos en «Jesucristo, su único Hijo», pues aunque hay muchos hijos por gracia, sólo El lo es por naturaleza, siendo «nuestro Señor» por habernos librado del servicio a tantos y tan crueles señores, para no volver a la condición primera sino permanecer en la libertad lograda14.**

Esta filiación es el fundamento de la reciprocidad de señorío y salvación entre Jesús y el Padre. Aquellos a quien Jesús acoge son acogidos por Dios; a quienes incorpora en su comunión son reconocidos por Dios. La aceptación o rechazo de Jesucristo determinan el destino del hombre ante Dios (Lc 9,48; 10,16; Jn 13,20).

La filiación de Jesús es proclamada por la voz del Padre en el bautismo y en la transfiguración: «Este es mi Hijo amado, en quien me complazco: escuchadle» (Mt 17,5; 3,17; 1 Jn 5,9-12; 2 Pe 1,17-18). Como Hijo de Dios es confesado por los discípulos ante el milagro inesperado de la tempestad calmada (Mt 14,33); es también la confesión de Pedro, inspirado por el Padre mismo: «Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios» (Mt 16,16) y hasta como acusación en el proceso es proclamado -y condenado- como Hijo de Dios (Mt 26,63); así lo llaman quienes lo ven en la cruz con compasión, en burla o como confesión de fe (Mt 27, 40.43.54).

Hijo de Dios es una expresión que hallamos en el Antiguo Testamento aplicada al rey de Israel, no como engendrado por

Dios, sino como el elegido de Dios. Pero ya en el Antiguo Testamento la filiación divina por elección del rey se convirtió en profecía, en promesa de que un día surgiría un rey que con razón podría decir: «Voy a anunciar el decreto de Yavé: El me ha dicho «Tú eres mi Hijo, hoy te he engendrado» (Sal 2,7)

La comunidad cristiana creyó realizada esta profecía en la resurrección de Jesús: «También nosotros -proclama Pablo- os anunciamos la Buena Nueva de que la promesa hecha a los padres Dios la ha cumplido en nosotros, los hijos, al resucitar a Jesús, como está escrito en los salmos: «**Hijo mío eres Tú; yo te he engendrado hoy**» (He 13,32-33). «Este **hoy** no es reciente, sino eterno. Es un **hoy** sin tiempo, anterior a todos los siglos: «Antes de la aurora te engendré» (Sal 110,3)15.

La paradoja es tremenda. Es una contradicción creer que el que ha muerto crucificado en el Gólgota es la persona de quien se habla en este salmo dos. ¿Qué significa esta confesión de fe? Afirma que la esperanza en el rey futuro de Israel se realiza en el crucificado y resucitado. Expresa la fe de que aquel que murió en cruz, renunció al poder del mundo, prohibió la espada y no respondió al mal con el mal, sino que respondió dando la vida por quienes le crucificaban, El es el que recibe la voz de Dios, que le dice: «Tú eres mi Hijo, hoy te he engendrado».

Al fracasado, al que, colgado en la cruz, le falta un trozo de tierra donde apoyar la cabeza, al despojado de sus vestidos, al abandonado incluso de Dios, a El se dirige el oráculo del Señor: «Tú eres mi Hijo. Hoy -en este lugar- te he engendrado. Pídeme y haré de las gentes tu heredad, te daré en posesión los confines de la tierra».

Si los títulos de Cristo, Hijo del Hombre y Siervo de Yavé se unifican en Jesús, lo mismo ocurre con los apelativos de Rey, Hijo y Siervo de Yavé. En cuanto Rey es Siervo, y en cuanto Siervo es Rey. Servir a Dios es reinar. Porque el servicio a Dios es la obediencia libérrima del Hijo. La palabra griega **país** une los dos significados: siervo e hijo. Jesús es todo El Hijo, Palabra, Misión, Servicio. Su obra desciende hasta el fundamento de su ser, identificándose con El. Y precisamente porque su ser no es sino servicio, es Hijo. Quien se entrega al servicio por los demás, el que pierde su vida, vaciándose de sí mismo es el verdadero hombre, que llega a la estatura adulta de Cristo, crucificado por los demás. En ese amor se da la unión del hombre y Dios: «Todo es vuestro, vosotros de Cristo y Cristo de Dios» (1 Cor 3,23)16.



La simultaneidad de Hijo y Siervo, de gloria y servicio, la ha confesado y cantado Pablo en la carta a los filipenses (2,5-11). Cristo, siendo igual a Dios, no codició tal igualdad, sino que descendió a la condición de esclavo, hasta el pleno vaciamiento de sí en obediencia filial al Padre, que **por ello** le exaltó a su derecha en la gloria.

En conclusión, para el Evangelio de Juan, Jesús es sin más **el Hijo** y Dios es **el Padre**. Y para Pablo Dios es el **Padre de Jesucristo**. La invocación **Abba** -Padre- es una de las pocas palabras que la comunidad cristiana conservó sin traducir del arameo, conservándola tal y como la pronunciaba Jesús, con toda la familiaridad e intimidad con Dios que ella supone. Así la comunidad cristiana afirmó que esa intimidad con Dios pertenecía personalmente a Jesús y sólo a El: «Sería irrespetuoso para un judío y, por tanto, inconcebible, dirigirse a Dios con este término tan familiar. Fue algo nuevo e inaudito el hecho de que Jesús diese ese paso... La invocación de Jesús a Dios nos revela la espina dorsal de su relación con Dios». Pero lo más inaudito, la buena y sorprendente noticia es que Jesús «nos amaestró» para que también nosotros «nos atreviéramos» a dirigirnos a Dios de la misma manera, con la misma intimidad, llamándole: **Abba** 17.

Y como dice San Cirilo de Jerusalén:

**Si a la confesión de Pedro de Jesús «como Hijo de Dios vivo», el Salvador replicó con una bienaventuranza, confirmando que se lo había revelado su Padre celestial, quien reconoce, pues, a nuestro Señor Jesucristo como Hijo de Dios, participa de esta bienaventuranza; el que niega, en cambio, al Hijo de Dios es infeliz y desgraciado 18.**

### **3. NUESTRO SEÑOR**

Jesús, al vaciarse totalmente de sí mismo, en obediencia filial, se convierte en Señor de todo el universo:

**Cristo, a pesar de su condición divina, no retuvo ávidamente el ser igual a Dios, al contrario, se anonadó a sí mismo tomando la condición de siervo, pasando por un hombre de tantos. Y así, actuando como un hombre cualquiera, se rebajó obedeciendo hasta la muerte y muerte de cruz.**

**Por eso Dios lo exaltó sobre todo**

**y le concedió el nombre sobre todo nombre;  
de modo que al nombre de Jesús  
se doble toda rodilla  
en el cielo, en la tierra y en los abismos  
y toda lengua confiese  
QUE CRISTO ES SEÑOR  
PARA GLORIA DE DIOS PADRE. (Filp 2,6-11).**

El que no se apropia nada, sino que es pura relación al Padre, se identifica con El: es 'Dios de Dios', es el Señor ante quien se inclina reverente el universo. El Cordero, degollado en obediencia al Padre como ofrenda por los hombres, es digno de recibir la liturgia cósmica, el honor y la gloria del universo:

**Oí un coro inmenso de voces que cantaba un cántico nuevo:  
Digno es el Cordero degollado de recibir el poder, la riqueza y la  
sabiduría, la fuerza y el honor, la gloria y la alabanza.**

**Y todas las criaturas que existen en el cielo y sobre la tierra y  
debajo de la tierra y en el mar, y todo cuanto en ellos se  
contiene, cantaban:**

**Al que se sienta en el trono y al Cordero la alabanza, el honor, la  
gloria y el poder por los siglos de los siglos. (Ap 5,9ss).**

Jesús es la imagen que Dios ha proyectado de sí mismo hacia los hombres y el espejo del hombre ante Dios. El rostro de Dios brilla en Jesús y en Jesús se revela al hombre el verdadero ser del hombre. Jesucristo revela qué es el hombre delante de Dios y qué es Dios para el hombre. El es Hijo de Dios y es nuestro Señor:

**En Cristo hay una sola Persona con una doble naturaleza, de modo que el Hijo de Dios y el Hijo del Hombre no es más que «un solo Señor», que tomó la condición de siervo por decisión de su bondad y no por necesidad. Por su poder se hizo humilde, por su poder se hizo pasible, por su poder se hizo mortal... para así destruir el imperio del pecado y de la muerte<sup>19</sup>.**

La Escritura expresa la resurrección y exaltación de Jesús con la confesión de fe en Cristo como **Kirios**: «Jesús es el Señor» (Rom 10,9; 1Cor 12,3; Filp 2,11). Es la confesión cultual de la comunidad cristiana: **Maranathá**: «Ven, Señor» (1 Cor 16,22; Ap 22,20; Didajé 10,10,6). Pablo llama **Kirios** al Señor presente y exaltado en la gloria junto al Padre. Exaltado a la derecha del Padre, está también presente por su Espíritu en la Iglesia (2 Cor 3,17), sobre todo, en la Palabra y en la Celebración eucarística. El Señor presente en la Iglesia hace al apóstol y a cada cristiano servidores suyos:

**Pues ninguno de nosotros vive para sí mismo, y nadie muere para sí mismo; si vivimos, vivimos para el Señor; y si morimos,**

**morimos para el Señor; vivamos o muramos, pertenecemos al Señor. Para esto murió Cristo y retomó a la vida, para ser Señor de vivos y muertos (Rom 14,7-9; 1 Tim 1,2,12).**

**Para nosotros no hay más que un solo Dios, el Padre, y un solo Señor, Jesucristo, por quien son todas las cosas y también nosotros (1 Cor 8,6).**

La confesión de Jesús como **Señor** forma parte del contenido más antiguo de la tradición bíblica y de la formación del Credo cristiano. Pablo encuentra esta confesión en las comunidades cristianas cuando se convierte a Cristo (He 26,16). Es una fórmula litúrgica, que se proclama como don del Espíritu Santo: «Jesús es el Señor» (1Cor 12,3); es intercesión: **Kyrie eleison**: «Señor, ten piedad»; como intercesión es la conclusión de todas las oraciones litúrgicas: «Por Cristo, nuestro Señor». De tal modo está unida la confesión de Cristo como Señor a la celebración litúrgica que nos reunimos para celebrarla «el día del Señor» (Cfr. Ap 1,10). Y lo que celebramos, lo vivimos luego en la historia. De aquí la invocación permanente del Señor -oración del corazón- de la Iglesia oriental, «pues todo el que invoque el nombre del Señor se salvará» (He 2,21; Rom 10,13; Jn 20,28).

A causa de esta confesión de Cristo como Señor, los primeros cristianos entraron en conflicto con el Imperio y con el culto al Emperador. En las persecuciones que sufrieron los cristianos de los primeros siglos, fueron muchos los **mártires** que murieron confesando a Cristo como Señor, como único Señor (Cfr. 1Cor 15,31), negándose a pronunciar siquiera «Kaesar Kyrios». La confesión de Cristo como Señor es hoy, como ayer, el fundamento de la libertad cristiana frente a tantos **señores** que presumen de poseer la clave de salvación de la humanidad y reclaman para sí el poder y la gloria. Frente a todos estos señores, la Iglesia de nuestro tiempo proclama, en fidelidad a la tradición apostólica del Credo, que «Jesucristo es la clave, el centro y el fin de toda la historia humana» (GS, n.10), pues «el Señor es el punto de convergencia hacia el cual tienden los deseos de la historia humana, centro de la humanidad, gozo del corazón humano y plenitud total de sus aspiraciones» (n.45).

Ser cristiano es reconocer a Jesucristo como Señor, vivir sólo de El y para El, caminar tras su huellas, en unión con El, en obediencia al Padre y en entrega al servicio de los hombres. Ser en Cristo, vivir con Cristo, por Cristo y para Cristo es amar en la dimensión de la cruz, como El nos amó y nos possibilitó con su Espíritu. Esta es la buena noticia que resuena en el mundo desde que el ángel lo anunció a los pastores en Belén:

**Os anuncio una gran alegría, os ha nacido hoy, en la ciudad de David, un Salvador, que es el Cristo Señor (Lc 2,10-11). De lo cual, en otro lugar, dice uno de los apóstoles: El ha enviado su Palabra a los hijos de Israel, anunciándoles la Buena nueva de la paz por medio de Jesucristo que es Señor de todo (He 10,36)20.**

Los cristianos, pues, reconocen y confiesan que «para nosotros no hay más que un sólo Señor, Jesucristo (1Cor 8,6; Ef 4,5). Con la confesión de «Señor nuestro» excluyen, por tanto, toda servidumbre a los ídolos y señores de este mundo, viviendo la renuncia a ellos que hicieron en su bautismo y confesando el poder de Cristo sobre ellos (Rom 8,39; Filp 3,8). En efecto, quienes antes de creer en el Señor Jesús **sirvieron** a los ídolos (Gál 4,8; 1Tes 1,9; 1Cor 12,2; 1Pe 4,3) y fueron **esclavos** de la ley (Rom 7,23.25; Gál 4,5), del pecado (Rom 6,6.16-20; Jn 8,34) y del miedo a la muerte (Heb 2,14), por el **poder de Cristo** fueron liberados de ellos, haciéndose «siervos de Dios» y «siervos de Cristo» (Rom 6,22-23; 1Cor 7,22), «sirviendo al Señor» (Rom 12,11) en la libertad de los hijos de Dios, que «cumplen de corazón la voluntad de Dios» (Ef 6,6), «conscientes de que el Señor los hará herederos con El» (Col 3,24; Rom 8,17).

.....

**1. F. FRISOGLIO, Cristo en los Padres de la Iglesia. Antología de textos, Barcelona 1986.**

**2. SAN CIRILO DE JERUSALEN, Catequesis X,4.**

**3. SAN PEDRO CRISOLOGO, Sermón 58.**

**4. Mc 2,10.27; 8,31; 9,31; 10, 33.45; 13,26; Lc 7,34; 9,58; 12,8-9; Mt 25,32.**

**5. Redemptoris Missio, n.6.**

**6. Cfr. J. RATZINGER, o.c., p. 172ss; J.M. SANCHEZ CARO, Creo en Jesucristo, en El Credo de los cristianos, o.c., p. 65-80; W. KASPER, Jesús, el Cristo, Salamanca 1976, p. 122-137.**

**7. Cfr. J. RATZINGER, o.c., p. 172-178.**

**8. SAN CIRILO DE JERUSALEN, Catequesis X 1.**

**9. SAN CIRILO DE JERUSALEN, Catequesis XI,9.**

**10. C.H. DODD, Interpretación del cuarto Evangelio, Madrid 1978, p. 265.**

**11. Cfr. O.G. DE CARDEDAL, Creo en Jesucristo Hijo de Dios, en El Credo de los cristianos, o.c., p. 81-100.**

**12. SAN AGUSTIN, De Fide et Symbolo, II,3-4,7.**

- 13. TEODORO DE MOPSUESTIA, Homilía II 1-V 6.**
- 14. SAN PEDRO CRISOLOGO, Sermón 57.**
- 15. SAN CIRILO DE JERUSALEN, Catequesis XI, 5.**
- 16. J. JEREMIAS, O.c., p. 29-38.**
- 17. Cfr. C. GURRE, Padre, nombre propio de Dios, Concilium 163 (1981) 370ss.**
- 18. SAN CIRILO DE JERUSALEN, Catequesis XI, 3.**
- 19. SAN LEON MAGNO, Homilía 46,1.**
- 20. SAN CIRILO DE JERUSALEN, Catequesis X, 10.**

## QUE FUE CONCEBIDO POR OBRA Y GRACIA DEL ESPIRITU SANTO,

### NACIO DE SANTA MARIA VIRGEN

#### 1. EL VERBO SE HIZO CARNE

El origen último de Jesucristo, cuyo despliegue histórico confiesa el Credo, se hunde en Dios. Es el Hijo eterno de Dios el que se reviste de la carne humana, entrando en el linaje de David (Rom 1,3).

Jesús «nació del Espíritu Santo y de María Virgen». Esta profesión de fe acentúa el **nacimiento humano** de Jesús, de quien antes se ha confesado que es el Hijo único de Dios. El Símbolo es la forma original con la que la Iglesia primitiva expresó su fe. Y la profesión de fe en el nacimiento de Jesús de la Virgen María pertenece desde el principio a todos los Símbolos. Es, pues, parte integral de la fe de la Iglesia:

**El Verbo se hizo hombre por designio de Dios Padre, naciendo para salvación de los creyentes y destrucción de los demonios... Tapaos, pues, los oídos cuando alguien os hable fuera de Jesucristo 1, descendiente del linaje de David e hijo de María; que nació verdaderamente y comió y bebió 2.**

El cristianismo es un acontecimiento y no un conjunto de ideas o exigencias morales. Por ello, lleva en su seno, a causa de sus raíces históricas, un escándalo insuprimible. A Dios se le encuentra en la historia y en la existencia concreta e histórica de Jesús. El hombre, pues, para creer en Jesús, Hijo de Dios encarnado, debe pasar no tanto por la coherencia racional cuanto por la **locura** de la cruz, por la aceptación de una predicación, por la audición de la fe transmitida, por la debilidad de los signos que encaminan pero no fuerzan. Pero esa debilidad de Dios, esa necedad, esa obediencia de la fe, son fuerza de Dios y poder salvador. La comunicación de Dios se ofrece al hombre personalmente y no mediante principios o verdades. La fe no se razona sino que se testimonia. Lo sorprendente de los caminos de Dios en Jesucristo no puede ser invento humano ya

que rompe todos los esquemas y contrasta, superándolas, con todas las expectativas humanas.

De aquí que los que habían calculado el futuro y el poder de Dios se cerraron a los inescrutables caminos de Dios y no reconocieron a Jesús, quien se convirtió para ellos en piedra de tropiezo y de escándalo, lo que les llevó al rechazo: «¡Dichoso el que no se escandaliza de mí!», proclamó El mismo. Como dice Pascal, en Jesús de Nazaret había suficiente luz y suficiente oscuridad; suficiente luz para que vieran los que deseaban ver, y suficiente oscuridad para que no vieran los que no querían ver.

#### *a) Por nosotros*

En forma de kerigma, de plegaria eucarística o de Credo, la Iglesia confiesa siempre su fe en Jesucristo, en quien se han cumplido las profecías. Con su nacimiento<sup>3</sup> se inauguró la edad nueva, inicio de una vida nueva, de un hombre nuevo y de un mundo nuevo:

**El Hijo de Dios, descendiendo al seno de la Virgen se revistió de carne por obra del Espíritu Santo. Dios se unió con el hombre. Como Mediador entre Dios y el hombre, el Verbo se revistió del hombre para llevarlo al Padre. ¡Cristo quiso ser hombre, para que el hombre pueda ser lo que es Cristo! Pues el Padre, con el fin de conservarnos y darnos la vida, envió a su Hijo, para que nos redimiese; y este Hijo quiso ser y hacerse hombre, para hacernos hijos de Dios 4.**

La humanización de Dios inauguró la divinización del hombre. «Admirable comercio», dirá san León Magno, entre Dios y el hombre. El nos entregó su divinidad haciéndose hombre, para hacer a los hombres Dios. La kénosis del Hijo de Dios le llevó a «acampar entre nosotros», siendo su cuerpo como el «nuevo templo» (Jn 2,19-21) donde mora Dios para **estar, hablar y actuar** salvíficamente **entre** los hombres y **para** los hombres. Quienes le vieron encarnado, «vieron con sus ojos, contemplaron, palparon con sus manos» la **gloria** que antes «estaba vuelta hacia el Padre y que se nos manifestó a nosotros» cual «gloria que recibe del Padre como Hijo único lleno de gracia y de verdad»<sup>1</sup>.

#### *b) Epifanía del amor de Dios*

La encarnación de Cristo es la **epifanía** del amor de Dios al hombre pecador. Siendo El la **vida** «bajó del cielo para dar vida al mundo» (Jn 6,33-63), para hacernos partícipes de la «vida eterna» (Jn 3,16.36; 10,10), «pasándonos de la muerte a la

vida» (Jn 5,24). El es Jesús: «Dios salva» (Mt 1,21). Por ello, pudo decir que «había venido a llamar a los pecadores» y «a salvar lo que estaba perdido» (Mc 2,17; Lc 19,10).

En la plenitud de los tiempos, Dios envió a su Hijo, nacido de mujer, bajo la ley, para rescatar a los que se hallaban bajo la ley, y para que recibiéramos la filiación adoptiva (Gál 4,4). Nuestra condición humana en el nacer y nuestra existencia en situación de esclavitud han sido libremente aceptadas por el Hijo de Dios, que quiso participar de nuestra condición humana plenamente. Se ha hecho hombre hasta el fondo, hasta la muerte, hasta la cruz, hasta el «infierno».

Dios quiso revestirse del hombre que había caído para que «como por un hombre entró el pecado en el mundo y por el pecado la muerte, alcanzando a todos los hombres... Así, y mucho más, la gracia de Dios se desbordó sobre todos por un solo hombre: Jesucristo» (Rom 5,12.15ss). «Porque, habiendo venido por un hombre la muerte, también por un hombre viene la resurrección de los muertos. Pues del mismo modo que en Adán mueren todos, así también todos revivirán en Cristo» (1Cor 15,21-22). En un bello texto, dirá San Ambrosio:

**Pues El se hizo Niño, para que tú pudieses hacerte adulto; estuvo entre pañales, para que tú pudieses ser desligado de los lazos de la muerte; fue puesto en un pesebre, a fin de que tú lo seas sobre el altar; estuvo en la tierra, para poder tú estar en el cielo; no había puesto en el mesón para El, a fin de que tú «tuvieses muchas moradas en el cielo» (Jn 14,2). El «se hizo pobre por causa nuestra, siendo rico, para enriquecernos con su pobreza» (2Cor 8,9). ¡Su pobreza es, pues, mi patrimonio, la debilidad del Señor es mi fuerza! Prefirió para sí la indigencia, para poder ser pródigo con todos. Los llantos, que acompañaron a los gemidos de su infancia, me purifican. ¡Mis culpas son lavadas con sus lágrimas! Soy, pues, Señor Jesús, más deudor tuyo por las injurias que has sufrido para redimirme, que por las obras que has realizado al crearme. ¡De nada serviría el nacer sin la gracia de la redención! 6.**

## **2. CONCEBIDO POR EL ESPIRITU SANTO**

a) Jesús: *Hijo* del Padre

En la concepción virginal de Jesús se excluye la colaboración de varón: «Fue concebido por obra del Espíritu Santo». El Espíritu Santo -la ruah Yavé-, sin embargo, no es el Padre de Jesús. Jesús es engendrado «por el Padre antes de todos los siglos» y se hace hombre, siendo engendrado en María por la acción trascendente del Espíritu de Dios. Como el primer Adán, «figura



de aquel que había de venir» (Rom 5,14), fue plasmado por Dios, sin tener por padre a un hombre, así «el segundo Adán» (1Cor 15,47), que recapitulaba en sí a Adán, debía tener la semejanza de la misma generación (S. Ireneo).

El encuentro entre Dios y el hombre, entre la trascendencia y la historia humana, es real, pero se cumple en el Espíritu. De aquí que sea ilusorio intentar sorprender a Dios creando, resucitando, introduciendo a su Hijo en el mundo. La acción de Dios no se descubre al margen de la experiencia de la fe. La Escritura, que surgió en la Iglesia como sedimentación de su experiencia creyente, celebrativa y misionera, sólo se comprende a través de la vida y fe de la Iglesia:

**¿Quién puede explicarlo? ¿Qué inteligencia puede comprender y qué labios expresar no ya cómo «en el principio era el Verbo», sino cómo «se hizo carne», escogiendo a una Virgen para hacerla su Madre y, haciéndola Madre, conservarla Virgen? ¿Cómo es Hijo de Dios sin madre que lo conciba, e Hijo del Hombre sin obra del hombre? ¿Cómo, viniendo a ella, confiere la fecundidad a una mujer y, naciendo de ella, no le quita su integridad? ¿Quién podrá decirlo? Pero, ¿quién puede callar? ¡Qué maravilla admirable! Ni podemos hablar, ni nos es dado callar. ¡Pregonemos fuera lo que dentro no podemos comprender! 7.**

**Ambos nacimientos -el divino y el humano- son maravillosos. Uno es de Padre sin madre, otro de Madre sin padre; aquel fuera del tiempo, este en el tiempo conveniente; uno eterno, temporal el otro; el primero incorpóreo en el seno del Padre, el segundo le da un cuerpo sin violar la virginidad de su Madre; aquel sin sexo, éste sin unión de sexos 8.**

**Tened, pues, firme y fija esta idea, si queréis continuar siendo católicos, que Dios Padre engendró a Dios Hijo sin tiempo y que lo hizo de la Virgen María en el tiempo. Aquel nacimiento trasciende los tiempos, éste en cambio los ilumina. Sin embargo una y otra natividad son maravillosas: aquella es sin madre, ésta sin padre. Cuando Dios engendró al Hijo, lo engendró de SI, no de una madre; cuando la madre engendró al Hijo, lo engendró Virgen, no de hombre. Del Padre nació sin principio, de la madre ha nacido hoy con un principio bien determinado. Nacido del Padre nos creó; nacido de la madre nos recreó. Nació del Padre para que existiéramos; nació de la madre para que no pereciéramos 9.**

### *b) Verdadero hombre*

Este segundo artículo del Credo confiesa fundamentalmente la realidad humana y la condición histórica de Jesús. Jesús es el Hijo de Dios que hizo suyo desde dentro nuestro nacer y nuestro morir. El Hijo de Dios no fingió ser hombre, no es un «dios» que con ropaje humano se pasea por la tierra. Como niño fue débil, lloró y rió. Dios se manifestó en un hombre que tuvo hambre y

sed, se fatigó y durmió; en un hombre que se admiraba y enojaba, se entristecía y lloraba, padeció y murió. «En todo igual a nosotros menos en el pecado»:

**Entre todos los grandes milagros, uno nos colma de admiración, sobrepajando toda la capacidad de nuestra mente. La fragilidad de nuestra mente no logra comprender cómo la Potencia de Dios, la Palabra y Sabiduría de Dios Padre, «en la que fueron creadas todas las cosas visibles e invisibles» (Col 1,16), se encuentre delimitada en el hombre que apareció en Judea, y cómo la Sabiduría de Dios haya entrado en el vientre de mujer, naciendo como un niño y gimiendo como los niños...Y no logramos comprender cómo haya podido turbarse ante la muerte (Mt 26,38), haya sido conducido a la más ignominiosa de las muertes humanas, aunque luego resucitó al tercer día. En El vemos aspectos tan humanos, que no difieren de la fragilidad común a todos los mortales, y otros tan divinos, que sólo corresponden a Dios ...De aquí el embarazo -y admiración- de nuestra mente: Si le cree Dios, le ve sujeto a la muerte; si le considera hombre, le contempla volver de entre los muertos con los despojos de la muerte derrotada ...De ahí que, con temor y reverencia, le confesemos verdadero Dios y verdadero hombre 10.**

El Hijo de Dios se hizo hombre, se encarnó, entró en la historia, «nacido de mujer» (Gál 4,4-5), «israelita según la carne» (Rom 9,5), tomó la condición de siervo: «Trabajó con manos de hombre, pensó con inteligencia de hombre, obró con voluntad de hombre, amó con corazón de hombre» (GS,n.22).

**Cristo unió, así, al hombre con Dios, realizando la comunión y el acuerdo entre Dios y el hombre, pues no habríamos podido participar de otro modo de la incorrupción, si El no hubiese venido a nosotros ...Y, porque implicados en la creación de Adán, caímos en la muerte a causa de su desobediencia, era conveniente y justo que, por la obediencia de quien *por nosotros* se hizo hombre (Rom 5,12-19; Filp 2,8), fuese destruida la muerte (Heb 2,14-15; 2 Tim 1,10); y, puesto que la muerte reinaba sobre la carne, era justo y conveniente que, habiendo El sufrido la destrucción de su carne (1 Cor 15,26), librase al hombre de su opresión. *El Logos se hizo carne*, por tanto, a fin de que destruidos por medio de ésta los pecados, -que por la carne habían señoreado, invadido y dominado-, no existiesen ya en nosotros. Por eso asumió nuestro Señor la forma corporal de la primera criatura: ¡Para luchar por los padres y vencer -por medio de Adán- lo que por medio de Adán nos había subyugado!... Pues ¿cómo habríamos podido participar de la filiación divina (Gál 4,5), si no hubiésemos recibido, mediante el Hijo, la comunión con el Padre? ¿Cómo lo hubiésemos recibido si el Hijo no hubiese entrado en comunión con nosotros haciéndose carne? ¡Por eso pasó El por toda edad, restituyéndonos a todos la comunión con Dios!**

**Cuantos dicen, pues, que el Verbo se manifestó aparentemente, que no nació en la carne ni verdaderamente se hizo hombre, -docetas y gnósticos-, están aún bajo la condenación antigua: Esos defienden el pecado, pues según ellos no ha sido vencida la muerte, pues quien debía matar al pecado y redimir al hombre, -**

reo de muerte-, tenía que hacerse lo que era el hombre, -reducido a la esclavitud por el pecado y sometido al poder de la muerte (Rom 6,20, 21)-, a fin de que el pecado fuese matado por el hombre y este fuese librado de la muerte (Gál 5,15; Rom 8,13; Heb 2,14-15). ¡Lo que no ha sido asumido no ha sido curado! ¡Solo lo que está unido a la Divinidad ha sido salvado!, dirán los padres y repetirá la teología posterior 11.

El cristianismo no es mito sino historia; no es apariencia sino verdad; no es símbolo sino realidad; no es idea sino acontecimiento. El cristianismo no es monotonía cíclica sino singularidad irrepetible; no es eternidad abstracta sino memorial; no es provisoriedad permanente sino definitividad comenzada; no es filosofía sino noticia; no es elocuencia convincente sino testimonio invitante. El cristianismo no es ofrecimiento del hombre sino llamada, envío y autoridad de Dios; no es ascensión del hombre sino condescendencia divina; no es sabiduría sino necesidad; no es demostración sino escándalo... **El cristianismo es Jesucristo** 12.

### *c) Dios y hombre verdadero*

No es de la carne ni de la sangre, ni del deseo de varón, sino de Dios, del agua y del Espíritu, como nacen los hijos de Dios. El fundamento de esta palabra de salvación está en la verdad del nacer, del morir y del resucitar de Jesús de Nazaret. Tan «imposible» es que resuciten los muertos como que María conciba en su seno al Hijo de Dios. Pero lo imposible para los hombres es posible para Dios:

**Por causa de nuestra salvación, descendió del Padre desde los cielos y asumió un cuerpo semejante al nuestro. Nació del Espíritu Santo y de la Virgen María. Permaneciendo Dios, se hizo hombre, para poder salvar al hombre con sus signos visibles. Se encarnó verdaderamente y no en apariencia. Pues si la encarnación fue falsa, también lo sería la salvación humana... En El existen ambos, el hombre visible y el Dios invisible. Comió en cuanto hombre, y porque era Dios alimentó a cinco mil hombres con cinco panes (Mt 14,15-21); como hombre durmió en la nave (Mt 8,24), como Dios increpó al viento y al mar (Mt 8,26); como hombre fue crucificado, y porque era Dios otorgó el paraíso al ladrón que le confesó (Lc 23,43); como hombre murió y su cuerpo fue sepultado, y porque era Dios resucitó del sepulcro a quien yacía en él desde cuatro días (Jn 11,39-44). Se debe, pues, creer que Cristo es Dios y Hombre, reconocido éste por sus pasiones y manifestado aquél por sus obras divinas, las cuales atestiguan su comunión con el Padre 13.**

En una gozosa meditación, San Gregorio Nazianceno, sigue los pasos del Jesucristo en todo el Evangelio, contemplando su humanidad, que deja transparentar el inequívoco resplandor de su divinidad:

**Este, pues, que tú ahora desprecias, existía siempre y estaba por encima de ti. Y, al encarnarse, permaneció lo que era y asumió lo que no era. Nació, El, que existía sin causa, por una causa: para que tú pudieras ser salvado. Se hizo hombre, para que yo pudiera convertirme en Dios en el mismo grado en que El se hizo hombre. Nació, es verdad, mas había sido también engendrado; de una mujer, ciertamente, pero que era también virgen (Lc 1,26s). El primer fenómeno es humano, el segundo divino. Por una parte no tenía padre, pero por otra no tenía madre (Heb 7,3): ambas cosas son manifestación de la divinidad. Fue llevado por un seno, sin duda, pero fue reconocido por el profeta, también todavía él en el seno, que dio saltos ante el Verbo por el que había recibido la vida (Lc 1,41). Fue ciertamente envuelto en pañales (Lc 2,7), pero al resucitar se liberó del sudario con que lo habían sepultado (Lc 24,12). Fue colocado en un pesebre, pero los ángeles lo glorificaron (Lc 2,7), una estrella lo anunció y unos magos lo adoraron (Mt 2,2s). Fue exiliado, sin duda, a Egipto (Mt 2,13s), sin embargo mandó al exilio las falsas creencias de los egipcios. No tenía ni hermosura ni belleza a los ojos de los hombres (Is 53,2), pero a los de David aventajaba en belleza a todos los hombres (Sal 44,3), sobre el monte resplandecía de luz, se hizo más luminoso que el sol (Mt 17,2), iniciándonos a los misterios futuros.**

**Fue bautizado (Mt 3,16) ciertamente como hombre, pero borró los pecados como Dios (Mt 9,2-6); personalmente, no tenía necesidad de purificación, pero se sometió a ella para purificar las aguas. Fue tentado como hombre (Mt 4,1-11), pero venció como Dios, invitándonos a tener ánimo, ya que El venció al mundo (Jn 16,33). Tuvo hambre (Mt 4,2), y no obstante nutrió a miles de personas (Mt 14,21) y El es el pan vital y celestial (Jn 6,31ss). Tuvo sed (Jn 19,28), pero gritó: «Quien tenga sed, que venga a mí y beba», y prometió que todos los que creyeran en El se convertirían en fuentes que siempre manan (Jn 7,37s). Se cansó (Jn 4,6), pero es el descanso de cuantos están cansados y fatigados (Mt 11,28). Le pesó el sueño (Mt 8,24), pero demostró ser ligero sobre el mar, increpó a los vientos e hizo ligero a Pedro que se sumergía (Mt 14,25ss). Paga el tributo, pero lo toma del pez (Mt 17,24ss) y es rey de quienes lo exigen. Es llamado samaritano y endemoniado (Jn 8,48), pero salva a uno que bajaba a Jerusalén y había dado con ladrones (Lc 10,30s) y le reconocen además los demonios (Mc 1,24), los ahuyenta, ahoga en el mar a legiones de espíritus (Mc 5,7ss) y ve como se precipita igual que un rayo el príncipe de los demonios (Lc**

10,18). Le arrojan piedras, pero no logran prenderle (Jn 8,59). Ora (Mt 14,23...), pero escucha la oración de los demás; llora (Lc 19,41; Jn 11,35), pero enjuga el llanto (Lc 7,13; 8,52). Pregunta dónde había sido colocado Lázaro (Jn 11, 34), en cuanto era hombre, pero resucita a Lázaro en cuanto era Dios. Fue vendido a muy bajo precio, ya que dieron por El treinta denarios de plata (Mt 26,15), pero rescata el universo a un precio muy elevado (1Pe 1,19;1Cor 6,20), dado que derrama por él su sangre. Como una oveja es conducido al matadero (Is 53,7), pero es también pastor que apacienta a Israel (Sal 79,2; Miq 5,3; 7,14; Mt 15,24), y el universo entero (Jn 10,16; Heb 13,20). Es mudo como un cordero (Is 53,7), pero es el Verbo y lo anuncia la voz de aquel que grita en el desierto (Jn 1,23). Cayó presa de enfermedad y fue herido (Is 53,4s), **sin embargo cura todo mal y toda enfermedad (Mt 9,35)**. Lo izaron en el leño y lo clavaron, pero nos puso de nuevo junto al árbol de la vida (Gén 2,9; Ap 2,7; 22, 2.14. 19), salva al ladrón que habían crucificado con El (Lc 23,43), sumerge en las tinieblas (Mt 27,45) todo cuanto puede ser visto. Le dan a beber vinagre y, por comida, hiel (Mt 27,48): ¿a quién? A aquel que cambió el agua en vino (Jn 2,7ss), que disolvió el gusto amargo (Ex 15,23ss), que es la dulzura misma, que suscita el deseo en todo su sentido (Ct 5,16). Ofrece su vida, pero tiene el poder de tomarla de nuevo (Jn 10,18), el velo se rasga (mostrando las realidades del cielo), las rocas se parten, los muertos resucitan (Mt 27,51s). Muere, pero da la vida y con su muerte destruye la muerte (2Tim 1,10; Heb 2,14). Es sepultado, pero resucita. Desciende a los infiernos, pero arranca de allí a las almas, sube al cielo y vendrá a juzgar a los vivos y a los muertos (He 1,9-11) 15.

### **3. NACIDO DE MARIA VIRGEN**

María es verdadera madre de Jesús. Son muchos los pasajes del Nuevo Testamento que así lo confiesan (Mt 1,18; 2,11.13.20; 12,46; 13,55; Jn 2,1; He 1,14). El relato del nacimiento atestigua que lo llevó en su seno durante nueve meses y que le dio a luz cuando le llegó la hora del alumbramiento (Lc 2,5-7).

*a) Madre en la fe y en su seno*

Pero no sólo es madre biológica del Señor. Pues antes de recibir a Jesús en su seno, lo había aceptado y recibido en la fe. De ella,

no sólo se puede decir: «¡Dichoso el seno que te llevó y los pechos que te criaron!», sino también «¡Dichosos más bien los que escuchan la Palabra de Dios y la guardan!» (Lc 11,27-28; Cfr. 2,19.51; 8,21). Con razón exclamará Isabel ante ella: «¡Dichosa, tú, que has creído!» (Lc 1,45). Como dirán Tertuliano y San Agustín:

Mediante una obra, que se oponía al diablo, recuperó Dios su imagen y semejanza, conquistada por el diablo. Pues como la palabra mortífera penetró en **la virgen Eva**, así la vivificante Palabra de Dios debía penetrar en **una Virgen**, a fin de que lo perdido fuese salvado por medio del mismo sexo:

**Había creído Eva a la serpiente (Gén 3,1-7), creyó María a Gabriel, cancelando la fe de María el pecado cometido por la incredulidad de Eva 16.**

**La bienaventurada María, en efecto, concibió por su fe a Quien por su fe dio a luz... Llena de fe concibió a Cristo en su mente antes que en su seno, al responder: «He aquí la esclava del Señor, hágase en mí lo que dices» (Lc 1,35), es decir, «que sin el concurso de varón conciba yo permaneciendo virgen; que del Espíritu Santo y de una Virgen nazca aquel, en quien la Iglesia renacerá virgen del Espíritu Santo» (Jn 3,5); que, el «Santo», que nacerá de una Madre sin padre, se llame «Hijo de Dios»... ¡Creyó María y en ella se cumplió lo que creyó! ¡Creámoslo también nosotros, para que se cumpla en nosotros 17.**

Antes de habitar el Hijo de Dios en el seno de María, sin duda ya «moraba Cristo por la fe en el corazón» (Ef 3,17) de quien, por la fe, le «concibió antes en su mente que en su vientre virginal». «En el alma la fe, y en el vientre Cristo». Así «María fue más feliz por recibir la fe de Cristo que por concebir la carne de Cristo» «ya que nada habría aprovechado la divina maternidad a María, si no hubiese sido más feliz por llevar a Cristo en su corazón que en su carne» 18.

#### b) *Madre Virgen*

Y esta maternidad divina es virginal: «Lo engendrado en ella es del Espíritu Santo» (Mt 1,20). Aquí Mateo ve el cumplimiento de la promesa de Isaías (7,14): «Ved que la virgen concebirá y dará a luz un hijo y le pondrán por nombre Emmanuel» (Mt 22,23). Ciertamente este misterio no es accesible a una consideración puramente histórica. Sólo se descubre a través de una lectura de los textos bíblicos hecha en el corazón de la Iglesia, a la luz de la tradición eclesial, es decir, en la profesión de fe de la Iglesia 19.

San Ignacio de Antioquía habla de «tres misterios sonoros que

se cumplieron en el silencio de Dios: quedó oculta al príncipe de este mundo la virginidad de María y el parto de ella, del mismo modo que la muerte del Señor» (A los Efesios 19,1). Las tinieblas del Calvario envolvieron a Jesús mientras moría, la noche del establo de Belén ocultó el parto de María, y la soledad de Nazaret rescató de la curiosidad la concepción virginal.

A los Padres les gusta repetir que «la profecía de Isaías preparó la credibilidad de algo increíble, explicando lo que es un signo: «Pues el Señor os dará un signo: He aquí que **una virgen concebirá en su seno y dará a luz un hijo**» (Is 7,14). Un signo enviado por Dios no sería tal, si no envolviese alguna novedad extraordinaria. ¡No es un signo lo que todos los días sucede, es decir, que una joven no virgen conciba y dé a luz! Pero ¡sí es un signo el que una virgen sea madre!» 20.

Rufino de Aquileia dirá que para aceptar que Jesús nació de la Virgen por obra del Espíritu Santo «se requiere un oído limpio y un entendimiento puro»:

**¡Un parto nuevo fue dado al mundo! Y no sin razón. Pues quien en el cielo es el Hijo único, también en la tierra nace único y de modo único. De todos conocidas y evocadas en los Evangelios (Mt 1,22ss) son, a este respecto, las palabras de los profetas, afirmando que «una virgen concebirá y dará a luz un hijo» (Is 7,14). Pero también el profeta Ezequiel había preanunciado el modo admirable del parto, designando simbólicamente a María «puerta del Señor», es decir, a través de la cual el Señor entró en el mundo: «La puerta que da al oriente estará cerrada y no se abrirá ni nadie pasará por ella, porque el mismo Señor Dios de Israel pasará a través de ella, y estará cerrada» (Ez 44,2). ¿Pudo decirse algo más claro sobre la consagración de la Virgen? En ella estuvo cerrada la puerta de la virginidad; por ella entró en el mundo el Señor Dios de Israel y, a través de ella, salió del vientre de la Virgen, permaneciendo asimismo cerrada la puerta de la Virgen, pues conservó la virginidad 21.**

Con la confesión de fe en la concepción virginal, la Iglesia confiesa que Cristo, el Salvador, es puro don, irrupción gratuita de Dios, no logro humano. Y esto para todo cristiano. La salvación en Cristo es don y no conquista humana. Cristo es don, que se acoge en la fe, como María Virgen.

### *c) Madre de Dios*

El Hijo eterno de Dios fue concebido en María por el Espíritu y nació de ella (Mt 1,20; Lc 1,31.35). El Credo pone de relieve la verdadera maternidad de María y su maternidad virginal. El Hijo de Dios es gestado en las entrañas de María y nace de ella: es realmente su Hijo. No solamente pasó por ella. María es **Dei**

**genitrix, THEOTOKOS:** «Madre de Dios». Así lo confesó la Iglesia en el concilio de Efeso (431), confesando de esta manera que Jesucristo es verdadero Dios y verdadero hombre en una sola persona.

Tal confesión de fe no significa, por tanto, que Jesús es mitad Dios y mitad hombre, sino que para la fe Jesús es completamente hombre y completamente Dios. Su divinidad no implica disminución de la humanidad; ni la humanidad, disminución de la divinidad. Contra Arrio y Apolinar, la fe de la Iglesia confesó siempre la plena e indivisa humanidad y divinidad de Jesucristo. El nacimiento de Jesús no significa que haya nacido un nuevo Dios-hijo, sino que Dios Hijo se hace hombre:

**La Escritura no dice que el Logos se asoció la persona del hombre, sino que «se hizo carne» (Jn 1,14). Esto significa que comunicó con nosotros «en la carne y la sangre» (Heb 2,14). Hizo, pues, suyo nuestro cuerpo y nació como hombre de mujer (Gál 4,4), sin dejar por ello el ser Dios y el haber nacido de Dios Padre: ¡En la asunción de la carne, permaneció siendo lo que era! Por ello los santos padres de Nicea no dudaron en llamar a la santa Virgen *Madre de Dios*... Convenientísimamente, por tanto, y con toda razón la santa Virgen puede ser llamada *Madre de Dios* y *Virgen Madre*, pues Jesús, nacido de ella, no era un simple hombre. Si la Virgen es Madre de Cristo, también es ciertamente Madre de Dios; y si no es Madre de Dios, tampoco es Madre de Cristo... Ya que no entendemos a Cristo como mero hombre unido a Dios.. Es, pues, Madre de Dios quien engendró al Señor. (Lc 2,11.12) 22.**

#### *d) María, hija de Sión, figura de la Iglesia*

En el Antiguo Testamento nos encontramos con muchos nacimientos ocurridos milagrosamente en los momentos decisivos de la historia de la salvación. Además de Sara, la madre de Isaac (Gén 11), nos encontramos con la madre de Samuel (1Sam 1-3) y la madre de Sansón (Ju 13), que son estériles. En los tres casos el nacimiento del hijo, que será el salvador de Israel, tiene lugar por un acto de la **graciosa** misericordia de Dios, que hace posible lo imposible (Gén 18,14; Lc 1,37), que exalta a los humildes (1Sam 2,7; 1,11; Lc 1,52; 1,48). Con Isabel, la madre de Juan Bautista, a quien llamaban la estéril, se continúa la misma línea (Lc 1,7-25.36). En todos estos relatos, Dios, contra toda esperanza humana, una y otra vez suscita una nueva vida para cumplir así su promesa. Dios elige a los débiles e impotentes para confundir a los fuertes (1 Cor 1,27).



Con María llegamos al punto culminante de esta historia de salvación. María es el resto de Israel, la hija de Sión a donde se dirigen todas las miradas de la esperanza. Con ella comienza el nuevo Israel:

**El Espíritu Santo vendrá sobre ti, y la virtud del altísimo te cubrirá con su sombra, y por eso el hijo engendrado será santo, será llamado Hijo de Dios. (Lc 1,35)**

El horizonte se extiende aquí hasta la creación, superando la historia de la alianza con Israel. En la creación el Espíritu de Dios es el poder creador de Dios. Él se cernía al principio sobre las aguas. Él transformó el caos en cosmos (Gén 1,2), su soplo hace surgir la vida (Sal 104,30). Por ello, al cubrir a María con su sombra, tiene inicio la nueva creación. Dios, que de la nada llamó al ser a todas las cosas, en María coloca un nuevo inicio en medio de la humanidad: su palabra se hace carne.

La sombra del Espíritu Santo cubriendo a María alude también al templo de Israel y a la tienda del desierto, que mostraba la **shekiná** o presencia de Dios en medio del pueblo (Ex 40,3; 1Re 8,11). María, nuevo Israel, la verdadera hija de Sión, es el templo y la tienda de la reunión, en la que se posa la nube en la que Dios entra en la historia. María es la nueva tienda la alianza en la que el Verbo de Dios puso su Morada entre nosotros (Jn 1,14).

El sentido de los acontecimientos es siempre el mismo: la salvación no viene de los hombres ni de su propio poder. Es regalo de Dios y el hombre sólo puede recibirlo como don, como gracia. El libro de Isaías expresa solemnemente que la salvación viene solamente del poder de Dios, cuando dice:

**Alégrate, estéril, que no das a luz, rompe a cantar de júbilo, tú que no has tenido los dolores, porque la abandonada tendrá más hijos que la casada, dice el Señor. (Is 54,1; Gál 4,27; Rom 4,17-22)**

En Jesús ha puesto Dios en medio de la infecundidad de la humanidad un nuevo comienzo de vida: Jesús no es fruto del deseo ni del poder del hombre, sino concebido por el Espíritu de Dios en el seno virginal de María. Por eso es el nuevo Adán (1 Cor 15,47); con Él comienza una nueva creación. El eterno y divino «Verbo se hizo carne» en María e inició la redención de la carne. «Entró en este mundo» tras «haberle preparado un cuerpo» (Heb 10,5) en el seno de María el mismo «Espíritu de Dios», que al principio «se cernía sobre las aguas» y creó los

seres de la nada, dando de este modo comienzo a la « nueva creación» con la generación del «Hombre nuevo».

En la virginidad de María, es decir, de la nada, comienza la nueva creación, el hombre nuevo, Jesús, Hijo de Dios concebido por la **fuerza del Altísimo**, el Espíritu Santo. Aparecen estrechamente vinculados el nacimiento virginal y la filiación divina de Jesús. El hijo de María no es engendrado por un padre terreno, sino que, como Hijo de Dios, es engendrado por su Padre Dios, mediante el Espíritu Santo. La **ruah de Dios** es la fuerza creadora de Dios, que se cernía sobre las aguas primordiales, y que al «descender sobre María», cubriéndola con su sombra, hace presente a Dios como Padre de Jesucristo.

**¿Te maravilla esto? ¡Maravíllate aún! Da a luz la Madre y Virgen, fecunda e intacta; es engendrado sin padre, Quien hizo a la madre; el Hacedor de todo se hace uno entre todos; es llevado en las manos de la Madre el Rector del universo; mama el pecho, Quien gobierna los astros; calla, quien es el Verbo 23.**

El nacimiento virginal expresa con una claridad insuperable que Jesús, como Hijo de Dios, tiene su origen única y exclusivamente en el Padre que está en los cielos, y que todo lo que Jesús es, lo es por El y para El (Lc 2,49). El nacimiento virginal es, pues, un signo elocuente y luminoso de la verdadera filiación divina de Jesús. «No tenía necesidad de la semilla del hombre «dirá Tertuliano- quien tenía la semilla de Dios. Y como, antes de nacer de la Virgen, pudo tener a Dios por Padre sin tener a una mujer por madre, cuando nació de la Virgen pudo tener una Madre humana sin tener un padre humano» 24.

Como verdadera «hija de Sión», María es la imagen de la Iglesia, la imagen del creyente que alcanza la salvación como don del amor, mediante la gracia de Dios. En este sentido, María es la verdadera hija de Abraham, a la que puede decirse: «Dichosa, tú, que has creído» (Le 1,45). En el anuncio del ángel escucha las mismas palabras que en el Antiguo Testamento se dicen de Israel: «¡Alégrate, María!» (Le 1,28). «¡Alégrate, hija de Sión! ¡Grita de júbilo, Israel! ¡Alégrate y gózate de todo corazón, Jerusalén! (Sof 3,14; Joel 2,23; Zac 9,9). María es la hija de Sión en la hora bendita del cumplimiento de la esperanza de Israel. Es la «Madre Virgen» (S. Cirilo), o la «Virgen Madre» (S. León Magno), es decir, «Madre de Cristo y Virgen de Cristo» (S. Agustín).

María, Virgen de Nazaret, es « la bendita entre las mujeres» porque «bendito es el fruto de su vientre» (Le 1,42). Por ello, la

felicitaron, la felicitan y la « felicitarán todas las generaciones» (Lc 1,27.35.42.48).

María anticipa las bienaventuranzas del Evangelio. Es bienaventurada porque Dios ha puesto sus ojos en la humildad de su sierva (Lc 1,47-48). María testimonia con toda su existencia que «los últimos serán los primeros» (Me 10,31). Ella es «la llena de gracia» (1,28), la que no es nada por sí misma pero lo es todo por la bondad de Dios. Por elección inescrutable de Dios halló gracia ante El. Así es figura y prototipo de la Iglesia y de cada creyente (LG, n. 53; 63). Ella nos dice que nuestra llamada a la vida y la fe tienen su origen en Dios, que desde toda la eternidad puso sus ojos sobre nosotros y en un determinado momento nos llamó por nuestro nombre propio.

#### e) *Madre de la Iglesia*

En el relato de la anunciación aparece la palabra «más importante» (von Rad) de la historia de Abraham: «para Dios nada es imposible» (Lc 1,37; Gén 18,14). Y la historia de Abraham nos orienta hacia el centro de la salvación cristiana: el nacimiento de su «descendencia, es decir Cristo» (Gál 3,16). De las entrañas muertas de Sara nació Isaac como hijo de la promesa; de la esterilidad de una mujer y de la ancianidad de un hombre, y de la promesa divina, nace un hijo. Dios con su poder llamó a la existencia a lo que no era, lo mismo que al resucitar a Jesús abrió a los hombres las puertas de la Vida; Dios al perdonar el pecado genera al hombre, justifica al impío (Cfr. Rom 4). Pues bien, de la fe de María y de la sombra fecundante de Dios nace en la historia de los hombres el Hijo del Altísimo, el don supremo de Dios a los hombres. María creyendo el anuncio del ángel concibió la carne del Salvador:

**Como Eva por su *desobediencia* fue para sí y para todo el género humano causa de muerte, así María -nueva Eva- con su *obediencia* fue para sí y para nosotros causa de salvación. Por la *obediencia* de María se desató el nudo de la *desobediencia* de Eva: ¡Lo que por su *incredulidad* había atado Eva, lo soltó María con su *fe*» 25. María es la primera criatura en quien se ha realizado, ya ahora, la esperanza escatológica. En ella la Iglesia aparece ya «resplandeciente, sin mancha ni arruga, santa e inmaculada» (Cfr. Ef 5,27), presente con Cristo glorioso «cual casta virgen» (2Cor 11,2). Y así, podemos dirigirla nuestra plegaria: «Santa María, Madre de Dios, ruega por nosotros pecadores». De este modo «con su luz precede la peregrinación del Pueblo de Dios como signo de esperanza cierta y de consuelo, hasta que llegue el día del Señor». (LG,n.68)**

Con razón Pablo VI la llamó Madre de Cristo y Madre de la

Iglesia: madre de la Cabeza y del Cuerpo de Cristo. Su seno virginal fue como «el tálamo nupcial, donde el Esposo Cristo se hizo Cabeza de la Iglesia, uniéndose a ésta para hacerse así el Cristo total, Cabeza y Cuerpo» (S. Agustín). Esta maternidad eclesial de María se consumará «junto a la cruz de Jesús», cuando Este «consigne a su Madre por hijo al discípulo amado y dé a éste por Madre a la suya» (Jn 19,25-27) 26.

Como madre nuestra, María, la primera creyente, nos acompaña en nuestro peregrinar y en nuestra profesión de fe en Jesucristo, concebido por obra y gracia del Espíritu Santo y nacido de ella, santa María Virgen. Su última palabra recogida en el Evangelio nos coloca ante su Hijo bendito para «hacer lo que El nos diga» (Jn 2,5).

En nuestra vida, que sin El no es vida, pues sin El la fiesta no es fiesta, «al faltarnos el vino», Jesús transforma nuestras carencias diarias, nuestra cruz, en fuerza y sabiduría de Dios, en camino de salvación. El sabe por experiencia lo que es la fragilidad, la tentación, la angustia y hasta el abandono de Dios. Hombre en todo, de carne y hueso, existió en una carne semejante a la del pecado (Rom 8,3; 2Cor 5,21):

**Pues, así como lo hijos participan de la sangre y de la carne, así también participó El de las mismas, para aniquilar mediante la muerte al señor de la muerte, es decir, al Diablo, y liberar a cuantos, por temor a la muerte, estaban de por vida sometidos a esclavitud... Por eso tuvo que asemejarse en todo a sus *hermanos* para ser misericordioso y sumo Sacerdote fiel... Pues habiendo sido probado en el sufrimiento, puede ayudar a los que se ven probados (Heb 2,14-18).**

Así, Jesús, entrando en la historia, ha hecho de nuestra historia la trama de la intervención de Dios, convirtiendo cada momento en **kairós**: oferta de gracia y riesgo de perdición. Jesús, encarnándose en nuestra historia, ilumina y rescata la historia humana con su pasado, presente y futuro. Podemos cantar con San Basilio:

**¡Dios sobre la tierra! ¡Dios entre los hombres! Y no dictando leyes y aterrorizando a los oyentes mediante el fuego, la trompeta, el monte humeante, la nube y la tempestad (Ex 20,16-24), sino dialogando mansa y suavemente con los que tienen la misma naturaleza que la suya. ¡Dios en la carne! Y no obrando a intervalos, como en los profetas, sino uniendo a sí la humanidad y, mediante su carne, atrayendo a sí a todos los hombres...**

**Dios se hizo carne, para matar la *muerte* oculta en ella; pues la muerte reinó hasta la venida de Cristo (Rom 5,12-16). Pero luego**

apareció la bondad salvadora de Dios (Ti 3,4), salió el sol de justicia (Mal 3,20; Lc 1,78s) y «la muerte fue absorbida en la victoria» (1 Cor 15,54), al no soportar la presencia de la verdadera vida.

Dios está en la carne: para santificar esta carne maldecida, ruborizar la carne débil, unir con Dios la carne alejada de El, llevar al cielo la carne caída.

Y ¿cuál fue el *taller* de esta disposición salvífica? ¡El cuerpo de la santa Virgen! ¿Cuáles fueron los principios de la generación? ¡El espíritu Santo y la adumbrante Fuerza del Altísimo! (Lc 1,35; Mt 1,18).

La *Virgen* y la *Desposada* con un hombre fue hallada idónea para el ministerio de este plan salvador, a fin de que fuese estimada la virginidad y no se despreciase el matrimonio; fue elegida la virginidad para la santificación; y el desposorio para dar inicio a las nupcias cristianas... También, según un autor antiguo, fue elegida una Virgen desposada para ocultar la virginidad de María al «príncipe de este mundo» pues con el desposorio se dio ocasión de dudar al «maligno», que desde la profecía mesiánica, -«he aquí que la virgen concebirá en su seno y dará a luz un hijo»-, observaba a las vírgenes; mediante el desposorio fue engañado aquel «insidiador» 37.

---

1. Cfr. Mt 7,15; 2Jn 7,8; pues «todo espíritu que confiesa a Jesucristo, venido en carne, es de Dios; y todo espíritu que no confiesa a Jesús no es de Dios; ese es del Anticristos, dice 1Jn 4,1-3.

2. SAN JUSTINO, 2 Apol 5,5; SAN IGNACIO DE ANTIOQUIA, Tral. 9,1; Esm. 1,1.

3. Rom 1,1.3; 2Tim 2,8; He 1,14; 13,23; Mt 1,1.6-25; Lc 1,26-38; 2,1-7; 3,23-38; Mc 3,31-32; 6,3; Jn 2,1.3.12; 19,25-26.

4. SAN CIPRIANO, Los ídolos... 11.

5. 1Jn 1,1-3; Jn 1,14; 2,11; 11,40-43; 17,5. I. DE LA POTTERIE, La verité dans saint Jean, Roma 1977, p. 176-210.

6. SAN AMBROSIO, De Incarnnatione Domini Sacramento, VI 52-61.

7. SAN AGUSTIN, Sermón 215,3.

8. IBIDEM, Sermón 214,6.

9. SAN AGUSTIN, Sermón 140,2.

10. ORIGENES, De Princ., 11,2; Contra Celso IV,19. In Ioan, II 26,21...

11. SAN IRENEO, Adversus Haereses, 111 9,2; 10,2.

12. RICARDO BLAZQUEZ, Creo en Jesús de Nazaret, nacido de la Virgen María, en El Credo de los cristianos, p. 45-64.

**13. NICETAS DE REMESIANA, Explanatio Symboli 3-4.**

**14. SAN IGNACIO DE ANTIOQUIA, Ad Ephes. 18,2, diciendo que «Jesús fue bautizado para purificar el agua con su pasión» enseña que, en el bautismo de Jesús, imagen anticipada de su muerte, El comunicó al agua la capacidad purificadora propia de su pasión.**

**15. SAN GREGORIO NAZIANCENO, Oratio XXIX 19-20.**

**16. TERTULIANO, De Carne Christi 17,2-20,7.**

**17. SAN AGUSTIN, Sermón 215,4.**

**18. SAN AGUSTIN, De Sancta Virgine 4; Sermo 196,1.**

**19. I. DE LA POTTERIE, La Mère de Jésus et la conception virginale du Fils de Dieu, Marianum 40 (1978) 41-90.**

**20. TERTULIANO, Adversus Marcion III 13,4-5; contra los que afirman que almah significa sólo joven y no virgen. Cfr. SAN JUSTINO, Apología 1 a 33,1; Diálogo 43,7-8;66,1-67,2;71,3;84,1-3; SAN IRENEO, Adversus Haereses III, 21, 1-5; ORIGENES, Contra Celso I, 32-51; SAN CRISOSTOMO, In Matheum Homilia 4,2-3...**

**21. RUFINO DE AQUILEIA, Expositio Symboli, 8-11.**

**22. SAN CIRILO DE ALEJANDRIA, Adversus nolentes confiteri sanctam Virginem esse Deiparam 4.9.18.23.**

**23. SAN QUODVULTDEUS, Sermo III de Symbolo IV 1-8.**

**24. TERTULIANO, De Carne Christi 17,2-20-20,7.**

**25. SAN IRENEO, Adversus Haereses, III, 21,10-22,4.**

**26. I. DE LA POTTERIE, La verdad de Jesús, Madrid 1978, p. 187-219.**

**27. SAN BASILIO, Homilia in sanctam Christi generationem 2-5. El autor antiguo es S. Ignacio de Antioquía, A los Efesios, 19,1.**

# PADECIÓ BAJO PONCIO PILATO FUE CRUCIFICADO, MUERTO Y SEPULTADO

## 1. PADECIÓ

La pasión de Cristo nos coloca ante Dios. Es una pasión querida por Dios. En su plan salvífico «el Hijo del hombre debía sufrir mucho y ser reprobado por los ancianos, los sumos sacerdotes y los escribas, ser matado y resucitado...». Ese es el pensar de Dios, que Pedro -y demás apóstoles (Mc 9,32)- «no entiende» (Mc 8,31.33). Pero Jesús, por tres veces, les anuncia su pasión:

**Iban de camino a Jerusalén, y Jesús marchaba delante de ellos; ellos estaban sorprendidos y le seguían con miedo. Tomó otra vez a los doce y comenzó a decirles lo que iba a suceder: Mirad que subimos a Jerusalén, y el Hijo del hombre será entregado a los sumos sacerdotes y a los escribas; le condenarán a muerte y le entregarán a los gentiles, y se burlarán de El, le escupirán, le azotarán y le matarán, y a los tres días resucitará. (Mc 10,32-34p).**

Lucas añadirá los insultos y salivazos... Todo ello para dar cumplimiento a lo anunciado por los profetas (Lc 18,31). Cristo va a la pasión siguiendo los designios del Padre, en obediencia a la voluntad del Padre: «Cristo, siendo Hijo, aprendió por experiencia, en sus padecimientos, a obedecer. Habiendo llegado así hasta la plena consumación, se convirtió en causa de salvación para todos los que le obedecen» (Heb 5,8- 10).

En su sangre se sella la alianza del creyente y Dios Padre: «Tomando una copa y, dadas las gracias, se la dio y bebieron todos de ella. Y les dijo: Esta es mi sangre de la alianza, que es derramada por muchos» (Mc 14,23-24). «Tomó luego una copa y, dadas las gracias, se la dio diciendo: Bebed todos de ella, porque ésta es mi sangre de la alianza, que es derramada por muchos para el perdón de los pecados» (Mt 26,27-28; Lc 22,20).

Esto es lo que Pablo ha recibido de la tradición eclesial, que se

remonta al mismo Señor:

**Porque yo recibí del Señor lo que os he transmitido: que el Señor Jesús, la noche en que fue entregado... después de cenar, tomó la copa, diciendo: Esta copa es la nueva alianza en mi sangre. Cuantas veces la bebáis, hacedlo en memoria mía. Pues cada vez que coméis este pan y bebéis esta copa, anunciáis la muerte del Señor, hasta que venga. (1 Cor 11,23-26).**

En todos estos textos aparecen las palabras, grávidas de significado, «por vosotros», «por muchos», que expresan la entrega de Cristo a la pasión en rescate nuestro<sup>1</sup>. Marcos, en su relato de la pasión nos presenta a Jesús como **el justo que sufre sin culpa** la persecución de los hombres. En el salmo 22 Jesús encuentra el ritual de su ofrenda al Padre por los hombres. El es el **Siervo de Yavé**, tan desfigurado que no parecía hombre, sin apariencia ni presencia, despreciable y desecho de los hombres, varón de dolores y sabedor de dolencias, ante quien se vuelve el rostro. Carga sobre sí nuestros sufrimientos y dolores, azotado, herido de Dios y humillado. Herido, ciertamente, por nuestras rebeldías, molido por nuestras culpas, soportando El el castigo que nos trae la paz, pues con sus cardenales hemos sido nosotros curados. El tomó el pecado de muchos e intercedió por los pecadores (Is 52,13-53,12). Pedro presenta la pasión de Cristo a los cristianos, como huellas luminosas por donde caminar:

**Pues para esto habéis sido llamados, ya que también Cristo sufrió por nosotros, dejándonos un ejemplo para que sigamos sus huellas. El no cometió pecado ni encontraron engaño en su boca; cuando le insultaban, no devolvía el insulto; en su pasión no profería amenazas; al contrario, se ponía en manos del que juzga con justicia. Cargado con nuestros pecados subió al madero, para que, muertos al pecado, vivamos para la justicia. Sus heridas nos han curado. (1Pe 2,21-24)**

En su pasión aparece el amor insondable de Dios, que no perdonó a su propio Hijo, sino que lo entregó por nosotros (Rom 8,32.39; Jn 3,16), para reconciliar en El al mundo consigo (2 Cor 5,18-19). Para esto vino el Hijo al mundo: «Porque el Hijo del hombre no ha venido para que le sirvan, sino para servir y dar su vida en rescate por todos» (Mc 10,45). Cada cristiano puede decir con Pablo: El Hijo de Dios «me amó y se entregó por mí» (Gál 2,20):

Los cristianos provienen de Jesucristo, que gustó la muerte en cruz según el gran designio salvífico de Dios... El misterio del cordero, ordenado sacrificar por Dios como Pascua (Ex 12,1-11), era figura de Cristo, con cuya sangre quienes creen en El ungen sus casas, es decir, a sí mismos...



Y el mismo Dios, que prohibió a Moisés hacer imágenes, le mandó, sin embargo, fabricar la serpiente de bronce y la puso como signo por el que se curaban quienes habían sido mordidos por las serpientes. Con ello, anunciaba Dios un gran misterio: la destrucción del poder de la serpiente -autora de la transgresión de Adán- y, a la vez, la salvación de quienes creen en Quien por este signo era figurado, es decir, en Aquel que iba a ser crucificado para librarnos de las mordeduras de la serpiente: idolatrías y demás iniquidades<sup>2</sup>.

La hora de la pasión es la **hora** de Cristo, la hora señalada por el Padre para la salvación de los hombres en la pasión de su Hijo:

**Porque tanto amó Dios al mundo, que entregó a su Hijo único, para que no perezca ninguno de los que creen en El, sino que tengan vida eterna (Jn 3,16).**

**El que no perdonó ni a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros (Rom 8,31).**

Siendo la hora del Padre, es la hora de la glorificación del Hijo y de la salvación de los hombres (Jn 12,23.27-28). La pasión es la hora de pasar de este mundo al Padre y del amor a los hombres **hasta el extremo** (Jn 13,1). Por ello, la hora también de la glorificación del Padre en el Hijo (Jn 17,1). Con la entrega de su Hijo a la humanidad, Dios se manifiesta plenamente como Dios: Amor en plenitud. No cabe un amor mayor:

**Cree, pues, que bajo Poncio Pilato fue crucificado y sepultado el Hijo de Dios. «Nadie tiene un amor más grande, que el que da la vida por los amigos» (Jn 15,13). ¿De veras es el amor más grande?**

**Si preguntamos al Apóstol, nos responderá: «Cristo murió por los impíos», y añade: «Cuando éramos sus enemigos, fuimos reconciliados con Dios por la muerte de su Hijo» (Rom 5,6-10). Luego en Cristo hallamos un amor mayor, pues dio la vida por sus enemigos, no por sus amigos.**

**¡No te ruborice, pues, la ignominia de la Cruz! ¡Todo un Dios no vaciló en tomarla por ti! «Préciate, como el Apóstol, de no saber más que a Jesucristo y éste crucificado» (1 Cor 2,2)<sup>3</sup>.**

En la pasión Cristo lleva a cumplimiento todas las figuras del amor apasionado de Dios por los hombres:

**Ya el Señor había dispuesto previamente y prefigurado sus sufrimiento en los patriarcas y en los profetas y en todo el pueblo...Si quieres que el misterio del Señor se te esclarezca, dirige tu mirada a Abel, similarmente matado; a Isaac, similarmente atado; a José, vendido; a Moisés, abandonado; a David perseguido; a los profetas, similarmente sufrientes a causa de Cristo; dirige tu mirada hacia la oveja inmolada en Egipto, hacia Quien hirió a Egipto y salvó a Israel por la sangre... ¡Con su espíritu inmortal mató a la muerte homicida! El es, en efecto, quien por haber sido conducido como un cordero e inmolado**

como una oveja (Is 23,7), nos libró de la servidumbre del mundo -como de la tierra de Egipto-, nos desató los lazos de la esclavitud del demonio -como de la mano del Faraón-, y selló nuestras almas con su propio espíritu y los miembros de nuestro cuerpo con su propia sangre. El es quien cubrió la muerte de vergüenza y quien enlutó al diablo, como Moisés al Faraón... El es la Pascua de nuestra salvación. El es quien soporta mucho en muchos:

Quien fue matado en Abel; atado en Isaac; siervo en Jacob; vendido en José; abandonado en Moisés; inmolado en el cordero; perseguido en David y deshonrado en los profetas... El es quien fue colgado en un madero, sepultado en la tierra. El es el cordero sin voz y degollado -nacido de María, la inocente cordera-, el elegido del rebaño, el arrastrado a la inmolación, el sacrificado al atardecer, el sepultado al anochecer. El es quien fue muerto en Jerusalén, porque curó a los cojos, limpió a los leprosos, llevó a la luz a los ciegos, resucitó a los muertos: ¡Por eso padeció!4.

## 2. FUE CRUCIFICADO

La cruz es la expresión de ese amor radical que se da plenamente, acontecimiento que es lo que hace y que hace lo que es; expresión de una vida que es ser para los demás.

Ya en el Nuevo Testamento, la cruz es considerada como el signo de salvación cristiana. Desde entonces la cruz es el **símbolo cristiano** por excelencia. **Marcado con la cruz en el bautismo**, el cristiano levanta la cruz en todo tiempo y lugar, como símbolo de su pertenencia a Cristo crucificado. La cruz, como confiesa Pablo, es el compendio, la fórmula abreviada de todo el Evangelio, **símbolo** auténtico de la vida cristiana, de modo que el cristiano no quiere «conocer cosa alguna sino a Jesucristo, y éste crucificado» (1 Cor 2,2):

**Gloria de la Iglesia católica es toda acción de Cristo. ¡Pero la gloria de las glorias es la Cruz!, como decía Pablo: «¡En cuanto a mí, Dios me libre de gloriarme si no es en la Cruz de nuestro Señor Jesucristo!» (Gál 6,14)... La brillante corona de la cruz iluminó a los que estaban ciegos por la incredulidad, libró a los que estaban prisioneros del pecado y redimió a todos los hombres ...Pues, si por la culpa de un solo hombre reinó la muerte en el mundo, ¿cómo no iba a reinar la vida por la justicia de uno? (Rom 5,12-21; 1 Cor 15,21-49). Y si entonces nuestros padres fueron arrojados del paraíso por haber comido del árbol, ¿no entrarán ahora más fácilmente en el paraíso los creyentes, por medio del Árbol de Jesús?... Y si en tiempos de Moisés el cordero alejó al Exterminador (Ex 12,23), ¿no nos libraré con más razón del pecado «el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo»? (Jn 1,29).**

**No nos avergoncemos, pues, de confesar al Crucificado. Que**

nuestros dedos graben su sello en la frente, como gesto de confianza. Y la señal de la cruz acompañe todo: sobre el pan que comemos y la bebida que bebemos, al entrar y al salir, antes de dormir, acostados y al levantarnos, al caminar y al reposar. La fuerza de la Cruz viene de Dios y es gratuita. Es señal de los fieles y terror de los demonios. Con ella los venció Cristo «exhibiéndolos públicamente, al incorporarlos a su cortejo triunfal» (Col 2,15). Por eso, cuando ven la Cruz recuerdan al Crucificado y temen a Quien «quebrantó la cabeza del dragón» (Sal 74,14). No desprecies, pues, tu sello por ser gratuito.

**Toma la Cruz, más bien, como fundamento inmovible y construye sobre ella el edificio de la fe.**

Este es también el escándalo del cristianismo. La cruz es signo de salvación y signo de contradicción, piedra de escándalo. Ante ella se define quienes están con Cristo y quienes contra Cristo. A cada paso nos encontramos con la cruz en la vida, como piedra, en que nos apoyamos, o como piedra, que nos aplasta: Cristo crucificado es la señal de contradicción, «puesto para caída y elevación de muchos» (Lc 2,34). Ante la cruz quedan al descubierto las intenciones del corazón (Lc 2, 35; Mt 2,1ss). Es inevitable «mirar al que traspasaron» (Jn 19, 37), «como escándalo y necedad» o «como fuerza y sabiduría de Dios»:

**Pues la predicación de la cruz es una necedad para los que se pierden; mas para los que se salvan -para nosotros- es fuerza de Dios...Así, mientras los judíos piden señales y los griegos buscan sabiduría, nosotros predicamos a Cristo crucificado, escándalo para los judíos, necedad para los gentiles; mas para los llamados, lo mismo judíos que griegos, un Cristo, fuerza de Dios y sabiduría de Dios. Porque la necedad divina es más sabia que la sabiduría de los hombres, y la debilidad divina, más fuerte que la fuerza de los hombres (1 Cor 1,17-25).**

La cruz es la manifestación suprema de un Amor que se despoja de sí mismo hasta el extremo. Es, pues, la expresión plena de la vida. Para el Evangelio de Juan, crucifixión, exaltación, elevación y glorificación aparecen unidos, como una única realidad inseparable (Jn 3,14; 12,34). En el momento de su muerte en cruz, Jesús pronuncia la palabra victoriosa: **«Todo está cumplido»** (Jn 19,30):

**Quando Cristo nuestro Señor hubo cumplido todo esto por nosotros, avanzó hacia la muerte y la recibió por medio de la Cruz. No en secreto. Su muerte fue manifiesta y conocida de todos, porque a todo el mundo debía ser proclamada por los bienaventurados apóstoles la resurrección de nuestro Señor (Lc 24,46-48p)....Convenía que su muerte fuera manifestada a todo el mundo, pues su resurrección era la abolición de la muerte (2 Tim 1,10)6.**

En la cruz de Cristo, el mundo -con sus poderes y su Príncipe- han sido juzgados, condenados y echados fuera (Jn 12,31; 16,8-11). La cruz pone al descubierto el pecado y revela el amor. Por la cruz, Dios «destituyendo por medio de Cristo a los principados y potestades, los ofreció en espectáculo público y los llevó cautivos en su cortejo» (Col 2,15). La liturgia invitará a los cristianos a: «Mirar el árbol de la Cruz, donde estuvo clavada la salvación del mundo»:

**Adán, por las mordeduras del dragón apóstata (Gén 3,1-7), es decir, del diablo, pereció, arrastrándonos a todos al mal. Pero hemos sido salvados de un modo maravilloso: Mirando a la serpiente de bronce (Nu 21,9; Jn 3,14-15), es decir, a Cristo. ¿Cómo siendo El bueno por naturaleza pudo hacerse serpiente? Porque tomó nuestra carne, haciéndose como nosotros, que somos malos, como está escrito: «Se hizo a semejanza de la carne de pecado» (Rom 8,3) y también: «Fue contado entre los malhechores» (Is 53,12). Cristo es, pues, serpiente como a semejanza de pecado, porque se hizo hombre...**

**La serpiente de bronce era, pues, figura de Cristo exaltado en la Cruz gloriosa, como El mismo dijo a los judíos: «Cuando exaltéis al Hijo del hombre, entonces conoceréis que soy yo» (Jn 8,28). Que aquella figura se relaciona con este misterio, lo puedes aprender también de El, cuando dijo: «Como Moisés levantó la serpiente en el desierto, así debe ser exaltado el Hijo del hombre (Jn 3,14). Por lo demás, la serpiente era de bronce a causa de la sonoridad y armonía del kerigma divino y evangélico: ¡No hay nadie sin haber oído los oráculos de Cristo, divulgados por todo el orbe, ante quien «toda rodilla se doble y toda lengua confiese que Jesucristo es Señor, para gloria de Dios Padre (Filp 2,10s)7.**

Esta salvación, que nos engendra a la nueva vida, no se nos comunica sino bajo la forma de cruz. Sólo por la cruz seguimos a Cristo: «El que quiera venir conmigo, niéguese a si mismo, tome su cruz y me siga» (Mc 8,34). El bautismo nos incorporó a la muerte de Cristo, para seguirle con la cruz hasta la gloria, donde El está con sus llagas gloriosas (Rom 6,3-8):

**Llevamos siempre y por todas partes en nuestro cuerpo el morir de Jesús, para que también la vida de Jesús se manifieste en nuestro cuerpo. Pues, mientras vivimos, continuamente somos entregados a la muerte por causa de Jesús, para que también la vida de Jesús se manifieste en nuestra carne mortal. De modo que la muerte actúa en nosotros y en vosotros, la vida. (2 Coi 4,10-12)**

**El primero en levantar, como Vencedor, el trofeo de la Cruz es Cristo. Después se lo entrega a los mártires, para que a su vez lo levanten ellos. Quien lleva la cruz, sigue a Cristo, como está escrito: «Toma tu cruz y sígueme» (Mc 8,34p)8.**

**Ante todo se ha de saber que *la Cruz era un triunfo*, -el insigne trofeo del triunfo-, pues el trofeo es el signo del enemigo**

**vencido: «el Príncipe de este mundo» (Jn 12,31; 14,30; 16,11; 2 Cor 4,4)..., que enseñó a los hombres a desobedecer a Dios. De aquí que se escribiese contra nosotros la nota de cargo de nuestros pecados, retenida por él y sus potencias (Ef 6,12; 2,2). Cristo se la arrebató, privándolas del poder que tenían sobre nosotros. Así «canceló la nota de cargo que había contra nosotros y, *clavándola en su Cruz*, exhibió públicamente a los principados y potestades, triunfando de ellos en sí mismo» (Col 2,14-15) y, luego, transfirió ese poder a los hombres, como El mismo dijo a sus discípulos: «Os he dado poder de pisar sobre serpientes y escorpiones, y sobre toda fuerza del enemigos (Lc 10,19). ¡Los que usaron mal del poder recibido fueron así sometidos por la Cruz de Cristo a los que en un tiempo les estaban sometidos!9.**

Esta visión bíblica de la cruz supone una revolución en relación a todas las religiones no cristianas. En la religiosidad natural, la expiación significa el restablecimiento de la relación con Dios, rota por la culpa, mediante sacrificios y ofrendas de los hombres. La expiación nace de la conciencia del hombre de su propia culpa y del deseo de borrar el sentimiento de culpa, de superar la culpa mediante acciones expiatorias ofrecidas a la divinidad. La obra expiatoria con la que los hombres quieren pagar a la divinidad y aplacarla ocupa el centro de las religiones.

El Nuevo testamento nos ofrece una visión completamente distinta. No es el hombre quien se acerca a Dios y le ofrece un don para restablecer el equilibrio roto. Es Dios quien se acerca a los hombres para dispensarles un don. El «derecho violado», si querernos hablar así, se restablece por la iniciativa del amor de Dios, que por su misericordia justifica al impío y vivifica a los muertos. Su justicia es gracia, que hace justos a los pecadores. En Cristo «Dios reconcilia el mundo consigo mismo» (2 Cor 5,19). Dios no espera a que los pecadores vayan a El y paguen por su culpa. El sale a su encuentro y los reconcilia:

**«Nuestro hombre viejo fue crucificado con El» (Rom 6,6). Si El no hubiese sido crucificado el mundo no habría sido redimido. La pena de su crucifixión es nuestra salvación... Por quienes claman «¡Crucifícalo! ¡Crucifícalo!» (Jn 19,6; Mc 15,13; Lc 23,21), ruega al Padre: «¡Padre, perdónalos, pues no saben lo que hacen!» (Lc 23,34). Entre ellos estaba aquel frenético, antes Saulo y luego Pablo, primero soberbio y humilde después. Pero ¿qué le hizo el Médico? Derribó a un soberbio y levantó un creyente (He 9,1-8); derribó a un perseguidor y levantó a un apóstol (He 9,18-22)... En la Cruz hizo de un ladrón un confesor: Ved redimido a quien el diablo había hecho homicida. El ladrón confiesa (Lc 23,42s), cuando Pedro se turbaba; aquel reconoció cuando éste negó (Mt 26,69-75p). Pero ¿acaso porque el Señor adquirió a quien robaba, perdió a Pedro que negaba? ¡No! Obraba un misterio: mostró en Pedro que nadie puede presumir de justo, significando en el ladrón que no perece ningún impío convertido. ¡Tema el bueno, para no perecer por la soberbia! ¡No desespere el malvado por su**

**mucha maldad! Gran precio ha sido dado por nosotros, pues hemos sido redimidos por la Sangre de Cristo! (1 Pe 1,18s)10.**

Este es el misterio inaudito de la cruz. La reconciliación no parte de abajo hacia arriba, sino de arriba hacia abajo. No es la obra de reconciliación que el hombre ofrece al Dios airado, sino la expresión del amor entrañable de Dios que se vacía de sí mismo para salvar al hombre. Es su acercamiento a nosotros. La acción del hombre -el culto- es acción de gracias: Eucaristía (Heb 13,15). Es, en vez de ofrenda de dones, aceptación del don de Dios.

La carta a los Hebreos, relacionando la muerte de Jesús con la fiesta judía de Yom Kipur, nos dice que todo intento del hombre por reconciliarse con Dios mediante ritos y sacrificios, -de los que las religiones están llenas-, son ineficaces e inútiles (7,18), ya que Dios no busca toros ni machos cabríos, sino al hombre, como dicen ya los salmos:

**No aceptaré un becerro de tu casa,  
ni un cabrito de tus rebaños;  
pues las fieras de la selva son mías,  
y hay miles de bestias en mis montes;  
en mi mano están todas las aves del cielo  
y todos los animales del campo.**

**Si tuviera hambre no te lo diría a ti;  
pues el orbe y cuanto lo llena es mío.  
¿Como yo acaso la carne de los toros?  
¿Bebo acaso la sangre de los carneros?  
Ofrece a Dios *sacrificios de alabanza*,  
cumple tus votos al Altísimo  
e invócame el día del peligro:  
yo te libraré, y tú me darás gloria. (Sal 50,9-15)**

Por ello, Cristo, entrando en la presencia de Dios, no en un templo construido por manos humanas, sino en el cielo, con su muerte no ofreció cosas ni sangre de animales, sino que se ofreció a sí mismo (Heb 9,11 s). Jesucristo es víctima y sacerdote, realizando así la verdadera y definitiva liturgia de la reconciliación.

El culto cristiano no es otra cosa que la aceptación agradecida y exultante del amor absoluto, hasta el extremo (Jn 13,1), de Cristo, entregado a la muerte de cruz por nosotros. Nuestros intentos de justificación por nosotros mismos, con nuestras ofrendas y sacrificios, no son, en el fondo, más que excusas, que nos distancian de Dios y de los demás. Adán quiso justificarse,

excusándose, echando la culpa a otro: a Eva y a Dios simultáneamente: «La **mujer que Tú** me diste por compañera, me dio del fruto...» (Gén 3,12). A Dios, en cambio, le agrada la confesión del propio pecado y la aceptación gratuita del amor de Cristo hacia nosotros, en lugar de la autojustificación que acusa. Acepta unirnos a El, haciendo nuestra su entrega a la cruz, para romper el protocolo de acusación contra nosotros (Sal 51,18-19; Filp 3,18-19; Col 2,14):

**iDe aquí que no lloramos con gemidos los sufrimientos de Cristo, sino que los celebramos con alabanza continua! El Señor fue sepultado, a fin de que la tierra recibiese la bendición de su cuerpo, para consolación de los sepultados. Fue crucificado a fin de que como por un leño vino la muerte, por él nos fuese devuelta la vida. La muerte muere con la muerte. El infierno es destruido por la vida destrozada. Y por la semilla de aquel cuerpo sepultado en tierra, la sementera de los cuerpos humanos surge como mies viva"**

Reco'giendo una idea de Jean Danielou, podemos decir que «entre el mundo pagano de las religiones y la fe cristiana no hay más que un paso: la cruz de Cristo. Para incorporar un pagano al cristianismo no hay otro camino que la tontería de la predicación de la cruz de Cristo, testimoniada por el apóstol «que lleva siempre en su cuerpo el morir de Jesús» (2Cor 4,10). Este morir- amor al mundo enemigo y extraño a este amor crucificado- es la pasión de Cristo, de la que nos llama a participar, distendidos con El en la cruz, hasta el Padre y hasta el último hombre, uniendo en un mismo punto el amor a Dios y a los hombres»<sup>12</sup>.

Lo que cuenta no es el dolor. ¿Cómo podría Dios complacerse en los tormentos de una criatura o de su propio Hijo? Lo que cuenta es la amplitud del amor. Sólo el amor da sentido al dolor. Si no fuese así, dirá J. Ratzinger, los verdugos serían los auténticos sacerdotes; quienes provocan los sufrimientos serían quienes habrían ofrecido el sacrificio. Pero no es esta la visión bíblica de la cruz. Es Cristo, y no sus verdugos, el Sacerdote, que con su amor unió los extremos separados del mundo: Dios y los hombres y éstos entre sí (Ef 2,11-22).

La cruz es revelación de esta distancia, salvada por el amor. Nos revela cómo es Dios y cómo son los hombres. Cristo, el Justo e inocente, manifestación del amor de Dios, crucificado por los hombres, deja al descubierto quién es el hombre: el que no soporta al justo, el que escarnece, azota y atormenta a quien le ama. Como injusto, el hombre necesita la injusticia de los demás para sentirse disculpado (Sab 2,10-20; Jr 11, 18-19; 15,10-11).

El justo le da fastidio, porque con su vida es una denuncia de la propia maldad (Jn 8,39-47). El Justo crucificado es el espejo del hombre.

Pero la cruz revela también a Dios. En el abismo del mal humano, que condena a morir en cruz al Hijo, se manifiesta en toda su plenitud el abismo inagotable del amor del Padre, que entrega al Hijo por nosotros<sup>13</sup>:

**Todo esto se realizó en la Cruz. Su figura se divide en cuatro partes, de modo que a partir del centro, -al que todo el conjunto converge-, se cuentan cuatro prolongaciones; y sabemos que quien se extendió sobre la cruz, es Aquel que abraza y une a Sí el universo, reuniendo mediante su persona a todos los seres en concordia y armonía. Toda la creación le mira y gira en torno a El. Gracias a El permanece compacta en sí misma. Por ello, conocemos a Dios por la audición de la Palabra y *mirando a la Cruz*. En ella conocemos «la anchura y la longitud, la altura y la profundidad del amor de Cristo (Ef 3,18)... ¡Este es el misterio, que sobre la cruz nos ha sido enseñado! (Filp 2,10)<sup>14</sup>.**

**El misterio del Hijo del Hombre y del Hijo de Dios nos muestra claramente que es El mismo quien *reinando muere y muriendo reina...* El lugar de la Cruz es tal que, colocado en el centro de la tierra y erigido en la cumbre del universo, ofrece igualmente a todos los paganos el medio de llegar al conocimiento de Dios (Is 2,2-3). En «el leño de la Cruz» están colgadas la salvación y la vida de todos. A su derecha y a su izquierda fueron crucificados dos ladrones (Mt 27,38), mostrando con ello que todo hombre es llamado al misterio de la pasión del Señor<sup>15</sup>.**

### **3. MUERTO**

La muerte en cruz era una maldición. Cristo se hizo **maldito para librarnos** de la maldición a nosotros, a quienes la ley condenaba a muerte: «Cristo nos rescató de la maldición de la ley, haciéndose El mismo maldición por nosotros, pues dice la Escritura: Maldito el que está colgado de un madero. Así, en Cristo Jesús, pudo llegar a los gentiles la bendición de Abraham» (Gál 3,13-14):

**Pero, ¿por qué sufrió incluso *la muerte de cruz*? Porque, si el Señor vino a llevar la maldición que pesaba sobre nosotros, ¿cómo se habría hecho maldición sin sufrir la muerte de los malditos? Tal es, en efecto, la muerte en la cruz, como está escrito: «¡Maldito quien cuelga del leño! (Dt 21,23; Gál 3,13). Además, si la muerte del Señor es redención por todos y destruye «el muro de separación» (Ef 2,14) llamando a los gentiles, ¿cómo los habría llamado si no hubiese sido crucificado? Pues sólo en la cruz se muere con las manos extendidas. Convenía, pues, que el Señor sufriese esta muerte y extendiese las manos: con una se atraía al Pueblo antiguo (Rom 10,21; Is 65,2) y con la**



otra a los paganos, reuniendo así en El a los dos (Ef 2,16), como El mismo dijo: «Cuando haya sido elevado, atraeré a todos a mí» (Jn 12,32)16.

«**Era necesario**», repite constantemente el Nuevo Testamento, que Cristo sufriera la muerte de malhechor (Lc 24,7.26.44; Mc 8,31). Es lo que Pablo, al convertirse, encuentra ya en las comunidades cristianas como confesión de fe: «Porque os transmití, en primer lugar, lo que yo a mi vez recibí: que Cristo murió por nuestros pecados, según las Escrituras» (1 Cor 15,3):

**Adán, recapitulando en sí a todo hombre, al desobedecer a Dios, murió -y nos dejó en herencia la muerte- el día en que comió, pues Dios le había dicho: «El día que comáis moriréis ciertamente» (Gén 2,17). Recapitulando en sí aquel día, el Señor murió el día anterior al sábado, en el que fue precisamente plasmado el hombre (Gén 1,26-31), para darle con su pasión la segunda creación, que tuvo lugar con su muerte. En efecto, el pecado cometido a causa del árbol (Gén 2,17) fue abolido con el árbol de la Cruz. Obedeciendo a Dios (Filp 2,8; Rom 2,18-19; 5,19; 14,15; 1 Cor 8,11), el Hijo del Hombre fue clavado en el árbol, destruyendo la ciencia del mal e introduciendo en el mundo la ciencia del bien, destruyendo «con la obediencia al Padre hasta la muerte» (Filp2,8) la desobediencia antigua, realizada por Adán en el árbol17.**

Jesús muere como el Siervo de Dios, de cuya pasión y muerte dice Isaías que es un sufrimiento **inocente**, soportado con paciencia, voluntario, querido por Dios, en favor de muchos (Is 53,6-10). Al ser una vida con Dios y de Dios la que se entrega a la muerte, este morir es salvación nuestra:

**Pues el Padre, para darnos la vida, envió a su Hijo para que nos redimiera (Jn 3,16; 1Jn 4,9-10; Gál 4,4-5). Y este Hijo quiso ser y hacerse hombre, para hacernos hijos de Dios (Jn 1,12; Gál 4,4-6); se humilló, para levantar al pueblo caído por tierra; fue llagado, para curar nuestras llagas (Is 53,5); se redujo a esclavo, para librar a los que estaban en esclavitud (Heb 2,14-15); soportó la muerte, para dar la inmortalidad a los mortales (Rom 5,21; 6,4-11; 8,1-13)... En la pasión y en la señal de la cruz está toda fuerza y poder (Hab 3,3-5; Is 9,5; Ex 16,9-11). Todos los que lleven la frente marcada con esta señal de la cruz se salvarán (Apoc 22,13-14; Ez 9,4-6; Ex 12,13)18.**

Como buen Pastor, Cristo «da su vida por las ovejas» (Jn 10,15). «Se entrega a sí mismo como rescate por todos» (1Tim 2, 6), «entregándose El por nuestros pecados, para librarnos de este mundo perverso» (Gál 1,4), que «yace en poder del Maligno» (1Jn 5,19). El, que no conoció pecado, se hizo por nosotros pecado, para que en El fuéramos justicia de Dios (2Cor 5,21). En resumen, «El, siendo rico, se hizo pobre por nosotros, para enriquecernos con su pobreza» (2 Cor 8,9). Este **intercambio admirable** suscitó la admiración constante de los

padres. Según su confesión de fe, Jesucristo, como nuevo Adán, recapituló en sí a todo el género humano y lo unió de nuevo con Dios: «Por su infinito amor, El se hizo lo que somos, para transformarnos en lo que El es» (S. Ireneo).

No sólo buen Pastor, Jesús es también nuestro **Cordero pascual inmolado** (1 Cor 5,7), «Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo» (Jn 1,29), «rescatándonos de la conducta necia heredada de nuestros padres, no con algo caduco, oro o plata, sino con la sangre preciosa de Cristo, Cordero sin defecto ni mancha» (1 Pe 1,18-19; 1 Cor 6,20):

**A Jesús le vemos coronado de gloria y honor por haber padecido la muerte, pues por la gracia de Dios gustó la muerte para bien de todos» (Heb 2,9). Isaías, reconociendo al Dios hecho hombre en quien padeció en la carne, dijo: «Fue llevado como oveja al matadero y, como cordero inocente ante quien lo trasquila, no abrió su boca» (Is 53,7)19.**

Los cristianos, por ello, han podido cantar:

**Digno eres, Cordero degollado, de tomar el libro y abrir sus sellos porque fuiste degollado y compraste para Dios con tu sangre hombres de toda raza, lengua, pueblo y nación; y has hecho de ellos para nuestro Dios un reino de sacerdotes sobre la tierra. (Apoc 5,9-10)**

Cristo se entrega a sí mismo en ofrenda al Padre por nosotros. Entra en la pasión con miedo y temblor en su cuerpo y en su espíritu, pero con obediencia filial al Padre. Sobre la cruz pide perdón por los que le matan. Y en medio del abandono, también divino, en un grito de confianza entregó su vida a Dios. Así murió. Por ello, su sacrificio es el cumplimiento definitivo de todos los otros sacrificios, que sólo eran prefiguraciones lejanas (Heb 9,9; 10,1) de este único sacrificio, ofrecido una vez para siempre:

**Cristo se presentó como sumo Sacerdote de los bienes futuros y entró de una vez para siempre en el Santuario... Y entró no con sangre de machos cabríos y de toros, sino con su propia sangre, obteniendo para nosotros una redención eterna... Para eso es Mediador de una nueva alianza, para que mediante su muerte, ofrecida para remisión de las transgresiones... recibamos la herencia eterna prometida... Pues no entró Cristo en un Santuario levantado por mano de hombre, sino en el Cielo, para comparecer ahora ante la faz de Dios en favor nuestro... Y no necesita ofrecerse muchas veces, -como en los sacrificios antiguos-, sino que ahora, en la plenitud de los tiempos, se ha manifestado de una vez para siempre, para destruir el pecado mediante su propio sacrificio (Heb 9,11-28).**

No son sacrificios lo que Dios quiere, sino la entrega filial que

hace Jesús en obediencia al Padre:

**Por eso Cristo, al entrar en el mundo, dice: No quisiste sacrificios ni ofrendas, pero me has preparado un cuerpo; no te complaciste en holocaustos ni en sacrificios por el pecado; entonces Yo dije: He aquí que vengo, oh Dios, para hacer tu voluntad... En virtud de esta voluntad, quedamos nosotros santificados por la oblación del cuerpo de Jesucristo, ofrecida una vez para siempre (Heb 10,5-10).**

Todos estos textos nos anuncian el amor salvífico de Dios, que Jesucristo, por su obediencia y entrega, aceptó en nuestro nombre, para reconciliarnos con Dios y romper las barreras que separaban a los hombres entre ellos. «Cristo es nuestra paz» (Ef 2,14). En El quedó definitivamente superado el abismo que, a causa del pecado, separaba al hombre de Dios, a los hombres entre sí y al hombre de sí mismo. La muerte de Cristo ha hecho de la cruz -con sus dos travesaños- el signo de la victoria sobre todos los poderes enemigos de Dios y del hombre.

La muerte de Jesús nos liberó de la esclavitud del pecado (Rom 7; Jn 8,34-36), del diablo (Jn 8,44; 1Jn 3,8), de los poderes del mundo (Gál 4,3; Col 2,20), de la ley (Rom 7,1; Gál 3,13; 4,5) y, sobre todo, de la muerte (Rom 8,2). ¡Asumió la muerte, para matar a la muerte! (1 Cor 15,26.54-57). Cristo obtuvo la victoria derrotando al diablo con las mismas armas con que él nos había vencido:

**¿Has visto qué maravillosa victoria? ¿Has visto los resonantes éxitos de la cruz? Aprende cómo se produjo la victoria y aún quedarás más sorprendido. Cristo derrotó al diablo con aquellos mismos medios con los que éste había vencido. Lo venció con sus mismas armas. ¿Cómo? Escucha. Una virgen, un leño y la muerte fueron las contraseñas de nuestra derrota. Virgen era Eva, que todavía no había conocido varón; leño era el árbol y muerte era el castigo de Adán. Pero he aquí de nuevo que una Virgen, un leño y la muerte, los mismos que habían sido los distintivos de nuestra derrota, se convierten en distintivos de nuestra victoria. De hecho el puesto de Eva lo ocupa María; el puesto del leño de la ciencia del bien y del mal, el leño de la cruz; el puesto de la muerte de Adán, la muerte de Cristo. Ve, pues, que fue derrotado con los mismos medios con que había vencido. En torno al árbol el diablo venció a Adán; en torno a la cruz Cristo derrotó al diablo. Aquel leño enviaba a los infiernos, éste reclamaba de allí incluso a los que habían descendido a ellos... Estos son los grandes éxitos de la cruz<sup>20</sup>.**

Y al destruir la muerte, surgió la vida. Pues del costado de Cristo dormido en la cruz nació la Iglesia<sup>21</sup>. Por el agua del bautismo el cristiano es injertado en el misterio de la muerte y resurrección de Cristo, muriendo con El, siendo sepultado y resucitado con El (Rom 6,3-5). Y en la sangre de la Eucaristía

proclamamos su muerte hasta que El vuelva (1 Cor 11, 26):

**Si indagas por qué echó «sangre y agua del costados», y no de otro miembro, descubrirás que con ello se indica a la mujer: como la fuente del pecado y de la muerte provino de la primera mujer, costilla del primer Adán (Gén 2,22), también la fuente de la redención y de la vida mana de la costilla del segundo Adán<sup>22</sup>.**

**¡Suba nuestro Esposo al leño de su tálamo! Duerma, muriendo; se abra su costado y nazca la Iglesia Virgen, para que, como Eva fue formada del costado de Adán durmiente, se forme la Iglesia del costado de Cristo crucificado. Pues fue herido su costado y al instante «brotó sangre y agua» (Jn 19,34), los sacramentos gemelos de la Iglesia: el agua, en la que fue purificada la Esposa; la sangre, con la que fue dotada. En esta sangre, los santos mártires, amigos del Esposo, lavaron sus vestidos y los blanquearon (Ap 7,14;22,14); yendo como invitados a las nupcias del Cordero (Ap 19,7- 9),recibieron del Esposo el cáliz, bebiendo y brindando a su salud. Bebieron su sangre, derramando la suya por El... ¡Exulta, Iglesia Esposa, pues si no se hubiera hecho esto con Cristo, tú no habrías sido formada de El! El Vendido te redimió; el Matado te amó y, por que te amó tanto, quiso morir por ti. ¡Oh gran sacramento de este matrimonio!¡Oh que gran misterio el de este Esposo y esta Esposa! Nace la Esposa del Esposo y, apenas nacida, se le une; la Esposa lo desposa, cuando el Esposo muere; el Esposo se une a la Esposa, cuando es separado de los mortales; cuando El es exaltado sobre todos los cielos, entonces ella es fecundada sobre toda la tierra. ¿Qué es esto? ¿Quién es este Esposo, ausente y presente? ¿Quién es este Esposo ausente y latente, a quien la Esposa concibe por la fe y, sin acto matrimonial, diariamente da a luz a sus miembros? ¡Es el Rey de la gloria! (Sal 24,10)<sup>23</sup>.**

#### **4. Y SEPULTADO**

Al confesar en el Credo la sepultura de Jesucristo -lo mismo que la mención de Poncio Pilato- estamos afirmando la realidad histórica de los acontecimientos. Sus padecimientos son reales, la cruz y la muerte no fueron aparentes. Por ello, la sepultura de Cristo está ya en la confesión de fe que Pablo ha recibido y que, a su vez, él transmite (1Cor 15,4) lo mismo que la muerte y la resurrección. Y San Ignacio de Antioquía, en un texto, ya citado en parte, dice:

**Tapaos los oídos cuando alguien venga a hablaros fuera de Jesucristo, que desciende del linaje de David y es hijo de María; que nació verdaderamente y comió y bebió; fue verdaderamente perseguido bajo Poncio Pilato; fue verdaderamente crucificado y murió a la vista de los moradores del cielo, de la tierra y del infierno. En efecto, El fue verdaderamente clavado en la cruz bajo Poncio Pilato (Mt 27,1-66p) y el tetrarca Herodes (He 4,27; Lc 23,1-12), fruto de cuya bienaventurada pasión somos nosotros<sup>24</sup>.**

Su insistencia en el **verdaderamente** quiere resaltar la realidad humana e histórica de Jesucristo en todos sus acontecimientos. La salvación cristiana sería sólo aparente si la historia de Jesús, con su pasión y muerte, no fueran reales. Esta es la razón de la presencia del nombre de Poncio Pilato en el Credo. «La historia de la salvación de que habla el Credo a modo de resumen se encuentra enraizada en la historia. Al confesar que padeció bajo el poder de Poncio Pilato, se profesa que esos acontecimientos no tuvieron lugar no se sabe dónde ni cuándo sino en un sitio y lugar muy concretos. En la publicidad de la historia Jesús padeció, fue crucificado, murió y fue sepultado»<sup>25</sup>.

Que padeció **bajo Poncio Pilato** forma parte de casi todos los **Símbolos** de la fe antiguos, fieles al testimonio neotestamentario (Mt 27,15-56p; Jn 18,28-19,22; He 4,27; 13,28; 1 Tim 6,13), que nombrando al Procurador atestiguan la realidad histórica de la crucifixión y muerte de Cristo. La redención no es una ideología, sino un acontecimiento salvífico realizado en un lugar y tiempo histórico preciso:

**Entre las verdades, que de modo claro han sido transmitidas por la predicación apostólica, figura el que Jesucristo nació y sufrió realmente, no en apariencia, y realmente murió con la muerte común a todos**<sup>26</sup>.

**Quienes transmitieron el Símbolo indicaron también con toda precisión el tiempo en que tuvieron lugar estos acontecimientos: «Bajo Poncio Pilato»; y esto para que no vacilase la tradición de los hechos**<sup>27</sup>. Era necesario añadir el nombre del juez, para conocer las fechas<sup>28</sup>.

**Tras haber dicho que «fue crucificado en tiempo de Poncio Pilato», añadieron que «fue sepultado» para enseñar que Cristo no murió simulada o aparentemente, sino que realmente murió de muerte humana. No sin motivo afirma Pablo que fue «sepultado» (1 Cor 15,3-4), sino para probar que realmente, según la ley de los hombres, murió y sufrió la muerte, como conviene a una naturaleza mortal**<sup>29</sup>.

**El nacimiento implica la muerte. Quien decidió formar parte de la humanidad, debía atravesar necesariamente los momentos propios de nuestra naturaleza... Aunque quizás expresemos con más exactitud el misterio diciendo que el nacimiento no fue la causa de su muerte, sino al contrario: a causa de la muerte, Dios aceptó el nacimiento. Nació no por la necesidad de vivir corporalmente, sino por el deseo de llamarnos de la muerte a la vida, para lo que se inclinó sobre nuestro cadáver, tendiendo la mano a quien yacía muerto, acercándose a la muerte hasta asumir el estado de cadáver y ofrecer a nuestra naturaleza -por medio del propio cuerpo- el principio de la resurrección**<sup>30</sup>.

**El Hijo de Dios no tuvo otra razón para nacer que la de poder ser clavado en la cruz. En el seno de la Virgen, en efecto, tomó la**

carne mortal, en la que realizó la economía de la pasión. Así, pues, si Cristo murió y fue sepultado, no fue esto una necesidad de su propia condición, sino redención de nuestra esclavitud; pues el Verbo se hizo carne para tomar del seno de la Virgen una naturaleza pasible... Por su poder se hizo humilde; por su poder se hizo pasible; por su poder se hizo mortal: para destruir el imperio del pecado y de la muerte<sup>31</sup>.

Jesús de Nazaret es un personaje histórico; No se pierde en las brumas de la mitología y de la leyenda. Jesús es un hombre de Israel, encuadrado en la historia de Israel, en un momento determinado (Lc 2,1; 3,1). El Evangelio nos da su historia; no es simplemente un sistema ideológico:

**Jesús sufrió realmente por todos nosotros. ¡La cruz no fue una apariencia, pues entonces apariencia habría sido la redención! ¡Su muerte no fue una fantasía, pues en ese caso mera fábula hubiera sido la salvación! Sí, la pasión de Cristo fue real: realmente fue crucificado, sin que nos avergoncemos de ello ni lo neguemos, antes bien nos gloriamos en decirlo. ¡Confieso la Cruz, porque me consta la resurrección!**

**Si Jesús hubiera quedado colgado en ella, tal vez no la confesara, pero habiendo seguido la Resurrección a la Cruz, no me avergüenzo de confesarla<sup>32</sup>.**

Todo en el cristianismo remite a una historia, a unos acontecimientos. Y por ser acontecimientos desde Dios para nuestra salvación se **anuncian como buena noticia**, y por ser únicos e irrepetibles se anuncian **con autoridad, interpelando** al corazón del que escucha, confesándolos con el **testimonio del apóstol que los anuncia**:

Confesar que Cristo fue crucificado significa decir que «estoy crucificado con Cristo» (Gál 2,19). Y también que «lejos de mí gloriarme sino es en la cruz de mi Señor Jesucristo, por quien el mundo está crucificado para mí y yo para el mundo» (Gál 6,14). Porque «en cuanto al morir, de una vez murió al pecado» (Rom 6,10) y yo «estoy configurado a su muerte» (Filp 3,10). Así, su sepultura se extiende a los que se han configurado a su muerte «porque junto con El hemos sido sepultados por el bautismo» (Rom 6,4), destruyendo el cuerpo de pecado, pues el que está muerto está libre del pecado, para vivir una vida nueva: «muertos al pecado y vivos para Dios en Cristo Jesús» (Rom 6,1-11)<sup>33</sup>.

---

1. H. U. VON BALTHASAR, El misterio pascual, en *Mysterium Salutis* III/2, p. 143-265. A VANHOYE-I.DE LA POTTERIE-Ch. DUQUOC, *La Passion selon les quatre Évangile*, París 1981; R. BLAZQUEZ, Dios entregó a Jesús a la muerte, *Communio* 2 (1980) 18-29.

2. SAN JUSTINO, *Dialogo* 40,1-5;90,2-5;94,1-2;97,1-4.

3. SAN AGUSTIN, *Sermo* 215,5.

4. MELITON DE SARDES, Homilía sobre la Pascua 57-96.
5. SAN CIRILO DE JERUSALEN, Catequesis XIII.
6. TEODORO DE MOPSUESTIA, Homilia VI 11-VII 2.
7. SAN CIRILO DE ALEJANDRIA, Epistola 55.
8. SAN AMBROSIO, Expositio Ev. secundum Lucam X 29-62.
9. RUFINO DE AQUILEIA, Expositio Symboli 12-26.
10. SAN QUODVULTDEUS, Sermo I de Symbolo VI 4-20 y todo el V.
11. SAN MAXIMO TAUMATURGO, Homilia 83; SAN PEDRO CRISOLOGO, Sermo 57 y 59.
12. Cfr. J. DANIELOU, El misterio de la historia, San Sebastián 1963, 440ss.
13. Cfr. J. RATZINGER, O.c., p. 244-256.
14. SAN GREGORIO NISENO, Oratione Catech. 32,1-11. Cfr. J. DANIELOU, Le symbolisme cosmique de la Croix, La Maison Dieu 75 (1963) 23-36.
15. SAN AMBROSIO, Expositio Ev. secundum Lucam X 97ss.
16. SAN ATANASIO, De Incarnatione Verbi 8-25.
17. SAN IRENEO, Adversus Haereses III 5,3;16,9;18,2-6.
18. SAN CIPRIANO, Los ídolos 13-14; Sobre las buenas obras 1; Testimonios II 13-23.
19. SAN CIRILO DE ALEJANDRIA, Epístola 55.
20. SAN JUAN CRISOSTOMO, De Coemeterio et de Cruce 2.
21. SAN AGUSTIN, Enarr. in Ps. 138,2.
22. RUFINO DE AQUILEIA, Expositio Symboli 12-26.
23. SAN QUODVULTDEUS, Sermo I de Symbolo VI 4-20.
24. SAN IGNACIO, A los Tralianos IX,1-2; SAN JUSTINO, 1 Apología 61,13.
25. J. N. KELLY Primitivos Credos cristianos, Salamanca 1980, p. 182.
26. ORIGENES, Contra Celso, I, 54-55.
27. RUFINO DE AQUILEIA, Expos. Symboli 12-26.
28. SAN AGUSTIN, De Fide et Symbolo V, 11.
29. TEODORO DE MOPSUESTIA, Homilía VII, 2.
30. SAN GREGORIO NISENO, Orat. Catech., 32,1-11.

**31. SAN LEON MAGNO, Homilía 48,1;67,5...**

**32. SAN CIRILO DE JERUSALEN, Catequesis XIII, 4.**

**33. ORIGENES, Contra Celso II, 68.**

**EMILIANO JIMÉNEZ**

*EL CREDO, SÍMBOLO DE LA FE DE LA IGLESIA*  
**Ediciones EGA, Bilbao 1992, págs. 83-100**



# 5

## DESCENDIÓ A LOS INFIERNOS Y AL TERCER DIA RESUCITÓ DE ENTRE LOS MUERTOS

### 1. DESCENDIÓ A LOS INFIERNOS

Quizás este artículo de la fe sea el más extraño a la conciencia moderna, repiten todos los teólogos actuales. Y sin embargo, todos los padres lo comentan ampliamente, como parte integrante del Símbolo de la fe de la Iglesia.

El descenso de Jesús a los infiernos lo hallamos ya en la Escritura:

**Pues también Cristo, para llevarnos a Dios, murió una sola vez por los pecados, el justo por los injustos, muerto en la carne, vivificado en el espíritu. En el espíritu fue también a predicar a los espíritus encarcelados, en otro tiempo incrédulos, cuando les esperaba la paciencia de Dios, en los tiempos en que Noé construía el Arca, en la que unos pocos, es decir ocho personas fueron salvados a través del agua; a ésta corresponde ahora el bautismo que os salva... (1 Pe 3,1.18ss)... Por eso, hasta a los muertos se ha anunciado la Buena Nueva, para que, condenados en carne según los hombres, vivan en espíritu según Dios (4,6)1.**

Si la Iglesia recoge esta confesión de fe es porque en ella está implicada nuestra vida. El viernes santo contemplamos al Crucificado; y antes de pasar a verle resucitado, la Iglesia nos invita a pasar el sábado santo meditando la «muerte de Dios». Es el día que Dios pasa bajo tierra. Es el día de la ausencia de Dios, experiencia tan significativa del hombre actual. Dios en silencio, ni habla ni es preciso discutir con El; basta simplemente pasar por encima de El: «Dios ha muerto; nosotros le hemos matado», según la constatación de Nietzsche y de la liturgia de la Iglesia desde el comienzo.

Según la meditación de Ratzinger<sup>2</sup>, este artículo del Credo nos recuerda dos escenas bíblicas. La primera es la de Elías, que se burla de los sacerdotes de Baal, diciéndoles: «Gritad más fuerte; Baal es dios, pero quizás esté entretenido conversando, o tiene

algún negocio, o está de viaje. Acaso esté dormido, y así le despertaréis» (1 Re 18,27). «Tenemos la impresión de encontrarnos nosotros en la misma situación; escuchamos la burla de los racionalistas o agnósticos de nuestro tiempo, que nos dicen que gritemos más fuerte, que quizá nuestro Dios esté dormido... **Bajó a los infiernos:** he aquí la verdad de nuestra hora, la bajada de Dios al silencio, al oscuro silencio de la ausencia».

La segunda escena bíblica es la de los discípulos de Emaús (Lc 24,13-35). Los discípulos vuelven a sus casas, conversando de que su esperanza ha muerto. Para ellos ha tenido lugar algo así como la muerte de Dios. Se ha extinguido la llama en la que Dios parecía haber hablado. Ha muerto el enviado de Dios. No queda sino el vacío de su desilusión... Pero, mientras hablan de la muerte de su esperanza, se dan cuenta de que la esperanza enciende su rescoldo de entre sus cenizas con un fulgor nuevo. La imagen de Dios que ellos se habían forjado ha muerto, porque tenía que morir, para que de sus ruinas surgiera la verdadera imagen de Dios siempre más grande que todas nuestras concepciones de El.

Al confesar que Cristo **bajó a los infiernos**, afirmamos que participó de nuestra muerte como soledad, abandono e infierno total, como frustración sin sentido, degustando el amargor del silencio de Dios. Cristo compartió la soledad suprema del hombre ante la muerte sin futuro, recorriendo el camino del hombre pecador hasta la oscuridad sin fin. Así venció para siempre la soledad del infierno, es decir, de la muerte como fracaso de la existencia humana. La salvación de Cristo es universal y total en el espacio y en el tiempo. Desde Cristo, el creyente ya no afronta la muerte en soledad total; el infierno de la no existencia del hombre dejado a sus solas fuerzas ha desaparecido.

La desgracia del hombre pecador, que experimenta el salario de la muerte, consiste en estar excluido del reino de Dios: **vive lejos y apartado de Dios** (Sal 6,6; 88,11-13: 115,17). Confesar que Jesús descendió a los infiernos, es afirmar que descendió a la muerte del hombre pecador, sufriendo el radical abandono y soledad de la muerte como experiencia del absurdo y de la nada, que es el abandono de Dios.

El artículo de la fe en el descendimiento a los infiernos nos recuerda que la revelación cristiana habla del Dios que dialoga,

pero también del Dios que calla. Dios es Palabra, pero es también silencio. El Dios cercano es también el Dios inaccesible, que siempre se nos escapa, «siempre mayor» que nuestra experiencia, siempre por encima de nuestra mente. El ocultamiento de Dios nos libera de la idolatría. En el silencio de Dios se cumplen sus «misterios sonoros»<sup>3</sup> La vida de Cristo pasa por la cruz y la muerte con su misterio de silencio y obscurecimiento de Dios.

Esta bajada a los infiernos es la explicitación del grito de Jesús en la cruz: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?»<sup>4</sup>. Pero no podemos olvidar que este grito es el comienzo del salmo 21, que expresa la angustia y la esperanza del elegido de Dios. El salmista orante comienza con la más profunda angustia por el ocultamiento de Dios y termina alabando su bondad y poder salvador. Este salmo recoge lo que Kasemann llama la oración de los infiernos:

**El Hijo conserva la fe cuando, al parecer, la fe ya no tiene sentido, cuando la realidad terrena anuncia la ausencia de Dios de la que hablan no sin razón el mal ladrón y la turba que se mofa de El. Su grito no se dirige a la vida y a la supervivencia, no se dirige a sí mismo, sino al Padre.**

En esta oración de Jesús, lo mismo que en la oración de Getsemaní, la médula de la angustia no es el dolor físico, sino la soledad radical, el abandono absoluto. En él se revela el abismo de la soledad del hombre pecador, que supone la contradicción más profunda con su esencia de hombre que es hombre en cuanto no está solo, sino en comunión, como imagen de Dios que es amor trinitario. En Jesús esta experiencia toca límites insospechados para cualquier otro hombre, pues su ser es ser Hijo, relación plena al Padre en el Espíritu. Así Cristo ha bajado al abismo mortal de todo hombre, que siente en su vida el miedo de la soledad, del abandono, del rechazo, la inquietud e inseguridad de su propio ser; es el miedo a la muerte, como pérdida de la existencia para siempre, que en definitiva es como no haber nacido<sup>5</sup>.

Descender al infierno es bajar al lugar donde no resuena ya la palabra amor, donde no puede existir la comunión; es la desesperación de la soledad inevitable y terrible. Dios no puede dejar allí a su Siervo fiel. De aquí que Pedro exclame en su kerigma el día de Pentecostés:

**A Este, a quien vosotros matasteis clavándole en la cruz, Dios le resucitó liberándole de los dolores del Hades, pues no era posible**

**que quedase bajo su dominio. (He 2,24ss)**

Cristo, concluye Ratzinger, pasó por la puerta de nuestra última soledad. En su pasión entró en el abismo de nuestro abandono. Allí donde no podemos oír ninguna voz está El. El infierno queda, de este modo, superado, es decir, ya no existe la muerte que antes era un infierno. El infierno y la muerte ya no son lo mismo que antes, porque la vida está en medio de la muerte, porque el amor mora en medio de ella. Sólo existe para quien experimenta la «segunda muerte» (Ap 20,14), es decir, para quien con el pecado se encierra voluntariamente en sí mismo. Para quien confiesa que Cristo descendió a los infiernos la muerte ya no conduce a la soledad; las puertas del Sheol están abiertas. Con Cristo se abren las tumbas y los muertos salen del sepulcro: «Se abrieron los sepulcros y muchos cuerpos de santos difuntos resucitaron. Y, saliendo de los sepulcros después de la resurrección de El, entraron en la Ciudad Santa y se aparecieron a muchos» (Mt 27,52-53)<sup>6</sup>:

**Quien murió y fue sepultado bajó a los infiernos y subió con muchos. Pues bajó a la muerte, y muchos cuerpos de santos fueron resucitados por El. ¡Quedó aterrada la muerte, al contemplar Aquel muerto nuevo que bajaba al infierno, no ligado con sus vínculos! ¿Por qué, oh porteros del infierno, os pasmasteis al ver esto? ¿Qué sorprendente miedo se apoderó de vosotros? Huyó la muerte, y su huída argüía terror. En cambio, salieron al encuentro los santos profetas: Moisés el legislador, Abraham, Isaac, Jacob, David, Samuel, Isaías y Juan el Bautista, preguntando: «¿Eres tú el que ha de venir o esperamos a otro?» (Mt 11,3). ¡Ya están redimidos los santos, que la muerte había devorado! Pues convenía que, Quien había sido anunciado como Rey, fuera Redentor de sus buenos anunciadores. Y comenzó cada uno a decir: «¿Dónde está, muerte, tu victoria? ¿Dónde está, infierno, tu aguijón?» (1Cor 15,55; Os 13,14). ¡Nos ha redimido el Vencedor!**<sup>7</sup>

Y en comentario de Orígenes:

**Cristo, vencidos los demonios adversarios, llevó como botín de su victoria a quienes estaban retenidos bajo su dominio, presentando así el triunfo de la salvación, como está escrito: «Subiendo a lo alto, llevó cautiva a la cautividad» (Ef 4,8); es decir, la cautividad del género humano, que el diablo había tomado para la perdición, Cristo la llevó cautiva, haciendo surgir la vida de la muerte<sup>8</sup>.**

La puerta de la muerte está abierta desde que en la muerte mora la vida y el amor. Así lo canta el anónimo autor de las **Odas de Salomón:**

**El Sheol me vio y se estremeció, y la muerte me dejó volver y a muchos conmigo. Mi muerte fue para ella hiel y vinagre y**

descendí con ella tanto como era su profundidad. Los pies y la cabeza relajó, porque no pudo soportar mi rostro. Yo hice una asamblea de vivos entre sus muertos, y les hablé con labios vivos, para que no fuera en balde mi palabra. Corrieron hacia mí los que habían muerto, exclamando a gritos: «¡Ten compasión de nosotros, Hijo de David, haz de nosotros según tu benignidad y sácanos de las ataduras de las tinieblas! ¡Ábrenos la puerta, para que por ella salgamos hacia ti! ¡Seamos salvos también nosotros contigo, porque Tú eres nuestro Salvador!»9.

En consecuencia, el artículo de fe sobre el descenso de Jesús al reino de la muerte es un **mensaje de salvación**. En él confesamos que Jesús penetró en el vacío de la muerte para romper sus lazos. La muerte de Cristo fue la muerte de la muerte y la victoria pascual de la vida. Es lo que fue a anunciar a los infiernos, como comentan los Padres:

*El Señor descendió a los lugares inferiores de la tierra para anunciar el perdón de los pecados a cuantos creen en El. Ahora bien, creyeron en El cuantos antes ya esperaban en El (Ef 1,12), es decir, quienes habían preanunciado su venida y cooperado a sus designios salvíficos: los justos, los profetas, los patriarcas. Como a nosotros, también a ellos les perdonó los pecados, no debiendo por tanto reprocharles nada, para «no anular la gracia de Dios» (Gál 2,21). En efecto, «el Señor se acordó de sus muertos, de los que previamente dormían en la tierra del sepulcro, descendiendo hasta ellos para librarlos y salvarlos»10.*

Para no multiplicar más las citas patrísticas, concluyo con la bella homilía antigua sobre el grande y santo Sábado, recogida en la Liturgia de las Horas para el Sábado Santo:

**¿Qué es lo que hoy sucede? Un gran silencio envuelve la tierra; un gran silencio y una gran soledad. Un gran silencio, porque el Rey duerme. La tierra está sobrecogida, porque Dios se ha dormido y ha despertado a los que dormían desde antiguo. Dios hecho hombre ha muerto y ha conmovido la región de los muertos.**

**En primer lugar, va a buscar a nuestro primer padre, como a oveja perdida. Quiere visitar a «los que yacen en las tinieblas y en las sombras de la muerte» (Is 9,1;Mt 4,16). El, Dios e Hijo de Dios, va a liberar de los dolores de la muerte a Adán, que está cautivo, y a Eva, que está cautiva con él.**

**El Señor se acerca a ellos, llevando en sus manos el arma victoriosa de la cruz. Al verlo, Adán, nuestro primer padre, golpeándose el pecho de estupor, exclama, dirigiéndose a todos: «Mi Señor esté con todos vosotros». Y Cristo responde a Adán: «Y con tu espíritu». Y, tomándolo de la mano, lo levanta, diciéndole: «Despierta, tú que duermes, levántate de entre los muertos y Cristo será tu luz» (Ef 5,14). Yo soy tu Dios, que por ti y por todos los que han de nacer de ti me he hecho hijo tuyo. Y ahora te digo que tengo poder de anunciar a todos los que están encadenados: «Salid», y a los que están en tinieblas: «Sed iluminados», y a los que duermen: «Levantaos».**

**Y a ti te mando: «¡Despierta, tú que duermes!», pues no te creé para que permanezcas cautivo del abismo. ¡Levántate de entre los muertos!, pues yo soy la vida de los que han muerto. Levántate, obra de mis manos; levántate, imagen mía, creado a mi semejanza (Gén 1,26-27; 5,1). Levántate, salgamos de aquí, porque tú en mí y yo en ti formamos una sola e indivisible persona.**

**Por ti, yo, tu Dios, me he hecho hijo tuyo. Por ti, yo, tu Dios, me revestí de tu condición de siervo (Filp 2,7); por ti, yo, que estoy por encima de los cielos, vine a la tierra, y aún bajo tierra. Por ti, hombre, me hice hombre, semejante a un inválido que tiene su lecho entre los muertos (Sal 88,4); por ti, que fuiste expulsado del huerto del paraíso (Gén 3,23-24), fui entregado a los judíos en el huerto y sepultado en un huerto (Jn 18,1-12; 19,41).**

**Mira los salivazos de mi cara, que recibí por ti, para restituirte tu primer aliento de vida que inspiré en tu rostro (Gén 2,7). Contempla los golpes de mis mejillas, que soporté para reformar, según mi imagen, tu imagen deformada (Rom 8,29; Col 3,10). Mira los azotes de mi espalda, que acepté para aliviarte del peso de tus pecados, cargados sobre tus espaldas; contempla los clavos que me sujetaron fuertemente al madero de la cruz, pues los acepté por ti, que en otro tiempo extendiste funestamente una de tus manos al árbol prohibido (Gén 3,6).**

**Me dormí en la cruz y la lanza penetró en mi costado (Jn 19,34), por ti, que en el paraíso dormiste y de tu costado salió Eva (Gén 2,21-22). Mi costado ha curado el dolor del tuyo. Mi sueño te saca del sueño de la muerte. Mi lanza ha eliminado la espada de fuego que se alzaba contra ti (Gén 3,24).**

**¡Levántate, salgamos de aquí! El enemigo te hizo salir del paraíso; yo, en cambio, te coloco no ya en el paraíso, sino en el trono celestial. Te prohibí que comieras «del árbol de la vida» (Gén 3,22), símbolo del árbol verdadero: «¡Yo soy el verdadero árbol de la vida!» (Jn 11,25; 14,6) y estoy unido a ti. Coloqué un querubín, que fielmente te vigilara, ahora te concedo que los ángeles, reconociendo tu dignidad, te sirvan.**

**Tienes preparado un trono de querubines, están dispuestos los mensajeros, construido el tálamo, preparado el banquete, adornados los eternos tabernáculos y mansiones, a tu disposición el tesoro de todos los bienes, y desde toda la eternidad preparado el Reino de los cielos.**

De este modo Cristo es el «primogénito de entre los muertos», pues estuvo «muerto pero ahora está vivo por los siglos» tras haber resucitado, teniendo «las llaves de la muerte y del hades» (Col 1,18; Ap 1,18). Pues «Cristo murió y volvió a la vida para ser Señor de los muertos y de los vivos»<sup>11</sup>. Cristo es Señor de toda realidad de muerte, vencedor y libertador de toda situación de infierno.

## 2. Y AL TERCER DIA RESUCITÓ DE ENTRE LOS MUERTOS

Cristo, que descendió a los infiernos, al tercer día resucitó de entre los muertos. Es la confesión de la Iglesia desde sus comienzos, según la fórmula que Pablo recuerda a los corintios:

**Cristo murió por nuestros pecados,  
según las Escrituras,  
y fue sepultado.  
Resucitó al tercer día,  
según las Escrituras,  
y se apareció a Pedro,  
y más tarde a los Doce. (1Cor 15,3-5).**

Ya el Evangelio de Lucas recoge la aclamación litúrgica de la primera comunidad: «Verdaderamente ha resucitado el Señor y se ha aparecido a Simón» (Lc 24,34). Es la Buena Nueva que alegra a quienes antes lloraron su muerte, o mejor sus pecados (Lc 23,28), como exultante comienza San Cirilo su catequesis XIV:

**«¡Alégrate, Jerusalén, y reuníos todos los que amáis» (Is 66,10) a Jesús, porque ha resucitado! ¡Alegraos todos los que antes llorasteis al oír el relato de los insultos y ultrajes de los judíos, porque resucitó el que fue ultrajado! Como al oír hablar de la cruz os entristecía, os regocije ahora la Buena Nueva de la resurrección, tras la cual el mismo Resucitado dijo: «¡Alegraos!» (Mt 28,9). Ha resucitado el muerto, «libre de los muertos» (Sal 87,5) y Libertador de los muertos. Quien con paciencia llevó la ignominiosa corona de espinas ha resucitado, ciñéndose la diadema de la victoria sobre la muerte.**

La resurrección de Jesús de entre los muertos, expresada en la fórmula pasiva -«fue resucitado»-, es obra de la acción misteriosa de Dios Padre, que no deja a su Hijo abandonado a la corrupción del sepulcro, sino que lo levanta y exalta a la gloria, sentándolo a su derecha (Rom 1,3-4; Filp 2,6-11; 1 Tim 3,16).

Cristo, por su resurrección, no volvió a su vida terrena anterior, como lo hizo el hijo de la viuda de Naín o la hija de Jairo o Lázaro. Cristo resucitó a la vida definitiva, a la vida que está más allá de la muerte, fuera, pues, de la posibilidad de volver a morir. En sus apariciones se muestra como **el mismo** que vivió, comió y habló con los apóstoles, **el mismo** que fue crucificado, murió y fue sepultado, pero no **lo mismo**. Por eso no le reconocen hasta que El mismo les hace ver; sólo cuando El les abre los ojos y mueve el corazón le reconocen. En el Resucitado descubren la identidad del crucificado y, simultáneamente, su transformación. No es un muerto que ha vuelto a la vida anterior. Está en nuestro mundo de forma que se deja ver y

tocar, pero **pertenece ya a otro mundo**, por lo que no es posible asirle y retenerlo...

La fe en Cristo Resucitado no nació del corazón de los discípulos. Ellos no pudieron inventarse la resurrección. Es el resucitado quien les busca, quien les sale al encuentro, quien rompe el miedo y atraviesa las puertas cerradas. La fe en la resurrección de Cristo les vino a los apóstoles de fuera y **contra** sus dudas y desesperanza:

**El argumento claro y evidente de la resurrección de Cristo es el de la vida de sus discípulos, «entregados a una doctrina» (Rom 6,17) que humanamente ponía en peligro su vida; una doctrina que, de haber inventado ellos la resurrección de Jesús de entre los muertos, no habrían enseñado con tanta energía. A lo que hay que añadir que, conforme a ella, no sólo prepararon a otros a *despreciar la muerte*, sino que lo hicieron ellos los primeros<sup>12</sup>.**

Esta situación nueva, que viven los apóstoles con el Resucitado, es idéntica a la nuestra. No le vemos como en el tiempo de su vida mortal. Sólo se le ve en el ámbito de la fe. Con la Escritura enciende el corazón de los caminantes y al partir el pan abre los ojos para reconocerlo, como a los discípulos de Emaús. Y la vida extraordinaria de sus discípulos testimonia su resurrección como repite S. Atanasio:

**Que la muerte fue destruida y la cruz es una victoria sobre ella, que aquella no tiene ya fuerza sino que está ya realmente muerta, lo prueba un testimonio evidente: ¡Todos los discípulos de Cristo desprecian la muerte y marchan hacia ella sin temerla, pisándola como a un muerto gracias al signo de la cruz y a la fe en Cristo! En otro tiempo la muerte era espantosa incluso para los mismos santos, llorando todos a sus muertos como destinados a la corrupción. Después que el Salvador resucitó su cuerpo, la muerte ya no es temible: ¡Todos los que creen en Cristo la pisan como si fuese nada y prefieren morir antes que renegar de la fe en Cristo! Así se hacen testigos de la victoria conseguida sobre ella por el Salvador, mediante su resurrección ...Dando testimonio de Cristo, se burlan de la muerte y la insultan con las palabras: «¿Dónde está, oh muerte, tu victoria? ¿Dónde está, oh infierno, tu aguijón?» (1Cor 15,55; Os 13,14). Todo esto prueba que la muerte ha sido anulada y que sobre ella triunfó la cruz del Señor: ¡Cristo, el Salvador de todos y la verdadera Vida (Jn 11,25; 13,6), resucitó su cuerpo, en adelante inmortal!**

**La demostración por los hechos es más clara que todos los discursos ...Los hechos son visibles: Un muerto no puede hacer nada; solamente los vivos actúan. Entonces, puesto que el Señor obra de tal modo en los hombres, que cada día y en todas partes persuade a una multitud a creer en El y a escuchar su palabra, ¿cómo se puede aún dudar e interrogarse si resucitó el Salvador, si Cristo está vivo o, más bien, si El es la Vida? ¿Es acaso un muerto capaz de entrar en el corazón de los hombres,**



**haciéndoles renegar de las leyes de sus padres y abrazar la doctrina de Cristo? Si no está vivo, ¿cómo puede hacer que el adúltero abandone sus adulterios, el homicida sus crímenes, el injusto sus injusticias, y que el impío se convierta en piadoso? Si no ha resucitado y está muerto, ¿cómo puede expulsar, perseguir y derribar a los falsos dioses, así como a los demonios? Con solo pronunciar el nombre de Cristo con fe es destruida la idolatría, refutado el engaño de los demonios, que no soportan oír su nombre y huyen apenas lo oyen (Lc 4,34;Mc 5,7). ¡Todo eso no es obra de un muerto, sino de un Viviente! ...Si los incrédulos tienen ciego el espíritu, al menos por los sentidos exteriores pueden ver la indiscutible potencia de Cristo y su resurrección<sup>13</sup>.**

En la Palabra y en el Sacramento nos encontramos con el Resucitado. La liturgia nos pone en contacto con El. En ella le reconocemos como el vencedor de la muerte. La liturgia celebra siempre el misterio pascual. El Señor ha resucitado y es tan potente que puede hacerse visible a los hombres. En El el amor es más fuerte que la muerte.

La resurrección de Jesús es el hecho histórico en el que Dios confiere **la vida** a quien ha vivido la propia vida gastándola por los demás. Es la ratificación de la vida como amor y entrega y la condenación de la vida como poder, dominación, placer o aturdimiento, expresiones todas del pecado.

Dios no abandona al justo más de tres días (Os 6,2; Jon 2,1). En Jesucristo, resucitado por Dios al tercer día, aparece cumplida en plenitud la esperanza de salvación de los profetas. Justamente en esa situación extrema y sin salida posible que es la muerte, se afirma el poder y la fidelidad de Dios, devolviendo a su Hijo a la vida, realizando la esperanza de Abraham, nuestro padre en la fe, que «pensaba que poderoso es Dios aun para resucitar de entre los muertos» (Heb 11,19). Al ser vencida la muerte por la muerte acontece en la historia algo que trasciende toda la historia.

Es el anuncio gozoso que hacen los apóstoles, dispersados por la pasión y muerte: ¡Vive! ¡Dios le ha resucitado! Dios ha rehabilitado a Jesús como inocente. Con su intervención Dios exalta a su siervo Jesús y en su nombre ofrece el perdón de los pecados y la vida nueva a los que crean y se conviertan a El. En el anuncio de la muerte y resurrección de Jesucristo, el Padre nos ofrece la conversión para el perdón de los pecados (Lc 24,46-47). San Melitón de Sardes pondrá este anuncio en la boca de Cristo Resucitado:

**Cristo resucitó de entre los muertos y exclamó en voz alta: ¿Quién disputará contra mí? ¡Que se ponga frente a mí! Yo he**

**rescatado al condenado, he vivificado la muerte, he resucitado al sepultado. ¿Quién es mi contradictor? Yo destruí la muerte, triunfé del enemigo, pisoteé el infierno, amordacé al fuerte, arrebaté al hombre a las cumbres de los cielos. ¡Venid, pues, familias todas de los hombres unidas por el pecado, y recibid el perdón de los pecados! Porque yo soy vuestro perdón, yo la pascua de la salvación, yo el cordero inmolado por vosotros, yo vuestro rescate, yo vuestra vida, yo vuestra resurrección, yo vuestra luz, yo vuestra salvación, yo vuestro Rey. ¡Yo os conduzco a las cumbres de los cielos! ¡Yo os mostraré al Padre, que existe desde los siglos! ¡Yo os resucitaré por mi diestra!**<sup>14</sup>

Ante este anuncio todos somos descubiertos en pecado. Dios se revela como el que está reconciliando al mundo consigo, como el que está ratificando el evangelio de la gracia y del perdón. Con este anuncio todos quedamos situados ante la verdad del pecado y en presencia del amor misericordioso sin límites. El pecado y la muerte han quedado vencidos para siempre. Con la resurrección Dios ha declarado justo a Jesús y a nosotros **pecadores perdonados**, agradados por su muerte. La cruz, juicio condenatorio de Dios para los judíos, con la resurrección ha quedado transformada en cruz gloriosa.

La Vida eterna ha comenzado. El creyente puede experimentarla en todas las formas en que la anunciaron los profetas para cuando llegara el Reino de Dios: la paz de Dios, el gozo de estar redimido por El, la participación en su vida y herencia, la alegría del perdón de los pecados, la libertad de toda esclavitud, la capacidad de amar al prójimo, incluso enemigo. El creyente no se halla ya a merced de los poderes que conducen a la muerte, sino en las manos de Dios que conduce a la vida a quienes no son y resucita a los muertos. La experiencia de la resurrección es la piedra angular que mantiene la cohesión de la fe del creyente y de la Iglesia:

**Sólo la fe en la resurrección de Cristo distingue y caracteriza a los cristianos de los demás hombres. Aun los paganos admiten su muerte, de la que los judíos fueron testigos oculares. Pero ningún pagano o judío acepta que «El haya resucitado al tercer día de entre los muertos». Luego la fe en la resurrección distingue nuestra fe viva de la incredulidad muerta. Escribiendo a Timoteo le dice San Pablo: «recuerda que Jesucristo resucitó de entre los muertos» (2Tim 2,8). Creamos, pues, hermanos y esperemos que se realice en nosotros, lo que ya se realizó en Cristo: ¡Es promesa del Dios que no engaña!**<sup>15</sup>

**Los estudiosos y doctos han demostrado que Pascua es un vocablo hebreo que significa tránsito: Mediante la pasión pasó el Señor de la muerte a la vida. No es cosa grande creer que Cristo murió. Esto lo creen los paganos, los judíos e incluso los impíos: ¡Todos creen que Cristo murió! La fe de los cristianos consiste en creer en la resurrección de Cristo. Esto es lo grande: Creer que**

**Cristo resucitó. Entonces quiso El que se le viera: cuando pasó, es decir, resucitó. Entonces quiso que se creyera en El; cuando pasó, pues «fue entregado por nuestros pecados y resucitó para nuestra justificación» (Rom 4,25). El Apóstol recomienda sobremanera la fe en la resurrección de Cristo, cuando dijo: «Si crees en tu corazón que Dios resucitó a Cristo de entre los muertos, serás salvo» (Rom 10,9)16.**

Los evangelistas y los apóstoles, como testigos de la sorprendente Buena Noticia, concorde y unánimemente confiesan en múltiples formas diversas la misma realidad: «Ha sido suscitado por Dios de la muerte», «se ha levantado de entre los muertos», «ha sido elevado por Dios a la gloria», «ha sido constituido por Dios Señor de vivos y muertos», «el Señor vive», «se dejó ver», «se apareció»... (1 Cor 9,1; Gál 1,16).

Jesús, el condenado a muerte, es el Señor, el centro de la historia, la roca donde hay que apoyarse para encontrar apoyo seguro en la **inseguridad** de nuestra existencia, la fuente de la vida verdadera, lugar personal donde Dios otorga el perdón. Es Dios quien resucita a Jesús, superando la muerte con la vida, como un día venció la esterilidad de Sara y Abraham y antes aún sacó las cosas de la nada. Así Dios nos ha revelado su acción creadora, que llama y suscita la vida en nuestra esterilidad, en nuestra nada y en nuestra muerte. «Dios, que resucitó a Jesús de entre los muertos», es la definición neotestamentaria de Dios".

La resurrección es la luz que ilumina el misterio de la muerte de Cristo, que asombró incluso al mundo físico, como aparece en el bello texto de Melitón de Sardes, uno de los más antiguos testimonios de la espiritualidad del cristianismo:

**La tierra tembló y sus fundamentos se movieron, el sol se escondió, los elementos se descompusieron y el día cambió de aspecto (Mt 27,45-53; Mc 15,33-38; Lc 23,44-45). En realidad no pudieron soportar el espectáculo de su Señor suspendido de un madero. La creación, presa de espanto y estupor, se preguntó: «¿Qué es este nuevo misterio? El juez es juzgado y permanece tranquilo; lo invisible es visto y no se ruboriza; lo inasible es agarrado y no lo tiene en menosprecio; lo inconmensurable es medido y no reacciona; lo impasible padece y no toma venganza; lo inmortal muere y no objeta ni una palabra; lo celestial es sepultado y lo soporta (Jn 14,9). ¿Qué es este nuevo misterio?» La creación quedó estupefacta. Pero cuando nuestro Señor resucitó de los muertos, con su pie aplastó la muerte, encarceló al poderoso (Mt 12,29) y liberó al hombre, entonces *toda la creación entendió* que, por amor al hombre, el juez había sido juzgado, lo invisible había sido visto, lo inasible agarrado, lo inconmensurable medido, lo impasible había padecido, lo inmortal había muerto y lo celestial había sido sepultado. Nuestro Señor, en verdad, nacido como hombre, fue juzgado para**

**conceder la gracia, fue encadenado para liberar, sufrió para usar misericordia, murió para vivificar, fue sepultado para resucitar**<sup>17</sup>.

Los discípulos son los testigos de esta nueva creación. Dios, resucitando a Jesús, les ha transformado; les ha reunido de la dispersión que el miedo y la negación de Jesús había provocado en ellos; les ha congregado de nuevo en torno a Jesús, les ha fortalecido en su desvalimiento y desesperanza, ya podrán ser **fieles, creyentes y apóstoles**, partícipes de la nueva vida inaugurada en la resurrección de Cristo:

**«Al tercer día resucitó, vivo, de entre los muertos», conforme a las palabras: «Yo dormí y descansé, y resucité porque el Señor me levantó» (Sal 3,6). Es decir: Dormí en la cruz, con el sueño de la muerte; descansé en el sepulcro, durante los tres días de reposo; resucité, vivo, de entre los muertos, en la gloria de la resurrección. Y con razón resucitó al tercer día, pues fue asumido por el poder de toda la Trinidad tanto el Hombre muerto como el Resucitado de la muerte. El es el Primogénito de sus futuros hermanos (Rom 8,29), a los que llamó a la adopción de hijos de Dios, dignándose que fuesen copartícipes y coherederos suyos (Rom 8,17), a fin de que, quien era el Unigénito nacido de Dios (Jn 1,18), fuese el Primogénito de los muertos (Col 1,18; Ap 1,5) entre muchos hombres y se dignase llamar hermanos a los siervos, diciendo: «Id, decid a mis hermanos que vayan a Galilea; allí me verán» (Mt 28,10)**<sup>19</sup>.

La resurrección de Cristo funda la misión y, con ella, queda fundada la Iglesia. La conversión, iluminación, vocación y envío, gracia y perdón, miseria humana y misericordia divina hermanadas son la realidad permanente y el Evangelio que anuncia la Iglesia en todos los siglos, desde el primero.

Jesús, resucitado por Dios Padre, se aparece a los **testigos elegidos de antemano** por el Padre, come con ellos, les muestra las señales gloriosas de su pasión en manos, pies y costado, comunicándose con ellos en encuentros personales, donde se les revela vivo, resucitado a una vida nueva, exaltado a la gloria de Dios. También Pablo entiende su encuentro con Cristo en el camino de Damasco como una revelación que le derriba y le confiere la gracia de Cristo resucitado, que vive y que está en Dios<sup>20</sup>. El Resucitado se presenta como vencedor de la muerte y así se revela como **Kyrios**, como el Señor, cuya glorificación sanciona definitivamente el mensaje de la venida del Reino de Dios con El. Pablo, lo mismo que los demás testigos, no tiene otra palabra que anunciar (1 Cor 15,11).

Sin la resurrección de Jesús la predicación sería vana y nuestra fe absurda; sin ella, nuestra esperanza perdería todo fundamento y seríamos los más desgraciados de los hombres (1

Cor 15,14.19):

**Quien niega la resurrección anula nuestra predicación y nuestra fe. Pues, si la muerte no fue destruida, subsiste la acción del mal. Pues es evidente, que si no tuvo lugar la resurrección de Cristo, sigue siendo *señora* la muerte y no fue abolido su imperio, puesto que con la muerte nos circundan el pecado y todos los males: «Si los muertos no resucitan, tampoco Cristo ha resucitado, vana es vuestra fe: ¡Continuáis todavía en vuestros pecados» (1Cor 15,16-17). Sólo mediante la resurrección de Cristo fue destruida la muerte (2Tim 1,10) y, con la muerte, el pecado<sup>21</sup>.**

La resurrección de Cristo es, con su cruz y muerte, el fundamento y centro de la fe cristiana. La tumba vacía y los ángeles -mensajeros y apóstoles- anuncian que el Sepultado no está en el sepulcro, sino que vive y se deja ver en la evangelización, en la Galilea de los gentiles (Mc 16,1-8), en la palabra y en la Eucaristía se da a conocer (Lc 24,30.41-42; Jn 21,5.12-13), apareciéndose el primer día de la semana y al octavo día, en el **Día del Señor**<sup>22</sup>.

**Nosotros celebramos el Día octavo con regocijo, por ser el día en que Cristo resucitó de entre los muertos, inaugurando la nueva creación<sup>23</sup>.**

**Pedro y Juan en el sepulcro vacío hallaron los signos evidentes de la resurrección: las vendas y el sudario (Jn 20,6)... Que Jesús resucitó desnudo y sin vestidos significa que ya no iba a ser reconocido en la carne como necesitado de comida, bebida y vestidos, como antes había estado voluntariamente sometido a ellas; significa también la restitución de Adán al estado primero, cuando estaba desnudo en el paraíso sin avergonzarse. Sin dejar su cuerpo, en cuanto Dios, estaba rodeado de la gloria que conviene a Dios, «que se cubre de luz como un manto» (Sal 103,2)<sup>24</sup>.**

Con las apariciones del Resucitado, y de la misión que con ellas se vincula, los **apóstoles** quedan constituidos en **fundamento de la fe de la Iglesia**. Cefas o Simón Pedro es nombrado, entre los apóstoles en primer lugar como piedra sobre la que se levanta la Iglesia<sup>25</sup>; él es el primer testigo de la fe en la resurrección, con la misión de confirmar en la fe a los demás (Lc 22,31-32).

Para cumplir su misión, Cristo Resucitado confiere a sus apóstoles el poder que ha recibido con su resurrección:

**Se me ha dado todo poder en el cielo y en la tierra. Id y haced discípulos míos de todos los pueblos, bautizándolos en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo; y enseñándoles a guardar todo lo que yo os he mandado. Y sabed que yo estoy con**

**vosotros todos los días hasta el fin del mundo (Mt 28,18-20).**

Las apariciones de Jesús resucitado tienen, pues, una clara significación para la fundación de la Iglesia. Manifiestan que la Iglesia, desde el principio, es apostólica. No hay, en efecto, otro camino de acceso al núcleo de la predicación cristiana, al evangelio de la muerte y resurrección de Jesús mas que el testimonio de los testigos por El elegidos. Ellos sellaron este testimonio con su sangre en el **martirio**.

La Iglesia, comunidad de creyentes en la resurrección de Cristo, edificada sobre el fundamento de los apóstoles, es el cumplimiento de las promesas y de la esperanza de Israel. El Dios vivo, Señor de la vida y de la muerte (Nu 27,16; Rom 4, 17; 2 Cor 1,9) y «fuente viva» (Sal 36,10) ha vencido la muerte, absorbiéndola definitivamente en la vida nueva, sin barreras de división y destrucción. El amor a los hermanos, incluso a los enemigos, es el signo evidente del paso de la muerte a la vida (1 Jn 3,14).

La esperanza de Daniel y de los Macabeos (Dn 12,1-2; 2 Mac 7,9-39) se ha cumplido. Con la resurrección de Jesucristo, vivida en una comunidad de hermanos que se aman hasta la muerte, ha comenzado el final de los tiempos. Ha comenzado la nueva creación. La Iglesia lo celebra en la **Vigilia Pascual**. Dios llama a la existencia a lo que no es (Gén 1) en forma aún más maravillosa llamando a los muertos a la vida nueva (Rom 4,17). La fe de Abraham halla su cumplimiento pleno; la liberación de Egipto, a través del paso del Mar Rojo, se queda en pálida figura del paso de la muerte a la vida de Cristo resucitado y de sus discípulos renacidos en las aguas del bautismo. El nuevo corazón, con un espíritu nuevo, que anhelaron los profetas, se difunde como herencia de Cristo muerto y resucitado entre sus discípulos, que comen su cuerpo y beben su sangre, sellando con El la nueva y eterna alianza.

Esta experiencia de resurrección, mientras peregrinamos por este mundo, aún no agota la esperanza. Cristo resucita como primicias de los que duermen (He 26,23; 1 Cor 15,20; Col 1,18). En El se nos abre de nuevo el futuro y la esperanza de la resurrección de nuestros cuerpos mortales. Su resurrección es la garantía de nuestra resurrección final. En El tenemos ya la certeza de la victoria de la vida sobre la muerte: es la esperanza de la vida eterna<sup>26</sup>.

En conclusión, con la resurrección de Jesucristo, Dios se nos

revela como Aquel cuyo poder abarca la vida y la muerte, el ser y el no ser, el Dios vivo que es vida y da la vida, que es amor creador y fidelidad eterna, en quien podemos confiar siempre, incluso cuando se nos vienen abajo todas las esperanzas humanas. Pablo nos describe esta existencia del creyente basada en la fuerza de la fe en la resurrección:

**Llevamos este tesoro en vasos de barro para que aparezca que la extraordinaria grandeza de este poder es de Dios, y que no proviene de nosotros. Nos aprietan por todos lados, pero no nos aplastan; atribulados, no desesperamos; perseguidos siempre, mas nunca abandonados; derribados, mas no aniquilados. Llevamos siempre en nuestros cuerpos por todas partes el morir de Jesús, para que también la vida de Jesús se manifieste en nuestro cuerpo. Pues, aunque vivimos, somos continuamente entregados a la muerte por Jesús, para que la vida de Jesús se manifieste también en nuestra carne mortal. Así, pues, mientras en nosotros actúa la muerte, en vosotros se manifiesta la vida. Pero como nos impulsa el mismo poder de la fe -del que dice la Escritura «Creí, por eso hablé» (Sal 116,10)-, también nosotros creemos y por eso hablamos, sabiendo que Aquel que resucitó a Jesús nos resucitará también a nosotros con Jesús... Por eso no desfallecemos. Pues aunque nuestro hombre exterior se vaya deshaciendo, nuestro hombre interior se renueva día a día. Así, la tribulación pasajera nos produce un caudal inmenso de gloria. No nos fijamos en lo que se ve, sino en lo invisible. Lo que se ve es transitorio, lo que no se ve es eterno (2 Cor 4,7-18).**

Así el apóstol, y todo discípulo de Cristo, vive en su vida el misterio pascual, manifestando en la muerte de los acontecimientos de su historia la fuerza de la resurrección. Vive con los ojos en el cielo, donde está Cristo sentado a la diestra de Dios, buscando las cosas de allá arriba y no las de la tierra (Col 3,1-2).

- 
1. Cf. también Ef 4,8-10; Rom 10,7; Mt 12,40; He 2,27.31.
  2. Cfr. J. RATZINGER, o.c., p. 256-263.
  3. IGNACIO DE ANTIOQUIA, Carta a los Efesios 19,1.
  4. Cfr. SANTO TOMAS, Exposición del Símbolo Apostólico, art. 5.
  5. Cfr. Job 7,9; 10,21; 14,10-13; 16,22; 2Sam 12,22-23; Sal 88,11-12; 115,17; Is 38,18; Ecl 17,27-28...
  6. Cfr. Is 26,19; Ez 37; Dn 12,2; Mt 16,18; Ap 21,2.10; 22,19.
  7. SAN CIRILO DE JERUSALEN, Catequesis XIV,19. Cfr H.U. von BALTHASAR, El Misterio pascual, en *Mysterium Salutis III*, Madrid 1980.
  8. ORIGENES, *Contra Celso*, II, 42.55; In Num.Homilía, XVIII,4.

**9. Oda 42 de Salomón.**

**10. SAN IRENEO, Adversus Haereses IV 27,2; 33,1. «Descendió a los infiernos para buscar a la oveja perdida», dirá en III,19,3.**

**11. Ap 1,18; 2Tim 1,10; Filp 2,10; Rom 14,9; Heb 2,14.**

**12. ORIGENES, Contra Celso II 55. Gracias a la resurrección de Cristo, los cristianos no temen la muerte: Cfr. Ep. a Diogneto 5,16; S. Justino 1 Apol. 57,2...**

**13 SAN ATANASIO, De Incarnatione Verbi 20-32.**

**14. SAN MELITON DE SARDES, Homilía sobre la Pascua, 100-105.**

**15. SAN AGUSTIN, Sermón 215,6.**

**16. SAN AGUSTIN, Enarrat. in Ps 120,6.**

**17. Rom 4,22; 8,11; 2Cor 4,14; Gál 1,1...**

**18. MELITON DE SARDES, De Anima et Corpore 13.**

**19. SAN ILDEFONSO DE TOLEDO, De Cogn. Bapt. 50.**

**20. Gál 1,15-16; 1Cor 9,1; 15,8-10; Filip 3,12.**

**21. TEODORO DE MOPSUESTIA, Homilía VII,3-5.**

**22. Mt 28,1; Mc 16,1.9; Lc 24,1; Jn 20,1.19.26; He 20,7; 1Cor 16,2; Ap 1,10.**

**23. Cfr. SAN JUSTINO 1 Apología 63,16 y con él otros muchos Padres. En Hombre en fiesta he recogido otros testimonios.**

**24. SAN GREGORIO DE NISA, De Christi Ressurrectione Orat. II.**

**25. 1Cor 15,5; Lc 24,34; Jn 20,3-8; 21,15-19.**

**26. Rom 6,5; 1Cor 15,12-22; Filp 3,11; 2Tim 2,11.**

**EMILIANO JIMÉNEZ**  
*EL CREDO, SÍMBOLO DE LA FE DE LA IGLESIA*  
**Ediciones EGA, Bilbao 1992, págs. 101-116**



# 6

## SUBIÓ AL CIELO Y ESTÁ SENTADO A LA DERECHA DE DIOS PADRE

### 1. SUBIÓ A LOS CIELOS

El Símbolo te enseña -dirá San Cirilo a los catecúmenos- a creer en quien «resucitó al tercer día, **subió a los cielos y está sentado a la derecha del Padre**».

La Ascensión es la «vuelta al Padre» (Jn 13,1; 14,28; 16, 28), donde Jesús, «sentado a su derecha»<sup>1</sup>, comienza una existencia nueva en plenitud de vida y de poder. Cristo, antes de venir al mundo, estaba junto a Dios Padre como Hijo, Palabra, Sabiduría. Su exaltación consistió, pues, en el retorno al mundo celestial, de donde había venido, revistiéndose de nuevo de la «gloria que tenía antes de la creación del mundo» (Jn 6, 33-58; 3,13; 6,62). «¿Qué quiere decir **subió**, sino que también **bajó** a las regiones inferiores de la tierra? Este que bajó es el mismo que subió por encima de todos los cielos, para llenarlo todo» (Ef 4,9-10). «Dios lo exaltó por encima de todo, y le dio el nombre sobre todo nombre» (Filp 2,9).

Resucitando y subiendo a los cielos, la gloria del Señor brilló en toda su esplendorosa magnificencia. La resurrección y ascensión del Señor coronaron la victoria sobre el diablo, siendo verdadero lo escrito: «¡Venció el León de la tribu de Judá!» (Ap 5,5). Resurrección y Ascensión constituyen «la plena glorificación de Cristo», repetirá San Agustín<sup>2</sup>.

Y San León Magno canta con exultación:

**Durante todo el tiempo transcurrido desde la resurrección del Señor hasta su ascensión, la providencia de Dios procuró, enseñó y, en cierto modo, metió por los ojos y corazones de los suyos que se reconociese como verdaderamente resucitado al Señor Jesucristo: ¡Al mismo que había nacido y muerto! Por lo cual, los bienaventurados apóstoles y todos los discípulos, que se habían alarmado por la muerte en cruz y habían vacilado en la fe de la resurrección, de tal manera fueron confortados ante la evidencia de la verdad que, al subir el Señor a lo más alto de los cielos, no sólo no experimentaron tristeza alguna sino que se llenaron de una gran alegría (Lc 24,52). ¡Había ciertamente motivo de**

extraordinaria e inefable exultación al ver cómo, en presencia de aquella santa multitud, una Naturaleza humana subía sobre la dignidad de todas las criaturas celestiales, elevándose sobre los órdenes de los Angeles y a más altura que los Arcángeles! (Ef 1,3). Ningún límite tenía su exaltación, puesto que, recibida por su eterno Padre, era asociada en el trono a la gloria de aquel cuya naturaleza estaba unida con el Hijo.

La Ascensión de Cristo, por lo demás, constituye *nuestra elevación*, abrigando el cuerpo la esperanza de estar un día donde le ha precedido su Cabeza gloriosa. Por eso, ¡alegrémonos, exultantes de júbilo! ¡gocémos en nuestra acción de gracias! Hoy no sólo hemos sido constituidos poseedores del Paraíso, sino que con Cristo *hemos ascendido* a lo más elevado de los cielos (Ef 2,6). Así como la resurrección del Señor fue para nosotros causa de alegría en la solemnidad pascual, así su ascensión a los cielos es causa de gozo presente, ya que recordamos y veneramos este día en el que la *humildad de nuestra naturaleza se sentó con Cristo junto al Padre*<sup>3</sup>.

El Señor, resucitado de entre los muertos, convocó a los apóstoles en el monte de los Olivos y, después de «enseñarles lo referente al Reino de los cielos, en presencia de ellos **se elevó a los cielos**», que abiertos le acogieron (He 1,3.9-11)<sup>4</sup>.

Esto mismo anunció David: «Alzaos, puertas eternas, que va a entrar el Rey de la gloria» (Sal 24, 7). Las «puertas eternas» son los cielos... Y porque, maravillados, los príncipes celestiales preguntaban: ¿Quién es el Rey de la gloria?, los ángeles dieron testimonio de El, respondiendo: «El Señor fuerte y potente: El es el Rey de la gloria». Sabemos, por lo demás, que, resucitado, está a la derecha del Padre, pues en El se ha cumplido lo otro que dijo el profeta David: «Dijo el Señor a mi Señor: siéntate a mi derecha hasta que ponga a tus enemigos como escabel de tus pies» (Sal 110,1), es decir, a todos los que se le rebelaron, despreciando su verdad<sup>5</sup>.

Esta visión de la Ascensión, con pequeñas variantes, es común a tantos Padres. Baste citar a Orígenes:

Este Salvador, habiendo aniquilado a los enemigos con su pasión, El que es «potente en la batalla» y Señor fuerte (Sal 24,8), a causa de sus acciones gloriosas, necesita una purificación, que sólo el Padre puede dar; por eso no deja que María le toque y dice: «No me toques, porque aún no subí a mi Padre; ve donde mis hermanos y diles: Subo a mi Padre y vuestro Padre, a mi Dios y vuestro Dios» (Jn 20,17). Pero mientras El avanza victorioso y triunfador con su cuerpo resucitado de la muerte, algunas potencias celestes dicen: ¿Quién es éste que viene de Edón, todo vestido de rojo, tan lleno de fuerza?» (Is 63,1). Y los ángeles que lo escoltan dicen a los custodios de las puertas celestiales: «¡Príncipes, levantad vuestras puertas! Alzaos, puertas eternas, va a entrar el Rey de la gloria!»<sup>6</sup>.

«Día solemne», «ilustre y espléndido día», «santo y solemne día de la Ascensión», llaman a la fiesta de la Ascensión del Señor los

santos Padres<sup>7</sup>. Y San Pablo, igualmente, nos exhorta a levantar ya el corazón «buscando las cosas de arriba», mientras caminamos en esta vida (Col 3,1-2).

## **2. ESTA SENTADO A LA DERECHA DE DIOS PADRE**

Pablo nos resume la fe de la Iglesia apostólica diciendo que «Cristo murió, más aún, resucitó y está sentado a la derecha de Dios» (Rom 8,34). Esta es la misma confesión de Pedro: «Por la resurrección de Jesucristo, que está a la derecha de Dios después de haber subido al cielo» (1 Pe 3,21-22). La fe les hizo posible lo que el mismo Señor había anunciado: «Veréis al Hijo del Hombre sentado a la derecha del Poder» (Mt 26,64p). Pues Cristo está a la derecha del Padre «por la eficacia de su fuerza poderosa, que desplegó en Cristo, resucitándolo de entre los muertos y sentándolo a su derecha en los cielos, por encima de todo Principado, Potestad, Virtud, Dominación y de todo cuanto tiene nombre no sólo en este mundo sino también en el venidero. Sometió todas las cosas bajo sus pies y le constituyó Cabeza suprema de la Iglesia, que es su cuerpo, la Plenitud del que lo llena todo en todo» (Ef 1,19-23).

La imagen de Cristo «sentado a la derecha del Padre» está tomada del salmo 110, el salmo más citado en el Nuevo Testamento: «Dijo el Señor a mi Señor: Siéntate a mi derecha» También recoge la visión de Daniel, que contempla al Hijo del Hombre que avanza sobre las nubes hasta el trono de Dios y recibe el imperio y el reino eterno<sup>8</sup>.

Una vez concluida su obra «de purificación de los pecados, Cristo se sentó a la derecha de Dios en las alturas» (Col 3,1; Heb 10,12-13), «a la derecha del trono de Dios» (Heb 12, 2), cosa que «no hizo nunca ángel alguno» (Heb 1,3.13). Cristo, pues, «está sentado en el trono de su gloria» (Mt 19,28; 25, 31), ocupando incluso «el mismo trono de Dios» (Ap 22,3)<sup>9</sup>.

## **3. EN PIE A LA DERECHA DE DIOS**

Para estar sentado o en pie a la derecha de Dios Padre (Heb 10,12ss; 12,2), por encima de los ángeles (1,4-13), Cristo, Sumo Sacerdote, **subió**, atravesando los cielos (4,14) y penetrando detrás del velo (6,19s) en el Santuario del cielo,

donde intercede por nosotros en la presencia de Dios (9,24).

Estar ante Dios **en pie** es la actitud del Sacerdote en el Santuario. «Como Sacerdote con sacerdocio inmutable e imperecedero, Cristo vive eternamente para interceder en favor de los que por su mediación se acercan a Dios» (Heb 7,24-25). Porque El, como Sacerdote, «ha entrado en el Santuario auténtico, del que el otro, fabricado por los hombres, no era más que figura y promesa; El, en cambio, ha entrado en el cielo mismo para presentarse a la faz de Dios en favor nuestro (Heb 9,24). Así Cristo, con sola su presencia ante el Padre, presenta continuamente su intercesión por nosotros; por ello, «es capaz de salvar íntegra y perfectamente», pues muestra al Padre en su cuerpo glorioso las cicatrices de la pasión: sus llagas gloriosas, «para mostrar continuamente al Padre, como súplica en favor nuestro, la muerte que por nosotros había padecido»<sup>10</sup>.

Esto mismo es lo que expresa la visión del Apocalipsis, que contempla «al Cordero degollado, que se adelanta para recibir el libro» de la historia. Así, Jesucristo glorificado es constituido Señor de la historia; ésta se va desarrollando a medida que el Cordero rompe los siete sellos que cierran el libro: «porque digno es el Cordero degollado de recibir el poder, la grandeza, la sabiduría, la fuerza, el honor, la gloria y la alabanza» (5,12). «Y cuando el Cordero tomó el libro, se postraron ante El los cuatro vivientes y los veinticuatro ancianos, cada uno con su arpa y un vaso de perfumes, y entonaron un canto nuevo: Digno eres de recibir el libro y abrir sus sellos, porque fuiste degollado y con tu sangre compraste para Dios hombres de todas las razas, lenguas, pueblos y naciones» (5,8-9).

Jesucristo, el Crucificado-Glorificado, desde el cielo dirige su Iglesia, conduciéndola a través de adversidades y persecuciones, hasta llevarla a «las bodas del Cordero» (19,9), preparando a la Esposa y embelleciéndola (21,2.9), haciéndola «digna de El, sin mancha ni arruga, sino santa e inmaculada». Desde el cielo, Jesucristo se mantiene en continuo diálogo con la Iglesia: El, santificándola y purificándola con el agua del bautismo y con la sangre de sus mártires -que es sangre del Cordero (Ap 1,5;7,14)-, y la Iglesia, invitándolo, junto con el Espíritu: «¡Ven!» y recibiendo la consoladora respuesta: «Sí, vengo pronto» (22,17.20).

En la visión de Esteban, «el testigo del Señor» (He 22, 20), Jesús aparece «en pie» como abogado, que **testimonia** a favor

de Esteban, que le «confiesa ante los hombres», como había prometido (Mt 10,32; Lc 12,8). «¿Quién será el acusador que se levante contra los elegidos de Dios? ¿Quién osará condenarlos? ¿Acaso Cristo Jesús, el que murió, mejor dicho, el que resucitó, el que está a la derecha del Padre, intercediendo por nosotros?» (Rom 8,33-34). Esta es la base inconmovible de nuestra esperanza: «Tenemos un Abogado ante el Padre: Jesucristo, el Justo» (1 Jn 2,1):

**Esteban vio a Jesús, que «estaba en pie a la derecha de Dios (He 7,55). Está sentado como Juez de vivos y muertos, y está en pie como abogado de los suyos (1Jn 2,1; Heb 7,25; 9,24). Está en pie, por tanto, como Sacerdote, ofreciendo al Padre la víctima del mártir bueno, lleno del Espíritu Santo. Recibe también tú el Espíritu Santo, como lo recibió Esteban, para que distingas estas cosas y puedas decir como dijo el Mártir: «¡Veo los cielos abiertos y al Hijo del Hombre en pie a la derecha de Dios!». Quien tiene los ojos abiertos, mira a Jesús a la derecha de Dios, no pudiendo verle quien tiene los ojos cerrados: ¡Confesemos, pues, a Jesús a la derecha de Dios, para que también a nosotros se nos abra el cielo! ¡Se cierra el cielo a quienes lo confiesan de otro modo!11**

Resurrección, ascensión y estar sentado a la derecha del Padre son la expresión de la **victoria** definitiva de Cristo sobre el pecado, la muerte y el infierno. Son la manifestación de la glorificación de Cristo por la **derecha** o fuerza salvadora de Dios Padre (He 2,32-33; Ef 1,19-20), que le «dio todo poder en el cielo y en la tierra» (Mt 28,18).

#### **4. GARANTÍA DE NUESTRA GLORIFICACIÓN**

La glorificación de Cristo en su ascensión a los cielos nos abrió el acceso al Padre. En El podemos llegar al Padre «estando donde El está y contemplando su gloria» de Hijo Unigénito (Jn 17,24):

**Cristo Jesús, después de resucitar de entre los muertos y haberse aparecido a los apóstoles, envuelto en una nube, se elevó al cielo (He 1,9-11; Lc 24,50; Mc 16,19; Ef 4,8-10), para presentar victorioso a su Padre al hombre a quien amó, de quien se había revestido y a quien libró de la muerte... Resucitado, ha recibido del Padre pleno poder (Dn 7,14-15; Is 30,10-11; Ap 2,12-18; Mt 28,18-19) de modo que no se puede llegar a Dios Padre sino por medio de su Hijo (Jn 14,6; 10,9; Mt 12,17; Jn 3,36; Ef 2,17-18; Rom 3,23-24; 1 Pe 3,18; 4,6; 1 Jn 2,23)12.**

La nube que ocultó a Jesús de la mirada de sus discípulos (He 1,9) es símbolo de la manifestación y presencia de Dios<sup>13</sup>. Al entrar en la nube, Jesús entra en el mundo de Dios, en la gloria de Dios. Pero, al mismo tiempo, esa nube manifiesta que Jesús,

por haber entrado en la gloria de Dios, permanece junto a los discípulos con una presencia nueva, al modo de Dios. El Señor glorificado continúa su obra en la Iglesia y en la historia a través de su Espíritu. Está presente en su Palabra y en los Sacramentos, en la Evangelización y en el Amor que suscita entre sus discípulos, amor en la dimensión de la cruz, más fuerte que la muerte.

Los bautizados en Cristo, muertos y sepultados en las aguas con El, participan también de su resurrección y exaltación. Pues Dios «en Cristo nos hizo sentar en los cielos», otorgándonos poder sobre nuestros enemigos, asegurando al «vencedor» el poder «sentarse con El en su trono» para participar plenamente de su triunfo y juzgar a las naciones» (Mt 18,28; Ef 2,6): «Al vencedor le concederé sentarse conmigo en mi trono, como yo vencí y me senté con mi Padre en su trono» (Ap 3,21). Pues los fieles han sido liberados por Dios «del poder de las tinieblas y trasladados al reino de su querido Hijo, en quien tenemos la redención y el perdón de los pecados». Nuestra verdadera vida «está escondida con Cristo en Dios» (Col 3,1ss), como «ciudadanos del cielo» (Filp 3,20):

**Cristo fue el primero en ascender al « Padre y Dios» (Jn 20,17), restaurándonos aquel supremo ingreso y preparándonos aquellas mansiones celestes, a las que se refirió cuando dijo: «Voy y os prepararé un lugar» (Jn 14,2). Pues fue inmolado por nuestros pecados, según las Escrituras (1 Cor 15,3; 1 Pe 3,18), resucitó y subió al lugar inaccesible a nosotros, es decir, al cielo... Pues Cristo fue enviado de entre nosotros a la Ciudad Celeste para «presentarse ahora por nosotros ante Dios» (Heb 9,24). Así nos lo confirmó el bienaventurado Juan, al escribir: «Hijos míos, os escribo esto para que no pequéis, pero si alguno peca, tenemos a uno que abogue ante el Padre: ¡Jesucristo, el Justo! El es víctima de propiciación por nuestros pecados; y no sólo por los nuestros, sino por los del mundo entero (1 Jn 2,1-2). Plugo, pues, a Dios que fuésemos enviados en Cristo y sanados por medio de El, que es nuestro abogado... Pues El entró en el cielo como «precursor» por nosotros, abriéndonos un camino nuevo y vivificante, que conduce al Santuario (Heb 6,20; 9,12)14.**

Cristo, el «Primogénito de entre los muertos» es la **primicia** de la gran cosecha, que en la tierra espera su maduración para unirse plenamente a El en la gloria. Es lo que bellamente nos dice Teodoro de Mopsuestia:

**Cristo fue «primicia» nuestra no sólo mediante su resurrección (1 Cor 15,20.23), sino también mediante su ascensión a los cielos (Ef 2,6; Col 3,1-4), asociándonos en ambas a su gloria. Esperamos, en efecto, no sólo resucitar de entre los muertos, sino también subir al cielo, para estar allí con Cristo nuestro Señor. Así lo dijo el bienaventurado Pablo: «El Señor mismo, a la**

orden dada por la voz de un arcángel y por la trompeta de Dios, bajará del cielo; y los que murieron en Cristo resucitarán primero; después nosotros -los que vivamos-,seremos arrebatados con ellos sobre las nubes al encuentro del Señor en el aire; y así *estaremos siempre con el Señor*» (1 Tes 4,16-17). Lo mismo afirma también en otro texto: «Nuestra ciudadanía está en el cielo, de donde esperamos como Salvador a nuestro Señor Jesucristo, que transfigurará este cuerpo miserable en un cuerpo glorioso como el suyo» (Filp 3,20-21).

*Así mostró que seremos conducidos al cielo*, de donde vendrá Cristo nuestro Señor, quien nos transformará por la resurrección de entre los muertos, nos hará semejantes a su cuerpo y nos elevará al cielo, para estar con El por toda la eternidad. Y también: «Sabemos que si esta tienda, que es nuestra habitación terrestre, se desmorona, poseemos sin embargo para siempre en el cielo una casa que es de Dios, una habitación eterna no hecha por mano humana» (2 Cor 5,1).

El Apóstol añade luego: «Mientras estamos en el cuerpo permanecemos alejados de nuestro Señor, pues caminamos en la fe y no en la visión; pero, llenos de confianza, esperamos salir de este cuerpo, para estar con Cristo» (2 Cor 5,6-7). Con ello nos enseña que, mientras estamos en este cuerpo mortal, somos como pasajeros alejados de nuestro Señor, porque todavía no gozamos efectivamente de los bienes futuros, habiéndolos recibido sólo en la fe; y, no obstante esto, abrigamos una gran seguridad de lo que ha de venir y, con mucho interés, esperamos ese momento, en el que nos despojaremos de la mortalidad de este cuerpo, haciéndonos inmortales por la resurrección de entre los muertos; y estaremos después con nuestro Señor, como quienes desde toda la duración de este mundo estaban alejados y esperaban unirse a El.

También dice el Apóstol que «la Jerusalén de arriba es libre y es nuestra madre» (Gál 4,27), significando con «la Jerusalén de arriba» la morada celeste, donde por la resurrección naceremos y nos haremos inmortales, gozando verdaderamente de la libertad con plena alegría. Ninguna violencia ni tristeza nos afligirá, sino que viviremos en la más inefable felicidad entre delicias sin fin.

Puesto que esperamos estos bienes, cuyas «primicias» disfrutó Cristo nuestro Señor, la Sagrada Escritura nos enseña que no sólo resucitó de entre los muertos, sino que subió a los cielos, afirmando: «También a vosotros, que estabais muertos por vuestros pecados y delitos, os vivificó Dios por medio de Cristo. Con El nos resucitó y nos hizo sentar en los cielos en Cristo Jesús, a fin de mostrar en los siglos venideros la sobreabundante riqueza de su gracia, por su bondad para con nosotros en Cristo Jesús» (Ef 2,1-10), indicándonos así la gran comunión que tendremos con El<sup>15</sup>.

Cristo subió al cielo como Cabeza de la Iglesia y así atrae hacia El a los miembros de su cuerpo. El subió al cielo por su victoria contra el diablo: enviado al mundo para luchar contra el diablo, lo venció; por eso mereció ser exaltado sobre todas las cosas (Ap 3,21). «Quien quiso hacerse hombre y asumir la forma de siervo, haciéndose obediente hasta la muerte» (Filp 2,6-8) y

descendiendo hasta el infierno, mereció ser exaltado al cielo, al trono de Dios, pues la humildad es el camino de la exaltación (Lc 14,11; Ef 4,10). Así -concluye Santo Tomás- su ascensión nos fue **útil**. Subió, en efecto, para conducirnos allí, mostrándonos la senda del cielo, que ignorábamos (Miq 2,13), y asegurándonos la posesión del reino celeste (Jn 14,2). Subió, además, para interceder por nosotros (Heb 7,25; 1 Jn 2,1) y atraer a Sí nuestros corazones (Mt 6,21), a fin de que despreciemos las cosas temporales»<sup>16</sup>.

Encontrar a Cristo es acoger su palabra, que nos invita a participar con El del reino de los cielos. Es vivir con el valor de «arrebatarse el reino de los cielos» (Mt 11,12) al maligno, que nos lo cerró, al llevarnos al pecado. Se arrebatase el cielo con la fe (Mt 15,28), con la oración inoportuna (Lc 18,3-4), con la vigilancia (Mt 24,42p), acogiendo la gracia sobreabundante donde abundó el pecado (Rom 5,20). «La gracia es Cristo, la vida es Cristo, Cristo es la resurrección». Acoger a Cristo, haciendo de El nuestra vida, es arrebatarse el Reino de los cielos, recibiendo la adopción, la vida y la resurrección. Es la experiencia de San Jerónimo:

**¿Qué dice el Evangelio: «El que quiera venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, cargue cada día su cruz y sígame» (Lc 9,23). Afortunado aquel que lleva en su alma la cruz, la resurrección, el lugar del nacimiento de Cristo y el lugar de su ascensión. Es afortunado aquel que tiene Belén en su corazón, pues en este corazón nace cada día Cristo. En definitiva, ¿qué significa Belén? Casa del pan. ¡Somos también nosotros la casa del pan, del pan que desciende del cielo! (Jn 6,31ss; Sal 77, 24; Sab 16,20). Cada día Cristo es crucificado por nosotros: nosotros somos crucificados al mundo (Gál 6,14) y también Cristo es crucificado en nosotros (Gál 3,1). Es afortunado aquel en cuyo corazón Cristo resucita cada día: si cada día hace penitencia por sus pecados. Es afortunado aquel que cada día, del monte de los Olivos, sube al reino de los cielos (He 1,12), donde están los olivos frondosos del Señor, donde nace la luz de Cristo, donde están los olivares del Señor. «Pero yo, como olivo verde en la casa del Señor» (Sal 51,10). Encendamos, pues, también nosotros la lámpara de este olivo (Mt 25,1-13) y enseguida subiremos con Cristo al reino de los cielos<sup>17</sup>.**

Con esta garantía de nuestra glorificación podemos repetir con San Pablo: «¿Quién acusará a los elegidos de Dios? Dios es quien justifica: ¿Quién condenará? ¿Acaso Cristo, que murió, resucitó y está a la derecha de Dios e intercede por nosotros?» (Rom 8,33-34).



## 5. EL GLORIFICADO PRESENTE EN LA IGLESIA

El Señor glorificado sigue acompañando a la Iglesia «todos los días hasta el fin del mundo» (Mt 28,20). La acompaña «con su intercesión ante el Padre»; El, en efecto intercede por nosotros y está vivo para ello, pues «penetró en el cielo precisamente para presentarse ante el acatamiento de Dios en favor nuestro» (Rom 8,34; Heb 7,25; 9,24), «para protegernos desde lo alto» (San Agustín). Los pecadores tenemos en Jesucristo, el Justo, un abogado permanente ante el Padre, a quien presenta en favor nuestro sus llagas gloriosas, trofeos de su pasión redentora, de las que no se ha despojado. Así «está en pie», como Sacerdote constituido en favor nuestro o como Cordero degollado por nosotros. **Nos convenía** (Jn 14,2-4) realmente que Jesús ascendiera al cielo.

Al mismo tiempo, Cristo, Señor Glorificado, está presente entre nosotros en la Evangelización. Con la predicación de su palabra, espada de doble filo, el Rey Mesías ejerce su poder con «curaciones, milagros y prodigios» con los que acompaña a sus apóstoles (Mc 16,20). Las armas del Rey Mesías son «la predicación de su gracia» y los «signos» de esa gracia salvadora: «Los apóstoles predicaban con **parresia** -libertad de palabra, franqueza, valentía, autoridad-, con confianza en el Señor, que les concedía obrar por sus manos señales y prodigios, dando así testimonio de la predicación de su gracia» (He 14,3).

Porque no es Pablo quien habla, sino «Cristo quien habla en mí» (2 Cor 13,3). Por ello, el que presta oídos a la palabra del apóstol, «a mí me escucha», dice el mismo Jesús (Lc 10,16). Lo mismo que es El quien está presente en los sacramentos. Sea Pablo o Cefas quien bautice, es «Cristo el que bautiza en el Espíritu Santo», que mediante el ministerio de un hombre nos incorpora a sí mismo (Jn 1,33; 1 Cor 1,12-13).

Este es el fundamento de nuestra esperanza, la seguridad de nuestra confianza, que nos permite vivir ya el gozo de la nueva vida, como nos exhorta San León Magno:

**Alegrémonos, gozándonos ante Dios en acción de gracias. Elevemos libremente las miradas de nuestros corazones hacia las alturas donde se encuentra Cristo. Nuestras almas están llamadas a lo alto. No las depriman los deseos terrestres, ¡están predestinadas a la eternidad! No las ocupen lo llamado a perecer, ¡han entrado en el camino de la verdad! No las entretengan los atractivos falaces. De tal manera hemos de recorrer el tiempo de**

**la vida presente que nos consideremos extranjeros de viaje por el valle de este mundo, en el que, aunque se nos ofrezcan algunas comodidades, no las hemos de abrazar culpablemente, sino sobrepasarlas enérgicamente...19**

Ya ahora el cristiano vive pregustando la gloria de Cristo. El cristiano ya aquí en la tierra experimenta la comunión con Dios o el cielo, pues como dice con palabras sencillas Santa Teresa: «donde está Dios es el cielo; nuestra alma es el cielo pequeño, donde está quien hizo el cielo y la tierra». «Subir al cielos o «estar sentado a la derecha del Padre» no es otra cosa que la plena y total glorificación de Cristo que vive en la beatificante comunión eterna con Dios Padre. De ella participa el cristiano y, por ello, anhela y espera con ansia -gritando **maranathá**- la consumación de esta vida para entrar en la definitiva comunicación con Dios<sup>20</sup>, «en la casa del Padre», en «la Jerusalén celestial» (Ap 22).

La liturgia de la Ascensión nos hace, por ello, cantar:

**Es justo dar gracias a Dios, porque Jesús, el Señor, el rey de la gloria, vencedor del pecado y de la muerte, ha ascendido hoy ante el asombro de los ángeles a lo más alto del cielo, como mediador entre Dios y los hombres, precediéndonos como Cabeza nuestra para que nosotros, miembros de su Cuerpo, vivamos con la ardiente esperanza de seguirlo en su Reino. (Prefacio).**

La Ascensión corporal de Cristo a los cielos -como también la Asunción de María tras El- es la garantía igualmente de la glorificación de nuestros cuerpos mortales. Cristo, el Verbo encarnado, ha sido exaltado, es decir, con El ha llegado a Dios definitivamente nuestra carne humana y Dios la ha aceptado irrevocablemente. Esta es nuestra fe y nuestra esperanza.

Esto es lo fundamental. Si yo, con todo lo que soy, participo de la muerte, resurrección y glorificación de Cristo, ¿qué importancia puede tener el modo como esto ocurra? Sabemos con Pablo que «se siembra lo corruptible y resucita incorruptible; se siembra algo vil y resucita glorioso; se siembra algo débil y resucita fuerte; se siembra un cuerpo terreno y resucita un cuerpo espiritual» (1 Cor 15,35-44).

Con el Cuerpo de Cristo ha llegado ya a Dios toda la realidad. El cielo se ha unido a la tierra. En la Iglesia, cuerpo de Cristo, Dios está presente con toda su gloria en medio de la creación. Quien «vive en Cristo», vive en Dios, en su cielo. Por ello, como cuerpo de Cristo, la Iglesia en su liturgia canta con los ángeles el himno celeste: «¡Santo, Santo, Santo!» (Ap 4,8).

Verdaderamente «nos convenía» que Cristo volviese al Padre: para que El esté junto al Padre (Jn 14,28), para que nos enviara el Espíritu Santo (Jn 16,7), para prepararnos una morada (Jn 14,2-3) y para poder habitar en el corazón de los creyentes, que le aman (Jn 14,23). Así, ahora, nuestra existencia puede ser una «vida en Cristo»<sup>21</sup>.

De modo particular podemos vivir en Cristo o Cristo en nosotros «comiendo su carne y bebiendo su sangre» (Jn 6,56). Su carne y su sangre, en la Eucaristía, nos une de un modo particular con el Cordero sacrificado y viviente, pues la Eucaristía es incorporación y participación a la carne y sangre glorificadas, lo mismo que El quiso participar de nuestra carne y sangre para vencer en ellas el poder de la muerte (Heb 2,14) y con su carne y sangre vivificadas y vivificantes darnos la vida eterna (Jn 6,51-54): «El cáliz sobre el que pronunciamos la bendición, ¿no es acaso participación en la sangre de Cristo? Y el pan que partimos, ¿no es participación en el cuerpo de Cristo?» (1 Cor 10,16; 11,27). Con razón la celebración eucarística se llama «mesa del Señor» (1 Cor 10,21).

De todas estas maneras está presente el Señor de los cielos. Sintiéndonle vivo y confesándole glorioso, la esperanza cristiana suscita en el creyente el anhelo de «morir en el Señor» (Ap 14,13), para pasar a morar con el Señor, acabada la peregrinación de la fe, en la visión cara a cara (2 Cor 5,7-8).

---

1. Mt 22,44; 26,64; Mc 16,19; He 7,55-56; Col 3,1; Heb 1,3.13; 8,1; 10,12-13; 12,2; 1Pe 3,21-22.

2. Cfr, A. del FUEYO, Sermones de San Agustín V 256-260; VII 255-257; Cfr. Serm. 261-265 dedicados a la Ascensión.

3. SAN LEON MAGNO, Homilía 73,4; 74,1-5.

4. SAN IRENEO, Adversus Haereses 1,10; 111,16.

5. SAN IRENEO, Exposición 83-85.

6. ORIGENES, Sel. in Ps. 67,19; In Jon. VI,56; XIX,21.

7. EUSEBIO DE CESAREA, SAN JUAN CRISOSTOMO y SAN AGUSTIN, respectivamente.

8. Dn 7,13-14; Mt 24,30; 26,64; 28,18; Mc 13,26; 14,62; Lc

1,33; 21,27; Jn 12,34.

9. R. BLAZQUEZ, Está sentado a la derecha del Padre, *Communio* 6(1984)21-39.

10. SANTO TOMAS, III q.54 a.4.

11. SAN AMBROSIO, De Fide III 17. Quizás sea en el comentario a este artículo del Credo donde es más patente la diferencia entre el realismo de los textos bíblicos y patrísticos y la «fabulación» y «mitologización» de tantas teologías modernas, pensadas en las bibliotecas, sin ningún contacto con los hombres de carne y hueso, incluso científicos actuales, a quienes conocen por sus libros y no en su vida.

12. SAN CIPRIANO, Testimonios II, 26-27.

13. Ex 13,22; Nu 11,25; Sal 18,10; Is 19,1; Lc 9,34-35.

14. SAN CIRILO DE ALEJANDRIA, In Levitico 3.

15. **TEODORO DE MOPSUESTIA**, Homilía VII 6-10.

16. **SANTO TOMAS**, Exposición del Símbolo Apostólico, art. 6.

17. SAN AMBROSIO, Expositio Evangelii sec. Lucam V 114-117, con otras muchas referencias.

18. SAN JERONIMO, Tractatus de Psalmo XCV 10.

19. SAN LEON MAGNO, Homilía 74,5.

20. Jn **14,1-3; 17,24**; 1Tes 4,17; 5,10; 2Tes 2,1.

21. Rom 6,11; 8,1; 1Cor 1,2; 15,18.58; 16,19.24; 2Cor 2,14-17; 5,17; 13,4...

**EMILIANO JIMÉNEZ**  
*EL CREDO, SÍMBOLO DE LA FE DE LA IGLESIA*  
**Ediciones EGA, Bilbao 1992, págs. 117-128**

## DESDE ALLÍ HA DE VENIR

### A JUZGAR A LOS VIVOS Y A LOS MUERTOS

Con la Resurrección y exaltación de Jesucristo se inaugura el mundo nuevo, la nueva humanidad. Pero el Reino de Cristo se halla todavía en camino hacia su plenitud. La Iglesia peregrina en la tierra hacia la consumación final, viviendo en lucha con los poderes del mal.

El Credo, Símbolo de la fe de la Iglesia, mira con esperanza anhelante la consumación definitiva del Reino de Jesucristo, confesando que, ascendido a los cielos: **«Desde allí vendrá con gloria a juzgar a los vivos y a los muertos».**

La espera del retorno de Cristo como juez de vivos y muertos forma parte de la fe cristiana. Todo hombre comparecerá ante El para dar cuenta de sus actos. Desde los Hechos hasta el Apocalipsis, en todos los kerigmas de la predicación apostólica se **anuncia el juicio** como invitación a la conversión. Dios tiene fijado un día para juzgar al universo con justicia por Cristo a quien ha resucitado de entre los muertos 1.

**Anunciamos no sólo la primera *venida* de Jesucristo sino también la *segunda*, más esplendente que aquella; pues mientras la primera fue un ejemplo de paciencia, la segunda lleva consigo la corona de la divina Realeza. Casi siempre las cosas referentes a Cristo son dobles: doble nacimiento, uno de Dios antes de los siglos y otro de la Virgen al cumplirse los siglos. Doble venida: oscura la primera y gloriosa la segunda. En aquella fue envuelto « en pañales» (Lc 2,7), en esta le rodeará «la luz como un manto (Sal 104,2). En la primera «sufrió la Cruz despreciando la ignominia» (Heb 12,3), en la segunda vendrá glorioso y «rodeado del ejército de los ángeles» (Mt 25,31). No nos fijemos sólo en la primera venida, sino esperemos también la segunda. Y como en la primera decíamos: «Bendito el que viene en el nombre del Señor» (Mt 21,9p), lo mismo diremos en la segunda (Mt 23,19p). Pues *vendrá el Salvador*, no a ser juzgado, sino a *juzgar* a quienes le juzgaron. (Sal 50,21; Mt 26,62; 27,12). El mismo Salvador dice: «Me acercaré a vosotros para juzgar en juicio y seré testigo rápido contra los que juran en mi Nombre con mentira» (Malq 3,1-5). También Pablo señala las dos venidas, escribiendo a Tito: «La gracia de Dios, nuestro Salvador, apareció a todos los hombres, enseñándonos a negar toda impiedad y pasiones humanas, para vivir sobria y piadosamente en este siglo, esperando la manifestación de la gloria del Dios grande y Salvador nuestro, Jesucristo» (Tit 2,11-13)2.**

## 1. DIA DE YAVE

Ya en el Antiguo Testamento el juicio de Dios era un artículo de fe. Yavé «sondea las entrañas y los corazones» (Jr 11,20; 17,10), distinguiendo entre justos y culpables. Los justos escapan a la prueba y los culpables son castigados (Gén 18,23ss). A El confían su causa los justos como Juez supremo (Gén 16,5; 31,49; 1 Sam 24,26; Jr 11,20). Los salmos están llenos de las llamadas angustiosas y confiadas que le dirigen los justos perseguidos (Sal 9,20; 26,1; 35,1.24; 43,1...)

La propia historia de Israel está hecha de juicios salvadores de Dios contra sus opresores. El Exodo es el «juicio» salvador de Dios contra Egipto y el Faraón que les oprimía con dura esclavitud (Gén 15,14; Sab 11,10). La expulsión de los cananeos en el don de la tierra es otro ejemplo del «juicio salvador» de Dios en favor de su pueblo (Sab 12,10-22). Pero Israel también ha experimentado en carne propia el juicio de Dios sobre sus infidelidades con la pena del exilio. Y de estas experiencias del pueblo elegido podemos retroceder a las experiencias anteriores de la humanidad, pasando por la ruina de Sodoma (Gén 18,20; 19,13), el diluvio (Gén 6,13) o la expulsión del paraíso de Adán y Eva (Gén 3,14-19). El juicio de Dios, que desde el cielo contempla a los hombres, es anunciado constantemente por los profetas. El Día de Yavé es el día del juicio de Dios (Am 5,18ss). Israel, esposa infiel, será juzgada por sus adulterios (Ez 16,38; 23,24); los hijos serán juzgados según sus obras y no por las culpas de sus padres (Ez 36,19).

Pero en su juicio Dios discierne la causa de los justos de la de los culpables: castiga a los unos para salvar a los otros (Ez 35,17-22). El resto de los justos escapa a su juicio. Dios es enemigo del pecado y, el Día de Yavé, día de juicio, es día de fuego que destruye el mal (Is 66,16). En el valle de Josafat -«Dios juzga»-, Dios reunirá a las naciones; entonces será la siega y la vendimia escatológica (Jl 4,12ss). Sólo los pecadores deberán temblar, pues los justos serán protegidos por Dios mismo (Sab 4,15ss); los santos del Altísimo tendrán parte en el reinado del Hijo del Hombre (Dn 7,27).

El justo, que ha puesto su confianza en Dios, apela al juicio de Dios suplicante: «Levántate, Juez de la tierra, da su salario a los soberbios» (Sal 94,2). Y canta por anticipado la gloria del juicio

de Dios (Sal 75,2-11; 96,12s; 98,7ss); el pobre, que confía en Dios, tiene la certeza de que Dios le hará justicia (Sal 140,13s). Así los fieles del Señor, oprimidos por los impíos, aguardan con esperanza el juicio de Dios, el Día de Yavé.

Pero, ¿quién es justo ante Dios? (Sal 143,2): «Si llevas cuenta de las culpas, oh Dios, ¿Quién se salvará? Pero de ti procede el perdón... Mi alma espera en el Señor, porque del Señor viene la misericordia, la redención copiosa: El redime a Israel de todos sus delitos» (Sal 130).

## 2. CRISTO JUEZ DE VIVOS Y MUERTOS

Con Jesús llega el Día de Yavé. Los Apóstoles son enviados a predicar y dar testimonio de que «Dios lo ha nombrado **juez de vivos y muertos**» (He 10,42; 17,31; Rom 14,9; 2 Tim 4,1; 1 Pe 4,5). El Credo, fiel intérprete de la fe apostólica, confiesa que Cristo «**De nuevo vendrá con gloria a juzgar a los vivos y a los muertos**».

En el Nuevo Testamento, «el Día de Yavé» pasa a ser el **Día de Jesucristo**, porque Dios le entregó el juicio y le confió la consumación de la salvación: es el Día de Cristo Jesús (Filp 1,6.10; 2,16), «Día del Señor» (1 Tes 5,2; 1 Cor 1,8) o «Día del Hijo del Hombre» (Lc 17,24). En la venida gloriosa del Señor Jesucristo se centra la esperanza de la comunidad cristiana. Esta venida **-parusía** del Señor- llevará a plenitud consumada la obra iniciada en la encarnación, en la muerte y resurrección de Cristo.

**El hará un juicio justo entre todas las criaturas. Enviará al fuego eterno a los espíritus malvados, mientras que a los justos y santos, que perseveraron en su amor, les dará la incorrupción y les otorgará una gloria eterna ...En la primera venida fue rechazado por los constructores (Sal 117,22; Mt 23,42p). En la segunda venida, vendrá sobre las nubes (Dn 7,13; Mt 26,64; 1 Tes 4,16-17), «llevando el Día devorador como un horno» (Malq 4,1), golpeando a la tierra con la palabra de su boca y destruyendo a los impíos con el sople de su boca (Is 11,4; Ap 19,15; 2 Tes 2,8), teniendo en sus manos el biello para purificar su era: recogiendo el grano en el granero y quemando la paja en el fuego inextinguible (Mt 3,21p). Por eso, el mismo Señor exhortó a sus discípulos a *vigilar* en todo tiempo con «las lámparas encendidas, como hombres que esperan a su Señor» (Lc 21,34-36; 12,35-36); pues «como en tiempo de Noé hizo perecer a todos con el Diluvio y en tiempo de Lot hizo llover sobre Sodoma fuego del cielo y perecieron todos, así sucederá en la venida del Hijo del Hombre» (Lc 17,26-30; Mt 24,37-39) 3.**

En el mundo, tal como nosotros lo experimentamos, se hallan el bien y el mal, los hijos de la luz y los hijos de las tinieblas. Trigo y cizaña se hallan mezclados hasta el día de la siega. San Agustín ve toda la historia, desde el comienzo de la creación hasta el final de los tiempos, como una lucha entre el reino de Dios y el reino del mundo o del diablo; estos dos reinos se enfrentan entre sí y, al presente, estos dos reinos se hallan juntos y entremezclados.

Es más, en la medida en que se acerca el final de los tiempos, el poder del mal se exagera contra Dios y contra la Iglesia (Mt 13,3-23; 2 Tés 3,1-3; Ap 12,13-18...). Pero el Juez es Cristo y, no sólo juez, sino la norma, el camino, la verdad y la vida. Al final se manifestará que Jesucristo es el fundamento y el centro que otorga sentido a toda la realidad y a la historia. A su luz quedarán juzgadas las obras de los hombres, pasando por el fuego para ver cuáles resisten o cuáles serán abrasadas:

Mire cada cual cómo construye. Pues nadie puede poner otro cimiento que el ya puesto: Jesucristo.

**Y si uno construye sobre este cimiento con oro, plata, piedras preciosas, madera, heno, paja, la obra de cada cual quedará al descubierto; la manifestará el Día, que ha de revelarse por el fuego. Y la calidad de la obra de cada uno, la probará el fuego... (1 Cor 3,10ss).**

El juicio del último día significa, por tanto, que al final de los tiempos se hará patente **la verdad definitiva** sobre Dios y los hombres, la verdad que es Jesucristo. Mirando «al que traspasaron» aparecerá quién «está con Cristo y quién está contra El» (Mt 7,21; .12,30; 21,28p).

El **Anticristo** arrastra consigo a la perdición a los que se dejan llevar de sus promesas. El se alza «contra todo lo que es de Dios y contra su culto», tratando de «instalarse en el templo de Dios, proclamándose él mismo Dios» (2 Tes 2,4-10). El Apocalipsis nos lo describe vestido de «jactancia, arrogante y blasfemo» (Ap 13). Su verdadera esencia es el orgullo, la voluntad de poder y de dominio que se manifiesta en la violencia y la opresión, en el egoísmo, la envidia, el odio y la mentira (1 Jn 2,18-22; 2 Jn 7). Es hijo del Príncipe de este mundo, el Diablo, mentiroso y asesino desde el principio (Jn 8,44).

Una condenación rigurosa aguarda a los hipócritas (Mc 12,40p), a quienes se han negado a escuchar la predicación de Jesús (Mt 11,20-24), a los incrédulos que, escuchando, no se han



convertido (Mt 12,39-42), a quienes no acojan a sus enviados (Mt 10,14s), que son enviados a las naciones «sin oro, ni plata, ni alforja, ni dos túnicas, ni sandalias, ni bastón» (Mt 10,9s), «como los hermanos más pequeños de Jesús», con quienes El se identifica (Mt 25,35-46):

**Cristo es formado, por la fe, en el hombre interior del creyente, el cual es llamado a la libertad de la gracia, es manso y humilde de corazón, y no se jacta del mérito de sus obras, que es nulo, sino que reconoce que la gracia es el principio de sus méritos; a éste puede Cristo llamar su humilde hermano, lo que equivale a identificarlo consigo mismo, ya que dice: «cada vez que lo hicisteis con uno de estos mis humildes hermanos, conmigo lo hicisteis». Cristo es formado en aquel que recibe la forma de Cristo. Y recibe la forma de Cristo el que vive unido a El con un amor espiritual 4.**

El rechazo de Jesús, su condena, clama justicia ante el Padre, que juzga con justicia y «a quien se remitió Jesús» (1Pe 2,23):

Vendrá, pues, a juzgar a los vivos y a los muertos. Vendrá como Juez Quien fue sometido a juicio. Vendrá en la forma en que fue juzgado para «que vean a quien traspasaron» (Zac 12,10; 3n 19,37): «He aquí al Hombre a quien crucificasteis. He aquí a Dios y al Hombre en quien no quisisteis creer. Ved las heridas que me hicisteis y el costado que traspasasteis». Pues por vosotros se abrió y, sin embargo, rehusasteis entrar. Quienes no fuisteis redimidos al precio de mi Sangre (1 Pe 1,18-19) no sois míos: «Apartaos de mí al fuego eterno, preparado para el diablo y sus ángeles» (Mt 25,41) ...

**Vendrá... Quien antes vino ocultamente, vendrá de modo manifiesto; quien fue juzgado, vendrá a juzgar. Quien estuvo como reo ante el hombre juez, juzgará a todo hombre... sin que pueda ser corrompido con dinero ni ablandado por satisfacción alguna. ¡Aquí, aquí debe hacer cada uno lo que pueda, mientras hay lugar a la misericordia! Pues no podrá hacerlo allí. ¡Haz aquí penitencia, para que aquel cambie tu sentencia! Da aquí limosna, para que de aquel recibas la corona. Otorga aquí el perdón, para que allí te lo conceda el Señor. Ahora es el tiempo de la fe. Quien quiera vivir para siempre y no temer la muerte, conserve la *Vida* que vence la muerte. Quien quiera no temer al Juez divino, le considere ahora su Defensor 5.**

No es que Jesucristo haya venido al mundo para juzgar al mundo, sino para salvarlo (Jn 3,17;8,15s). Pero el juicio se opera ya por la actitud que cada cual adopte para con El. Quien no cree ya está juzgado por haber rechazado la luz (Jn 3,18ss). El juicio, más que una sentencia divina, es una revelación del interior de los corazones humanos: «Este está puesto -dirá Simeón- para caída y elevación de muchos, como señal de

contradicción, a fin de que se manifiesten las intenciones de muchos corazones» (Lc 2, 34-35). Aquellos cuyas obras son malas prefieren las tinieblas a la luz (Jn 3,19') y Dios no hace más que dejarles en la ceguera con la que creen ver claro, satisfechos en su jactancia. En cuanto a los que reconocen su ceguera, Jesús les abre los ojos (Jn 9,39), para que actuando en la verdad lleguen a la luz (Jn 3,21).

El juicio final, para el Evangelio de Juan, no hará más que manifestar en plena luz la discriminación operada ante Cristo desde ahora en el secreto de los corazones.

**Los espejos limpios reflejan la imagen de los rostros tal como son: imágenes alegres de rostros alegres, imágenes tristes de rostros sombríos, sin que nadie pueda reprochar al espejo reflejar una imagen sombría si su rostro lo está. De modo análogo, el justo juicio de Dios se acomoda a nuestro estado. ¡Se comporta con nosotros como nosotros nos hemos comportado! Dice: «¡Venid, benditos!» o «¡Apartaos, malditos!» (Mt 25,34.41). Obtienen misericordia por haber sido misericordiosos; y los otros reciben la maldición por haber sido ellos duros con su prójimo. El rico Epulón al no tener piedad del pobre, que yacía junto a su puerta lleno de aflicciones, se privó a sí mismo de la misericordia al tener necesidad de ella (Lc 16,19-31). Una gota de misericordia no puede mezclarse con la crueldad. Pues, «¿qué unión cabe entre la luz y las tinieblas?» (2 Cor 1,14). Por ello se dijo asimismo que «el hombre cosechará lo que siembre: quien siembra en la carne cosechará la corrupción, mientras que quien siembra en el Espíritu cosechará la vida eterna» (Gál 6,7-8) 6.**

Frente a la mentira y la muerte, en el Juicio de Cristo triunfará la **vida y la verdad del amor**, que comenzó con su resurrección y exaltación a los cielos. Se hará manifiesto a todos que El es el único Señor, que su amor y su vida es la única verdad (Jn 16,8-11).

Con la venida gloriosa de Jesucristo quedarán juzgados, vencidos y depuestos los poderes del mal, el último de ellos la muerte y Dios será todo en todas las cosas (1 Cor 15,28).

**El fin del mundo es la prueba de que todas las cosas han llegado a su plena realización y tendrá lugar cuando todos los enemigos sean sometidos a Cristo y, destruido también el último enemigo - la muerte-, Cristo mismo entregue el Reino a Dios Padre (1 Cor 15,24-26). Entonces «pasará la figura de este mundo» (1 Cor 7,31), de modo que «la creación será liberada de la esclavitud de la corrupción» (Rom 8,21), «recibiendo la gloria del Hijo de Dios, para que Dios sea todo en todos» (1 Cor 15,28) 7.**

### **3. LOS HOMBRES SERÁN JUZGADOS SEGÚN SUS OBRAS**

Quien vive de la fe no encuentra contradicción entre la gracia radical que libera al hombre de la impotencia de salvarse y las **obras de la fe**, pues «la fe actúa por la caridad» (Gál 5,6), de modo que «aunque tuviera una fe capaz de trasladar montañas, si no tengo caridad, no soy nada» (1 Cor 1,2). «La fe, si no tiene obras, está muerta» (Sant 2,17).

Esto significa que para el cristiano, por una parte, existe la paz liberadora de quien vive en la abundancia de la justicia de Dios, que es Jesucristo entregado a la muerte por nosotros. Lo que Cristo ha edificado es irrevocable. De aquí nace la libertad profunda, la experiencia del amor inquebrantable de Dios, que siempre nos es propicio a pesar de todos nuestros pecados. La salvación no la esperamos de nosotros, sino del amor de Dios.

Por otra parte, el cristiano sabe que su vida no es algo arbitrario ni un juego poco serio que Dios pone en sus manos. Como administrador de los «dones de su Señor» se le pedirá cuentas de lo que se le ha confiado. Al siervo fiel, aunque sea «en lo poco», se le «invitará a entrar en el gozo eterno de su Señor»; al «siervo malo y perezoso, que entierra el talento del Señor, que le ha sido confiado, sin hacerlo fructificar, se le arrojará a las tinieblas de afuera, donde experimentará el llanto y rechinar de dientes» (Mt 25,14ss). El artículo de fe sobre el juicio pone ante nuestros ojos el examen al que será sometida nuestra vida. No podemos tomar a la ligera el inaudito alcance de nuestra vida y libertad ante Dios. El es el único que nos toma en serio.

**Qué significa la amenaza del fuego eterno (Mt 25,41) lo insinúa el profeta Isaías, al decir: «Id a la lumbre de vuestro propio fuego y a las brasas que habéis encendido» (Is 50,11). Creo que estas palabras indican que cada uno de los pecadores enciende la llama del propio fuego, no siendo echado a un fuego encendido por otros: Yesca y alimento de este fuego son nuestros pecados, designados por el Apóstol «madera, heno, paja» (1 Cor 3,12), de modo que cuando el pecador ha reunido en sí gran número de obras malas y abundancia de pecados, toda esta cosecha de males al tiempo debido hierve para el suplicio y arde para la penas 8.**

**¡Pues ningún otro acusador tendrás ante ti aquel día, fuera de tus mismas acciones! Cada una de ellas se presentará con su peculiar cualidad: adulterio, hurto, fornicación..., apareciendo cada pecado con su inconfundible característica, con su tácita acusación. «Bienaventurados, en cambio, los misericordiosos, porque alcanzarán misericordia» (Mt 5,7) 9.**

La fe en el juicio final contradice, por una parte, los sueños ingenuos de quienes ponen su confianza en el progreso de la ciencia y de la técnica, del que esperan la armonía y salvación

de la humanidad. El progreso **humano** está cargado de ambigüedad; por ello, al final de los tiempos tendrá lugar la separación definitiva entre el bien y el mal, la victoria del bien y la derrota del mal. Aquel día se pondrá de manifiesto la **verdad definitiva** de nuestra vida. Entonces triunfará la justicia y Dios «hará justicia a cada uno en particular» (Is 9,11): a los humildes y oprimidos, a los humillados y olvidados; a las víctimas de la violencia humana Dios les hará justicia, «pues El venga la sangre, recuerda y no olvida los gritos de los humildes» (Sal 9,13) y «recoge en un odre las lágrimas de sus fieles perseguidos» (Sal 56,9). Cada lágrima del justo tendrá su compensación escatológica (Is 25,8; Ap 7,17).

**Feliz quien día y noche no se deja oprimir por otra preocupación que la de saber dar cuenta -sin angustia alguna- de la propia vida en *aquel gran día*, en el que todas las criaturas se presentarán ante el Juez para darle cuenta de sus acciones. Pues quien tiene siempre ante la vista aquel día y aquella hora, ése no pecará jamás. ¡La falta del temor de Dios es causa de que pequemos! Acuérdate, pues, siempre de Dios, conserva en tu corazón su temor e invita a todos a unirse a tu plegaria. Es grande la ayuda de quienes pueden aplacar a Dios. Mientras vivimos en esta carne, la oración nos será una preciosa ayuda, siéndonos viático para la vida eterna. Y, también, así como es buena la soledad; en cambio, el desánimo, la falta de confianza o desesperar de la propia salvación es lo más pernicioso para el alma. ¡Confía, pues, en la bondad del Señor y espera su recompensa! Y esto, sabiendo que si nos convertimos sinceramente a El, no sólo no nos rechazará para siempre, sino que, encontrándonos aún pronunciando las palabras de la oración, nos dirá: «¡Heme aquí!» (Is 58,9) 10.**

Por otra parte, la espera de la venida de Jesucristo, como juez de vivos y muertos, es una llamada a la **vigilancia**, a la conversión diaria a El, a su seguimiento. La puerta de las bodas se cierra para quien no espera vigilante, con las lámparas encendidas, al novio que llega a medianoche (Mt 25, 1ss):

**¡Vigilad sobre vuestra vida! No se apaguen vuestras lámparas ni se descíñan vuestros lomos, porque no sabéis la hora en que vuestro Señor va a venir (Lc 12,35-40; Mt 24,42-44p; 25,1-13). Reuníos frecuentemente, inquiriendo lo conveniente a vuestras almas, pues de nada os servirá todo el tiempo de vuestra fe, si no sois perfectos en el último momento 11.**

**Recordémoslo, no sea que, echándonos a descansar como llamados, nos durmamos (Mt 25,5; Rom 13,11) en nuestros pecados y, prevaleciendo sobre nosotros el «príncipe malo», nos empuje lejos del reino del Señor (Mt 22,14) 12.**

**Es preciso, pues, que estemos preparados para que, al llegar el día de partir, no nos coja impedidos y embarazados (Lc 12,35-37; Mt 25,1-13). Debe lucir y resplandecer nuestra luz en las «buenas obras» (Mt 5,14-16), para que ella nos conduzca de la**

#### 4. JESUCRISTO JUEZ QUE JUSTIFICA

En el umbral del Evangelio, Juan Bautista invoca el juicio de Dios, apremiándoles a la conversión (Mt 3,7-12p). Con la aparición de Jesús en el mundo quedan inaugurados los últimos tiempos, actualizándose el juicio escatológico, aunque todavía haya que aguardar su **retorno glorioso** para verlo realizado en su plenitud.

En realidad «todos somos culpables ante Dios» (Rom 3,10-20). Desde la entrada del pecado en el mundo, por nuestro padre Adán, se pronunció un veredicto de condena contra todos los hombres (Rom 5,16-18). Nadie podía escapar a esta condena por sus méritos. Pero, cuando Jesús murió por nuestros pecados, Dios destruyó el acta de condenación, clavándola en la cruz. A quien no conoció el pecado le hizo pecado por nosotros, para que viniésemos a ser justicia de Dios en El (2 Cor 5,21). «Condenó el pecado en la carne de Cristo, a fin de que la justicia de la ley se cumpliera en nosotros según el espíritu» (Rom 8,3-4). Así Cristo «nos rescató de la maldición de la ley haciéndose El maldición por nosotros» (Gál 3,13).

Para quienes confían en Jesucristo el juicio será, o mejor lo es ya, un juicio de gracia y misericordia. El es nuestra justificación: «al que cree en Aquel que justifica al impío su fe se le reputa como justicia» (Rom 4,5), «porque el fin de la ley es Cristo para justificación de todo creyente» (Rom 10,4). Por ello, nuestra profesión de fe en Jesucristo «como juez de vivos y muertos» es Buena Nueva y expresión de la esperanza cristiana. En Cristo se nos ha revelado la justicia de Dios, no la que castiga, sino la que justifica y salva (Rom 3,21-24). Para los creyentes no hay ya condenación (Rom 8,1): si Dios los justifica, ¿quién los condenará? (8,34).

Nada temen quienes han experimentado la vida de Cristo, porque Cristo vivía en ellos y toda su vida ha sido testimonio de Cristo:

**Como hay muchas persecuciones (Sal 118,157), también hay muchos mártires. Cada día eres testimonio de Cristo. Has sido tentado por el espíritu (Os 4,12; 5,4; 1 Jn 4,1-6) de fornicación, pero, temiendo el futuro juicio de Cristo (Heb 10,27), no has violado la pureza de la mente y del cuerpo (1 Cor 6,9-20): eres mártir de Cristo. Has sido tentado por el espíritu de avaricia y, sin**

**embargo, has preferido dar ayuda a hacer injusticias: eres testigo de Cristo. Has sido tentado por el espíritu de soberbia, pero, viendo al pobre y al necesitado, con corazón benigno has sentido compasión, has amado la humildad antes que la jactancia (Filp 2,3-4): eres testigo de Cristo, dando testimonio no sólo con la palabra, sino con los hechos (Mt 7,21; Jn 12,47). De hecho, quien escucha el Evangelio y no lo guarda (Mt 7,26), niega a Cristo; aunque lo reconozca con las palabras, lo niega con los hechos. Serán posiblemente muchos los que dirán: «¡Señor, Señor! ¿No profetizamos en tu nombre y en tu nombre arrojamos demonios, y en tu nombre no hicimos muchos prodigios?», pero el Señor les responderá: «Jamás os conocí; apartaos de mí, ejecutores de maldad» (Mt 7,22-23). Testigo es, pues, aquel que, en armonía con los hechos, da testimonio del Señor Jesús. ¡Cuan numerosos son, pues, cada día aquellos que en secreto son mártires de Cristo y confiesan a Jesús como Señor! ¡Cristo les confesará a ellos ante el Padre! 14**

Es Cristo el «juez de vivos y muertos». Los primeros cristianos con su oración **«maranathá, ven, Señor Jesús»**, han visto el retorno de Jesús como un acontecimiento lleno de esperanza y alegría. Han visto en él el momento anhelado de toda su vida, hacia el que han orientado su existencia. Y, por otra parte, eran conscientes de que el juez es nuestro hermano. No es un extraño, sino el que hemos conocido en la fe. Vendrá, por tanto, «para unirnos con El, pues lo esperamos del cielo para hacernos semejantes a su gloria» (Filp 3,20-21) 15.

Cristo Juez es el mismo Cristo Salvador, cuya misión fue purificar al pecador y llevarle a la vida y a la visión del Padre. De aquí el celo y gozo con que Jesús invita a todos a entrar en la gloria, según el texto que Melitón pone en labios de Cristo:

**Venid, pues, todas las estirpes de hombre que estáis amasados en el pecado (1 Cor 5,6-8; Mt 16,6) y habéis recibido la remisión de los pecados. Soy yo vuestra remisión (Ef 1,7), yo la pascua de salvación, el cordero degollado por vosotros, vuestro rescate, vuestra vida, vuestra resurrección, vuestra luz, vuestra salvación, yo vuestro rey. Soy yo quien os elevo hasta el cielo, yo quien os mostraré al Padre que vive desde la eternidad, yo quien os resucito con mi diestra 16.**

Sobre el juicio se alza, pues, la aurora de la esperanza. Con esperanzado asombro, el creyente se encontrará aquel día con quien le ha dicho tantas veces en su vida y en sus celebraciones: «No temas, soy Yo, el Primero y el Ultimo, el Viviente; estuve muerto, pero ahora estoy vivo por los siglos, y tengo las llaves de la Muerte y del Hades» (Ap 1,17-18):

**La santa madre Iglesia en el círculo del año celebra la obra de su divino Esposo, desarrollando todo el misterio de Cristo, desde la Encarnación y la Navidad hasta la Ascensión, Pentecostés y la expectativa de la dichosa esperanza y venida del Señor (Const.**

de Liturgia, n. 102).

**En la liturgia terrena preparamos y tomamos parte en aquella liturgia celestial que se celebra en la santa ciudad de Jerusalén, hacia la cual nos dirigimos como peregrinos y donde Cristo está sentado a la derecha de Dios como ministro del santuario y del tabernáculo verdadero (Ap 21,2; Col 3,1; Heb 8,2); cantamos al Señor el himno de gloria con todo el ejército celestial; venerando la memoria de los santos, esperamos tener parte con ellos y gozar de su compañía; aguardamos al Salvador, nuestro Señor Jesucristo, hasta que se manifieste El, nuestra vida, y nosotros nos manifestemos también gloriosos con El (Filp 3,20; Col 3,4). (Idem, R. 8; Cfr Lumen Gentium, n. 48ss).**

Este juicio se actúa ya en el presente: «el que cree no será juzgado» y «el que no cree ya está juzgado» (Jn 3,18-21). Para los creyentes, la promesa de la venida del Señor es esperanza de redención plena, de liberación de todas las angustias y adversidades de la vida presente. La aparición del Señor significa el fin de la muerte y de la corrupción del pecado. «Cuando empiece a suceder esto..., alzad vuestra cabeza: se acerca vuestra liberación» (Lc 21,28).

**El Señor prometió a los Apóstoles que serian partícipes de su gloria celeste, diciéndoles, «Así será el fin del mundo: el Hijo del hombre enviará a sus ángeles, los cuales recogerán de su reino todos los escándalos y todos los operadores de iniquidad para arrojarlos al horno del fuego. Allí habrá llanto y crujir de dientes. Entonces los justos brillarán como el sol en el reino de su Padre... Seremos partícipes de aquel esplendor, en el que mostró a los apóstoles el aspecto de su reino, cuando se transfiguró sobre el monte (Mt 17, i-2p). Entonces Cristo nos entregará, como su reino, al Padre (1 Cor 15,24), pues nosotros seremos elevados a la gloria de su cuerpo, haciéndonos así reino de Dios. Nos consignará, pues, como reino, según estas palabras: «Venid, benditos de mi Padre, a heredar el Reino preparado para vosotros desde la creación del mundo» (Mt 25,34) 17.**

Mientras esperamos esta liberación plena y definitiva, en medio del combate de cada día, el Señor nos conforta con su gracia: «Dios os mantendrá firmes hasta el final, para que no tengan de qué acusaros en el día del Señor Jesucristo» (1 Cor 1,8). Todos los que pertenecen a la Iglesia serán congregados de todo el mundo (Mc 13,27) y, entonces la Iglesia, purificada con la sangre del Cordero, celebrará sus bodas como «novia ataviada para su Esposo» (Ap 21,2). Este es su deseo y plegaria constante: El Espíritu y la novia dicen: ¡Ven! y el que oiga que repita: ¡Ven! (Ap 22,17.20; 1 Cor 16,22).

Esta súplica nace de la fe esperanzada de que Cristo vendrá con gloria a buscar a los suyos para llevarlos con El. «Y así estaremos siempre con el Señor» (1 Tes 4,18):

**Pues nuestro Señor estuvo sobre la tierra, está ahora en el cielo y vendrá en gloria como Juez de vivos y muertos. *Vendrá*, en efecto, como ascendió, según el testimonio de los Hechos de los Apóstoles (He 1,11) y también del Apocalipsis: «Esto dice El que es, El que fue y El que vendrá» (1,8). « De allí vendrá a juzgar a los vivos y a los muertos». ¡Confesémosle ahora como salvador, para no temerlo entonces como Juez! A quien ahora cree en El y le ama no le hará palidecer el miedo, cuando El llame a juicio a «los vivos y a los muertos» (2 Tim 4,1; 1 Pe 4,5). Lejos de temerlo, anhelará su venida. ¿Puede haber mayor felicidad que la llegada del Amado y Deseado (Cant 2,8)? No temamos, porque es nuestro Juez: Abogado nuestro ahora (1 Jn 1,8-9; 2,1; Heb 7,22; 9,24), entonces será nuestro Juez. Supongamos que te hallas en la situación de ser juzgado por un juez. Nombras un abogado, quien te acoge benévolo y, haciendo cuanto le sea posible, defiende tu causa. Si antes del fallo recibes la noticia de que este abogado ha sido nombrado juez tuyo, ¡qué alegría tener por juez a tu mismo defensor! Pues bien, Jesucristo es quien *ahora* ruega e intercede por nosotros (1 Jn 1,2), ¿vamos a temerlo como juez? Tras haberle enviado nosotros delante para interceder en favor nuestro, ¡esperemos sin miedo que venga a ser nuestro Juez! 18**

Así, pues, la mirada llena de esperanza que nos proyecta hacia la plenitud final de los últimos tiempos, nos obliga a volver los ojos al presente, al hoy de la historia. El futuro, que Cristo inauguró de manera definitiva, se realiza por obra del Espíritu Santo. Es El quien hace presente la obra de Jesucristo en nosotros dentro de la Iglesia. Por ello, hecha nuestra profesión de fe en Cristo, el Credo nos invita a confesar nuestra fe en el Espíritu Santo.

---

**1. He 17,31; 24,25; 1Pe 4,5.17; 2Pe 2,4-10; Rom 2,5-6; 12,19; 1Tim 3,5-12; Heb 6,2; 10,27-31; 13,4; Sant 5,9; Ap 19,11; 20,12s...**

**2. SAN CIRILO DE JERUSALEN, Catequesis XV 1-33.**

**3. SAN IRENEO, Adversus Haereses 1 10,1; IV 33,1; 36,3-4; Exposición 85.**

**4. SAN AGUSTIN, Comentario a los Gálatas, n. 37-38.**

**5. SAN QUODVULTDEUS, Sermo I de Symbolo VIII 1-7 y Sermo II de Symbolo VIII 1-7.**

**6. SAN GREGORIO DE NISA, De Beatitudine Oratio V.**

**7. ORIGENES, De Principiis, I 6,1-4; III 5,1; 6,1.**

**8. ORIGENES, De Principiis, II 9,8; 10,4-11,7.**

**9. SAN BASILIO, In Ps. 48 Homilía, 7; In Ps 33 Homilía, 21.**

**10. SAN BASILIO, Epístola 174.**



11. Didaje, 16,1-8; HERMAS, Pastor, vis. II,8,9.
12. CARTA DE BERNABE, 4,12-14.
13. SAN CIPRIANO, Sobre la unidad de la Iglesia, 26.
14. SAN AMBROSIO, Expositio Psalmi 118,20.
15. TEODORO DE MOPSUESTIA, Homilía VII 11-VIII 18.
16. MELITON DE SARDES, Sobre la Pascua 103.
17. SAN HILARIO, De Trinitate XI 38-39.
18. SAN AGUSTIN, De Fide et Symbolo VIII,15; Sermón 213,6.

**EMILIANO JIMÉNEZ**  
*EL CREDO, SÍMBOLO DE LA FE DE LA IGLESIA*  
**Ediciones EGA, Bilbao 1992, págs. 129-141**

## CREO EN EL ESPÍRITU SANTO

### 1. AMOR PERSONAL DE DIOS

La Iglesia, en el Concilio de Constantinopla (381) confesó que el Espíritu Santo es Señor, es decir, ser divino; que no sólo es don, sino dador de vida, y que con el Padre y el Hijo debe ser adorado y glorificado. Esta fe la expresa el Credo Niceno-constantinopolitano, diciendo:

**Creemos en el Espíritu Santo,  
Señor y dador de vida,  
que procede del Padre y del Hijo,  
que con el Padre y el Hijo recibe  
una misma adoración y gloria.**

El Credo bautismal tiene desde el comienzo estructura trinitaria. San Justino ya dice que sobre el neófito, arrepentido de sus pecados, «se invoca el nombre del Padre y Señor del universo»; y «el iluminado es lavado también en el nombre de Jesucristo, que fue crucificado, y en el nombre del Espíritu Santo, que por medio de los profetas nos anunció todo lo referente a Jesús»<sup>1</sup>. Por ello, como dirá San Basilio:

**A quien confiese a Cristo, pero reniegue de Dios, le aseguro que no le servirá de nada. De igual modo, vana es la fe de quien invoca a Dios pero rechaza al Hijo; siendo vacía también la fe de quien rechaza al Espíritu, creyendo en el Padre y en el Hijo, pues esta fe no existe si no incluye al Espíritu. En efecto, no cree en el Hijo quien no cree en el Espíritu, ya que «nadie puede decir *Jesús es el Señor* si no es en el Espíritu Santo» (1 Cor 12,3); se excluye, pues, de la verdadera adoración, pues no se puede adorar al Hijo si no es en el Espíritu Santo, como no es posible invocar al Padre sino en el Espíritu de adopción (Gál 4,6; Rom 8,15)... Nombrar a Cristo es confesar al Dios que le unge, al Cristo que es ungido y al Espíritu que es la unción misma (He 10,38; Le 4,18; 1 Cor 1,22-23)... Se cree en el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, así como se es bautizado «en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santos (Mt 28,19; Didajé 7,3)»<sup>2</sup>.**

Esta fórmula trinitaria del Símbolo, en lo referente al Espíritu Santo significa que la fe de la comunidad cristiana ha confesado desde el comienzo al Espíritu Santo como quien ilumina y guía a la Iglesia al conocimiento de la verdad plena de Jesucristo; el

Espíritu Santo ya había actuado en los profetas, anunciando al Salvador; se manifestó en toda la vida de Cristo; y, una vez resucitado y exaltado Cristo a los cielos, es derramado sobre la Iglesia e infundido en el corazón de los creyentes para actualizar e interiorizar la obra redentora de Cristo. El Espíritu Santo nos hace, pues, partícipes de la divinidad, da eficacia a los sacramentos de la Iglesia y así es el Espíritu **dador de vida** y autor de toda santificación... Por ello, San Ireneo afirma: «Si el Espíritu Santo **diviniza, es porque es Dios**».

En su actuación con nosotros, Dios nos descubre su ser íntimo y eterno. Dios se muestra en su actuar salvífico como es en sí. Así como el Padre es el origen y la fuente del Hijo, y todo lo que El es lo da al Hijo, así también el Padre y el Hijo -o el Padre por el Hijo (AG, n. 2)- dan la plenitud de vida y el ser divino al Espíritu Santo. Así, pues, como el Espíritu Santo respecto del Padre y del Hijo es puro don, puro recibir, así es para nosotros el DON del Padre y del Hijo, haciéndose para nosotros fuente de la que brota la vida y dispensador perenne -manantial- de vida.

**También creemos en el Espíritu Santo, el cual procede del Padre (Jn 15,26) pero no es su Hijo; reposó sobre el Hijo (Jn 1,32) pero no es su Padre; recibe del Hijo (Jn 16,14) sin ser por ello Hijo suyo. Es el Espíritu del Padre y del Hijo, el Espíritu Santo, una de las Personas divinas. Si no fuera Dios, no tendría un templo, como aquel del que habla el Apóstol: «¿No sabéis que vuestros cuerpos son templo del Espíritu Santo, que está en vosotros y habéis recibido de Dios?» (1 Cor 6,19; 3,16). No es la criatura sino el Creador quien debe tener un templo. ¡Lejos de nosotros ser templo de una criatura! (1 Cor 6,15s). Pues «el templo de Dios es santo, y vosotros sois ese templos (1 Cor 3,17s). ¿Cómo, pues, podrá no ser Dios quien tiene un templo? ¿Cómo puede ser menor que Cristo quien a sus miembros tiene por templo? ¿No sería insensato y sacrílego afirmar que los miembros de Cristo son templo de una criatura inferior a Cristo? (1 Cor 6,15). Si, pues, los miembros de Cristo son templo del Espíritu Santo, es preciso que le rindamos el culto de latría debido a Dios. De ahí que consecuentemente añada Pablo: «¡Glorificad, pues, a Dios en vuestro cuerpo!» (1 Cor 6,20)... El Padre es el Padre del Hijo; el Hijo es el Hijo del Padre; el Espíritu Santo es el Espíritu del Padre y del Hijo. Cada uno de ellos es Dios y la Trinidad es un solo Dios. ¡Dejad que esta fe penetre en vosotros, para que ella anime vuestra confesión! Al escuchar estos misterios, *creedlos para entenderlos*, porque más adelante podréis entender realmente lo que ahora creéis».**

El Espíritu Santo es la fuerza que inspira y crea la nueva vida y la transformación del hombre y del mundo, quien con su presencia «renueva la faz de la tierra». Con gran belleza lo expresa el conocido himno **Veni Creator Spiritus**, del siglo IX:

**Ven, Espíritu Creador,  
Visita nuestra mente;  
llena de tu amor  
el corazón que has creado.**

**Oh dulce Consolador,  
Don del Padre altísimo,  
agua viva, fuego, amor,  
Santo Crisma del alma.**

**Dedo de la mano de Dios,  
Promesa del Salvador,  
derrama tus siete dones,  
suscita en nosotros la Palabra.**

**Se luz del intelecto,  
llama ardiente en el corazón,  
sana nuestras heridas  
con el bálsamo de tu amor.**

**Defiéndenos del enemigo,  
danos el don de la paz;  
tu guía invencible  
nos preserve del mal.**

**Luz de eterna sabiduría,  
desvelanos el gran misterio  
de Dios Padre y del Hijo,  
unidos en un solo Amor.**

## **2. ESPIRITU DE CRISTO**

La venida de Cristo y sus obras estuvieron acompañadas siempre por la acción del Espíritu. Concebido en el seno de María por el Espíritu Santo; se posa sobre El en el bautismo (Jn 1,10), está sobre El en la predicación (Lc 4,16-21), en su lucha contra los demonios (Mt 4,1; 12,28; Lc 11,20), en su entrega a la cruz (Heb 9,14) y en su resurrección (Rom 1,4; 8,11). Jesús es **Cristo, el Ungido por el Espíritu**. Ante el pesimismo que vive Israel, por la falta del Espíritu, que en otros tiempos se manifestaba con fuerza en los profetas, Juan Bautista anuncia el inminente derramamiento del Espíritu: «Yo os bautizo con agua, pero El os bautizará con Espíritu y fuego» (Mt 3,11; Lc 3,16).

Jesucristo posee el Espíritu en tal plenitud que es fuente de Espíritu: lo da como don de Dios a los Apóstoles y lo envía a su Iglesia (He 1,5; 2,32-32): «Convertíos y que cada uno de vosotros se haga bautizar en el nombre de Jesucristo para remisión de vuestros pecados y recibiréis el don del Espíritu Santo, pues la promesa es para vosotros y para vuestros hijos,

y para todos los que están lejos: para cuantos llame el Señor Dios nuestro» (He 2,38-39). Es más, «de quienes crean en Cristo brotarán ríos de agua viva. Esto lo decía refiriéndose al Espíritu que iban a recibir los que creyeran en El. Porque aún no había Espíritu, pues todavía Jesús no había sido glorificado» (Jn 7,37-38).

Como Espíritu de Jesús, tiene la misión de traer a la memoria todo lo que Jesús dijo e hizo, para llevarnos así a la verdad plena (Jn 14,26; 16,13-14); sólo por el Espíritu lograrán entender los discípulos lo que les había dicho Jesús (Jn 12,16; 13,7). **Recordar** quiere decir volver a pasar algo por el corazón:

**«La tradición de la Iglesia va creciendo en la Iglesia con la ayuda del Espíritu Santo; es decir, crece la comprensión de las palabras e instituciones transmitidas cuando los fieles las contemplan y estudian *repasándolas en su corazón* (Lc 2,19-51), cuando comprenden internamente los misterios que viven...; así, el Espíritu Santo, por quien la voz viva del Evangelio resuena en la Iglesia y, por ella, en el mundo entero, va introduciendo a los fieles en la verdad plena y hace que habite en ellos incesantemente la palabra de Cristo (Col 3,16). (Dei Verbum,n.8)**

El Espíritu desciende tras la ascensión de Jesús a los cielos. Es Jesús quien lo envía de parte del Padre (Jn 15,26; 16,7). Gracias al Espíritu, Jesucristo permanece en la Iglesia y está presente en el mundo (2 Cor 3,17). Por ello es llamado «Espíritu de Jesucristo» (Rom 8,9; Filp 1,19), «Espíritu del Hijo» (Gál 4,6) o también «Espíritu del Señor» (2 Cor 3,17). Se comprende, pues, que «nadie, hablando por influjo del Espíritu de Dios pueda decir ¡Jesús es anatema! Y nadie pueda decir ¡Jesús es el Señor! si no es por influjo del Espíritu Santo» (1 Cor 12,3).

El Espíritu es el **Paráclito**: defensor, consolador, abogado, consejero, mediador, espíritu de verdad (Jn 14,17; 15,26; 16,13). Como Paráclito, el Espíritu Santo prolonga la obra de Cristo con sus discípulos en la tierra; de aquí que sea **llamado otro Paráclito** (Jn 14,16). Jesús sigue en el reino de los cielos su misión de Paráclito (1 Jn 2,1)4.

En el peregrinar de la Iglesia por el mundo a lo largo del tiempo, el Espíritu Santo sigue «guiándola hasta la verdad completa y desvelando lo que ha de venir» (Jn 16,13), «pues nadie conoce la profundidad de Dios sino el Espíritu de Dios» (1

Cor 2,11). Así hace presente y actual a Jesucristo en todos los tiempos. Se puede decir con R.E. Brown que «los cristianos de última hora no quedan más lejos del ministerio de Jesús que los de la primera, pues el Paráclito está con ellos tanto como estuvo con los testigos presenciales. Al mismo tiempo, recordando y confiriendo nuevo sentido a lo que dijo Jesús, el Paráclito guía a cada una de las nuevas generaciones ante las circunstancias cambiantes, pues interpreta las cosas que van viniendo»<sup>5</sup>.

### **3. ESPIRITU SANTO: DON DE CRISTO A LA IGLESIA**

Esta es la obra del Espíritu Santo en la Iglesia, donde El actúa como dador de vida y de toda gracia, operando la santificación de los creyentes y distribuyendo sus dones en la comunidad:

**La predicación de la Iglesia fundamenta nuestra fe. Hemos recibido ésta de la Iglesia y la custodiamos mediante el Espíritu de Dios, como un depósito precioso contenido en un vaso de valor, rejuveneciéndose siempre y rejuveneciendo al vaso que la contiene. A la Iglesia, pues, le ha sido confiado *el don de Dios* (Jn 4,10; 7,37-39; He 8,20), como el soplo a la criatura plasmada (Gén 2,7), para que todos los miembros tengan parte en El y sean vivificados. En ella Dios ha colocado la comunión con Cristo, es decir, el Espíritu Santo, arra de la incorruptibilidad (Ef 1,14; 2 Cor 1,22), confirmación de nuestra fe y escala de nuestra ascensión a Dios (Gén 28,12), pues está escrito que «Dios colocó en la Iglesia apóstoles, profetas y doctores» (1 Cor 12,28) y todo el resto de la operación del Espíritu (1 Cor 12,11). De este Espíritu se excluyen cuantos, no queriendo acudir a la Iglesia, se privan ellos mismos de la vida por sus falsas doctrinas y sus malas acciones. Pues donde está la Iglesia, allí también está el Espíritu de Dios, y donde está el Espíritu de Dios, allí también está la Iglesia y toda gracia. Ahora bien, el Espíritu es la verdad (Jn 14,16; 16,13; 1 Jn 5,6). De ahí que quienes no participan de El, no se nutren de los pechos de la Madre, para recibir la vida»<sup>6</sup>.**

Tan unido está el Espíritu Santo a la Iglesia que en el Credo apostólico, en su forma más antigua recogida por la Tradición apostólica de Hipólito, los une en la tercera pregunta que se hacía al neófito antes del bautismo: «¿Crees en el Espíritu Santo en la Iglesia?»<sup>7</sup>.

Cristo, el Esposo divino, hace a la Iglesia, su Esposa, el gran regalo de su Espíritu, para que lleve a la consumación su obra en ella. En efecto:

**Terminada la obra que el Padre había encomendado al Hijo**

realizar en la tierra (Jn 17,4), fue enviado el Espíritu Santo, el día de Pentecostés, para que santificara constantemente a la Iglesia y de este modo tuviesen acceso al Padre los creyentes por Cristo en un solo Espíritu (Ef 2,18). El es el Espíritu de vida o la fuente del agua que salta hasta la vida eterna (Jn 4,14; 7,38-39), por medio del cual el Padre vivifica a los hombres que estaban muertos por el pecado hasta que resucite sus cuerpos mortales en Cristo (Rom 8,10-11). El Espíritu habita en la Iglesia y en los corazones de los fieles como en un templo (1 Cor 3,16; 6,19), y en ellos ora y da testimonio de la adopción de hijos (Gál 4,6; Rom 8,15-16.25). A esta Iglesia, a la que introduce en toda verdad (Jn 16,13) y unifica en la comunión y el ministerio, la instruye y dirige mediante los diversos dones jerárquicos y carismáticos y la adorna con sus frutos (Ef 4,11-12; 1 Cor 12,4; Gál 5,22). Rejuvenece a la Iglesia con el vigor del Evangelio y la renueva perpetuamente y la conduce a la perfecta unión con su Esposo. Pues el Espíritu y la Esposa dicen al Señor Jesús: ¡Ven! (Ap 22,17). Así la Iglesia universal se nos presenta como «un pueblo reunido por la unidad del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo»<sup>8</sup>.

El Espíritu Santo hace presente a Cristo en el tiempo y comunicable su salvación. El actualiza e interioriza en los creyentes la salvación que Cristo realizó de una vez para siempre. Como Jesús es el Cristo, **el Ungido por el Espíritu Santo**, nosotros somos cristianos en cuanto discípulos de Cristo y en cuanto ungidos por el mismo Espíritu, participando de la unción de Cristo:

Salidos del baño bautismal, somos ungidos con óleo bendecido, en conformidad con la antigua praxis, según la cual los elegidos para el sacerdocio eran ungidos con óleo, derramado por aquel cuerno con el que Aarón fue ungido por Moisés (Ex 30,30; Lv 8,12), por lo que se llamaban **Cristos**, es decir, Ungidos, ya que el vocablo griego «**chrisma**» significa unción. También el nombre del Señor, es decir, Cristo, tiene la misma derivación<sup>9</sup>...

Ya en el envío de Jesús a los apóstoles está el mandato de «hacer discípulos de todos los pueblos, bautizándolos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo» (Mt 28,19). En el bautismo, el creyente recibe una participación en la vida y en la comunidad de Dios, es decir, se une de tal modo a Dios que, lleno del Espíritu Santo, se hace hijo de Dios<sup>10</sup>.

**Separar al Espíritu del Padre y del Hijo es peligroso para el bautizante e ineficaz para el bautizado. Fe y bautismo son dos modos de salvación ligados e indivisibles. Se cree en el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, así como se es bautizado en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Primero se confiesa la fe, que da la salvación (Rom 10,10), siguiendo luego el bautismo como sello de nuestro asentimiento. Por lo demás, se recibe a la**

vez «el agua y el Espíritu» (Jn 3,5), por ser doble la finalidad del bautismo: destruir «el cuerpo del pecado» (Rom 6,6) para que no produzca más «frutos de muerte» (Rom 7,5; Gál 5,19-21), y vivir en el Espíritu (Gál 5,16.25; Rom 8,13-14) para dar «frutos de santidad» (Rom 6,22; Gál 5,22). El agua, recibiendo al cuerpo como en un sepulcro, ofrece la imagen de la muerte; el Espíritu nos insufla la fuerza vivificante, sacando al alma de la muerte del pecado, para renovar en nosotros la vida del origen. Por el Espíritu se realiza el restablecimiento en el paraíso, el ascenso al Reino de los cielos y el retorno a la filiación divina. Por medio de El podemos llamar a Dios «Padre nuestro»<sup>11</sup>.

Al testimonio de San Basilio podemos añadir el de Tertuliano:

Y después -de ser inmersos en el agua- se nos impone la mano con una oración de bendición, para invocar e invitar al Espíritu Santo. Esta imposición de manos deriva de un rito sacramental muy antiguo: aquel, con el que Jacob bendijo a sus nietos Efraín y Manasés, hijos de José, *cruzando sus manos* mientras se las imponía sobre la cabeza (Gén 48,14). Aquellas manos, puestas una sobre la otra en forma de cruz, debían prefigurar evidentemente a Cristo y pre-anunciar ya entonces la bendición, que habíamos de recibir en Cristo. En aquel momento desciende del Padre el Espíritu, para venir sobre los ya purificados y bendecidos. El descansa sobre las aguas del bautismo, como si en ellas reconociera su primordial morada (Gén 1,2), tanto más cuanto que quiso ya descender sobre el Señor en forma de paloma (Mc 1,10p; Jn 1,32) -ave caracterizada por su sencillez e inocencia, privada incluso de hiel- para mostrar la naturaleza del Espíritu Santo. Por eso dijo el Señor: «Sed sencillos como palomas» (Mt 10,16). Lo que se relaciona también con una prefiguración antigua: después que las aguas del diluvio purificaron la antigua maldad humana, -es decir, después del bautismo del mundo-, la paloma fue la mensajera enviada a anunciar a la tierra que la ira de Dios se había calmado, regresando con un ramo de olivo (Gén 8,10-11), símbolo de paz hasta entre los paganos. Análoga es la situación del bautismo, pero con efectos espirituales: La paloma -el Espíritu Santo- vuela sobre la tierra -nuestro cuerpo que emerge del agua bautismal después de una vida de pecado- y lleva consigo la paz de Dios, porque ha sido enviada desde el cielo a la Iglesia, prefigurada por el arca<sup>12</sup>.

Con razón San Pablo llama al Espíritu Santo **Espíritu de santificación** (Rom 1,4). Los Padres lo desarrollarán después diciendo que la santidad consiste en la presencia del Espíritu Santo en el creyente, que lleva como consecuencia la **inhabitación** de la Trinidad en él. El Espíritu Santo nos santifica infundiéndonos el espíritu filial en relación con el Padre e incorporándonos al Hijo como hermanos y miembros de su Cuerpo. Y Jesús mismo nos dijo: «Os conviene que yo me vaya; porque si no me voy no vendrá a vosotros el Paráclito» (Jn 16,7):

Esto significa que ya se había cumplido el plan de salvación de



**Dios en la tierra, pero convenía que llegáramos a participar de la naturaleza divina del Logos, es decir, que abandonásemos nuestra vida anterior para transformarla y conformarla a un nuevo estilo de vida y santidad. Esto sólo podía realizarse mediante el Espíritu Santo. Mientras Cristo vivía corporalmente entre sus fieles, se les mostraba como dispensador de todos los bienes; pero al llegar la hora de regresar al Padre celeste, continuó presente entre ellos (Mt 20,20; Mc 16,20) mediante su Espíritu, habitando *por la fe* en sus corazones (Ef 3,17). Poseyéndolo de este modo, podemos invocar con confianza «Abba, Padre» y afrontar con valentía todas las asechanzas del diablo y las persecuciones de los hombres, contando con la potente fuerza del Espíritu. El es quien transforma y traslada a un modo nuevo de vida a los fieles, en quienes habita (1 Cor 3,16; 6,19; Rom 8,11), Así lo testimonian el Antiguo y el Nuevo Testamento. Así Samuel dijo a Saúl: «Te invadirá el Espíritu del Señor y te convertirás en otro hombre» (1 Sam 10,7); y San Pablo: «Todos nosotros que, con el rostro descubierto, reflejamos como en un espejo la gloria del Señor, nos vamos transformando en esa misma imagen cada vez más gloriosos, conforme a la acción del Señor, que es Espíritu» (2 Cor 3,18). Del amor a las cosas terrenas, el Espíritu nos conduce a la esperanza de las cosas celestiales; de la cobardía y timidez, nos guía hasta la valentía e intrepidez de espíritu..., como vemos en los discípulos que, animados por el Espíritu, no se dejaron vencer por los ataques de los perseguidores<sup>13</sup>.**

En la Confirmación, con la imposición de las manos, se da el Espíritu Santo «para que el cristiano confiese el nombre de Cristo. Por eso es ungido en la frente -asiento de la vergüenza- para que no se avergüence de confesar el nombre de Cristo y en particular su cruz, que es escándalo para los judíos y locura para los paganos»<sup>14</sup>.

La Iglesia, fiel creyente gracias al Espíritu que viene en ayuda de nuestra debilidad, en la Liturgia eleva a Dios Padre todas sus oraciones «por Jesucristo, nuestro Señor, en la comunión del Espíritu Santo», concluyendo su Gran Plegaria en toda Eucaristía con la única doxología posible:

**Por Cristo, con El y en El  
a Ti, Dios Padre omnipotente,  
en la unidad del Espíritu Santo,  
todo honor y toda gloria  
por los siglos de los siglos.**

Y, por lo demás, tanto en la liturgia eucarística, en la liturgia de las horas y en toda oración, la Iglesia no se cansa de alabar al Dios Uno y Trino:

**Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo, como era en un principio, ahora y siempre, por los siglos de los siglos.**

## 4. QUE HABLO POR LOS PROFETAS

En el lenguaje bíblico, espíritu significa, en primer lugar, viento, impulso, aliento de vida. El Espíritu de Dios es, por tanto, el impulso y aliento de la vida: es el que todo lo crea, cuida y conserva en vida. Y, por encima de todo, es el que actúa en la historia, recreando la vida. En el Antiguo Testamento actúa sobre todo por medio de los profetas. De aquí la nota que recogen casi todos los Credos: «Habló por los profetas»:

**«La Iglesia recibió de los Apóstoles y de sus discípulos la fe en un solo Dios, Padre omnipotente... y en un solo Jesucristo, el Hijo de Dios ...y en el Espíritu Santo, quien por los profetas anunció los designios de la salvación, las dos venidas, el nacimiento de la Virgen, la pasión, la resurrección de entre los muertos, la ascensión al cielo en carne del amado Jesucristo, nuestro Señor, y su retorno del cielo en la gloria del Padre, para «recapitular en Sí todas las cosas» (Ef 1,10) y restaurar la carne de toda la humanidad ...Este es el Símbolo, fundamento del edificio y la construcción de la vida: Dios Padre ...,el Hijo de Dios, nuestro Señor Jesucristo... y el Espíritu Santo, por medio del cual profetizaron los profetas, fueron instruidos los padres en la ciencia de Dios y los justos fueron guiados por la senda de la justicia, el cual -al final de los tiempos- fue infundido de modo nuevo sobre la humanidad, por toda la tierra, renovando al hombre para Dios ...Pues quienes recibieron y llevan el Espíritu de Dios son conducidos al Hijo, acogiéndolos Este y presentándolos al Padre, que los hace incorruptibles. De ahí que sin el Espíritu no es posible conocer al Hijo de Dios, y sin el Hijo nadie puede acercarse al Padre, ya que el Hijo es la Sabiduría del Padre (1 Cor 1,24), y la ciencia del Hijo es dada por el Espíritu Santo (1 Cor 2,6- 14)15.**

El Espíritu Santo, don y amor de Dios en persona, nos revela la verdadera realidad de la creación y el sentido de la historia. A su luz, el creyente descubre que nada es superfluo ni trivial. Todo es don y gracia. Cosas y acontecimientos se transforman en huellas de Dios y de su Espíritu. Descubrirlo es sumergirse en el gozo del Espíritu y vivir en acción de gracias continua. La vida se hace bendición y eucaristía.

Jesús resucitado **sopla** sobre sus discípulos para que reciban el Espíritu Santo (Jn 20,21). Este soplo de Jesús simboliza al Espíritu, que El envía, como principio de la nueva creación<sup>16</sup>; su presencia sobre toda carne, sobre grandes y pequeños, jóvenes y viejos, judíos y gentiles (Jl 3,1- 2; He 2,17-18) es el signo del comienzo del mundo nuevo y de la misión de la Iglesia.

Esto es vivir en la gracia de Dios, como nueva criatura, contemplando cómo «pasa lo viejo y surge cada día todo

nuevo» (2 Cor 5,17; Gál 6,15). La gracia de Dios no es sino la experiencia de que por el Espíritu Santo el amor de Dios se derrama en nuestros corazones (Rom 5,5). La presencia viva del Espíritu en el creyente crea la presencia y comunión con el Padre y con el Hijo (1 Cor 3,16; 6,19; 2 Cor 6,16; Jn 14,23). Así somos incorporados a la vida y al amor de Dios Trino, participando de su divinidad.

El Espíritu nos otorga este gozo de la unión con Dios, haciéndonos experimentar nuestra filiación divina en lo más íntimo de nuestro espíritu: «El Espíritu y nuestro espíritu en acorde sintonía nos testimonian que somos hijos de Dios» (Rom 8,16), suscitando en nosotros el clamor inefable y entrañable: «¡Abba, Padre!» (Rom 8,15): «La prueba de que sois hijos es que Dios ha enviado a nuestros corazones el Espíritu de su Hijo que clama: **¡Abba, Padre!**» (Gál 4,6).

## **5. DADOR DE VIDA**

El Espíritu Santo es don de la nueva vida. Don del Padre y del Hijo. Por El confesamos a Jesús como Señor (1 Cor 12,3) y podemos decir **Abba, Padre** (Rom 8,15; Gál 4,6). Cuando Dios nos da su Espíritu se nos da a Sí mismo: «El amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo, que se nos ha dado» (Rom 5,5). Por el don del Espíritu recibimos la unión con Dios, participamos en su vida, somos hijos de Dios, con su misma naturaleza (Rom 8,14).

Esto es posible gracias a que el Espíritu Santo, don del Padre y del Hijo, es El mismo Dios. No es sólo don, sino **DADOR** de vida. No es sólo fuerza de Dios que nos permite actuar, sino Dios dándonos. No es algo, sino Alguien. Por ello, «distribuye sus dones como quiere» (1 Cor 12,11); enseña y trae a la memoria (Jn 14,26); habla y ora (Rom 8,26-27). Podemos, no sólo perderle, sino también «contrastarlo» (Ef 4,30). Los Padres insistirán en ello, repitiendo que «si El Espíritu Santo no es Dios, Persona como el Padre y el Hijo, entonces tampoco puede darnos la unión con Dios ni hacernos partícipes de la vida de Dios. El Espíritu Santo es don de Dios en persona; El es el Dador de la vida divina.

Al narrarnos el Evangelio el descendimiento del Espíritu Santo **en forma de paloma** hace referencia al simbolismo del Antiguo

Testamento (Os 11,11; Sal 68,14s) y a la tradición judía<sup>17</sup>. El Espíritu dará vida a un nuevo pueblo de Dios, la comunidad mesiánica, la Iglesia. El bautismo es un Pentecostés individualizado: el Espíritu desciende sobre cada bautizado que la Iglesia acoge en su seno (He 2,38-39; 8,17). «En el bautismo, en efecto, el hombre recibe aquel Espíritu de Dios, que en la creación le infundió el hálito divino (Gén 2,7) y que luego perdió por el pecado»<sup>18</sup>. Desciende en medio de la persecución, para que los «apóstoles prediquen el Evangelio con valentía» (He 4,31), «enseñándoles en el momento lo que han de decir» (Lc 12,11-12). Irrumpe sobre los que escuchan esta palabra (He 10,44; 19,6).

**Con razón se dice que el Espíritu Santo «os enseñará todo», porque si el Espíritu no asiste interiormente al corazón del que oye, de nada sirve la palabra del que enseña. Por tanto, nadie atribuya al hombre que enseña lo que de sus labios entiende, porque si no acude el que habla al interior, en vano trabaja el que habla por fuera<sup>19</sup>.**

Los Apóstoles reciben el Espíritu «para perdonar los pecados»:

**Como el Padre me envió, también yo os envío. Dicho esto, sopló sobre ellos y les dijo: Recibid el Espíritu Santo. A quienes perdonéis los pecados, les quedan perdonados. (Jn 20,21s).**

En la absolución sacramental de la Iglesia seguimos confesando que «Dios, Padre de misericordia, ha reconciliado consigo al mundo por la muerte y resurrección de Jesucristo y **ha enviado al Espíritu Santo para el perdón de los pecados**», es decir, para hacer actual en el hoy sacramental de la Iglesia la obra de reconciliación con el Padre cumplida en Jesucristo de una vez para siempre:

**Negar al Espíritu Santo como Dios es una blasfemia no perdonable ni en el siglo presente ni en el juicio futuro, según dice el Señor (Mt 12,32). ¡Jamás obtendrá la indulgencia, que salva, quien no tiene Abogado (Jn 14,16.26; 15,26; 16,7) que pueda patrocinarle, pues por El existe la invocación del Padre (Gál 4,6; Rom 8,15-16), por El son las lágrimas de los penitentes, por El son los gemidos de los que suplican! (Rom 8,26). Nadie puede decir «Jesús» sino en el Espíritu Santo (1 Cor 12,3), cuya omnipotencia es común con el Padre y con el Hijo<sup>20</sup>.**

El Espíritu penetra, llena y mueve a cada cristiano (Rom 8,5-17). Renueva la existencia del creyente, siendo para El el ámbito o esfera de una vida nueva, en contraposición a la vida «en la carne» (Gál 5,19-25; Rom 8,5). Al habitar en el creyente (Rom 8,11) es para él prenda o arras de la gloria futura (2 Cor

5,5; Rom 8,23). «Es de Cristo, en realidad, quien posee el Espíritu de Cristo» (Rom 8,9). A cada creyente hace partícipe de sus dones, pero siempre para la «edificación de la asamblea» (1 Cor 14,12; 12,7).

El Espíritu Santo, Dador de vida, opera una apertura en el creyente hacia Dios, enseñándole a orar (Gál 4,6; Rom 8,15-16.26-27), una apertura hacia los hombres, pues la libertad que engendra -«donde está el Espíritu hay libertad» (2 Cor 3,17)- es capacidad de servicio y donación (Gál 5,13) y una apertura o dilatación del propio corazón, liberándole del círculo angustioso del temor a la muerte, con «los frutos del Espíritu: amor, alegría, paz, comprensión, servicialidad, bondad, fidelidad, amabilidad, dominio de sí, contra los que ya no hay ley alguna» (Gál 5,16-17). Este se rige por el Espíritu, que le guía con sus siete dones: «Espíritu de sabiduría y de inteligencia, Espíritu de consejo y de fortaleza, Espíritu de ciencia y de piedad, y Espíritu de temor de Dios» (Is 11,2-3). Sólo necesita no contristarle, pues está escrito: «No contristéis al Espíritu Santo, con el que fuisteis sellados para el día de la redención» (Ef 4,30). Pues «si el Espíritu que resucitó de entre los muertos permanece en vosotros, quien resucitó a Cristo de entre los muertos hará vivir también vuestros cuerpos mortales mediante el Espíritu que habita en vosotros» (Rom 8,11).

**El es el Don de Dios (He 8,20; Jn 4,10; 7,38ss) por ser dado a quienes, por su medio, aman a Dios; es Dios en Sí y don con respecto a nosotros. Es Don y dador de dones (1 Cor 12,4-11.28-30; Rom 12,6-8; Ef 4,7-11): reparte las profecías (2 Pe 1,20s; 1 Cor 12,28; Rom 12,6) y el poder de perdonar los pecados, ya que no se perdonan los pecados sin el Espíritu Santo (Jn 20,22s).**

**Es llamado también Caridad, por unir a aquellos de quienes procede y ser uno con ellos, y por obrar en nosotros el que permanezcamos en Dios y Dios en nosotros. De aquí que ningún don de Dios supera al de la caridad (1 Cor 12,31-13,13), no habiendo mayor don divino que el Espíritu Santo (Jn 4,10-11; Lc 11,9-13). El es, propiamente, caridad, aunque también lo son el Padre y el Hijo.**

**En el Evangelio es designado también Dedo de Dios, pues si un Evangelista dice «Con el dedo de Dios arrojé los demonios» (Lc 11,20), otro lo expresa, diciendo: «Con el Espíritu de Dios arrojé los demonios» (Mt 12,28). De ahí que cincuenta días después de la muerte del cordero pascual fue dada la Ley escrita por el dedo de Dios (Ex 31,18; Dt 9,10), descendiendo igualmente el Espíritu Santo cincuenta días después de la pasión de nuestro Señor (He 1,3; 2,1). Se le llama dedo para significar la fuerza de sus acciones junto con el Padre y el Hijo; Pablo, en efecto, afirma que «todo lo opera el mismo y único Espíritu, distribuyendo sus dones a cada uno según su voluntad» (1 Cor 12,11). Y como por**

**el bautismo morimos y renacemos con Cristo, también entonces somos sellados por el Espíritu (2 Cor 1,22; Ef 1,13; 4,30), por ser el dedo de Dios y el sello espiritual.**

**Se le llama además *paloma* (Mt 3,16p), *fuego* (He 2,3-5), *agua* (Jn 7,37-39) y *unción* (1 Jn 2,20). Con El fue ungido nuestro Señor de quien se dice que «fue ungido con óleo de exultación» (Heb 1,9; Sal 44,8), es decir, con el Espíritu Santo<sup>21</sup>.**

Y todas estas manifestaciones del Espíritu Santo son tan sólo primicia de la gloria futura (2 Cor 1,22; Ef 1,14). Son sólo comienzo y la anticipación de la plenitud de la vida prometida. Esto hace del Espíritu la garantía de la esperanza y la fuerza de una vida fundada en la esperanza segura:

**Ahora recibimos sólo una parte de su Espíritu, que nos predispone y prepara a la incorrupción, habituándonos poco a poco a acoger y llevar a Dios. El Apóstol define al Espíritu «prenda», es decir, parte de aquel honor, que nos ha sido conferido por Dios: «En Cristo también vosotros, después de haber oído las Palabras de la verdad, el Evangelio de nuestra salvación, habéis recibido el sello del Espíritu de la promesa, que es *prenda* de nuestra herencia» (Ef 1,13-14). Si, pues, esta prenda, que habita en nosotros (Rom 8,9; 1 Cor 6,19), nos hace espirituales y gritar «Abba, Padre» (Rom 8,15; Gál 4,6), ¿qué sucederá cuando, resucitados, le veamos cara a cara? (1 Cor 13,12; 1 Jn 3,2). Si ya la prenda del Espíritu, abrazando en sí a todo el hombre, le hace gritar «Abba, Padre», ¿qué no hará la gracia plena del Espíritu, cuando sea dada a los hombres por Dios? ¡Nos hará semejantes a El y realizará el cumplimiento del designio de Dios, pues hará realmente «al hombre a imagen y semejanza de Dios»! (Gén 1,26)<sup>22</sup>.**

.....

**1. SAN JUSTINO, 1ª Apología 61,10. Cfr. H. MUHLEN, El Espíritu Santo en la Iglesia, Salamanca 1974; JUAN PABLO II, Dominum et Vivificantem, Ciudad del Vaticano 1986; Y.M.-J. CONGAR, El Espíritu Santo, Barcelona 1983. C. VATICANO II, LG n.4; DV n.7-10; AG, n.1-2; PO n.5...**

**2. SAN BASILIO, De Spiritu Sancto, 22-47.**

**3. SAN AGUSTIN, Sermones 214,10; 215,8; De Trinitate 14,7; 6,13; IV 20,29; XV 26,45; De Fide et Symbolo IX 16,20...**

**4. Cfr. L. BOUYER, Le Consolateur. Esprit-Saint et vie de grâce, París 1980.**

**5. R.E. BROWN, El Evangelio según San Juan, Madrid 1979. II, p.1528.**

**6. SAN IRENEO, Adversus Haereses, III, 24,1.**

**7. B. BOTTE, Hippolyte de Rome: La tradition apostolique, París 1968, p. 86.**

**8. SAN CIPRIANO, De Oratone Domini 23.**

9. TERTULIANO, De Baptismo 5,7-8,4.
10. Th. CAMELOT, Símbolos de la fe, SM VI, 359-366.
11. SAN BASILIO, De Spiritu Sancto, 22-47.
12. TERTULIANO, De Baptismo, 8,4; SAN CIRILO DE JERUSALEN, XVI-XVII.
13. SAN CIRILO DE ALEJANDRIA, Epístola 55; In Ioan IX-X.
14. II Concilio de Nicea, Denz 302.
15. SAN IRENEO, Adversus Haereses III,24,1; I,10,1; Exposición, 6,10.
16. Gén 1,2; 2,7; Ez 37,9; Sab 15,11; Jn 1,33; 14,26; 19,30; Mt 3,7.
17. 4 Esdras 5,25-27; Oda 24 de Salomón.
18. TERTULIANO, De Baptismo 5,7-8,4.
19. SAN GREGORIO MAGNO, In Evangelium Homilia 30,3-9.
20. SAN LEON MAGNO, Homilías 75,3-4; 76,2; 75,5.
21. SAN ILDEFONSO DE TOLEDO, Homilías 76,2; 77,1-3.
22. SAN IRENEO, Adversus Haereses V 8, 1-2.

**EMILIANO JIMÉNEZ**  
*EL Credo, SÍMBOLO DE LA FE DE LA IGLESIA*  
**Ediciones EGA, Bilbao 1992, págs. 143-156**

# LA SANTA IGLESIA CATÓLICA

## 1. LA IGLESIA SACRAMENTO DE SALVACIÓN

El Credo, que profesamos, nos dice que el Espíritu Santo, Espíritu de Cristo, actúa en la Iglesia y, por ella, en el mundo. La Iglesia es el sacramento, es decir, el signo y el instrumento de la acción del Espíritu Santo. Es más, la fe enraíza a la Iglesia en el misterio de Dios Uno y Trino. Así es como nos la presenta el Concilio Vaticano II, citando a San Ireneo: La Iglesia es **el pueblo reunido en la unidad del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo**<sup>1</sup>.

Ya desde el comienzo la fe confesó que se entra en la Iglesia por el bautismo «en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo» (Mt 28,19).

El Espíritu Santo «que habló por los profetas», sigue actuando en la Iglesia, preparando la culminación del amor salvador del Padre, manifestado en su Hijo Jesucristo. La Iglesia, el bautismo, el perdón de los pecados, la resurrección de los muertos y la vida eterna son los frutos de esta acción del Espíritu, confesados y esperados en la profesión de fe de los cristianos. En expresión de San Ireneo «Donde está la Iglesia, ahí está el Espíritu de Dios; y donde está el Espíritu de Dios está la Iglesia y toda gracia»<sup>2</sup>. O como dice Tertuliano: «En las preguntas del bautismo, se añade necesariamente la mención de la Iglesia, porque donde están los Tres, ahí está también la Iglesia»<sup>3</sup>.

**Erigido el Tabernáculo en el desierto, lo cubrió la Nube (Nu 9,15-16)... También fue erigido sobre la tierra aquel verdaderísimo Tabernáculo, es decir, la Iglesia, llena de la gloria de Cristo. No otra cosa significa la Nube que cubría el antiguo Tabernáculo. Cristo, en efecto, llenó con su gloria a la Iglesia, resplandeciendo como fuego sobre los que estaban en la noche y en tinieblas, cubriendo, al mismo tiempo, con la protección de su sombra y rociando con las consolaciones celestes del Espíritu a los iluminados, para quienes despuntó ya el día... Además, al partir la Nube también se ponía en marcha el Tabernáculo y, junto con él, los hijos de Israel. La Iglesia sigue por todas partes a Cristo, sin que la santa multitud de los creyentes se separe jamás de Quien los llamó a la salvación**<sup>4</sup>.



Lo importante en la Iglesia es el Don de Dios que transforma al hombre en un ser nuevo, que él mismo no puede darse, injertándole en una nueva comunidad que él sólo puede recibir como don. El nuevo ser, fruto de la reconciliación con Dios por la sangre de Jesucristo, nacido del bautismo, incorpora al creyente en la comunidad de la Iglesia, que vive en la comunión con el Señor en la Eucaristía. Esta comunión con el Señor engendra la comunión entre todos los que «comen el mismo e idéntico pan», haciendo de ellos un «único cuerpo» (1 Cor 10, 17), un «único hombre nuevo» (Ef 2,15). Con gozo agradecido, dice Teodoro de Mopsuestia:

**He sido bautizado para ser miembro del gran Cuerpo de la Iglesia, como dice San Pablo: «Hay un solo Cuerpo y un solo Espíritu, igual que fuisteis llamados a la única esperanza de vuestra vocación» (Ef 4,4). Cuando habla de Iglesia, no se refiere ciertamente al edificio construido por los hombres -aunque éste recibe también el nombre de iglesia, por la asamblea de los fieles que en él se celebra-, sino que designa Iglesia a toda la asamblea de los fieles... Por el bautismo, pues, espero ser uno de los hijos de la Iglesia o asamblea de los fieles, que han merecido el nombre de Cuerpo de Cristo y han recibido una santidad inefable. Los Padres llaman a esta Iglesia santa, por la santidad que recibe del Espíritu Santo; la designan católica, por comprender a cuantos en cualquier lugar y tiempo han creído; afirman así mismo que es una, porque sólo aquellos, que han creído en Cristo y recibirán los bienes futuros, constituyen la única Iglesia santa<sup>5</sup>.**

Este **único cuerpo** es el cuerpo eclesial de Cristo. Nadie puede ser cristiano en solitario. Es imposible creer y abrirse al Evangelio por sí mismo. Es preciso que alguien nos anuncie el Evangelio y nos transmita (**tradicito**) la fe. En la Iglesia se nos sella la fe en el bautismo y ésta fe es sostenida con el testimonio de los hermanos en la fe y con la Eucaristía.

La Iglesia y los sacramentos van siempre juntos, no pueden existir separadamente. Una Iglesia sin sacramentos sería una organización vacía. Y los sacramentos sin la Iglesia serían meros ritos sin sentido. En la Iglesia, el bautismo, la penitencia y la Eucaristía son como los pilares de su edificio, o mejor, su verdadera forma de existencia.

La Iglesia es, pues, **sacramento de salvación**. En la Iglesia está visible el misterio salvador de Dios, hecho presente en el mundo por Jesucristo y actualizado en el corazón de los fieles por el Espíritu Santo (Ef 3,3-12; Col 1,26-27). Ser visible es una dimensión esencial de la Iglesia; de otro modo no sería sacramento de la obra salvífica de Jesucristo. Ella, en su forma concreta y hasta defectuosa, es fruto y manifestación del

misterio de salvación para el mundo.

## **2. SANTA**

El Credo califica a la Iglesia como **santa**. La Iglesia es la escogida por Dios, predestinada a la heredad del Reino, gloriosa como Esposa y Cuerpo de Cristo glorificado, habitada por el Espíritu Santo, del que es Templo santo (Ef 2,21; 1 Cor 3,16-17; 2 Cor 6,16). Jesucristo, «el Santo de Dios» (Mc 1,24), se entregó por la Iglesia, para hacerla «santa e inmaculada» (Ef 5,27); sus miembros son «los santos» (He 9,13.32.41; Rom 2,27; 1 Cor 6,1...).

Los creyentes constituyen el Israel de Dios (Heb 3-4 y 12; 1 Pe 1,17). Jesús es su Pastor (Jn 10), como lo era Yavé para su pueblo escogido (Sal 23). Pero Jesús no sólo es pastor, El es también el Templo de Dios entre los hombres (Jn 2,19-22), en el que congrega a los elegidos, nacidos del «agua y del Espíritu» (Jn 3), que adoran a Dios «en espíritu y en verdad», pues poseen el «Don de Dios» (Jn 4) y se nutren del «pan de vida» (Jn 6). De este modo los fieles son transformados en «piedras vivas, que entran en la edificación de la casa de Dios, dotados de un sacerdocio santo» (1 Pe 2,5).

La Iglesia es santa. Es la nueva Eva, que nace del costado abierto del nuevo Adán dormido en la cruz, Cristo. De su costado traspasado brotan el agua y la sangre, el agua del bautismo que lava a los fieles, que renacen como hijos de Dios, y la sangre de la Eucaristía, en la que sellan su alianza eterna con Dios. Así la Iglesia es la novia ataviada para las bodas con el Cordero (Ap 21,9ss), «con sus vestidos lavados y blanqueados en la sangre del Cordero» (Ap 7,14), Esposa fiel, porque su Esposo, Cristo, le ha hecho el gran don de su Espíritu, que la santifica constantemente, la renueva y rejuvenece perpetuamente, adornándola con sus dones jerárquicos y carismáticos, coronándola con sus frutos abundantes (Ef 4,11-12; 1 Cor 12,4; Gál 5,22)6.

**Por el relato de la creación de Eva, sacada del costado y de un hueso de Adán dormido, Cristo nos enseñó que Adán y Eva eran figura suya y de la Iglesia, pues por la comunión de su carne nos enseña que esta Iglesia ha sido santificada después del sueño de su muerte... Después del sueño de su pasión, el Adán celeste, en el despertar de su resurrección, reconoce en la Iglesia su hueso y su carne (Gén 2,23), no ya creados del lodo y vivificados por el sopló (Gén 2,7), sino alcanzando su perfección bajo el vuelo del**

## Espíritu7.

Exultante canta San Agustín el nacimiento de la Iglesia como Esposa de Cristo:

**¡Suba nuestro Esposo al leño de su tálamo, suba nuestro Esposo al lecho de su tálamo! ¡Duerma, muriendo, y se abra su costado, para que salga la Iglesia virgen, para que, como Eva fue creada del costado de Adán durmiente, así sea formada la Iglesia del costado de Cristo pendiente de la cruz! Herido su costado, «al instante salió sangre y agua» (Jn 19,34), es decir, dos sacramentos gemelos de la Iglesia. Agua con la que la Esposa fue purificada (Ef 5,26); la sangre, por la que recibió la dote. Duerme Adán, para ser creada Eva; muere Cristo, para ser creada la Iglesia. Eva fue creada del costado de Adán durmiente; muerto Cristo, la lanza le perforó el costado, a fin de que brotasen los sacramentos, por los que se forma la Iglesia...**

**La santa Iglesia somos nosotros, los fieles cristianos por la misericordia de Dios, esparcidos por toda la faz del mundo. Es la Iglesia católica, verdadera madre nuestra (Gál 4,26.19; 1 Tes 2,7-8) y Esposa verdadera del divino Esposo (2 Cor 11,2; Ef 5,24-32; Ap 21,2.9). ¡Honrémosla, es la Señora (2 Jn 1) de tan excelente Señor! Con ella usó su Esposo de singular benevolencia. La encontró siendo prostituta y la hizo virgen. Todos los hombres eran adúlteros de corazón (Ap 17,1-5; 18,3; 19,2; Os 2,4-9; 3,1; Ez 23,2-27; Mt 5,27s). Vino El e hizo virgen a su Iglesia, la cual es virgen por la fe... Alguien dirá: Si es virgen, ¿cómo es que da a luz hijos?; y si no da a luz, ¿para qué hemos dado nuestro nombre para encontrar en su seno un nuevo nacimiento? Respondo: Es virgen y madre a la vez, a imitación de María, Madre del Señor. ¿Acaso María no fue Madre permaneciendo Virgen? Lo mismo la Iglesia es madre y virgen. Y, pensándolo bien, ella es también madre de Cristo, pues quienes reciben el bautismo son miembros de Cristo (1 Cor 12,27). Dando a luz a los miembros de Cristo, la Iglesia es del todo semejante a María<sup>8</sup>.**

La santidad de la Iglesia no alude primeramente a la santidad de las personas, sino al don divino que crea la santidad en los hombres pecadores que la forman. El Símbolo no llama a la Iglesia **santa** porque todos y cada uno de sus miembros sean santos, es decir, personas inmaculadas<sup>9</sup>. La santidad de la Iglesia consiste en el poder por el que Dios obra la santidad en ella dentro de la pecaminosidad humana. En Cristo, Dios, el único santo, se ha unido definitivamente a los hombres en «alianza eterna». Esta alianza, que es fidelidad eterna, es un don de Dios, una gracia que permanece a pesar de la infidelidad humana. Es expresión del amor de Dios que no se deja vencer por el hombre. Dios es Dios y no hombre (Os 11,9); es bueno y mantiene su fidelidad con el hombre, lo asume continuamente como pecador, lo perdona, lo transforma, lo santifica y lo ama.

**El profeta Oseas esposó a una *prostituta*, profetizando que «la**

tierra se había prostituido al alejarse del Señor» (Os 1,2) y que, sin embargo, con tales hombres se habría complacido Dios en formar la Iglesia, que sería *santificada* gracias a la unión con su Hijo... En efecto, «cuando llegó la plenitud del tiempo» de la libertad (Gál 4,4), el mismo Logos «lavó las manchas de las hijas de Sión» (Is 4,4) al lavar con sus propias manos los pies de sus discípulos (Jn 13,5-12), a fin de que, como al principio fuimos todos esclavos en Adán y Eva, así al final de los tiempos, lavados de las manchas de la «muerte», lleguemos a la vida de Dios... En efecto, quien lavó los pies a sus discípulos *santificó* y condujo a la santificación a todo el Cuerpo<sup>10</sup>.

La prostituta Rahab (Jos 2,1-21; Sant 2.24-26; Heb 11,31), cuyo nombre significa «latitud», es la Iglesia de Cristo, reunida de entre los pecadores. Esta prostituta hizo subir a los exploradores al terrado: los elevó hasta los excelsos sacramentos de la fe. Pues ningún enviado por Jesús (Josué) se encuentra abajo y yace por tierra, sino «en el terrado»; y no sólo él, sino que la misma prostituta, que los recibió, recibió paga de profeta, siendo profeta al decir: «ya sé que Dios os ha dado esta tierra». La que antes era prostituta e impía ahora está *llena del Espíritu Santo*, confesando lo pasado, creyendo lo presente y profetizando lo futuro... Ella puso en su casa un «cordón escarlata», como *signo* por el que la ciudad pudiera salvarse de la muerte. Ningún otro signo recibió sino el «cordón escarlata», del color de la sangre. Sabía que nadie puede salvarse sino mediante la Sangre de Cristo. A la que antes era prostituta le fue dado también esta orden: «Todos los que se encuentren en tu casa se salvarán; pero quien *salga* de tu casa, «su sangre caiga sobre su cabeza». Por tanto, quien quiera salvarse venga a *la Casa* de la que antes fue prostituta, la Iglesia; venga a esta Casa en la que se encuentra el signo de la redención: la Sangre de Cristo (Mt 27,25; Lc 2,34)<sup>11</sup>.

Por este don, que nunca puede retirarse, la Iglesia es siempre la santificada por Dios, la Iglesia santa en la que indefectiblemente está presente entre los hombres la santidad del Señor. Los fieles del Señor son siempre la **vasija de barro**, que hace brillar la santidad del Señor: «para que se manifieste que este tesoro tan extraordinario viene de Dios y no de nosotros» (2 Cor 4,7).

La Iglesia es santa porque es de Dios y no del mundo (Jn 17,11.14-15). El Dios santo es fiel a la Iglesia y no la abandona a los poderes del mundo (Mt 16,18); a ella ha unido indisolublemente a su Hijo Jesucristo (Mt 28,20), gozando para siempre del don del Espíritu Santo (Jn 14,26; 16,7-9). Como santa, la Iglesia o sus miembros, los cristianos, son invitados a vivir lo que son: «sed santos»<sup>12</sup>. Pero la Iglesia santa comprende también a los pecadores; todos los días tiene que rogar a Dios: «perdónanos nuestras deudas» (Mt 6,12): «la Iglesia encierra en su propio seno a los pecadores y, siendo al mismo tiempo santa y necesitada de purificación, avanza continuamente por la senda de la penitencia y de la renovación» (LG, n. 8).

De aquí que también podemos referir a la Iglesia, cuerpo eclesial de Cristo, la palabra de Jesús: «¡Dichoso el que no se escandalice de mí!» (Mt 11,6p). La santidad de Cristo no era fuego que destruía a los indignos ni celo que arrancase la cizaña que crecía con el trigo. Por el contrario, su santidad se mostraba en el «comer con los pecadores», hasta hacerse «pecado», «maldición» por los pecadores (2 Cor 5,21; Gál 3,13). Atrajo a los pecadores a sí, los hizo partícipes de sus bienes y reveló así lo que era la «santidad de Dios»: en lugar de condenación, amor redentor.

**Según la parábola del Salvador sobre la red, que «cuando está llena de peces es sacada a la orilla y los pescadores recogen los buenos en cestos y tiran los malos» (Mt 13,48), conviene que en la red de toda la Iglesia haya buenos y malos; pues, si ya todo ha sido purificado, ¿qué dejamos para el juicio de Dios? Y, según otra parábola, tanto el trigo como la paja se encuentran en la era hasta que el trigo sea recogido en el granero de Cristo, separada de él la paja por el «que tiene en su mano el biello, para limpiar su era, recogiendo el trigo en su granero y quemando la paja en el fuego inextinguible» (Lc 3,17p). La «era» es la congregación del pueblo cristiano<sup>13</sup>.**

¿No es la Iglesia, -se pregunta J. Ratzinger-<sup>14</sup>, la continuación de este ingreso de Dios en la miseria humana? ¿No es la continuación de la participación en la misma mesa de Jesús con los pecadores? ¿No se manifiesta en la **pecadora santidad** de la Iglesia la verdadera santidad de Dios, frente a las expectativas humanas de lo puro? ¿No se manifiesta en la Iglesia la verdadera santidad de Dios, es decir, el amor que no se mantiene en la distancia aristocrática de lo puro e inaccesible, sino que se mezcla con la porquería del mundo para eliminarla? ¿Puede ser la Iglesia algo distinto de este «cargar los unos con los pesos de los otros», que nace de que todos son sostenidos por Cristo?.

Lo propio de la Iglesia estriba en el consuelo de la Palabra y de los Sacramentos que conserva en días buenos y en los momentos de flaqueza. La Iglesia vive en los que en ella reciben el don de la fe que es para ellos vida, que se renueva en el perdón y en la Eucaristía, llevándoles así a pregonar la vida eterna. De este modo, **la Iglesia es santa porque el Señor le da graciosamente el don de la santidad**<sup>15</sup>.

La Iglesia, pues, es Iglesia de Dios, Pueblo de Dios, plantación y heredad de Dios, grey, edificio, templo, casa de Dios, familia de Dios; Iglesia de Jesucristo, Cuerpo de Cristo, Esposa de Cristo; Templo del Espíritu Santo... (LG, n. 6). Este ser de Dios hace de

la Iglesia una comunidad de creyentes, comunión de los santos o santificados. Ekklesía es, como expresa su mismo nombre, la **asamblea de Dios**.

### 3. CATOLICA

Desde San Ignacio de Antioquía, la Iglesia es llamada **católica**<sup>16</sup>. Frente a las sectas de herejes y cismáticos, la Iglesia se manifiesta católica tanto en el tiempo: la misma siempre; como también en el espacio: la misma en todos los lugares. Ella ha sido enviada a todo el mundo para anunciar el Evangelio a toda criatura (Mc 16,15; Mt 28,19-20).

**La Iglesia, esparcida por todo el mundo, recibió de los Apóstoles y discípulos el Símbolo de la fe, que custodia cuidadosamente en todas partes, como si habitase *una sola casa*, creyéndolo todos como si tuviesen «una sola alma y un solo corazón» (He 4,32), proclamándolo, enseñándolo y transmitiéndolo concordemente, como si fuese una sola boca. Las lenguas del mundo son diversas, pero única y la misma es la potencia de la Tradición. Pues, cada verdadera Iglesia, en todas las partes del mundo, tiene una única y misma fe<sup>17</sup>.**

La **congregación** o **Ekklesía** del Pueblo de Dios está prefigurada desde el comienzo del mundo, con la creación del hombre en la comunión y referencia mutua de Adán y Eva, como **Imagen visible** de Dios en la tierra. Después del pecado, que destruye la comunión del hombre con Dios y de los hombres entre sí, Dios comienza la congregación de su pueblo con la vocación de Abraham como **padre de un pueblo numeroso como las estrellas del cielo** (Gén 12,2; 15,5-6), pues él ha sido elegido como bendición para todos los pueblos (Gén 12,3; 18,18; 22,18; Gál 3,8). La acción de Dios contra el caos del pecado entre los hombres se actualiza en la **elección** de Israel para ser pueblo y heredad de Dios en medio de las naciones (Ex 19,5-6; Dt 7,6). Por su elección gratuita, Israel es signo de la congregación final de todos los pueblos (Is 2,1-5; Miq 4,1-4). A la infidelidad de Israel, que rompe la alianza con sus prostituciones idolátricas (Os 1; Is 1,2-4; Jr 2...), Dios responde anunciando por los mismos profetas la elección de un **nuevo pueblo** para Sí (Jr 31,31-34).

**Después de confesar la fe en la bienaventurada Trinidad, confiesa creer en la Santa Iglesia Católica, que es « la congregación de todos los santos». Pues desde el principio del mundo, tanto los patriarcas Abraham, Isaac y Jacob, tanto los profetas como los Apóstoles, los mártires y todos los justos que existieron, existen y existirán forman una Iglesia; pues, santificados por *una fe* y**

**trato, han sido designados por un Espíritu para formar un Cuerpo, del que Cristo es la Cabeza<sup>18</sup>.**

Este nuevo pueblo de Dios se edifica, como **construcción de Dios** (1 Cor 3,9), sobre la **pedra** rechazada por los constructores, pero convertida en piedra angular, Cristo Jesús (Mt 21,42p; He 4,11; 1 Pe 2,7). Sobre este fundamento levantan los apóstoles la Iglesia (1 Cor 3,11) y de El recibe firmeza y cohesión. Como edificación de Dios es llamada «casa de Dios» (1 Tim 3,15), en la que habita su «familia», habitación de Dios en el Espíritu (Ef 2,19-22), «tienda» de Dios con los hombres (Ap 21,3), «templo» santo del que los fieles son «piedras vivas» (1 Pe 2,5), siendo piedras fundamentales los Doce Apóstoles (Ap 21,12-14; Ef 2,20).

El verdadero fundamento de la Iglesia es la **cruz y resurrección** de Jesucristo, sello de Dios a la Nueva Alianza (Mc 14,24; 22,20; 1 Cor 11,25; Jn 19,34):

**Tú también serás «hijo del trueno» (Mc 3,17), si eres hijo de la Iglesia. También a ti te dirá Cristo desde la cruz: «He ahí a tu madre», y dirá a la Iglesia: «He ahí a tu hijos (Jn 19,26-27). ¡Sólo comenzarás a ser hijo de la Iglesia cuando confieses que Cristo triunfa desde la cruz! En efecto, todo el que se escandaliza de la cruz es un judío, y no un hijo de la Iglesia; y quien la ve como una locura es un pagano (1Cor 1,23). Sólo quien, reconociendo la voz de Cristo triunfante, la mira como una victoria, es un verdadero hijo de la Iglesia<sup>19</sup>.**

Y finalmente, la Iglesia queda fundada indestructiblemente con el **envío del Espíritu Santo en Pentecostés**: la Iglesia, vivificada con el Espíritu Santo, es el pueblo de Dios unido, que congrega a todas las naciones, proclamándoles las maravillas de Dios (He 2). Del Cenáculo, impulsada por el Espíritu, la Iglesia se extiende por toda la tierra:

**La Iglesia se llama Católica por su extensión en todo el mundo, abierta a todos los hombres: reyes y vasallos, ignorantes y sabios; ella sana y cura todo género de pecados y está adornada con toda clase de dones... Se la llama Iglesia (*Ekklesia* = *convocación*), pues convoca y congrega en la unidad a todos los hombres (Lv 8,3; Dt 4,10; Sal 34,18; 67,27). En la Iglesia resuena la alabanza de los santos al Señor (Sal 149,1), «cuyo nombre es glorificado entre las naciones desde donde sale el sol hasta su ocaso» (Mal 1,10-11)...**

**En esta santa Iglesia católica has renacido. Si viajas por naciones extranjeras, no preguntes simplemente dónde está el *Kyriakón* (el templo del Señor), pues también llaman así a sus cavernas las sectas de los impíos; ni preguntes solamente dónde está «la Iglesia»«, sino: dónde está la Iglesia católica. Este es el nombre propio de esta santa Iglesia y Madre nuestra, que es también**

**Esposa de nuestro Señor Jesucristo, como está escrito: «como Cristo amó a la Iglesia y se entregó a sí mismo por ella» (Ef 5,25). Esta es, a la vez, figura e imitación de la Jerusalén celestial, la libre y Madre de todos nosotros, la que primero era estéril y ahora es Madre de muchos hijos (Gál 4,26s; Ap 21,2-22,5)... Ella está en todo el orbe20.**

La Iglesia es la comunidad de los creyentes que se reúne como asamblea, que escucha la Palabra y la celebra en la acción de gracias, experimentando la presencia salvadora de Dios en ella y, por ello, acepta agradecida ser enviada al mundo para dar testimonio del Evangelio a todos los hombres.

La Iglesia es, por tanto, **la católica**, la Iglesia una, que vive en la unidad de sus miembros, por encima de sus diferencias de edad, sexo, condición social e ideas. Es la Iglesia local, reunida en torno al Obispo (LG, n. 26) o en torno al presbítero (n. 28), que escucha la Palabra, celebra la Eucaristía, vive la unidad del amor en el Espíritu Santo y la comunión con los Pastores, que viven la comunión con Pedro, que mantiene la comunión y unidad con la Iglesia universal.

La comunión de las Iglesias locales con la Iglesia universal hace que cada una de ellas sea Iglesia católica, universal. Este es el servicio del obispo de Roma que «preside la comunión de todas las Iglesias extendidas por toda la tierra». La unidad de la fe que Pedro, como **primer testigo de la resurrección** (1Cor 15,5; Lc 24,34), está llamado «a confirmar» (Lc 22,32) para no «correr en vano» (Gál 1,18;2,2-10); la fidelidad a la Palabra y la comunión en la mesa común de la Eucaristía hacen de la Iglesia el **signo** de la presencia de Cristo como Salvador del mundo.

**Las palabras del Señor a Pedro (Mt 16,18-19; Jn 21,47) muestran que Cristo edifica su Iglesia sobre uno solo, encomendándole que apaciente sus ovejas. Y aunque después de la resurrección confiere el mismo poder a todos los Apóstoles (Jn 20,21-23), sin embargo, para manifestar la *unidad* decidió que el origen de la unidad proviniese de uno solo. Ciertamente que los demás Apóstoles eran lo que era Pedro. Pero se otorga el primado a Pedro para manifestar que es una la Iglesia y la cátedra de Jesucristo... Esta unidad de la Iglesia es prefigurada por el Espíritu Santo, cuando dice: «Una sola es mi paloma, mi bella es la única de su madre, su preferida» (Cant 6,8). Quien no conserva esta unidad, ¿creerá guardar la fe? Quien resiste a la Iglesia, quien abandona la cátedra de Pedro, sobre la que está fundada la Iglesia, ¿puede confiar que está en la Iglesia?... ¡Una sola es la Madre, exuberantemente fecunda! De su seno nacemos, nos alimentamos de su leche, vivimos de su espíritu. La Esposa de Cristo sólo conoce una casa, guarda la inviolabilidad de un solo tálamo. Todo el que se separa de la Iglesia se une a una adúltera, se aleja de las promesas de la Iglesia y no logrará la herencia de Cristo. No puede tener a Dios por Padre, quien no tiene a la**



**Iglesia como Madre. Si pudo salvarse alguno fuera del arca de Noé, lo podrá también quien esté fuera de la Iglesia... No se descose ni rompe la túnica del Señor Jesucristo, sino que la recibe integra y la posee intacta e indivisa quien se ha vestido de la prenda de Cristo (Jn 19,23-24). ¡No puede tener la túnica de Cristo quien rompe y divide la Iglesia de Cristo! (Jn 10,16; 1 Cor 1,10; Ef 4,2-3). Sólo los familiares que estaban dentro de la casa de Rahab se salvaron (Jos 2,18-19). ¡No hay otra casa para los creyentes que la única Iglesia! No puede ser mártir quien no está dentro de la Iglesia... El arca única de Noé fue figura de la Iglesia (1 Pe 3,20-21)21...**

La Iglesia, en cuanto **católica**, en cuanto una visiblemente, en la multiplicidad y diversidad de sus miembros, responde a la profesión de fe del Credo: la santa Iglesia católica. En un mundo dividido por todo, la Iglesia es el signo y el instrumento de la unidad que supera y une naciones, razas y diferencias sociales, culturales y generacionales. Como «Iglesia doméstica» vive y celebra la unión en Cristo en cada familia cristiana (LG, n. 11).

La **unidad** de la Iglesia católica es fruto del único Espíritu, que hace de ella el **Cuerpo de Cristo**. La unidad del Espíritu crea el vínculo entre los cristianos dispersos por el mundo:

**Sed siempre humildes y amables, sed comprensivos, sobrellevaos mutuamente con amor, esforzándoos en mantener la unidad del Espíritu con el vínculo de la paz. Un solo cuerpo y un solo Espíritu, como una sola es la esperanza de la vocación a la que habéis sido llamados. Un Señor, una fe, un bautismo. Un Dios, Padre de todos, que lo trasciende todo, lo penetra todo y lo invade todo. (Ef 4,2-6).**

**¡Que formen parte del Cuerpo de Cristo, si quieren vivir del Espíritu de Cristo! Hemos recibido el Espíritu Santo, si amamos a la Iglesia, si estamos unidos por la caridad, si nos alegramos del nombre y fe católica ¡Creámoslo, hermanos: se tiene el Espíritu Santo en la medida en que se ama a la Iglesia! ¡Nada debe temer tanto un cristiano como el ser separado del Cuerpo de Cristo! Pues, si lo fuese, ya no sería su miembro ni sería vivificado por su Espíritu: «quien no tiene el Espíritu de Cristo no le pertenece» (Rom 8,9)22.**

Esta unidad hace que los creyentes en Cristo vivan unánimes en la enseñanza de los apóstoles, en la comunión, en la fracción y en las oraciones (He 2,42; 4,32-35). Así la Iglesia manifiesta a Jesucristo presente en ella para la salvación del mundo:

**Como yo os he amado, así amaos los unos a los otros. En esto conocerán todos que sois discípulos míos: si os amáis los unos a los otros. (Jn 13,34-35).**

**Que sean uno, como Tú, Padre, en mí y yo en ti; que ellos lo sean en nosotros para que el mundo crea que Tú me has enviado (Jn 17,21-23).**

El camino de los que pertenecen a la Iglesia, -edificada sobre las «doce columnas» (Ef 2,20; Ap 21, 14) que la sostienen-,recorre todo el mundo, pues ella posee la sólida Tradición de los Apóstoles, permitiéndonos así ver que una sola es la fe de todos, pues todos creen en un solo Dios Padre, todos admiten la misma economía de la encarnación del Hijo de Dios y reconocen el mismo don del Espíritu, meditan los mismos preceptos, observan la misma forma de organización de la Iglesia, esperan la misma venida del Señor así como la salvación de todo el hombre, es decir, del alma y del cuerpo... Por todo el mundo se manifiesta una sola y misma vía de salvación, pues la Iglesia es «el candelero de las siete lámparas» (Ex 25,31.37; Ap 1,12-13.16.20; Filp 2,15), que lleva la luz de Cristo (Jn 8,12; 9,5; Mt 5,14-16)23.

#### 4. APOSTOLICA

La Iglesia se confiesa **apostólica**, es decir, en continuidad con los Apóstoles y con las comunidades fundadas por ellos. Para ello goza de una triple garantía: una misma fe, **símbolo** de comunión, transmitida en una fiel y continua **Tradición**; una misma Escritura, fiel al Canon de las Escrituras, que expresan la revelación hecha por Jesucristo y predicada por sus Apóstoles; y una **jerarquía** de sucesión apostólica. Los Apóstoles confiaron las comunidades cristianas que fundaron a quienes hicieron depositarios de su doctrina. La cadena ininterrumpida de **Obispos** garantiza la continuidad apostólica.

La Iglesia recibió de los Apóstoles y de sus discípulos la fe, de modo que la Tradición de los Apóstoles, manifestada en todo el mundo, pueden verla en cada Iglesia quienes quieran ver la Verdad, siéndonos posible enumerar los obispos establecidos por los Apóstoles en las Iglesias y sus sucesores hasta nosotros24...

Como lo hicieron en Judea, los Apóstoles fundaron Iglesias en cada ciudad, de las cuales las demás Iglesias recibieron el esqueje de la fe y la semilla de la doctrina, y lo reciben aún para poder ser Iglesias. Por esto son consideradas también apostólicas, en cuanto son prole de las Iglesias apostólicas, de modo que todas estas Iglesias, tan numerosas, no son otra cosa que la *única* Iglesia primitiva fundada por los Apóstoles, de la que derivan, siendo así todas primitivas y todas *apostólicas*, en cuanto todas son aquella única Iglesia... Toda doctrina, pues, en sintonía con la de aquellas Iglesias, matrices y orígenes de la fe, debe ser considerada verdadera, por conservar lo que aquellas recibieron de los Apóstoles, éstos de Cristo y Cristo de Dios25.

Esta comunión apostólica, unida a Pedro, -que «preside en la caridad a todos los congregados»26-, goza de la promesa del Señor: «Tú eres Pedro y sobre esta piedra edificaré la Iglesia y los poderes del infierno no prevalecerán contra ella» (Mt 16,18). No prevalecerán contra ella porque el Resucitado ha

comprometido su palabra: «Yo estaré con vosotros todos los días hasta el del mundo» (Mt 28,20).

**Simón Pedro proclama: «Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo» (Mt 16,16-18). Esta fe es la base sobre la que descansa la Iglesia. En virtud de esa fe «las puertas del infierno no prevalecerán contra ella»; esta es la fe que tiene «las llaves del Reino de los cielos». Pedro es «bienaventurado» porque confesó a Cristo «Hijo de Dios vivo»: en esta verdad está la revelación del Padre; en esta verdad está la base de la Iglesia, en ella está la certeza de la eternidad; por esta verdad se confirma en el Cielo lo que ella decide en la tierra<sup>27</sup>.**

Jesús, tras su bautismo, comienza el anuncio del Reino con la vocación de los primeros apóstoles, destinados a continuar su obra (Mc 1,16-20). Esta primera llamada la completa con la elección de los **Doce** (Mc 3,13-19), constituyéndolos apóstoles «para estar con El» y enviarles a anunciar la Buena Nueva del Reino, con poder de expulsar demonios (Mc 6,7-13): es la misma misión de Cristo, que «recorrió toda Galilea predicando en sus sinagogas y expulsando los demonios» (Mc 1,39). Los Apóstoles continúan esa misión, pues «es preciso que el Evangelio sea predicado a todas las gentes» (Mc 13,10). El tiempo de la predicación del Evangelio es el tiempo de la Iglesia:

**Se me ha dado todo poder en el cielo y en la tierra. Id y haced discípulos de todos los pueblos, bautizándolos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo; enseñándoles a guardar todo lo que os he mandado. Y sabed que yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo (Mt 28,18-20; Mc 16,15-20; Lc 24,47-48; He 1,8).**

Los Apóstoles han sido constituidos «testigos de Cristo en Jerusalén, en toda Judea y Samaria, y hasta el confín de la tierra» (He 1,8; Ef 2,20; Ap 21,14). La historia de los Hechos de los Apóstoles narra el cumplimiento de esta palabra, el difundirse del Evangelio, concluyendo con la llegada a Roma del «Apóstol de las gentes». Con ello queda asegurada la irradiación del Evangelio a todo el mundo.

La Iglesia vive para la misión. No es fin para sí misma. Es un pueblo en camino, itinerante en sus enviados a anunciar el Evangelio hasta los extremos de la tierra. Vive en este mundo en la diáspora, en exilio, sin hogar permanente (Sant 1; 1 Pe 1,1; 2,11; Heb 3,7-4,11; 11,8-16.32-34). Así pasa por el mundo haciendo presente a Jesucristo Profeta, Sacerdote y Rey para los hombres.

La Buena Noticia es el anuncio del Reino, como realidad presente

en Jesucristo, pero encaminada a su culminación futura en la Iglesia y mediante la Iglesia (Mt 5-7). Para este anuncio Jesús instruye a sus Apóstoles (Mt 9,35-10,42). En las parábolas del Reino (Mt 13) aparece ya la Iglesia en misión.

La Iglesia es el **campo** en el que se siembra la Palabra, como germen del Reino, pero en el que crece la cizaña con el trigo hasta el final; la Iglesia es igualmente la **red** que recoge toda clase de peces, en vistas al juicio que separará los buenos de los malos. En la pequeñez de la semilla escondida bajo tierra, como **grano de mostaza**, o de la **levadura** que desaparece en la masa, la Iglesia encierra un **tesoro**, como **perla preciosa**, que es capaz de hacer fermentar toda la masa o de cobijar a todos los hombres. Merece la pena venderlo todo por ella, por ser «discípulo del Reino». La vida de los discípulos es una novedad de solicitud, amor en la verdad, comunión con Dios y perdón mutuo (Mt 18). Esta vida, en Cristo, es la garantía de la bendición final: «Venid, benditos de mi Padre, recibid en herencia el Reino preparado para vosotros desde la creación del mundo» (Mt 24-25).

**En vísperas del tercer milenio, toda la Iglesia, confortada por la presencia de Cristo, camina en el tiempo hacia la consumación de los siglos y va al encuentro del Señor que llega. En este caminar procede recorriendo de nuevo el itinerario realizado por la Virgen María, su Madre y modelo. Con María y como María vive el misterio de Cristo, colaborando con gratitud en la obra de la salvación<sup>28</sup>.**

- .....
1. **Lumen Gentium, n. 4. SAN IRENEO, Adv. Haereses III 24,1.**
  2. **Ibidem.**
  3. **TERTULIANO, De Baptismo 6; SAN CIPRIANO, Epístola 69,7.**
  4. **SAN CIRILO DE ALEJANDRIA, De Adoratione in Spiritu et Veritate 5-10.**
  5. **TEODORO DE MOPSUESTIA, Homilía X 15-19.**
  6. **La Iglesia Esposa de Cristo: Jl 2,15-16; Jr 16,9; Sal 18,6-7; Ap 21,9-11; Jn 3,28-28; Jos 5,13-15; Ex 3,2-6; Jn 1,26-27; Lc 12,35-37; Ap 19,6-7; Cfr. SAN CIPRIANO, Testimonios 11,19.**
  7. **SAN HILARIO, De Mysteriis I, 3-5.**
  8. **SAN AGUSTIN, De Fide et Symbolo IX 21-X 21. Estos y otros muchos textos de San Agustín sobre la Iglesia Madre, Esposa y Virgen pueden verse en S. SABUGAL, o.c., p. 896-913.**
  9. **Cfr. H.U. von BALTHASAR, Casta Meretrix: Sponsa Verbi, Madrid 1964.**

10. SAN IRENEO, *Adversus Haereses*, IV 18,4; 20,12; 21,1.
11. ORIGENES, Homilía Jos. III 4-5.
12. Lev 11,44; 1Pe 1,16; 1Jn 3,3; Rom 6,6-14; 8,2-17...
13. ORIGENES, Homilía Ez. I,11.
14. J. RATZINGER, o.c., p. 300-307.
15. H. de LUBAC, *Meditación sobre la Iglesia*, Bilbao 1961.
16. SAN IGNACIO DE ANTIOQUIA, Cart. a los de Esmirna 8,2.
17. SAN IRENEO, *Adversus Haereses* I 10,1-3; IV 17,6.
18. NICETAS DE REMESIANA, *Explanatio Symboli* 10.
19. SAN AMBROSIO, *Expositione Ev.sec. Lucam* VII 5.
20. SAN CIRILO DE JERUSALEN, *Catequesis XVIII* 23-27.
21. SAN CIPRIANO, *Sobre la unidad de la Iglesia*, 4-25.
22. SAN AGUSTIN, *In Joan Ev.Tract.* 32,8;27,6; *Epístola* 185,42...
23. SAN IRENO, *Adversus Haereses* V, 1-2..
24. SAN IRENEO, *Adversus Haereses*, I 10,1; III 3,1-3; IV 26,2.
25. TERTULIANO, *De Praescriptione Haereticorum*. 20,3-4; 21,3-4.
26. SAN IGNACIO DE ANTIOQUIA, *A los Romanos*, 1,1.
27. SAN HILARIO, *De Trinitate* VI 36-38.
28. *Redemptoris Missio*, n. 92; Cfr. *Redemptoris Mater*, n.2.

**EMILIANO JIMÉNEZ**  
*EL CREDO, SÍMBOLO DE LA FE DE LA IGLESIA*  
**Ediciones EGA, Bilbao 1992, págs. 157-170**

## 10

## LA COMUNIÓN DE LOS SANTOS

## LA IGLESIA MISTERIO DE COMUNIÓN

El primer fruto de la presencia del Espíritu Santo en la Iglesia es **la comunión de los santos**, que confesamos en el Credo Apostólico. El Catecismo Romano dirá que «**la comunión de los santos** es una nueva explicación del concepto mismo de la Iglesia una, santa y católica. La unidad del Espíritu, que anima y gobierna, hace que cuanto posee la Iglesia sea poseído comúnmente por cuantos la integran. El fruto de los sacramentos, sobre todo el bautismo y la Eucaristía, produce de modo especialísimo esa comunión»<sup>1</sup>.

La «*communio sanctorum*», empezó a proclamarse en la profesión de fe en el siglo IV<sup>2</sup>. La fórmula latina implica una riqueza, que no recoge la traducción española. «*Sanctorum*», como neutro, se refiere a lo santo, a las cosas santas; y, como masculino, se refiere a los santos. Integrando los dos aspectos, podemos decir que «la comunión en las cosas santas crea la comunión de los santos», la Iglesia como «congregación de los santos»:

**Después de confesar la fe en la bienaventurada Trinidad, confiesas creer en la Santa Iglesia católica, la cual no es otra cosa que «la congregación de todos los santos». Pues desde el principio del mundo, tanto los patriarcas como Abraham, Isaac y Jacob, tanto los profetas como los Apóstoles, los mártires y todos los demás justos que existieron, existen y existirán forman una Iglesia; pues, santificados por una fe y trato, han sido designados por un Espíritu para formar un Cuerpo (Ef 4,4), del que Cristo es la Cabeza. Más aún, incluso los ángeles, las virtudes y las potestades celestes están unidas a esta única Iglesia, pues el Apóstol nos enseña que «en Cristo fueron reconciliadas todas las cosas, no sólo las de la tierra, sino también las del cielo» (Col 1,20). Cree, por tanto, que conseguirás la comunión de los santos en esta única Iglesia: la Iglesia católica, constituida en todo el orbe de la tierra y cuya comunión debes retener firmemente<sup>3</sup>.**

La Iglesia, en su ser, es misterio de comunión. Y su existencia está marcada por la comunión. En la vida de cada comunidad eclesial, la comunión es la clave de su autenticidad y de su

fecundidad misionera. Desde sus orígenes, la comunidad cristiana primitiva se ha distinguido porque «los creyentes eran constantes en la enseñanza de los apóstoles, en la **koinonía**, en la fracción del pan y en las oraciones» (He 2,42)<sup>4</sup>. En la DIDAJE o Doctrina de los doce Apóstoles leemos en relación a la Eucaristía:

**Respecto a la Acción de gracias, lo haréis de esta manera, primero sobre el cáliz:**

**«Te damos gracias, Padre nuestro, por la santa viña de David, la que nos diste a conocer por medio de tu siervo Jesús. A Ti sea la gloria por los siglos». Luego sobre el fragmento de pan: «Te damos gracias, Padre nuestro, por la vida y el conocimiento que nos manifestaste por medio de tu siervo Jesús. A Ti sea la gloria por los siglos. Como este fragmento estaba disperso por los montes y después, al ser reunido, se hizo uno, así sea reunida tu Iglesia de los confines de la tierra en tu reino. Porque tuya es la gloria y el poder por Jesucristo eternamente»<sup>5</sup>.**

La comunión de los creyentes «en un mismo espíritu, en la alegría de la fe y sencillez de corazón» (He 2,46)<sup>6</sup>, se vive en la comunión de la mesa de la Palabra, de la mesa de la Eucaristía y de la mesa del pan compartido con alegría, «teniendo todo en común» (He 2,44). Es la comunión del Evangelio y de todos los bienes recibidos de Dios en Jesucristo, hallados en la comunidad eclesial. Esta experiencia se repetirá en todas las nuevas comunidades, como nos refieren los Hechos de los Apóstoles: «Al oír esto los gentiles se alegraron y se pusieron a glorificar la Palabra del Señor..., quedando los discípulos llenos de gozo y del Espíritu Santo» (He 13,48.52). El carcelero de Pablo y Silas, con su familia, escuchan la Palabra de Dios, se bautizan él y toda su casa. Entonces «lleva a Pablo y Silas a su casa, les preparó la mesa y se alegró con toda su familia de haber creído en Dios» (He 16,29-34)...

Frente a las divisiones de los hombres -judío y gentil, bárbaro y romano, amo y esclavo, hombre y mujer-, la fe en Cristo hace surgir un hombre nuevo (Rom 10,12; 1 Cor 12,13; Gál 3,28), que vence las barreras de separación, experimentando la comunión gratuita en Cristo, es decir, viviendo la comunión eclesial, fruto de compartir con los hermanos la filiación de Dios, la fe, la Palabra y la Eucaristía.

Cimentados en la fe, los fieles se sienten hermanos, al celebrar la victoria de Cristo sobre la muerte, que con su miedo les tenía divididos (Heb 2,14); cantan con una sola voz y un solo corazón las maravillas de Dios y venden sus bienes para prolongar la

comuni3n en toda su vida (He 4,32). Esta comuni3n de vida y bienes abraza, no s3lo a los hermanos de la propia comunidad, sino a todas las comunidades: «Ahora voy a Jerusal3n para socorrer a los santos de all3, pues los de Macedonia y Acaya han tenido a bien hacer una colecta en favor de los pobres de entre los santos de Jerusal3n. Lo han tenido a bien, y con raz3n, pues si, como gentiles, han participado en los bienes espirituales de ellos, es justo que les sirvan con sus bienes materiales» (Rom 15,25-27).

**Como las ovejas de diverso color fueron la recompensa de Jacob (G3n 30,32), la recompensa de Cristo son los hombres que, provenientes de diversas y varias naciones, se re3nen en la 3nica grey, la Iglesia, tal como se lo hab3a prometido el Padre: «P3demelo y te dar3 en herencia las naciones y por dominio los extremos de la tierra» (Sal 2,8)7.**

La comuni3n de bienes es fruto del amor de Dios experimentado en el perd3n de los pecados, en el don de su Palabra, en la unidad en el cuerpo y sangre de Cristo y en el amor entra3iable del Esp3ritu Santo. Si no se da este amor «dar todos los bienes» no sirve de nada (1 Cor 13,3). Esta comuni3n de los santos, este amor y unidad de los hermanos, en su visibilidad, hace a la Iglesia «sacramento, signo e instrumento de la 3ntima uni3n con Dios y de la unidad de todo el g3nero humano» (LG, n. 1).

**La comuni3n de los santos es el ant3doto y el contrapeso a la dispersi3n babil3nica; testimonia una solidaridad humana y divina tan maravillosa que le es imposible a un ser humano no sentirse vinculado a todos los dem3s, en cualquier 3poca y dondequiera que vivan. El m3s peque3o de nuestros actos repercute en profundidades infinitas y eleva a todos, vivos y muertos. (L. Bloy).**

Esta comuni3n de santos penetra todos los aspectos de la vida de la Iglesia. Esta comuni3n de los fieles, que partici pan del misterio de Dios en una misma fe y una misma liturgia, es una comuni3n jer3rquica, que une a toda la asamblea en torno a los ap3stoles, que transmiten la fe y presiden la celebraci3n, presb3teros y obispos en comuni3n con el Papa. Es una comuni3n temporal y escatol3gica: se funda en la fe recibida de los ap3stoles, que se vive ya en la celebraci3n y vida presente, abierta a la consumaci3n en el Reino, donde cesar3 el signo, pero quedando la realidad de la comuni3n en la unidad y amor de los salvados con Cristo, en el Esp3ritu, cuando «Dios ser3 todo en todo».



## 2. COMUNION EN LAS COSAS SANTAS

La comunión en lo santo, **-koinonía ton hagion-**, es lo primero que confiesa la fe del Símbolo Apostólico: la participación de los creyentes en las cosas santas, especialmente en la Palabra y en la Eucaristía.

Yavé, Dios de la historia, ha entrado en comunión con su Pueblo a través de la Palabra y de la Ley, con las que se comunica para sellar «su alianza» con el Pueblo. La comunión con Dios, el Santo, no es, pues, obra del hombre. No son sus ritos, ofrendas, magia, cosas o lugares sagrados los que alcanzan la comunión con Dios. Es el mismo Dios quien ha decidido romper la distancia **que le separa** del hombre y entrar en **comunión** con él, «participando, en Jesucristo, de la carne y de la sangre del hombre» (Heb 2,14).

Esta comunión de Dios, en Cristo, con nuestra carne y sangre humanas nos ha abierto el acceso a la comunión con Dios por medio de la «carne y sangre» de Jesucristo, pudiendo llegar a «ser partícipes de la naturaleza divina» (2 Pe 1,4). Pues «en la fidelidad de Dios hemos sido llamados a la **comunión** con su Hijo Jesucristo, Señor nuestro» (1 Cor 1,9).

**Nuestro Señor Jesús puede ser designado Cristo de tres modos. El primero, en cuanto Dios, coeterno al Padre; el segundo, en cuanto, por la asunción de la carne, es Dios y Hombre; y el tercer modo es, en cuanto *Cristo total* en la plenitud de la Iglesia, es decir, Cabeza y Cuerpo, como «Varón perfecto» (Ef 4,13), del que somos miembros. Este tercer modo es, pues, el Cristo total según la Iglesia, es decir, Cabeza y Cuerpo, pues la Cabeza y el Cuerpo constituyen el único Cristo. Claramente lo afirma el Apóstol: «Los dos se harán una sola carne» (Gén 2,24) y precisa: «Gran sacramento es éste, lo digo respecto a Cristo y a la Iglesia» (Ef 5,31-32). Como el Esposo y la Esposa, así la Cabeza y el Cuerpo: porque «la cabeza de la mujer es el hombre» (1 Cor 11,3). Ya diga, pues, Cabeza y Cuerpo o Esposo y Esposa, entendemos una sola cosa ...La Cabeza es aquel Hombre que nació de la Virgen María... El Cuerpo de esta Cabeza es la Iglesia. No sólo la que está aquí, sino la extendida por toda la tierra; no sólo la de ahora, sino la que existió desde Abel hasta los que, mientras llega el fin del mundo, han de nacer y creer en Cristo, es decir, todo el pueblo de los santos, que pertenece a una Ciudad, la cual es el Cuerpo de Cristo, cuya Cabeza es El mismo. De ella son también conciudadanos nuestros los ángeles, con la diferencia que nosotros peregrinamos, mientras ellos esperan en la Ciudad nuestra llegada<sup>8</sup>.**

Esta **koinonía** con Cristo se expresa en la aceptación de su Palabra, en el seguimiento de su camino por la cruz hacia el Padre, incorporándonos a su muerte para participar de su

resurrección y de su gloria. Es lo que manifiesta San Pablo en tantas formas: «vivir en Cristo», «sufrir con Cristo», «crucificados con Cristo», «sepultados con Cristo», «resucitados con Cristo», «glorificados con Cristo», «Reinar con Cristo», «coherederos con Cristo», y hasta «sentados con Cristo a la derecha del Padre». Toda la existencia cristiana es comunión de vida y de muerte, de camino y de esperanza con Cristo. La primera **comunión en lo santo** es, pues, «participación de la santidad de Dios», en Cristo Jesús.

La fe en Cristo nos lleva a la comunión con Cristo en la Iglesia. Cuando la fe languidece, Cristo se adormece y el cristiano, abandonado a sus fuerzas, corre el peligro de ser abatido por las tormentas de la vida, siendo arrastrado por la agitación de las tentaciones del mundo. Vivir la comunión con Cristo es no adormecerse ni dejarlo dormir. San Agustín contempla así la comunión de la Iglesia, arraigada en la fe en Cristo y en el amor fraterno. Comentando la primera carta de Juan (2,9;3,15) concluye que Cristo se duerme en quien rompe la comunión con el hermano, por el odio, quedando en las tinieblas y a merced de la agitación del mar:

**A esto (1 Jn 2,9; 3,15) se refiere también aquello que habéis oído en el Evangelio: «La barca estaba en peligro y Jesús dormía» (Lc 8,23). Navegamos, en efecto, a través de un lago y no faltan ni viento ni tempestades; nuestra barca está allí y la invaden las tentaciones cotidianas de este mundo. Y, ¿cuál es la causa de esto, sino que Jesús duerme? Si Jesús no durmiera en ti, no sufrirías estas borrascas, sino que tendrías bonanza en tu interior, pues Jesús velaría contigo. Y, ¿que significa que Jesús duerme? Tu fe en Jesús se ha adormecido. Se levantan las tempestades de este lago, ves triunfar a los malvados y a los buenos que se debaten entre angustias: es la tentación, es la oleada. Y tu alma dice: Oh, Dios, ¿así es tu justicia, que los malvados triunfen y que los fieles se debatan entre angustias? Dices tú a Dios: ¿Es precisamente esta tu justicia? Y Dios te responde: ¿Esta es tu fe? ¿Son estas las cosas que te he prometido? ¿Te has hecho cristiano con el fin de triunfar en este mundo? ¿Te atormentas porque aquí triunfan los malvados, que luego serán atormentados por el diablo? ¿Por qué dices todo esto? ¿Que es lo que hace que te espanten los oleajes del lago? Que Jesús duerme, es decir, que tu fe en Jesús se ha adormecido en tu corazón. ¿Qué hacer para ser liberado? Despierta a Jesús y dile: «Maestro, estamos perdidos». La vicisitudes del lago se agitan: estamos perdidos. El se despertará, es decir, volverá a ti la fe; y, a su luz, verás que todos los éxitos que ahora alcanzan los malvados no perdurarán: de hecho, o los abandonan en vida o ellos los abandonarán cuando mueran. En cambio, lo que a ti te está prometido permanecerá para siempre. Lo que se les concede temporalmente, pronto lo perderán. Triunfan y florecen en verdad como flores de heno. «Toda carne es heno y toda su gloria como flor de heno. Secóse el heno y se cayó la flor; más la palabra del Señor permanece siempre» (Is 40,6-8; 1 Pe 1,24-25).**

**Vuelve, pues, las espaldas a esto que cae y dirige tu mirada a lo que permanece. Si Cristo se despierta, la borrasca no agitará ya tu corazón, las olas no invadirán tu barca; porque tu fe manda a los vientos y a las olas y el peligro pasará<sup>10</sup>.**

Juan, no ofrece al cristiano los éxitos del mundo, sino que nos comunica «la Palabra de vida» (1 Jn 1,1) para que participemos con él «en la comunión con el Padre y con su Hijo Jesucristo» (1,3-4)<sup>11</sup>. Esta comunión se realiza visiblemente en la Eucaristía: «La copa de bendición que bendecimos ¿no es acaso la comunión con la sangre de Cristo? Y el pan que partimos ¿no es comunión con el cuerpo de Cristo» (1 Cor 10,16-17).

La comunión de los santos, dirá J. Ratzinger, alude en primer lugar a la comunión eucarística; el cuerpo del Señor une en una Iglesia a la comunidad esparcida por todo el mundo. Consiguientemente, la palabra **sanctorum** no se refiere a las personas, sino a los dones santos, a **lo santo** que Dios concede a la Iglesia en su celebración eucarística, como auténtico lazo de unidad. La Iglesia se define, pues, por su culto litúrgico como participación en el banquete en torno al Resucitado que la congrega y la une en todo lugar.

Allí donde la comunidad se reúne y celebra a su Señor, los fieles, unidos entre sí, «comulgan con Cristo» y, al participar de vida y de su muerte, hacen pascua con El hacia el Padre. Por ello los creyentes en Cristo, reunidos en asamblea, celebran siempre el memorial del misterio pascual de Cristo y, de este modo, lo actualizan, haciéndose partícipes de él, entrando en comunión con él. Así los cristianos viven el misterio de la comunión con Dios.

Esta koinonía con Dios es don y fruto del Espíritu Santo en la Iglesia. Pablo se lo desea a los corintios, en el saludo final, con la fórmula de ayer y de hoy en la liturgia de la Iglesia: «La gracia del Señor Jesucristo, el amor de Dios y la **comunión del Espíritu Santo** sean con vosotros» (2 Cor 13,13). A esta comunión en el Espíritu, como lo más santo, se apela Pablo en su llamada a la unidad de los filipenses (Flp 2,1).

A la Iglesia fue confiado por el Señor «el Don de Dios» (Jn 4,10; He 8,20) para que, participando de El, sus miembros sean vivificados. En ella fue **depositada la comunión** con Cristo, es decir, el Espíritu Santo, arra de incorrupción (Ef 1,14; 2 Cor 1,22), confirmación de nuestra fe (Col 2,7) y escala de nuestro

ascenso a Dios (Gén 28,12)12.

### 3. COMUNION DE LOS SANTOS

La comunión **en lo santo** nos une a los creyentes en la **comunión de los santos**. La comunión en las cosas santas crea la comunión de los santos: las personas unidas y santificadas por el don santo de Dios. La Iglesia es, pues, la comunidad que vive la comunión de la mesa eucarística, la **comunidad de fieles que experimenta la comunión entre ellos a raíz del banquete eucarístico**.

**El cáliz de la bendición es la comunión con la sangre de Cristo; y el pan que partimos es la comunión con el cuerpo de Cristo. El pan es uno y así nosotros, aunque somos muchos, formamos un solo cuerpo, porque comemos todos del mismo pan (1 Cor 10,16-17).**

En la comunión de los santos vivimos la comunión con Jesucristo (1 Cor 1,9), la comunión en el Espíritu Santo (Filp 2,1; 2 Cor 13,13), la comunión con el Padre y el Hijo (1 Jn 1,3.6), la comunión en el sufrimiento (Filp 3,10) y en el consuelo (2 Cor 1,5.7) y la comunión en la gloria futura (1 Pe 1,4; Heb 12,22-23). Esta comunión se manifiesta en la comunión de unos con otros (1 Jn 1,7).

El Don Santo de Dios -no tiene otro- es el Espíritu Santo. Con este Don nos colma de dones santos, pero todos para la edificación de la **comunión** entre los creyentes, para la edificación de la Iglesia. Todos los dones del Espíritu están destinados a crear la **comunión eclesial** en la comunidad de los creyentes (1 Cor 12-14).

El Espíritu Santo crea la comunión entre los cristianos, introduciéndolos en el misterio de la comunión del Padre y del Hijo, de la que El es expresión. El Espíritu Santo es el misterio de la comunión divina y eterna del Padre y el Hijo. En esa comunión nos introduce el Espíritu Santo (1 Jn 1,3; Jn 10,30; 16,15; 17,11.21-23). Esta es la base y el fundamento de la comunión de los cristianos, de los santos.

**Donde están los Tres, es decir, el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, allí está la Iglesia, que es el cuerpo de los Tres**13.

**La Iglesia es una misteriosa extensión de la Trinidad en el tiempo, que no solamente nos prepara a la vida unitiva, sino que nos hace ya partícipes de ella. Proviene de la Trinidad y está llena**

#### de la Trinidad<sup>14</sup>.

Sólo porque Dios es comunión y, en Cristo, por el Espíritu Santo, entramos en comunión con El, podemos confesar nuestra fe en la **comunión de los santos**: «Si estamos en comunión con Dios... estamos en comunión unos con otros» (1 Jn 6-7). Sólo la comunión con Dios puede ofrecer un fundamento firme a la unión entre los cristianos. Los otros intentos de comunidad se quedan en intentos de comunión; en realidad dejan a cada miembro en soledad o lo reducen a parte anónima de la colectividad, a número o cosa. Comunión de amor en libertad personal es posible sólo en el Espíritu de Dios<sup>15</sup>.

De esta comunión nacen los lazos del afecto entre los hermanos, «porque el amor de Dios ha sido derramado en sus corazones por el Espíritu Santo que han recibido» (Rom 5,5); por ello «no se cansan de hacer el bien, especialmente a los hermanos en la fe» (Gál 6,10), «siendo todos del mismo sentir, con un mismo amor y unos mismos sentimientos, considerando a los demás como superiores a sí mismo, buscando cada cual no su propio interés sino el de los demás» (Filp 2,1ss)... Este es el amor que han recibido de Cristo y el que, en Cristo, viven sus discípulos día a día en su fragilidad: «En cuanto a vosotros, que el Señor os haga progresar y sobreabundar en el amor de unos con otros, y en el amor para con todos, como es nuestro amor para con vosotros, para que se consoliden vuestros corazones con santidad irreprochable ante Dios, nuestro Padre, en la venida de nuestro Señor Jesucristo, **con todos los santos**» (1 Tes 3,12-13). Quien ha sido amado puede, a su vez, amar: «Amemos, porque El nos amó primero» (1 Jn 4,19)<sup>16</sup>.

La comunión con Dios, en el amor de Cristo, derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo, se explicita en la comunidad de los creyentes, que celebra su fe y viven en el amor mutuo su existencia. El amor a Dios se explicita en el amor fraterno (1 Jn 4,20-21). La fe en Dios lleva a creerse los unos a los otros. Esperar en Dios significa también esperar y confiar en los otros, a quienes Dios ama y posibilita la conversión al amor (1 Cor 13,4-7).

#### 4. COMUNION CON LA IGLESIA CELESTE

La comunión de los santos supera las distancias de lugar y de tiempo. En la profesión de fe confesamos la comunión con los

creyentes esparcidos por todo el orbe, la comunión de las Iglesias en comunión con el Papa. Pero confesamos también que la comunión de los santos supera los límites de la muerte y del tiempo, uniendo a quienes han recibido en todos los tiempos el Espíritu y su poder único y vivificante: une la Iglesia peregrina con la Iglesia triunfante en el Reino de los cielos. En la Eucaristía podemos cantar unidos -asamblea terrestre y asamblea celeste- el mismo canto: «¡Santo, Santo, Santo!».

Es en la liturgia donde vivimos plenamente la comunión con la Iglesia celeste, porque en ella, junto con todos los ángeles y santos, celebramos la alabanza de la gloria de Dios y nuestra salvación (SC, n. 104)

**Nuestra unión con la Iglesia celestial se realiza de modo excelente cuando en la liturgia, en la cual la virtud del Espíritu Santo obra en nosotros por los signos sacramentales, celebramos juntos con alegría fraterna la alabanza de la divina Majestad, y todos los redimidos por la sangre de Cristo de toda tribu, lengua, pueblo y nación (Ap 5,9), congregados en una misma Iglesia, ensalzamos con un mismo cántico de alabanza al Dios Uno y Trino. Al celebrar, pues, el sacrificio eucarístico es cuando mejor nos unimos al culto de la Iglesia celestial en una *misma comunión* (LG, n. 50).**

Por Jesús, el Salvador, en quien se cumplen las promesas del Padre, y mediante el Espíritu que actualiza e impulsa en la historia la salvación a su plenitud final, la Iglesia supera todas las distancias. Allí donde los cristianos celebran su salvación en Eucaristía exultante se hacen presentes todos los fieles del mundo, los vivos y «los que nos precedieron en la fe y se durmieron en la esperanza de la resurrección», los santos del cielo, que gozan del Señor: «María, la Virgen Madre de Dios, los apóstoles y los mártires, y todos los santos, por cuya intercesión confiamos **compartir** la vida eterna y cantar las alabanzas del Señor», en «su Reino donde esperamos gozar todos juntos de la plenitud eterna de su gloria», «junto con toda la creación libre ya del pecado y de la muerte». (Plegarias Eucarísticas).

**Así, pues, hasta que el Señor venga revestido de majestad y acompañado de todos sus ángeles (Mt 25,31) y, destruida la muerte, le sean sometidas todas las cosas (1 Cor 15,26-27), algunos entre sus discípulos peregrinan en la tierra, otros, ya muertos, se purifican, mientras otros están glorificados contemplando claramente al mismo Dios, Uno y Trino, tal cual es; mas todos, aunque en grados y modos distintos, estamos unidos en caridad fraterna y cantamos el mismo himno de gloria a nuestro Dios. Porque todos los que son de Cristo y tienen su Espíritu crecen juntos y en Él se unen entre sí, formando una sola Iglesia (Ef 4,16). Así que la unión de los peregrinantes con los hermanos que durmieron en la paz de Cristo, de ninguna manera**

se interrumpe, antes bien, según la constante fe de la Iglesia, se fortalece con la *comunicación de bienes* espirituales. Y, estando los bienaventurados más íntimamente unidos a Cristo, consolidan más eficazmente a toda la Iglesia en la santidad, ensalzan el culto que ella ofrece a Dios en la tierra y contribuyen de múltiples formas a su mayor edificación (1 Cor 12,12-27). Pues, habiendo sido ya recibidos en la patria y hallándose en la presencia del Señor (2 Cor 5,8), por El, con El y en El no cesan de *interceder* por nosotros ante el Padre. (LG, n. 49).

La Iglesia peregrina, desde los primeros tiempos del cristianismo, reconoció esta comunión del Cuerpo de Cristo y conservó con gran piedad el recuerdo de los difuntos y ofreció sufragios por ellos (2 Mac 12,46). Siempre creyó la Iglesia que los apóstoles y mártires de Cristo, por haber dado un supremo testimonio de fe y de amor con el derramamiento de su sangre, nos están íntimamente unidos; a ellos junto con la Bienaventurada Virgen María y los santos Ángeles veneró con peculiar afecto e imploró su intercesión... Veneramos la memoria de los santos del cielo para que la unión de la Iglesia en el Espíritu sea corroborada (Ef 4,1-6). Porque así como la comunión entre los peregrinos por la tierra nos acerca a Cristo, así la comunión con los santos nos une con Cristo, de quien procede como de Fuente y Cabeza toda la gracia y vida del mismo Pueblo de Dios. (LG, n. 50).

La comunión de los santos la vivimos más allá de la muerte también con los hermanos que aún están purificándose, por quienes intercedemos ante el Padre. La comunión eclesial se prolonga más allá de la muerte, continuando la purificación de sus fieles, «en camino hacia el juez» (Mt 25,26), como defiende San Cipriano contra los rigoristas. La unión eclesial de cada cristiano no se interrumpe en el umbral de la muerte. Los miembros de un mismo Cuerpo siguen «sufriendo los unos por los otros y recibiendo los unos de los otros, preocupándose los unos de los otros» (1 Cor 12,25-26).

El límite de división no es la muerte, sino el estar con Cristo o contra Cristo (Filp 1,21). Los santos interceden por sus hermanos que viven aún en la tierra y los vivos interceden por sus hermanos que se purifican en el **Purgatorio**. El fundamento de nuestra comunión es Cristo, en la construcción de la Iglesia y en la vida de cada cristiano:

**Pues nadie puede poner otro cimiento que el ya puesto: Jesucristo. Y si uno construye sobre este cimiento con oro, plata, piedras preciosas, madera, heno, paja, la obra de cada cual quedará al descubierto; la manifestará el Día, que ha de revelarse por el fuego. Aquel, cuya obra construida sobre el cimiento resista, recibirá la recompensa. Mas aquel, cuya obra quede abrasada, sufrirá el daño. El, no obstante, quedará a salvo, como quien pasa a través del fuego (1 Cor 3,11-15).**

El purgatorio adquiere su sentido estrictamente cristiano, si se

entiende que el mismo Señor Jesucristo es el fuego purificador, que cambia al hombre, haciéndolo «conforme» a su cuerpo glorificado (Rom 8,29; Filp 3,21). El es la fuerza purificadora, que acrisola nuestro corazón cerrado, para que pueda insertarse en su Cuerpo resucitado. El corazón del hombre, al adentrarse en el fuego del Señor, sale de sí mismo, siendo purificado para que Cristo le presente al Padre.

El purgatorio es el proceso necesario de transformación del hombre para poder unirse totalmente a Cristo y entrar en la presencia o visión de Dios -«sólo los limpios de corazón gozan de la bienaventuranza de la visión de Dios» (Mt 5,8)-. El purgatorio es, pues, el triunfo de la gracia por encima de los límites de la muerte. Es la gracia, fuego devorador del amor de Dios, que quema «el heno, la madera y la paja» de las obras de nuestra débil fe. El encuentro con el Señor es precisamente esa transformación, el fuego que acrisola al hombre hasta hacerlo imagen suya en todo semejante a El, libre de toda escoria. Así Jesucristo puede presentar al Padre la «comunidad de los santos», su Cuerpo glorioso, la «Iglesia resplandeciente sin mancha ni arruga ni cosa parecida, sino santa e inmaculada» (Ef 5,27; 2 Cor 11,2; Col 1,22), «engalanada con vestiduras de lino, que son las buenas acciones de los santos» (Ap 19,8;21, 2.9-11):

**Porque el Señor es el Espíritu, y donde está el Espíritu del Señor, allí está la libertad. Así todos nosotros, que con el rostro descubierto reflejamos como en un espejo la gloria del Señor, nos vamos transformando en esa misma imagen cada vez más gloriosos: así es como actúa el Señor, que es Espíritu (2 Cor 3,17-18)18.**

El Espíritu Santo, comunión eterna del Padre y del Hijo, ya en la tierra, en la celebración nos introduce en el misterio de la comunión de Dios junto con todos los salvados por Cristo. En la Sión celeste, por la que suspiraban los padres (Heb 11,10.16), en torno a Cristo triunfante, nos reuniremos con los ángeles también los cristianos (Lc 10,20; St 1,18), que Cristo ha santificado y perfeccionado (Heb 10,14; 11,40):

**Acercándonos al monte Sión, ciudad del Dios vivo, Jerusalén del cielo, asamblea de los innumerables ángeles, congregación de los primogénitos inscritos en el cielo, a Dios, juez de todos, a las almas de los justos que han llegado a su consumación, y a Jesús, Mediador de la nueva alianza (Heb 12,22-24).**

Participando todos de la misma salvación del único Salvador y del único Espíritu, que obra todo en todos, los fieles se



transmiten mutuamente santidad y vida eterna. A través de la **plegaria** se establece, por tanto, un misterioso intercambio de vida entre todos.

**Ante todo, el Doctor de la paz y Maestro de la unidad no quiso que hiciéramos una oración individual y privada, de modo que cada cual rogara sólo por sí mismo: «Padre mío, que estás en los cielos», ni «dame hoy mi pan de cada día», ni pedimos el perdón de las ofensas sólo para cada uno de nosotros, ni pedimos para cada uno en particular que no caigamos en la tentación y que nos libre del mal. Nuestra oración es pública y común, y cuando oramos lo hacemos no por uno solo, sino por todo el pueblo, ya que todo el pueblo somos como uno solo. El Dios de la paz y el Maestro de la comunión, que nos enseñó la unidad, quiso que orásemos cada uno por todos, del mismo modo que El incluyó a todos los hombres en su persona<sup>19</sup>.**

Vivir **la comunión de los santos** es vivir la existencia como don de Dios, el amor como fruto del Espíritu Santo en el cuerpo eclesial de Cristo. Es, pues, salir del círculo cerrado del egoísmo, que traza el miedo a la muerte, y vivir con los demás y para los demás. Vivir es convivir, recibiendo vida de los otros y dando la vida por los demás. Se gana la vida dándola y se pierde guardándola para uno mismo (Mc 8,35).

Así la **comunión** es la celebración festiva del triunfo del amor sobre la muerte. Haciendo memorial de la muerte pascual de Cristo, celebramos, en el beso fraterno de la paz, la victoria de la resurrección, cantando con los santos y los ángeles el canto nuevo de los redimidos por el Cordero, en la esperanza gozosa de sentarnos en el banquete eterno «con Abraham, Isaac y Jacob y todos los profetas, y los que vendrán de Oriente y de Occidente, del norte y del sur, para ponerse a la mesa en el Reino de Dios» (Lc 13,28-29).

.....

1. CATECISMO ROMANO, I,9,1-27.
2. De aquí que falten los comentarios directos de este artículo en los Santos Padres de los cuatro primeros siglos.
3. NICETAS DE REMESIANA, Explanatio Symboli 10.
4. Cfr. R. BLAZQUEZ, La Iglesia del Concilio Vaticano II, Salamanca 1988, p. 55-78.
5. Didaje, cap. 9,1.

6. He 8,8.39; 13,48.52; 16,34; Lc 1,14; Rom 15,13; Filp 1,4.
7. SAN IRENEO, *Adversus Haereses* IV,23,1.
8. SAN AGUSTIN, *In Joan* 21,8; *Sermón* 341; *Enarr in Ps* 127,3...
9. Cfr Rom 6,4-8; 8,18; 2Cor 7,3; Gál 2,19; Col 2,12-13; Ef 2,5-6; 2Tim 2,2...
10. SAN AGUSTIN, *Enarratio in Psalmum XXV* 4.
11. Jn 14,20; 15,1-6; 17,11.20-26; 1Jn 2,5-6.24.27; 3,6.24; 4,12-16...
12. SAN IRENEO, *Adversas Haereses* III 24,1.
13. TERTULIANO, *De Baptismo* VI.
14. H. de LUBAC, *Paradosso e mistero della Chiesa*, Milán 1979, p.25.
15. Cfr. X. PIKAZA IBARRONDO, *Creo en la comunión de los santos*, en *El credo de los cristianos*, o.c., p. 134-149.
16. Habría que leer toda la primera carta de San Juan.
17. SAN AGUSTIN, *Enarr. in Ps* 85,24; SAN JERONIMO, *Liber contra Vigilantium* 6; SANTO TOMAS, *In 4, Sent.d.45 q.3 a 2.*; SAN BUENAVENTURA, *In 4 Sent. d.45 a.3 q.2...*
18. Cfr. J. RATZINGER, *Escatología*, Barcelona 1980, p. 204-216, con sus referencias patrísticas.
19. SAN CIPRIANO, *Sobre la oración del Señor*, c.8-9.

**EMILIANO JIMÉNEZ**  
*EL CREDO, SÍMBOLO DE LA FE DE LA IGLESIA*  
**Ediciones EGA, Bilbao 1992, págs. 171-183**

## EL PERDÓN DE LOS PECADOS

El Credo cristiano, en su estructura trinitaria, sitúa el perdón de los pecados como explicitación de la fe en el Espíritu Santo en la Iglesia. El amor de Dios, Padre misericordioso, que ha reconciliado al mundo consigo, por la muerte y resurrección de Jesucristo, ha enviado el Espíritu Santo a la Iglesia para hacer presente y actual esta obra en **el perdón de los pecados**. Así lo recoge la fórmula de la absolución del sacramento de la Penitencia:

**Padre misericordioso,  
que reconcilió consigo al mundo  
por la muerte y la resurrección de su Hijo  
y derramó el Espíritu Santo  
para la remisión de los pecados,  
te conceda,  
por el ministerio de la Iglesia,  
el perdón y la paz.**

El pecado, vivido en la presencia de Dios Padre, reconocido a la luz de Cristo y confesado bajo el impulso del Espíritu Santo, se convierte en la Iglesia en **acontecimiento de celebración** de la Buena Nueva. El encuentro con Cristo lleva al cristiano a verse a sí mismo, en su ser y en su actuar, como creación de Dios y como recreación en el Espíritu. Así su fe es acción de gracias por el don de la vida, confesión de la propia infidelidad frente a la fidelidad del amor de Dios, que no se queda en la tristeza o en el hundimiento por el sentido de culpabilidad, sino que se hace canto de glorificación a Dios, confesión de fe, celebración del perdón.

**Para indicar cuál era el provecho de la confesión del Credo, nuestros Padres dijeron: «el perdón de los pecados». Con ello no se refieren a una remisión simple, sino a la *completa destrucción del pecado*, como cuando dice Cristo: «Este es mi cuerpo, que rompo por todos para el perdón de los pecados» (Mt 26,26-28), es decir, para que éstos sean borrados. Por eso dice San Juan: «He aquí el Cordero de Dios, que quita los pecados del mundo» (Jn 1,29). Esto se cumplirá plenamente en el mundo futuro, pero hemos de creer que ya ahora por la comunión de los Sagrados Misterios son absolutamente cancelados nuestros pecados, pues Cristo dice: «Esta es mi Sangre, que ha sido derramada por vosotros para el perdón de los pecados» (Mt 26,26-28)<sup>1</sup>.**

Perdón y pecado, en este orden, forman parte de la experiencia cristiana, de modo que integran la confesión de fe de la Iglesia. Por eso el Símbolo profesa: **Creo en el perdón de los pecados.**

## **1. El perdón**

El perdón de los pecados es una de las manifestaciones del Espíritu Santo, que prolonga y actualiza la obra de Cristo en la Iglesia. La resurrección de Cristo se hace presente en la Iglesia creando, mediante el Espíritu Santo, la «comunidad de los santos», es decir, la comunión de los que viven del «perdón de los pecados». El perdón de los pecados cobra, en la profesión de fe, un significado sacramental. Se vive en el bautismo y en la penitencia, «segundo bautismo».

**El Apóstol dijo: «Purificad la levadura vieja, para ser masa nueva, pues sois ázimos» (1 Cor 5,7). Y esto, porque la Iglesia entera toma sobre sí el peso del pecador, el cual sufre en el llanto, en la oración y en la penitencia, rociándose toda entera como de su levadura, a fin de que con la ayuda de todos sea purificado cuanto queda por expiar en algún penitente. También porque la mujer del Evangelio (Mt 13,33; Lc 20-21), símbolo de la Iglesia, oculta la levadura en la propia harina, hasta que toda la masa quede fermentada y sea toda ella pura. ¡El Reino de los cielos es la redención del pecador! Por eso, arrasémonos todos con la harina de la Iglesia hasta ser todos una masa nueva. Pues el Apóstol añadió: «Nuestra Pascua, Cristo, ha sido inmolada» (1 Cor 5,6), es decir, la pasión del Señor hizo bien a todos, redimiendo a los pecadores que se arrepintieron de sus pecados. «¡Celebremos por tanto un banquete!» (1 Cor 5,8) de «manjares exquisitos» (Is 25,6), haciendo penitencia y alegres por el rescate: ¡No hay alimento más delicioso que la benevolencia y la misericordia! En nuestros banquetes jubilosos no se mezcle ningún malhumor por la salvación concedida a los pecadores, y nadie se mantenga alejado de la casa paterna, como el hermano envidioso, que se irritaba porque su hermano había sido acogido en casa habiendo preferido que permaneciese alejado de ella para siempre (Lc 15,25-30). El Señor Jesús se ofende más con la severidad que con la misericordia de sus discípulos<sup>2</sup>.**

El perdón de los pecados, -que sigue en el Credo a la confesión de fe en Dios Padre, en Jesucristo, y en el Espíritu Santo-, significa que el cristiano se ve a sí mismo, y su actuación, ligado en alianza con Dios, a quien ha confiado su existencia. Pecado y perdón no hacen referencia a una ley anónima, a un orden abstracto roto y restablecido, sino a una historia de amor entre personas con infidelidades y restablecimiento del amor por la fidelidad. Desde la fidelidad inquebrantable de Dios, el perdón se experimenta como el milagro de la gratitud incondicional del

amor de Dios.

Dios, «misericordioso y clemente, perdona la iniquidad, la rebeldía y el pecado» (Ex 34,6-7), «no nos trata según nuestros pecados» (Sal 103,10), pues «es grande su misericordia» (Sal 51,3). El es «el Dios de los perdones» (Neh 9,17), que «se arrepiente del mal decretado por los pecados» (Ex 32,12-14; Am 7,3.6; Jr 18,8;26,13.19;42,10), «echa los pecados a la espalda» (Is 38,17), «los pasa por alto» (Miq 7,18; Pr 19,11), «los cubre» (Sal 32,1;65,4;85,3; Neh3,37), «los pisotea» (Miq 7,19), «no los recuerda» (Is 43,25), «los lava» (Jr 4,14;Sa151,4.9), «los purifica» (Lv 16,30; Jr 33,8), «los cancela» (Is 43,25;44,22;Sa1 109,14), «los perdona» (Nu 30,6-13; Dt 29,19; Jr 5,1.7;31,34;33,8;36,3; Is 55,6-7...).

**Terrible es el pecado, gravísima enfermedad del alma la culpa, pero no incurable. Siendo terrible para quien a él se adhiere, es fácilmente sanable para el que -por la conversión- se aleja de él... ¿Qué mayor crimen que crucificar a Cristo? Pues aún este se lava con el bautismo. Pedro decía a los tres mil que, habiendo crucificado a Cristo, preguntaban: «¿Qué haremos, hermano?», «convertíos y que cada uno se haga bautizar en el nombre de Jesucristo para el perdón de los pecados y recibiréis el Espíritu Santo» (He 2,38). ¡Oh inefable misericordia de Dios! Quienes desesperaban de la salvación, fueron juzgados dignos de recibir el Espíritu Santo... Si alguno de vosotros ha crucificado a Cristo con sus blasfemias (Heb 6,6); si alguno, por ignorancia, le ha negado ante los hombres (Mt 10,33; 2 Tiro 2,12); si alguien, con sus malas acciones, ha hecho que Cristo sea blasfemado (Rom 2,24; Sant 2,7; Pe 2,2), espere en la conversión, pues ¡aún está pronta la gracia!3.**

Para que el hombre alcance el perdón de los pecados, Dios le da tiempo para la conversión, como en tiempos de Noé, que anuncia la conversión, o de Jonás que se la anuncia a los Ninivitas, aunque fueran ajenos a Dios. Sólo quien endurece su corazón se priva del perdón de los pecados.

**Llamar a conversión es utilísimo a los hombres. Pues nadie hay sin pecado (Is 53,9; 1 Pe 2,22; Jn 8,46; 2 Cor 5,21). Recomendamos la conversión no para fomentar el pecado, sino deseando que el caído se levante. Pues la desesperación induce al caído a revolcarse en sus pecados, mientras que la esperanza de la penitencia le impulsa a levantarse y no pecar más. ¿Quiénes somos nosotros para imponer una ley a Dios? El quiere perdonar los pecados, ¿quién puede prohibirlo? El dice: ¿Acaso no se levantará el que cae?» (Jr 8,4). Contradice, pues, a Dios quien dice: «el que cae no puede levantarse». ¿Hay algo más difícil de limpiar que el carmesí? ¿Qué hay más blanco que la nieve o la lana? Pues quien creó éstas dice: Aunque vuestros pecados fueran de colores imborrables, con sólo *lavaros* recibiréis la blancura de la nieve (Is 1,18). Con sólo decir David: «he pecado», obtuvo ya el perdón: «Dios ha perdonado ya tu**

**pecado» (2 Sam 12,1-13)... Y si preguntamos al *Salvador* por el motivo de su venida, nos responde: «No vine a salvar a los justos, sino a llamar a los pecadores a conversión» (Mt 9,13). Preguntémosle: ¿Qué llevas sobre tus hombros? y nos responde: «La oveja perdida» (Lc 15,4-6). ¿Por qué hay alegría en el cielo?, nos responde: «Por un pecador que se convierte» (Lc 15,78). Los ángeles se alegran ¿y tú sientes envidia? Dios recibe al pecador con gozo, ¿y tú lo prohíbes?... Y si te indigna que sea recibido con un banquete el hijo pródigo después de haber pastoreado cerdos y haber malgastado todo, recuerda que también se indignó el hermano mayor y se quedó fuera, sin participar de la fiesta... De pecador, Pablo se convirtió en evangelizador, ¿qué dice de sí mismo? «Jesucristo vino al mundo a salvar a los pecadores, de los que yo soy el primero» (1Tim 1,15). Confiesa su propio pecado para, así, mostrar la grandeza de la gracia. Pedro, que había recibido la bendición de Cristo con su confesión de fe (Mt 16,16), sin embargo le negó tres veces, no para que Pedro cayese, sino para que tú fueses consolado pues «lloró» (Mt 26,69-75)... ¿Te queda algo que oponer a la penitencia? ¿Para qué se nos lee la Palabra? Para que desistamos del pecado. ¿Para qué somos regados? Para que fructifiquemos. ¿Para qué oramos? Para que nos perdonen los pecados (Mt 6,12)4.**

Jesús pasó entre los hombres perdonado los pecados (Mc 2,5; Lc 7,48) y otorgó a los hombres ese poder (Mt 9,8). Es el gran poder que deja a la Iglesia: «Recibid el Espíritu Santo; a quienes perdonéis los pecados, les quedan perdonados» (Jn 20,22; Mt 16,19). Es su misión: vino «a llamar a los pecadores», a «proclamar el año de gracia» o el tiempo del perdón de Dios (Lc 4,18-19).

La bondad del Padre es ilimitada, pues es «compasivo» (Lc 15,20; Mt 18,27) y «bueno» (Mc 10,18; Mt 20,15; 7,11) incluso con «los malos e injustos» (Mt 5,45) y «con los ingratos y perversos» (Lc 6,35). Su amor le lleva «a correr» al encuentro del pecador (Lc 15,20).

Jesús. Hijo del tal Padre, no sólo anunció el perdón del Padre, sino que perdonó a la mujer adúltera sorprendida en su pecado (Jn 8,1-11), a la pecadora pública que se le presentó en casa de Simón (Lc 7,36-50), al paralítico de Cafarnaum (Mc 2,1-12), que ni pide el perdón ni la curación, sino sólo «por la fe de quienes le llevaron ante El». Desató de su pecado al paralítico de Jerusalén (Jn 5,5-14) y a la mujer encorvada a «la que Satanás tuvo atada por dieciocho años» (Lc 13,10-17), como liberó a otros muchos (Mt 12,28; Mc 3,22-27; Lc 13,16)...

**Por eso enseñó a decir en la oración: «Perdónanos nuestras deudas» (Mt 6,12), pues somos deudores de Nuestro Padre, por no haber escuchado Adán «la voz del Señor Dios». Con razón, igualmente el Logos, «Voz del Padre», puede decir al hombre: «Te son perdonados tus pecados» (Mt 9,2; Lc 7,48). Así Aquel,**

contra quien al principio habíamos pecado, otorgaba finalmente el perdón de los pecados. Pues, ¿cómo habrían podido ser perdonados nuestros pecados realmente, si Aquel, contra quien habíamos pecado, no nos hubiera otorgado el perdón «por las entrañas de misericordia de nuestro Dios, en las que nos visitó» (Lc 1,78) en su Hijo?... Nadie puede perdonar los pecados sino Dios (Lc 5,21). Cristo «perdonaba y curaba al hombre», porque había recibido del Padre «el poder de perdonar los pecados» (Mt 9,6) por ser Hombre y Dios. Como hombre padecía con nosotros, como Dios tenía misericordia de nosotros y nos perdonaba<sup>5</sup>.

El perdón es la fuente de un amor más grande; con su gratuidad crea la gratuidad en el pecado perdonado:

Dios fue magnánimo cuando el hombre le abandonó, anticipándose con la victoria que le sería concedida por el Logos. Pues, como permitió que Jonás fuese tragado por el monstruo marino (Jon 2,1-11), no para que pereciera totalmente, sino para que, al ser vomitado (2,11), glorificase más a quien le había otorgado tan inesperada salvación, así desde el principio permitió Dios que el hombre fuese tragado por el gran monstruo, Satanás, autor de la transgresión (Gén 3,1-6.14), no para que pereciera totalmente, pues tenía preparado de antemano el don de la salvación en Quien la realizaría por el signo de Jonás (Mt 12,39-40), sino porque quiso que el hombre pasase por todas las situaciones y gustase el conocimiento de la muerte, para llegar por ella a la resurrección de los muertos (Jn 5,24; Ef 5,14) y experimentar de qué mal había sido librado. Así sería siempre grato al Señor, por haber recibido de El el don de la incorrupción, y le amaría mucho más, pues «ama más aquel a quien más se le perdona» (Lc 7,42-43)<sup>6</sup>.

El perdón de Dios es oferta gratuita y nunca conquista o derecho merecido del hombre. Por ello, desde el perdón de Dios, el creyente descubre la gravedad de su pecado, como traición al amor de Dios, como infidelidad o adulterio frente a la fidelidad de Dios.

## **2. EL PECADO**

La narración del Génesis es la expresión de la experiencia de Israel y de todo hombre. El hombre sabe que su vida es don de la llamada de Dios a la existencia. Sabe que su vida es, desde su origen, vida dialogal. En soledad el hombre no es hombre. El pecado, que interrumpe el diálogo, lleva siempre al hombre a la desnudez, a la necesidad de esconderse, de aislarse, al miedo, a la soledad, a la muerte.

La conciencia de su relación dialogal con Dios, posibilitó a Israel vivir sus transgresiones y pecados en forma original: ante Dios.

Y ante la fidelidad inquebrantable de Dios, cada infidelidad, con sus consecuencias de fracaso y muerte, terminaba convirtiéndose en acontecimiento privilegiado de su historia de salvación: en descubrimiento del amor sin medida de Dios. Sólo la Historia de Israel recoge las derrotas y fracasos. Los demás pueblos sólo narran las victorias y triunfos de sus héroes. Así se han extinguido todos los imperios. Desde la derrota no quedaba posibilidad de comenzar de nuevo la historia. En Israel, el reconocimiento del propio pecado y su confesión ante Dios se transformaba siempre en comienzo de una nueva historia, en redescubrimiento de Dios<sup>7</sup>.

Esta experiencia de la relación dialogal del pueblo con Dios aparece con fuerza singular en los profetas. Oseas hace de su propia vida un sacramento del amor esponsal de Dios y el pueblo (Os 1-3). Dios es el esposo fiel que busca a la esposa que se prostituye reiteradamente con los ídolos. Jeremías, Ezequiel e Isaías prolongan esta misma vivencia en escenas de una vivencia y realismo únicos<sup>8</sup>.

La historia del pueblo elegido está marcada profundamente por el pecado (Ez 20,7-31; 23,3-49; Sal 106). Ya en Egipto, Israel sirvió a otros dioses (Jos 12,14), se **prostituyó** con ellos (Ez 23,3.8.19.21.27). Dios lo liberó, sin embargo, «por amor de su nombre» (Ez 20,9) y «porque eterno es su amor» (Sal 106,10-12; Dt 7,8); pero incluso después de la liberación de Egipto, Israel se olvidó de ese amor, «revelándose contra Dios en el mar de las Cañas» (Sal 106,7) y continuamente a lo largo del paso por el desierto (Sal 78,17.40; Ez 20, 13-14.21); también en la tierra reiteradamente se rebeló contra El (Sal 106,43), mereciendo el calificativo de «generación rebelde y malvada» (Sal 78,8), «pueblo de rebeldes» (Ez 2,5-8; 3,9.26-27; 17,12; 24,3; 44,6), que murmura contra Moisés (Ex 15,24; 17,3; Nu 20,3-4; 14,36), contra Aarón (Ex 16,2; Nu 14,2) y contra Yavé mismo (Ex 16,7-9.11; Nu 16,11; Dt 1,27)...

Pero Israel vive el pecado como un drama en el interior de unas relaciones de amor con Dios, relaciones que se rompen por su parte y se recrean por la fuerza creadora del amor de Dios, que le ofrece de nuevo su amor.

La plenitud irrevocable de esta oferta del amor fiel de Dios y su victoria sobre la infidelidad humana aparece en Jesucristo muerto y resucitado. Ante la Cruz de Cristo aparece el pecado en toda su monstruosidad y el amor de Dios en toda su sublimidad.



Es la locura y el absurdo frente a la autonomía cerrada del hombre griego, pagano, científico y técnico; y el escándalo frente al juridicismo, legalismo del hombre religioso y fariseo, que busca en sí mismo su justificación.

El hermano mayor no puede comprender la fiesta del perdón ofrecida al hermano menor al regreso de sus orgías despilfarradoras de la herencia del padre (Lc 15,11-32). Como no comprenden el perdón de Jesús a la mujer sorprendida en adulterio (Jn 8,1-11) quienes, con las piedras en las manos hipócritas, intentan cumplir la Ley (Lv 20,10; Dt 22,22-24). En el encuentro a solas con Cristo y la adúltera hallamos la historia, todos los días repetida, entre Dios y nosotros. El «no te condeno» de Jesús es el fruto de su muerte en la cruz por cada uno de nosotros: «La vida que vivo al presente, la vivo en la fe del Hijo de Dios que me amó y se entregó por mí» (Gal 2,20). En este «mí» está concentrada toda la profundidad personal del pecado, que hace de contrapunto para valorar la sublimidad del amor y la entrega. Morir por un justo entra en las posibilidades humanas, pero dar la vida por el impío, morir por el perseguidor, por el enemigo, es «la prueba del amor de Dios en Cristo» (Rom 5,7-8).

El pecado confesado se transforma en celebración de las maravillas de Dios. Sin Dios, el hombre no encuentra salida a su culpa. De aquí su intento vano de negarla y autojustificarse con excusas y acusaciones a los demás. Pero su valoración no está en la conquista del amor de sí mismo por la propia absolución, en la que no se puede creer. No es la conquista del amor, sino la acogida del amor la que libera y salva al hombre de su culpa. Sólo cuando escucha de la boca de Dios la palabra del perdón se siente vivo, reconciliado, capaz de comenzar de nuevo la historia.

Aquí radica el drama de nuestro mundo. Hoy, en el mundo y entre algunos llamados cristianos, se ha perdido el sentido del pecado, con lo que se ha agudizado el sentido de culpabilidad. El reconocimiento del pecado lleva a la experiencia de la alegría en el perdón, como vivencia del amor gratuito, el único amor liberador del hombre. La experiencia oculta de culpabilidad, en cambio, se abre cauces oscuros en la existencia humana en forma de tristeza, miedos, desesperación, sensación de absurdo de la vida, náusea de todo, aburrimiento, con todas las expresiones y violencia contra uno mismo y contra los demás: drogadicción y narcotráfico puede ser un ejemplo, suicidios y

abortos, otro.

El hombre en soledad, con su fracaso a cuestas, se asfixia y vive bajo los impulsos de autodestrucción. Es la palabra de Judas, que se siente condenado por la ley de sí mismo y se suicida. Le hubiera bastado levantar la mirada a Cristo, como hace Pedro con ojos cargados de lágrimas, para experimentar el perdón y la vida.

Frente a esta situación es preciso anunciar la buena nueva del «perdón de los pecados», que supone el reconocimiento y confesión del propio pecado. La actitud farisea de autojustificación y, consiguiente, condenación de los demás no produce más que una tapadera del mal, que desde dentro destruye al hombre; en palabras bíblicas, el «sepulcro blanqueado» no impide la corrupción interior.

En la predicación de Jesús el pecado ocupa un lugar central. El se sabe enviado a anunciar la conversión del pecado, a «buscar a los pecadores» (Mc 2,17p), es decir, a «buscar y salvar lo que estaba perdido» (Lc 19,10), «hospedándose en su casa» (Lc 19,5-7), «acogiéndolos y comiendo con ellos» (Lc 15,1-2; Mc 2,15-17), «como amigo de pecadores» (Mt 11,19; Lc 7,34).

El pecado se origina en lo más íntimo del hombre, donde el maligno le insinúa e infunde el ansia de ser como Dios, de robar a Dios «el fuego sagrado», en el deseo de autonomía. El pecado para Jesús no es una simple transgresión de las «tradiciones humanas» (Mc 7,8) sobre purificaciones (Mt 15,2-8), ayunos (Mc 2, 18-20) o reposo sabático (Mc 2,23-28;3,1-5). El pecado no es algo **exterior** al hombre. Tiene sus raíces en el corazón: en el corazón es ahogada la Palabra de Dios (Mc 4,18-19) y «del corazón provienen todos los pecados que manchan al hombre: intenciones malas, fornicaciones, robos, asesinatos, adulterios, avaricias, maldades, fraudes, libertinaje, envidias, injurias, insolencias, insensateces. Todas estas perversidades salen de dentro y contaminan al hombre» (Mc 7,20-23).

Aunque Jesús sabe también que el origen último del pecado no está en el hombre. Los pecadores son, en realidad, «hijos del maligno» (Mt 13,38; Jn 8,38-44). El es el «malvado» (Mt 5,37; 6,13;12,45; Lc 7,21;8,2). El diablo es quien esclaviza al hombre (Lc 13,16); Mc 3,27) y le enfrenta a Dios (Mt 12,28; Lc 11,20); él arrebató la Palabra sembrada en el corazón (Mc 4,4.15) y engaña «siendo mentiroso y padre de la mentira» (Jn 8,44),

llevando al hombre a la muerte, pues es «homicida desde el principio».

**No eres tú el único autor del pecado; también lo es el pésimo consejero: el *Diablo*. El es su autor y padre del mal, pues «el Diablo peca desde el principio» (Jn 3,8). Antes que él nadie pecaba. Así recibió el nombre por lo que hizo, pues siendo arcángel, por haber «calumniado» (*diaballein*) fue llamado Diablo (Calumniador)<sup>9</sup>. De ministro bueno de Dios, se hizo *satanás*, que significa «adversario»<sup>10</sup>, que fomenta las pasiones. Por su causa fue arrojado del Paraíso nuestro padre Adán... Pero no desesperemos. Lo terrible es no creer en la conversión. Quien no espera la salvación acumula sin remedio males sobre males; pero el que espera la curación, fácilmente alcanza el perdón. ¡Dios es misericordioso y más potente que nuestro adversario! ¡Dile al médico tu mal! Díselo como David: «Contra mí mismo confesaré mi iniquidad al Señor», y se te aplicará lo que sigue: «Y Tú perdonaste la iniquidad de mi corazón» (Sal 37,19; 31,5). Pecó Adán y Dios, arrojándole del Paraíso, le hizo habitar «frente a él» (Gén 3,24), para que, contemplando de dónde había salido y dónde había caído, se salvara por la penitencia...<sup>11</sup>.**

En definitiva la lucha del Diablo **-diaballein** = separar, dividir es por alejar al hombre de Dios. Así lo ve Jesús, que concibe su misión como **llamada a conversión**, a volver a Dios (Mc 1,15). Jesús ha venido a «reunir a los hijos dispersos de Israel» (Mt 23,37). Los pecadores son como una «dracma perdida», una «oveja perdida» o un «hijo perdido» en un «país lejano», «lejos de la casa del Padre», a quien Jesús busca y acoge (Lc 15,1-32) 12.

Es una experiencia común a todos los hombres: «Si decimos que no tenemos pecado, nos engañamos y la verdad no está en nosotros» (1 Jn 1,8) y hacemos mentiroso a Dios (1 Jn 1,10) «que constituyó a Jesús víctima de propiciación por los pecados de todos» (1 Jn 2,2); y hacemos vana la muerte de Cristo «que derramó su sangre por todos para el perdón de los pecados» (Mt 26,28). «Todos pecaron», dirá Pablo y, por tanto, dirá Jesús a Nicodemo: «el que no nazca del agua y del Espíritu no puede entrar en el Reino de Dios» (Jn 3,3-6).

El pecado sitúa al hombre fuera del diálogo sponsal de Dios, llevándole a experimentar la soledad existencial y la ruptura con la creación de Dios, el mundo y los otros. Todo se vuelve oscuro y hostil. Y esta situación es irreversible para el hombre. Sólo puede encontrar la comunión con la creación y con la historia restableciendo el diálogo con Dios, Creador y Señor de la historia, como ha confesado antes en el Credo. Firme en esta fe, el creyente sabe que con su pecado no ha terminado su vida, aunque sufra las consecuencias de muerte, paga de su pecado.

El pecado vivido ante Dios posibilita el comienzo de una nueva vida. Dios Creador puede volverla a crear, «volviendo su rostro al pecador» que se pone ante El como muerto, incapaz de darse la vida. Dios, en su fidelidad misericordiosa, inicia de nuevo con él la historia de salvación.

### **3. PERDON EN LA IGLESIA**

El cristiano confiesa «creo en el perdón de los pecados» en el interior de la fe de la Iglesia, en la que ha nacido a la vida cristiana, acogido desde el comienzo gratuitamente, con el perdón de sus pecados, en el Bautismo. Su experiencia primordial, origen de su vida, es la garantía de su recreación continua en el seno de la Iglesia por «las entrañas de misericordia de Dios Padre». «**Rajamin**», la palabra hebrea que traduce el término **misericordia**, hace referencia, no a las entrañas o al corazón, sino a la matriz. El perdón misericordioso es **renacimiento, recreación**.

El perdón de los pecados se da primeramente en el bautismo, gran sacramento de la reconciliación y del renacimiento del hombre pecador. El día de Pentecostés, como manifestación del Espíritu Santo, Pedro anuncia a Jesucristo crucificado como Señor y Cristo; sus oyentes se sienten compungidos de corazón al descubrir la magnitud de su pecado a la luz de la Cruz de Cristo y preguntan a Pedro y a los demás Apóstoles: «¿Qué tenemos que hacer, hermanos? Convertíos y bautizaos en el nombre de Jesucristo para que se os perdonen los pecados y recibiréis el Espíritu Santo» (He 2,37-38).

El bautismo, según el doble simbolismo del agua, nos purifica del pecado, sepultándole (1 Cor 6,11; He 22,16), y nos hace renacer a una nueva vida (Rom 6,1-4; Jn 3,3-5; Tit 3,5; 1 Pe 1,3.23). Nos lava y santifica, nos infunde el don del Espíritu Santo (He 2,38; 1 Cor 12,13), nos hace hijos de Dios, herederos de Dios y coherederos con Cristo (Rom 8,17).

La fe recuerda que hemos **recibido el bautismo para el perdón de los pecados** en el nombre de Dios Padre, en el nombre de Jesucristo -Hijo de Dios encarnado, muerto y resucitado- y en el nombre del Espíritu Santo de Dios (Mt 28,19), para que vivamos como hijos de Dios<sup>13</sup>.

La Pascua, fiesta del bautismo, es el momento culminante de la

vida de la Iglesia. En su celebración la Iglesia, y cada cristiano, se contempla a sí misma en presencia de Jesucristo, el crucificado y resucitado, como palabra del perdón de Dios, como acontecimiento irrevocable de la reconciliación con Dios Padre, hecho presente en el memorial celebrativo por la acción del Espíritu Santo en el interior de la misma Iglesia. Por ello, desde su **miseria**, exultante por la **misericordia** de Dios, canta: «Oh feliz culpa que mereció tan gran Redentor».

El pecado cobra toda su profundidad ante la vivencia del amor grandioso de Dios. El contraste da la dimensión plena al pecado, pero sin ofuscar el amor que es infinitamente más luminoso y esplendente. El pecado, con su tenebrosidad no logra cubrir la luz del amor de Dios, sino que lo realza en plenitud. Por ello podemos cantar la culpa como lente potente para contemplar el amor de Dios.

El pecado se descubre desde el perdón y por ello los cristianos lo confesamos en el Credo: «creo en el perdón de los pecados». El perdón es el don que permite reconocer y confesar nuestro pecado. Donde no hay perdón no puede haber confesión del pecado y, por ello, el pecado -germen de muerte- «permanece» (Jn 9,41). La palabra del perdón, en cambio, lleva a la experiencia gozosa de la conversión.

La reconciliación del perdón llena de alegría a Dios y al pecador perdonado. El pecador implora a Dios que le «devuelva el gozo y la alegría» (Sal 51,10.14). Con «alegría» acoge Zaqueo a Jesús en su casa. Se «alegra» el pastor al encontrar a la oveja perdida y, lleno de gozo, invita a la alegría a «sus amigos y vecinos»; se «alegra» la dueña de la casa al encontrar la dracma perdida y lo celebra con sus amigas y vecinas: ¡Alegraos conmigo! ¡Así se «alegra» Dios y, con El, los ángeles del cielo, por un solo pecador que se convierte! Nada extraño, pues, que al encontrar al hijo perdido «celebre una fiesta con flautas y danzas» (Lc 15). Dios «se complace en que ninguno de los pequeños del Reino se pierda» (Mt 18,14). «Dichoso, pues, el hombre a quien Dios perdona su pecado» (Sal 31,2; Rom 4,8). Por ello quien ha experimentado esta alegría no desea perderla y comprende que el Señor, que perdona, diga: «No peques más» (Jn 8,11).

**«Cristo, una vez resucitado de entre los muertos, ya no muere más, la muerte ya no tiene poder sobre El. Su muerte fue un morir al pecado para siempre, mas su vida es un vivir para Dios. Así también vosotros consideraos muertos al pecado y vivos para Dios. Bautizados en una muerte semejante a la suya, muramos al pecado; y resucitados por la subida de las aguas, vivamos para**

**Dios en Cristo Jesús y no muramos más, es decir, no pequemos más, «pues quien peca morirá» (Ez 18,4). Fieles a la profesión hecha en el bautismo, plantados en Cristo y resucitados con El, «no reine el pecado en vuestro cuerpo mortal, de modo que obedezcáis a sus apetencias. No ofrezcáis vuestros miembros como armas de injusticia al servicio del pecado. Ofreceos más bien a Dios como muertos devueltos a la vida, y ofreced vuestros miembros como armas de justicia al servicio de Dios» (Rom 6,12-13). «El salario del pecado es la muerte, pero el don gratuito de Dios es la vida eterna en Cristo Jesús Señor nuestro» (Rom 6,23) 14.**

La conversión va unida a la fe en el Evangelio: es Buena Noticia: Convertíos y creed al Evangelio» (Mc 1,15), predica Jesús y, para que lo mismo se anunciara a todas las naciones, padece la muerte y resucita: «Así está escrito -dice a los apóstoles- que el Cristo padeciera y resucitara de entre los muertos al tercer día y se predicara en su nombre la conversión para perdón de los pecados a todas las naciones, empezando desde Jerusalén» (Lc 24,46-47).

El cristiano renacido en las aguas del bautismo, en su fragilidad, experimenta la necesidad de vivir renaciendo en un segundo y tercer... bautismo. La Iglesia, que sabe que «Dios es rico en misericordia» (Ef 2,4; Ex 34,6), se la ofrece en el sacramento de la Penitencia. San Ambrosio, por ejemplo, decía que en la Iglesia «hay agua y lágrimas: el agua del bautismo y las lágrimas de la penitencia». Y el Concilio Vaticano II, de toda la Iglesia, dice: «Siendo al mismo tiempo santa y necesitada de purificación, avanza continuamente por la senda de la penitencia y de la renovación» (LG, n. 8).

**Concede, oh Cristo, a tus siervos catecúmenos la gracia de conocer la disciplina de la penitencia, aunque después del bautismo no tengan que conocerla ni pedirla. Me repugna mencionar aquí *la segunda penitencia*. Pues temo que al hablar de ella sugiera que existe todavía un tiempo en que se puede pecar. Que nadie me interprete mal, como si el hecho de haber una puerta abierta a la penitencia después del bautismo, dejase una puerta abierta al pecado. ¡La sobreabundancia de la misericordia de Dios no implica un derecho a la temeridad humana! ¡Que nadie sea menos bueno, porque Dios lo es tanto!... ¡Sin embargo, si alguien incurre en la necesidad de la *segunda penitencia*, que no se abata ni se abandone a la desesperación! ¡Que se avergüence de haber pecado de nuevo, pero no de *levantarse nuevamente*! ¿Acaso no dice El: «los que se caen se levantan y si uno se extravía torna?» (Jr 8,4). El «prefiere la misericordia al sacrificio» (Os 6,3; Mt 9,13), pues los cielos y los ángeles se alegran por la conversión del hombre (Lc 15,7.10). ¡Animo, pecador, levántate! ¡Mira dónde hay alegría por tu retomo! La mujer, que perdió una dracma y la busca y la encuentra, invitando a las amigas a alegrarse (Lc 5,8-10), ¿no es paradigma del pecador restaurado? Y el *buen Pastor* pierde una oveja, pero como la ama más que a todo el rebaño, la busca y, al**

**encontrarla, la carga sobre sus espaldas por haber sufrido mucho en su extravío (Lc 15,3-7). Y el *bondadosísimo Padre*, que llama a casa a su hijo pródigo y con gusto lo recibe arrepentido tras su indigencia, mata su mejor novillo cebado y -¿por qué no?- celebra su alegría con un banquete: ¡Ha vuelto a encontrar un hijo perdido, siéndole más querido por haberle recuperado! Este es Dios. ¡Nadie como El es tan verdaderamente Padre! (Mt 23,7; Ef 3,14-15). ¡Nadie como El es tan rico en amor paterno! El te acogerá, por tanto, como a hijo propio, aunque hayas malgastado lo que de El recibiste en el bautismo y aunque hayas vuelto desnudo, ¡pero has vuelto!15**

La Iglesia, pues, sintiéndose herida por el pecado de sus fieles, les reconcilia con Dios y con ella misma, acompañando al pecador en su camino de conversión con su amor y oración: «los que se acercan al sacramento de la Penitencia obtienen el perdón de la ofensa hecha a Dios por la misericordia de éste y al mismo tiempo se reconcilian con la Iglesia, a la que, pecando, ofendieron, la cual con caridad, con ejemplos y con oraciones les ayuda en su conversión» (LG, n. 11). La Iglesia, que siente en su cuerpo las heridas del pecado de sus miembros, se alegra con su conversión y vive la solicitud de Cristo por los alejados. El pecado de un miembro, es pecado del Cuerpo:

**Si un bautizado se entrega a la fornicación, significa que «toma los miembros de Cristo para hacerlos miembros de una prostituta» (1Cor 6,15), incurriendo en el sacrilegio, pues para él está dicho: «¿No sabéis que vuestro cuerpo es templo de Dios?» (1 Cor 6,19; 3,17). Quien se entrega a la prostitución «peca contra su cuerpo» (1 Cor 6,18), que es templo de Dios y *contra el cuerpo de toda la Iglesia*, que es el «Cuerpo de Cristo» (Col 1,24)16...**

Por ello la Iglesia se preocupa del pecador. No puede quedarse indiferente viéndole caminar por la senda del pecado. El apóstol o pastor que no siente esta solicitud no es fiel a Cristo, el Pastor bueno, que deja las noventa y nueve ovejas y va en busca de la perdida. Orígenes les dice:

**Que no se imaginen que pueden decir: «Si el vecino obra mal, ¿a mí qué me importa? Sería igual que si la cabeza dijera a los pies: «¿qué me importa si mis pies están mal y sufren?». Así obran quienes presiden las asambleas de los fieles y no piensan que formamos un solo Cuerpo los creyentes en un solo Dios, Cristo, que nos une y mantiene en la unidad (Col 1,17). Tú, que presides la asamblea, *eres el ojo del Cuerpo de Cristo*, función que recibiste para mirar en derredor (episcopos), examinando todo y previendo lo que puede suceder. *Tú eres el pastor*. Ves las ovejas del Señor, inconscientes del peligro, precipitarse hacia el precipicio, ¿y no acudes? ¿No las haces volver? ¿No gritas al menos para detenerlas? ¡Perdiste la memoria hasta el punto de olvidarte del misterio del Señor? El dejó en los cielos noventa y nueve y, por una sola descarriada, descendió sobre la tierra y, encontrada, la cargó sobre sus hombros (Mt 18,12) y se la llevó a**

## **los cielos17.**

Por ello, como heraldo del Señor, San Ambrosio grita a los pecadores:

**iVolved, pues, a la Iglesia si alguno de vosotros se separó impiamente de ella! iCristo promete el perdón a todos los que vuelven a ella!, pues está escrito: «Todo el que invoque el nombre del Señor será salvo» (Jl 3,5; He 2,21; Rom 10,13) iTenemos un Señor bueno que quiere perdonar a todos! Si quieres ser justificado, confiesa tu culpa. La humilde confesión de los pecados desata los nudos de las faltas. ¿Te avergüenza hacer esto en la Iglesia? ¿Te repugna suplicar a Dios y obtener el auxilio de la santa asamblea que suplica por ti, y esto allí donde no hay motivo alguno de vergüenza sino el de no confesar los propios pecados, puesto que todos somos pecadores, precisamente allí donde merece mayor alabanza quien es más humilde, más sincero, más despreciable a los propios ojos? iLlore por ti la madre Iglesia y lave tus culpas con sus lágrimas! iTe vea Cristo inmerso en el dolor y diga: «Bienaventurados los que lloráis, porque gozaréis» (Lc 6.21); El se alegra de que muchos lloren por uno solo. Conmovido por las lágrimas de una viuda, le resucitó el hijo, porque todos lloraban por ella (Lc 7,12-13)18.**

Esta palabra del perdón, que lleva a la conversión, se hace presencia viva en la Iglesia por la acción vivificante del Espíritu Santo, que nos recrea de la muerte, como esperanza y garantía de resurrección. Quien resucita nuestros cuerpos de pecado «resucitará también nuestros cuerpos mortales por el Espíritu que habita en nosotros» (Rom 8,11)19.

.....

- 1. TEODORO DE MOPSUESTIA, Homilía X 20.**
- 2. SAN AMBROSIO, De Poenitentia I 1-90.**
- 3. SAN CIRILO DE JERUSALEN, Catequesis II 1-III 1-16. Cfr. SAN AGUSTIN, De Fide et Symbolo X 21-22; Sermón 213,9.**
- 4. SAN BASILIO, Homilía sobre la penitencia: PG 31, 1475-1488.**
- 5. SAN IRENEO, Adversus Haereses IV 27,2; V 17,1-3.**
- 6. SAN IRENEO, Adversus Haereses, 111 20,1-2.**
- 7. Cfr. en modo particular el libro de los Jueces.**
- 8. Jr 2-3,5; 4,1-4; 31,33; Ez 16; 23; Is 50,1; 54; 62,1-5.**
- 9. El Diablo acusa, calumniando a Dios (Gén 3,1-5; Mt 4,3) y a los hombres (Job 1,6-10; 2,1-6; Zac 3,1; Ap 12,10) siendo, por ello, llamado Diablo «por acusar a Dios ante los hombres y a los hombres ante Dios»: SAN JUAN CRISOSTOMO, Homilía I: De Diabolo Tentatore 11,2; SAN ISIDORO, Etimologías VIII 11,18.**



**10. Así ORIGENES, Contra Celso VI,44; SAN BASILIO, Homilía IX 9; SAN JUAN CRISOSTOMO, In 2Cor Homilía XXVI 2.**

**11. SAN CIRILO DE JERUSALEN, Catequesis II 1-20.**

**12. Cfr. S. SABUGAL, Abba... La oración del Señor, Madrid 1985, con amplios comentarios a la petición: «perdónanos nuestras deudas».**

**13. SAN IRENEO, Exposición, 3.**

**14. SAN BASILIO, De Baptismo 12.**

**15. TERTULIANO, De Poenitentia 6-8.**

**16. ORIGENE.S, In Nu Homilía X 1; In Jos Homilía V 6.**

**17. ORIGENES, In Gén Homilía IX 3; XIII 2; SAN CIRILO, Catequesis IV 24; SAN HILARIO, In MatheumXVIII 6.**

**18. SAN AMBROSIO, De Poenitentia II.**

**19. J.M. MUJICA URDANGARIN, Creo en el perdón de los pecados, en El Credo de los cristianos, o.c., p.150-161.**

## 12

# LA RESURRECCIÓN DE LA CARNE Y LA VIDA ETERNA

El Credo concluye confesando la fe en la resurrección de la carne y en la vida eterna. Creer en Dios Padre, como origen de la vida; creer en Jesucristo, como vencedor de la muerte; creer en el Espíritu Santo, como Espíritu vivificante en la Iglesia, donde experimentamos la comunión de los santos y el perdón de los pecados, causa de la muerte, nos da la certeza de la resurrección y de la vida eterna.

La profesión de fe en «la resurrección de la carne» y en «la vida eterna» son el fruto de la fe en el Espíritu Santo y en su poder transformador, como culminador de la nueva creación inaugurada en la resurrección de Cristo.

## **1. EL AMOR DE DIOS ES MAS FUERTE QUE LA MUERTE**

Por el libro de la Sabiduría sabemos que «no fue Dios quien hizo la muerte, ni se recrea en la destrucción de los vivientes. El creó todo para que subsistiera» (Sab 1,13-14). «Amas a todos los seres y nada de lo que has hecho aborreces; si odiases algo, no lo hubieras creado. ¿Cómo podría subsistir algo que no hubieses querido? ¿Cómo se conservaría si no lo hubieses llamado a la existencia? Pero Tú todo lo perdonas porque todo es tuyo, Señor que amas la vida y la garantía de nuestra resurrección y de la vida eterna. Dios crea para la vida porque crea por amor. «El amor es más fuerte que la muerte». Es este el deseo de todo amor auténtico. Y el amor de Dios no sólo es deseo y promesa, sino realidad, pues tiene en su poder la vida y la muerte. La vida surgida del amor de Dios es vida eterna.

**El Señor ora al Padre: «Quiero que donde yo estoy, estén también ellos, para que vean mi gloria» (Jn 17,24), deseando que a quienes plasmó y formó, estando con El, participen de su gloria. Así plasmó Dios al hombre, en el principio, en vista de la gloria; eligió a los patriarcas, en vistas de su salvación; formó y llamó a**

los profetas, para habituar al hombre sobre la tierra a llevar su Espíritu y poseer la comunión con Dios... Para quienes le eran gratos diseñaba, como arquitecto, el edificio de la salvación; guiaba en Egipto a quienes no le velan; a los rebeldes en el desierto les dio una ley adecuada; a los que entraron en la tierra les procuró una heredad apropiada; para quienes retornaron al Padre mató un «novillo cebado» y les dio el «mejor vestido», disponiendo así, de muchos modos, al género humano a la *música* (Lc15,22-23.25) de la salvación... Pues Dios es poderoso en todo: fue visto antes proféticamente, luego fue visto adoptivamente en el Hijo, y *será visto paternalmente en el Reino de los cielos* (1 Jn 3,2; 1 Cor 13,12); pues el Espíritu prepara al hombre para el Hijo de Dios, el Hijo lo conduce al Padre, y el Padre le da la incorrupción para la *vida eterna*, que consiste en *ver a Dios*. Como quienes ven la luz están en la luz y participan de su resplandor, así los que ven a Dios están en Dios, participando de su esplendor. Pero el esplendor de Dios vivifica, de ahí que quienes ven a Dios participan de la vida eterna 1.

La muerte es consecuencia del pecado. El hombre, llamado a la vida por Dios, quiere alcanzar por sí mismo el árbol de la vida, adueñarse autónomamente, sin Dios, de ella. Al intentarlo, halla la muerte (Gén 2,17;3,19). Así «por un hombre entró el pecado en el mundo y, por el pecado, la muerte» (Rom 5,12). Esta es la muerte que no ha querido Dios; esta muerte es fruto del pecado y signo del alejamiento de Dios, la fuente y plenitud de la vida. La muerte es el último, el definitivo enemigo del hombre (1 Cor 15,26; Ap 20,14). Pero...

**Como la carne es capaz de acoger la corrupción, también puede acoger la incorrupción. Y como puede acoger la muerte, puede acoger la vida. Y si la muerte aleja la vida, apoderándose del hombre y haciéndolo un muerto, tanto más la vida, apoderándose del hombre, alejará la muerte y restaurará al hombre como un viviente para Dios (Rom 6,11). Pues si la muerte le mató, ¿por qué la Vida no le vivificará? Por tanto, «como el primer hombre se hizo espíritu viviente, el segundo Hombre fue espíritu vivificante» (1 Cor 15,45). Y como aquel, espíritu viviente, pecando, perdió la vida, así él mismo, recibiendo el Espíritu vivificante, recobrará la vida (Rom 8,11; 2 Cor 5,4-5) 2.**

En esta muerte entra Jesucristo, como nuevo Adán, y sale vencedor de la muerte: «Se hundió hasta la muerte y muerte de cruz» (Filp 2,8); por esta kénosis, en obediencia al Padre, Jesús venció el poder de la muerte (2 Tim 1,10; Heb 2,14); la muerte, de esta manera, ha perdido su aguijón (1 Cor 15,55). El que cree en Cristo «ha pasado de la muerte a la vida» (Jn 5,24); pues «el que cree en mí, aunque haya muerto, vivirá; y el que está vivo y cree en mí, no gustará la muerte por siempre» (Jn 11,25-26), siendo el mismo Cristo «la resurrección y la vida» (Jn 11,25;14,6).

**Debes creer que *también la carne resucitará*. Pues, ¿por qué**

**asumió Cristo nuestra carne? ¿por qué subió a la cruz? ¿por qué gustó la muerte, fue sepultado y resucitó? ¿por qué hizo todo eso, sino para que resucitaras tú? Este es el misterio de tu resurrección. Porque «si Cristo no ha resucitado, vana es nuestra fe» (1 Cor 15,14). ¡Pero resucitó!, siendo, por tanto, firme nuestra fe 3.**

La confesión de fe en la resurrección de la carne no es, pues, la fe en la inmortalidad; no profesamos que el hombre es inmortal, sino la fe en Dios, que ama al hombre y le libra de la muerte, resucitándolo. «El amor pide eternidad, y el amor de Dios no sólo la pide, sino que la da y es» (Ratzinger).

**La resurrección de la carne constituye la segura esperanza de los cristianos. ¡Somos tales por esta fe! 4.**

La esperanza cristiana en la resurrección no es el mero optimismo humano de que al final todas las cosas acaban por arreglarse de alguna manera. La esperanza cristiana es la **certeza** de que Dios no se deja vencer por el mal y la injusticia. «Remitir la justicia a Dios» es «dar razón a todos los hombres de nuestra esperanza» (1 Pe 3,15).

Esta certeza no es ilusoria, ya ha comenzado a realizarse. Se ha cumplido en Jesucristo, resucitado de entre los muertos (Rom 8,29; 1 Cor 15,20; Col 1,18), como garantía y fundamento permanente y firme de nuestra esperanza. Unidos por la fe y el bautismo a Cristo y a su muerte, esperamos participar igualmente de su gloriosa resurrección (Rom 6,5):

**En Cristo se realizó ya lo que es todavía esperanza. No vemos lo que esperamos, pero somos el cuerpo de aquella cabeza en la que hizo realidad lo que esperamos (San Agustín).**

**Tu vida es Cristo. ¡Esta es la vida que no sabe de muerte! Por tanto, si queremos no temer la muerte, vivamos donde vive Cristo, para que también diga de nosotros: «En verdad, algunos de los que están aquí presentes no gustarán la muerte» (Lc 9,27), como el ladrón a quien el Señor aseguró: «Hay estarás conmigo en el Paraíso» (Lc 23,43). Y es que la vida eterna consiste en estar con Cristo, porque *donde está Cristo allí está el Reino* 5.**

Cristo «salió del Padre», como Hijo Unigénito, y «vuelve al Padre» como Primogénito de muchos hermanos (Col 1,18). Cristo Encarnado, al tomar nuestra carne, nos diviniza, haciéndonos partícipes de su divinidad, ya en este mundo por la fe: «el que cree en mí tiene vida eterna», y en plenitud de la visión, cuando «seremos semejantes a El porque le veremos tal cual es». A través de la **carne** de Cristo vemos ahora y en la eternidad al Padre: «Felipe, el que me ha visto a mí, ha visto al

Padreo (Jn 14,9). Jesús es siempre el **mediador** entre los hombres y Dios. El cuerpo glorioso de Cristo, «en el que habita la plenitud de la divinidad» (Col 2,9), es la manifestación de Dios para el creyente ahora y por los siglos de los siglos.

## **2. LA FIDELIDAD DE DIOS: GARANTÍA DE RESURRECCIÓN**

La fe en la resurrección surge en el Antiguo Testamento en un contexto martirial (2Mac 7; Dn 12). El justo perseguido remite su justicia a Dios, creyendo y esperando que El restablecerá el derecho (Job 19,25s; Sal 7, 23s). A quienes han sufrido por Dios, declarándose por El ante los hombres, Dios no les abandona. Esta esperanza martirial de Israel llega a su plenitud en el **martirio** de Cristo, en el testimonio supremo del amor de Dios en la muerte de cruz dado por Cristo Jesús (1 Tim 6,13). El Padre sale como garante de la vida de sus testigos, de sus mártires. Quien remite a él su justicia no queda defraudado, «no permitirá que su Justo experimente la corrupción» (H 2,27.31):

**Yo sé que está vivo mi Vengador (goel)  
y que al final se alzará sobre el polvo.  
Tras mi despertar me alzará junto a El,  
y con mi propia carne veré a Dios.  
Yo, sí, yo mismo, y no otro, le veré,  
mis propios ojos le verán (Job 19,25-27).**

Es cierto que no sabemos representarnos ni explicarnos la resurrección de nuestra carne, pues «ni el ojo vio, ni el oído oyó, ni el hombre puede pensar lo que Dios ha preparado para los que le aman» (1 Cor 2,9), pero esto no resta nada a la certeza de nuestra esperanza, que se basa no en nosotros, sino en la fidelidad de Dios. La muerte no es capaz de destruir la unión con Dios. Podemos decirle con el salmista:

**Yo siempre estaré contigo,  
Tú tomas mi mano derecha,  
me guías según tus planes  
y me llevas a un destino glorioso.  
¿No te tengo a Ti en el cielo?  
y contigo, ¿qué me importa la tierra?  
Se consumen mi corazón y mi carne  
por Dios, mi herencia eterna (Sal 73,26).**

**Dios rescatará mi vida,  
de las garras del seol me sacará (Sal 49,16).**

Desde el tiempo de San Pablo, el hombre siente curiosidad por saber «¿cómo resucitan los muertos? ¿con qué cuerpo vuelven a

la vida?» (1 Cor 15,35). La única respuesta que tenemos es la certeza de que seremos «los mismos, pero no lo mismo»; resucita el mismo cuerpo, la misma persona, pero transformados: «porque esto corruptible tiene que vestirse de incorrupción, y esto mortal tiene que vestirse de inmortalidad» (1 Cor 15,50-53). «todos resucitarán con sus propios cuerpos que ahora tienen» 6, pero transformados y transfigurados por el Espíritu de Dios:

**Se siembra lo corruptible, resucita incorruptible;  
se siembra lo vil, resucita glorioso;  
se siembra lo débil, resucita fuerte;  
se siembra un cuerpo animal, resucita cuerpo espiritual (1 Cor 15,42-44).**

La vida eterna es Dios mismo y el amor que El nos da. Y siendo «Dios de vivos y no de muertos» (Mc 12,27) resucita a los muertos en fidelidad consigo mismo. En su Hijo, Jesucristo nos ha mostrado su fuerza de resurrección, es decir, ha aparecido ante nosotros como «Dios que da la vida a los muertos y llama a las cosas que no son para que sean» (Rom 4,17).

**La carne de los santos será transformada por la resurrección en tal gloria que podrá estar en la presencia del Señor, pues «Dios transformará el cuerpo de nuestra humillación conforme al cuerpo del Hijo de su gloria» (1 Cor 3,21), que está sentado a su derecha: «Nos resucitó con Cristo y nos hizo sentar con El en los cielos» (Ef 2,6), «brillando como el sol y como el fulgor en el Reino de Dios» (Dan 12,3; Mt 13,43) 7.**

Ya San Pablo se sirve de la naturaleza, de la siembra y la cosecha o del dormir y despertar como imágenes del poder de Dios para hacer surgir y resurgir la vida. Los Padres de la Iglesia no se cansan de comentar estos textos:

**Consideremos cómo Dios nos muestra la *resurrección futura*, de la que hizo primicias al Señor Jesucristo, resucitándolo de entre los muertos (Col 1,18); miremos la resurrección que se da en la sucesión del tiempo; se duerme la noche y se levanta el día; tomemos igualmente el ejemplo de los frutos: las semillas sembradas y deshechas en la tierra, la magnificencia del Señor las hace resucitar y de una brotan muchas y llevan fruto...8.**

**Considerándolo bien, ¿qué cosa parecería más increíble -de no estar nosotros en el cuerpo- que el que nos dijeran que de una menuda gota de semen humano nacerán huesos, tendones y carnes, con la forma que los vemos? Si no fuerais hombres y alguien, mostrándonos el semen humano y la imagen de un hombre, os dijera que éste se forma de aquel, ¿lo creerías antes de verlo nacido? Pues, aunque parezca increíble, así es... Ved, pues, cómo no es imposible que los cuerpos disueltos y esparcidos como semillas en la tierra, *resuciten* a su tiempo por orden de Dios y «se revistan de incorrupción» (1 Cor 16,53). «Lo**

que es imposible para los hombres es posible para Dios» (Mt 19,26; Gén 18,14; Job 42,2; Sal 113,9; Sab 11,21).

Un árbol cortado vuelve a florecer; y el *hombre* «segado» de este mundo, ¿no va a quedar? (Mt 3,12p). Los sarmientos, aunque se corten, si son injertados, retoñan y fructifican; y el *hombre*, para quien aquellos existen, ¿no va a resucitar después de haber caído en tierra? Dios, que nos hizo de la nada, ¿no podrá resucitar a los que somos y hemos caído? Se siembra un grano de trigo u otra semilla, y caído en tierra, muere y se pudre, pero el grano podrido resucita verde y hermosísimo; pues si lo que ha sido creado para nosotros revive después de haber muerto, ¿no resucitaremos nosotros después de la muerte? Como ves, ahora es invierno; los árboles están como muertos; pero reverdecen con la primavera, como volviendo de la muerte a la vida. Pues, viendo Dios tu incredulidad, realiza cada año una resurrección de estos fenómenos naturales, para que a la vista de lo que pasa en seres inanimados, creas que lo mismo sucede con los seres dotados de alma racional... Y he aquí otro ejemplo de lo que todos los días sucede ante tus ojos: Hace cien -o doscientos años, ¿dónde estábamos nosotros?

Nuestros cuerpos están formados de sustancias débiles, informes y sencillas; sin embargo, de tales principios el hombre se hace un viviente con nervios resistentes, ojos claros, nariz dotada de olfato, lengua que habla, corazón que palpita, manos que trabajan, pies que corren, y demás clases de miembros; aquel débil principio forma un ingeniero naval o de la construcción, un arquitecto, un obrero de cualquier profesión, un soldado, un gobernador, un rey. Pues haciéndonos *Dios* de cosas pequeñas, ¿no podrá resucitarnos después de muertos? Quien hace cuerpos vivos de tan insignificantes elementos, ¿no podrá resucitar un cuerpo muerto? El que hace lo que no era, ¿no resucitará lo que era y murió?...10.

Pero, ¿cómo -te preguntas- puede resucitar una materia totalmente disuelta? ¡Examínate a ti mismo, oh hombre, y te convencerás de ello! Piensa lo que eras antes de ser: ¡Nada, de lo contrario lo recordarías! Pues si tú eres nada antes de ser y serás nada cuando dejes de ser, ¿por qué no podrás resucitar de la nada por *voluntad del mismo Autor*, que quiso llegaras de la nada al ser? ¿Qué te acontecerá de nuevo? Cuando no existías, fuiste hecho. Nuevamente serás hecho, cuando no existas... Más fácil es hacerte tras haber existido, que hacerte sin existir 11.

Realmente «en vano cree en Dios, quien no cree en la resurrección de la carne y en la vida eterna, pues todo lo que creemos es por la fe en nuestra resurrección». De otro modo, «si ponemos nuestra esperanza en Cristo sólo para esta vida, somos los más miserables de los hombres» (1 Cor 15,19). Pues Cristo asumió la carne humana para dar a nuestro ser mortal la comunión de la vida eterna. Creer en Cristo, por tanto, es creer en la resurrección de la carne. Ya Isaías lo anunció así: «Se levantarán los muertos, resucitarán los que yacen en los sepulcros y en el polvo de la tierra» (Is 26,19). Y el mismo Señor nos dice que con El «llegó la hora en que los muertos

oirán la voz del Hijo de Dios, resucitando quienes obraron el bien para la resurrección de la vida, y los obradores del mal para la resurrección del juicio» (Jn 11,27)... De estos -y otros textos ya citados- concluye Nicetas de Remasina

**Para que no dudes, absolutamente, de la resurrección corporal, observa el ejemplo de las cosas terrestres aducido por el Apóstol. El grano de trigo sembrado en la tierra muere y, humedecido por el rocío del cielo, se pudre para finalmente ser vivificado y resucitar (1Cor 15,36). Creo que Quien, a causa del hombre, resucita un grano de trigo, puede resucitar al mismo hombre sembrado en la tierra. ¡Lo puede y lo quiere! Pues como el grano es vivificado por la lluvia así el cuerpo lo es por el rocío del Espíritu, como asegura Isaías refiriéndose a Cristo: «El rocío que de ti procede es salvación para ellos» (Is 26,19). ¡Verdadera salvación! Pues los cuerpos resucitados de los santos ya no temen morir, viviendo con Cristo en el cielo, quienes en este mundo vivieron según su voluntad. ¡Esta es la vida eterna y bienaventurada en la que crees! ¡Este es el fruto de toda la fe! ¡Esta es la esperanza por la que nacimos, creímos y renacimos!**  
12.

**Nuestra esperanza es la resurrección de los muertos, nuestra fe es la resurrección de los muertos. Quitada ésta, cae toda la doctrina cristiana. Por tanto, quienes niegan que los muertos resuciten no son cristianos... Espero que aquí nadie sea pagano, sino todos cristianos. Pues los paganos y quienes se mofan de la resurrección no cesan de susurrar diariamente en los oídos de los cristianos: «Comamos y bebamos, que mañana moriremos» (1 Cor 15,33); pues dicen «nadie resucitó del sepulcro, no oí la voz de ningún muerto, ni de mi abuelo ni de mi bisabuelo ni de mi padre». Respondedles, cristianos, si sois cristianos: «¡Estúpido!, ¿creerías si resucitase tu padre? resucitó el Señor de todas las cosas, ¿y no crees?, ¿para qué quiso morir y resucitar, sino para que todos creyéramos en Uno y no fuésemos engañados por muchos?...13**

La resurrección de Jesucristo es el fundamento firme de la fe de la Iglesia en la resurrección de los muertos (He 4,1-2;17,18.32): «Si el Espíritu del que resucitó a Jesús de entre los muertos habita en vosotros, el que resucitó de entre los muertos a Cristo Jesús vivificará también vuestros cuerpos mortales por el mismo Espíritu, que habita en vosotros» (Rom 8,11; 1 Cor 15,12-22). «¡Se mantenga siempre fuerte en vuestro corazón Cristo, quien quiso mostrar en la Cabeza lo que los miembros esperan! El es el Camino: «corred de manera que lo alcancéis». Sufrimos en la tierra, pero nuestra Cabeza está en el cielo, ya no muere ni sufre nada, después de haber padecido por nosotros, pues «fue entregado por nuestros pecados y resucitó para nuestra justificación» (Rom 4,25) 14.

**Que la muerte haya sido destruida, que la cruz haya triunfado sobre ella y que no tenga ya fuerza sobre nosotros (1 Cor 15,54-57), sino que esté realmente muerta, aparece evidente en el**



**testimonio de los discípulos de Cristo que «desprecian la muerte». ¡Todos sus discípulos caminan hacia ella sin temerla, pisoteándola mediante el signo de la cruz y la fe en Cristo! Los que creen en Cristo la pisan como una nada, prefiriendo morir a renegar de la fe en Cristo. Pues *saben muy bien que muriendo no perecen sino que viven y que la resurrección les hará incorruptibles*. Así testimonian la victoria sobre la muerte lograda por el Salvador en su resurrección. De tal modo ha sido *debilitada la muerte* que hasta los niños y las mujeres se mofan de ella como de un ser muerto e inerte... Así todos los creyentes en Cristo la pisan y, dando testimonio de Cristo, se ríen de la muerte y la insultan: «¿Dónde está, oh muerte, tu victoria? ¿Dónde está, oh muerte, tu aguijón?» (1 Cor 15,55) ...Quien dude sobre la victoria de Cristo sobre la muerte, que reciba la fe en El y le siga: ¡Verá entonces la debilidad de la muerte y la victoria lograda sobre ella! Muchos, que antes de creer se mofaban de la resurrección de Cristo, después de creer, despreciaron la muerte, llegando a ser también ellos *mártires de Cristo* 15.**

Ya la Eucaristía es experiencia gozosa del banquete del Reino y garantía de vida eterna, según la Palabra del mismo Jesús: «El que come mi carne y bebe mi sangre tiene vida eterna y yo le resucitaré el último día» (Jn 6,54).

### **3. LA RESURRECCIÓN CONSUMA LA COMUNIÓN DE LOS SANTOS**

En Cristo, hombre como nosotros, glorificado a la derecha del Padre, nos encontramos con Dios. Y en El nos encontramos con la comunidad de los creyentes, unidos a El como miembros de su Cuerpo, glorificados con El.

**Este es el fin y el compendio de nuestra fe. ¿Y quién, creyendo en Dios, puede dudar de la resurrección de la carne, siendo manifiesto que por eso solamente nació Cristo? ¿Por qué otro motivo se dignó el Eterno asumir la carne, sino para eternizar la carne? ¿Por qué el Hijo de Dios no rehusó la cruz, deseó la muerte y anheló la sepultura, sino para dar a los mortales la vida eterna mediante la resurrección? 16.**

Confesamos la resurrección de la carne, es decir, del hombre entero, como persona que vive en la comunión eclesial en el mundo, con los hombres y con la creación entera. La vida eterna, comunión con Dios, será también la «communio sanctorum», la comunión de los santos y de las cosas santas, de los nuevos cielos y la nueva tierra, de toda la creación liberada de la «vanidad» y «servidumbre de la corrupción para participar en la gloriosa libertad de los hijos de Dios» (Rom 8,20- 21).

La vida eterna realizará plenamente la comunión. El gozo de la

comunidad eclesial alcanzará la plenitud en la comunión celestial. En ella, cada miembro del Cuerpo eclesial de Cristo descubrirá su puesto «indispensable» (1 Cor 12,22) y, por ello, sin envidia, «tomando parte en el gozo de los demás» (1 Cor 12,26). El amor, llegado a su cumplimiento pleno, dará sentido y valor a todos y cada uno de los diversos carismas (1 Cor 13).

**Cristo nos dirá: «Venid, benditos de mi Padre, heredad el Reino que os ha sido preparado desde la creación del mundo» (Mt 25,34). Así se lo anuncia al buen Ladrón: «En verdad te digo que hoy estarás conmigo en el paraíso» (Lc 23,43). Pues Cristo quitó aquella «espada llameante» de la entrada del Paraíso (Gén 3,24), abriéndolo para los creyentes, al recrear todas las cosas en su estado original, para reunirnos a todos en la Jerusalén celestial, donde estaremos y *haremos fiesta* con Cristo... Pues es una fiesta deseabilísima la fiesta de la resurrección de todos los cuerpos, de los que Cristo fue «la primicia» (1 Cor 15,23), pues es designado -y lo es- «Primogénito de entre los muertos» (Col 1,18), siendo «la Resurrección y la Vida» (Jn 11,25-26) 17.**

La fe en la vida eterna, como consumación de la comunión, impulsa a la comunidad cristiana a vivir en el mundo como signo sacramental del amor y unidad escatológico, que mientras la espera, realiza ya la comunión. El fiel vive como hijo, sintiendo a los demás fieles como hermanos, desgastando la vida presente por los hombres, en espera de la nueva creación.

**Al morir, *pasamos* por la muerte a la inmortalidad a *reinar* por siempre. No es ciertamente una salida, sino un paso y traslado a la eternidad. Y el que ha de llegar a la morada de Cristo, a la gloria del reino celeste, no debe llorar sino más bien regocijarse de esta partida y traslado, conforme a la promesa del Señor (Jn 17,24) y a la fe en su cumplimiento (Filp 3,20-21). Pues nosotros *tenemos por patria el paraíso* (Filp 3,20; Heb 11,13-16; 13,13) y por padres a los patriarcas. Nos esperan allí muchas de nuestras personas queridas, seguras de su salvación pero preocupados por la nuestra. ¡Qué alegría tan grande para ellos y nosotros llegar a su presencia y abrazarlos! Allí está el coro glorioso de los apóstoles, el grupo de los profetas gozosos, la innumerable multitud de los mártires coronados por la victoria, las vírgenes que triunfaron en el combate de la castidad, los que socorrieron a los pobres, transfiriendo su patrimonio terreno a los tesoros del cielo. ¡Corramos, hermanos amadísimos, con insaciable deseo tras éstos, para estar enseguida con ellos! ¡Deseemos llegar pronto a Cristo! 18**

La resurrección «en el último día», al final de la historia y en presencia de todos los hombres, manifestará la «comunión de los santos». El cristiano, que ya vive resucitado, vivirá plenamente su resurrección en la comunión del Reino, gozando con los hermanos que vivieron la misma fe en Cristo. La muerte no ha tenido el poder de separarlos. En el Cuerpo glorioso de Cristo, a quien le unió el bautismo, el cristiano encuentra a sus

hermanos, miembros con él del «Cristo total» (S. Agustín). Cristo «es la resurrección y la vida» (Jn 11,25). Quien se une a Cristo, es conocido y amado por Dios y tiene, por tanto, «vida eterna» (Jn 3,15): «Pues tanto amó Dios al mundo, que dio a su Hijo único, para que todo el que crea en El no perezca, sino que tenga vida eterna» (Jn 3,16.36; 5,24).

#### **4. EL INFIERNO ES LA EXCOMUNIÓN ETERNA**

El que cree tiene vida eterna, «pero el que no cree, ya está juzgado, porque no ha creído en el Nombre del Hijo de Dios. Y el juicio está en que vino la luz al mundo y los hombres amaron más las tinieblas que la luz, porque sus obras eran malas» (Jn 3,18-21).

Dios, en Cristo, ofrece la luz y la vida al hombre. Pero el amor y la salvación no se imponen. Dios respeta absolutamente la libertad del hombre. Le ofrece gratuitamente, en Cristo, su amor y salvación, pero deja al hombre la libertad de acogerlo o rechazarlo. Es más, el amor de Dios capacita al hombre para acoger el don, pero sin anularle la libertad y, por ello, dejándole la posibilidad de rechazar el amor. El infierno, siempre posible para todo hombre, da seriedad a la vida y es garantía de libertad. Sin infierno, todo el Credo pierde su verdad. Todo se convierte en juego, en apariencia; nada es real. La idea del infierno, como condenación eterna, puede chocar con la lógica sentimental del hombre, pero es necesario para comprender a Dios, a Cristo, al Espíritu santo, a la Iglesia y al hombre:

El infierno existe y es eterno, como aparece en el Evangelio (Mt 25,41; 5,9 p; 5,22; 8,12; 13,42.50; 18,8-12; 24,51; 25,30; Lc 13,28) y en los escritos apostólicos (2 Tes 1,9; 2,10; 1 Tes 5, 3; Rom 9,22; Filp 3,19; 1 Cor 1,18; 2 Cor 2,15; 4,3; 1 Tim 6,9; Ap 14, 10; 19,20; 20,10-15; 21,8)...

El infierno es la negación de Dios, que constituye la bienaventuranza del hombre. Por ello, el infierno es la imagen invertida de la gloria. Al «ser en Cristo», se opone el ser apartado de Cristo, «no ser conocido por El» (Mt 7,23), sin comunión con El; al «entrar en el Reino» se opone el «quedarse fuera» (Lc 13,23-27); al «sentarse en el banquete» corresponde el ser excluido de él, «no participar en el banquete» (Lc 13,28-29; Mt 22,13); el novio «no conoce a las vírgenes necias y se quedan fuera, se les cierra la puerta»; el infierno es, «perder la

herencia del Reino» (1 Cor 6,9-10; Gál 5,21), «no ver la vida» (Jn 3,36)... Si el cielo es «vida eterna», el infierno es «muerte eterna» o «segunda muerte» 19.

**Quienes hayan huido de la Luz (Jn 3,19-21; 12,46-48; 1 Jn 1.5-6) tendrán un lugar digno de su fuga. En efecto, hallándose en Dios todos los bienes, quienes por propia decisión huyen de Dios se privan de todos los bienes. Quienes huyen del reposo vivirán justamente en la pena y quienes hayan huido de la Luz vivirán justamente en las tinieblas eternas, por haberse procurado tal morada. La separación de Dios es la muerte; la separación de la Luz es la tiniebla... Y como eternos y sin fin son los bienes de Dios, por eso su privación es eterna y sin fin (Jn 12,18; 3,18; Mt 25,34.41.46)... Por eso dice el Apóstol: «Porque no acogieron el amor de Dios, para ser salvados, Dios les enviará un poder seductor que les hará creer en la mentira, para que sean condenados todos los que no creyeron en la verdad y prefirieron la iniquidad» (2Tes 2,10-12) 20.**

La vida eterna consiste en «ver a Dios», en «vivir eternamente con Dios»; la muerte eterna, negación de la vida, es la irrevocable lejanía de Dios, el vacío incolmable del ser humano, existencia eterna sin Dios. Es la soledad absoluta, soledad en la que no puede entrar el amor. Dios y los otros, rechazados -«el infierno son los otros»-, quedan fuera del círculo donde el pecador se ha encerrado a sí mismo, creándose su propio infierno, excomulgándose, excluyéndose de la «comunidad de los santos». El pecado lleva en su seno el infierno; la muerte en el pecado es su alumbramiento con todo «su llanto y crujir de dientes».

**La *vida eterna*, que es *premio* de las obras buenas, es valorada por el Apóstol como *gracia* de Dios: «El salario del pecado es la muerte, mas la gracia de Dios es la vida eterna en Cristo Jesús, Señor nuestro» (Rom 6,23). El *salario se paga como debido por el servicio prestado*, no se regala; de ahí que «la muerte es el salario del pecado», es decir, ganada con este, debida a este. La gracia de Dios, sin embargo, no es gracia si no es gratis. Se ha de entender, pues, que incluso los buenos méritos del hombre son don de Dios, de modo que, cuando son recompensados, en realidad se devuelve *gracia por gracia* 21.**

El infierno, por ello, es la «segunda muerte» (Ap 20,14- 15), es decir, el voluntario encerrarse en sí mismo, sin querer inscribir el propio nombre en el libro de la vida. Rechazando a Cristo, amor del Padre, el hombre pecador ha extraviado la llave que podía abrirle las puertas del infierno (Ap 1, 18;3,7). La muerte eterna brota, pues, de la profundidad del pecado del hombre. No vale decir «Dios es demasiado bueno para que exista el infierno», pues para que «exista el infierno» no es preciso que Dios lo haya querido o creado; basta que el hombre, siendo libre, realice su

vida al margen de Dios, quien respeta esa libertad y la ratifica. Y como Dios es **la vida**, lo que nace del rechazo de Dios es **la muerte eterna**. Un amor total, realmente ofrecido, puede ser libremente rehusado, siendo una «pérdida total» 22.

**Y no se nos objete lo que suelen decir los que se tienen por filósofos: que cuanto afirmamos sobre el castigo reservado a los impíos en el fuego eterno no es más que ruido y fantasmagorías; a estos respondemos que si no es como nosotros decimos, o Dios no existe o, si existe, no se cuida para nada de los hombres; y ni la virtud ni el vicio serían nada 23**

## 5. LA VISIÓN DE DIOS ES VIDA ETERNA

La fe cristiana llama justamente «vida eterna» a la victoria del amor sobre la muerte. Esta vida eterna consiste en la **visión de Dios**, incoada en el tiempo de la fe y consumada en el «cara a cara» del Reino. Pero visión, «ver a Dios», «conocer a Dios cara a cara» recoge toda la fuerza del verbo **conocer** en la Escritura. No se trata del conocer intelectual, sino de convivir, de entrar en comunión personal, gozar de la intimidad, compartiendo la vida de Dios, participando de la divinidad; «seremos semejantes a El porque le veremos tal cual es» (1 Jn 3,2). Conocer a Dios es recibir su vida, que nos deifica: «Esta es la vida eterna: que te conozcan a Ti, el único Dios verdadero, y al que tú has enviado, Jesucristo» (Jn 17,3).

El estar con Cristo, vivir en Cristo, que nos da la fe y el bautismo, es el comienzo de la resurrección, como superación de la muerte (Filp 1,23; 2 Cor 5,8; 1 Tes 5,10). Este diálogo de la fe es vida que no puede destruir ni la muerte: «Pues estoy seguro que ni la muerte... podrá separarnos del amor de Dios manifestado en Cristo Jesús Señor nuestro» (Rom 8,38-39). San Policarpo puede bendecir a Dios en la **hora de su martirio**:

**iSeñor, Dios omnipotente, Padre de tu amado y bendito siervo Jesucristo, por quien hemos nacido de ti, yo te bendigo por haberme considerado digno de esta hora y poder ser contado entre tus mártires, tomando parte en el cáliz de Cristo (Mt 20,22-23; 26,39) para resurrección de vida eterna, mediante la incorrupción del Espíritu Santo! (Rom 8,11). Sea yo recibido hoy con ellos en tu presencia, como sacrificio aceptable, conforme previamente me lo preparaste y me lo revelaste, cumpliéndolo ahora Tú, el infalible y verdadero Dios 24**

La visión de Dios es el cumplimiento del deseo que Jesús expresa en su oración: «Padre, los que Tú me has dado, quiero que donde yo esté estén también conmigo, para que contemplen

mi gloria, la que me has dado porque me has amado antes de la creación del mundo» (Jn 17,24). Más aún, que lleguen a «ser uno como nosotros», «como Tú, Padre, en mí y yo en Ti, que ellos también sean uno en nosotros...», para que el mundo sepa que los has amado a ellos como me has amado a mí» (Jn 17,21.21-23).

**¿Qué nos dio aquí? ¿Qué recibisteis? Nos dio la exhortación, nos dio su palabra, nos dio la remisión de los pecados; recibió insultos, la muerte, la cruz. Nos trajo de aquella parte bienes y, de nuestra parte, soportó pacientemente males. No obstante nos prometió estar allí de donde El vino, diciendo: «Padre, quiero que donde voy a estar, estén también conmigo los que me has dado» (Jn 17,24) ¡Tanto ha sido el amor que nos ha precedido!. Porque donde estábamos nosotros El también estuvo, dónde El está tenemos que estar también nosotros. ¿Qué te ha prometido Dios, oh hombre mortal? Que vivas eternamente. ¿No lo crees? Créelo, créelo. Es más lo que ya ha hecho que lo que ha prometido. ¿Qué ha hecho? Ha muerto por ti. ¿Qué ha prometido? Que vivirás con El. Es más increíble que haya muerto el eterno que el que un mortal viva eternamente. Tenemos ya en mano lo que es más increíble. Si Dios ha muerto por el hombre, ¿no ha de vivir el hombre con Dios? ¿No ha de vivir el mortal eternamente, si por él ha muerto Aquel que vive eternamente? Pero, ¿cómo ha muerto Dios y por qué medio ha muerto? ¿Y puede morir Dios? Ha tomado de ti aquello que le permitiera morir por ti. No hubiera podido morir sin ser carne, sin un cuerpo mortal: se revistió de una sustancia con la que poder morir por ti, te revestirá de una sustancia con la que podrás vivir con El. ¿Dónde se revistió de muerte? En la virginidad de la madre. ¿Dónde te revestirá de vida? En la igualdad con el Padre. Aquí eligió para sí un tálamo casto, donde el esposo pudiera unirse a la esposa (2 Cor 11,2; Ef 5,22-23...). El Verbo se hizo carne (Jn 1,14) para convertirse en cabeza de la Iglesia (Ef 1,22-23; Col 1,18). Algo nuestro está ya allá arriba, lo que El tomó, aquello con lo que murió, con lo que fue crucificado: ya hay primicias tuyas que te han precedido, ¿y tú dudas de que las seguirás? 25**

El Hijo entregará al Padre los elegidos salvados por El (1Cor 15,24), pasándoles de su Reino al Reino del Padre (Mt 25,35). «Entonces los justos brillarán como el sol en el Reino de su Padre» (Mt 13,43):

**El justo recibirá un «cuerpo celeste» (1 Cor 15,40), capaz de estar en compañía de los ángeles con el «vestido» limpio de su cuerpo, recibido en el bautismo, al ser inscrito en el libro de la vida (Ap 3,4-5). La otra vida es una espiritual cámara nupcial. 26.**

Esta es la esperanza cristiana: «vivir con Cristo eternamente» (Filp 1,23). Esta es la fe que profesamos: «los muertos **en Cristo** resucitarán... yendo al encuentro del Señor... y así estaremos siempre con el Señor» (1 Tes 4,16-17). «Porque Cristo murió y resucitó para ser Señor de vivos y muertos» (Rom 14,9). Estar en Cristo con el Padre en la comunión del Espíritu

Santo con todos los santos es la victoria plena del Amor de Dios sobre el pecado y la muerte: es la vida eterna:

**Por eso están ante el trono de Dios, dándole culto día y noche en su templo. El que se sienta en el trono acampará entre ellos. Ya no pasarán hambre ni sed, ni les hará daño el sol ni el bochorno. Porque el Cordero, que está delante del trono, será su Pastor, y los conducirá hacia fuentes de aguas vivas. Y Dios enjugará las lágrimas de sus ojos (Ap 7 15-17).**

**«¿Quién es el hombre, que apetece la vida y anhela ver días felices?» (Sal 34,13). El profeta se refiere, no a esta vida, sino a la verdadera vida, que no puede ser cortada por la muerte. Pues «ahora -dice el Apóstol- vosotros estáis muertos y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios; pero cuando Cristo, vuestra Vida, se manifieste, también vosotros *apareceréis con El en la gloria*» (Col 3,3-4). Cristo es, pues, nuestra verdadera vida, siendo ésta vivir en El... De aquí que cuando oyes hablar de «días felices» no debes pensar en la vida presente, sino en los *sábados alegres, santos, hechos de días eternos...* Ya desde ahora, el justo bebe «agua viva» (Jn 4,11; 7,37-39), pero beberá más abundantemente de ella, cuando sea *ciudadano de la Ciudad de Dios* (Ap 7,17; 21,6; 22, 1.17), es decir, de la asamblea de quienes viven en los cielos, constituyendo todos la ciudad alegrada por la inundación del Espíritu Santo, estando «Dios en medio de ella para que no vacile» (Sal 45,6)... Allí, encontrará el hombre «su reposo» (Sal 114,7), al terminar su carrera de la fe y recibir la «corona de justicia» (2 Tim 4,7-8). Un reposo, por lo demás, dado por Dios no como recompensa de nuestras acciones, sino gratuitamente concedido a quienes esperaron en El. 27**

**Esta será la meta de nuestros deseos, amaremos sin hastío, alabaremos sin cansancio. Este será el don, la ocupación común a todos, la vida eterna. Pues, como dice el salmo, «cantarán eternamente las misericordias del Señor» (Sal 88,2). Por cierto, aquella Ciudad no tendrá otro cántico más agradable que éste, para glorificación del don gratuito de Cristo, por cuya sangre hemos sido liberados. Allí se cumplirá aquel «descansad y ved que yo soy el Señor» (Sal 45,11). Este será el sábado máximo, que no tiene ocaso; descansaremos, pues, para siempre, viendo que El es Dios, de quien nos llenaremos cuando «El sea todo en todos». En aquel sábado nuestro, el término no será la tarde sino el *Día del Señor, como octavo día eterno*, que ha sido consagrado por la Resurrección de Cristo, santificando el eterno descanso. Allí descansaremos y contemplaremos, contemplaremos y amaremos, amaremos y alabaremos 28.**

Un solo amor de Dios, un solo Espíritu unirá a todos los bienaventurados en un solo Cuerpo de Jesucristo, en la gloria de Dios y de sus obras, el cielo nuevo y la tierra nueva (Is 65,17; 66,22; 2 Pe 3,13):

**Vi un cielo nuevo y una tierra nueva, porque el primer cielo y la primera tierra han pasado, y el mar ya no existe. Y vi la ciudad santa, la nueva Jerusalén, que descendía del cielo, enviada por Dios, arreglada como una novia que se adorna para su esposo. Y escuché una voz potente que decía desde el trono: Esta es la morada de Dios con los hombres: acampará entre ellos. Ellos**

**serán su pueblo y Dios estará con ellos y será su Dios. Enjugará las lágrimas de sus ojos. Ya no habrá muerte ni luto ni dolor. Porque lo de antes ha pasado. Y el que estaba sentado en el trono dijo: Todo lo hago nuevo (Ap 21,2-5).**

## **A M E N**

La fe de la Iglesia culmina en la esperanza de la vida eterna. El **AMEN** final expresa la firmeza de la fe y la seguridad de la esperanza, basadas en el amor de Dios.

**Amen** tiene la misma raíz hebrea del **creo** con que empieza el Símbolo. Amén, pues, recoge y confirma el Credo confesado. Nuestra fe es nuestra esperanza. Jesucristo, el Amén (Ap 3,14), es el fundamento de nuestra fe, la garantía de nuestra esperanza y la culminación de nuestro amor en el amor de Dios. «En El todas las promesas han recibido un sí. Por El podemos responder Amén a Dios, para gloria suya» (2 Cor 1,20).

.....

1. **SAN IRENEO, Adversos Haereses IV 14,1-2; 20,5-6; 22,1-2.**
2. **SAN IRENEO, Adversos Haereses, 1 10,1; 111 16,9; 19,3; 23,7.**
3. **SAN AMBROSIO, Explanatio Symboli 6.**
4. **TERTULIANO, De Resurrectione Carnis 1-63.**
5. **SAN AMBROSIO, Expos.Evan. s.Lucam VII 1-9; VIII 18; X 121.**
6. **Concilio IV de Letrán, Dzs. 801.**
7. **RUFINO DE AQUILEYA, Expositio Symboli 44-54.**
8. **SAN CLEMENTE ROMANO, 1Cor 24-26; SAN IGNACIO DE ANTIOQUIA, A los Trallanos 9,2.**
9. **SAN JUSTINO, 1 Apología 19,1-6.**
10. **SAN CIRILO DE JERUSALEN, Catequesis XVIII 1-20.**
11. **TERTULIANO, Apología 48. Textos semejantes se podrían multiplicar en los Padres, respondiendo a las objeciones de herejes u oyentes.**
12. **NICETAS DE REMASINA, Explanatio Symboli 10-12.**
13. **SAN AGUSTIN, De Fide et Symbolo X 23-24; Sermón 362, 2-18.**
14. **SAN AGUSTIN, Sermón 361.**



- 15. SAN ATANASIO, De Incarnatione Verbi 27-28.**
- 16. SAN MAXIMO TAUMATURGO, Homilía 83.**
- 17. SAN ATANASIO, Contra Arrianos 11,76; SAN CIRILO DE ALEJANDRIA, De Adoratione in Spiritu et Veritate XVII; In Joannes VII-VIII.**
- 18. SAN CIPRIANO, Sobre la unidad de la Iglesia 26; Sobre la peste 2-26.**
- 19. Lc 13,3; Jn 5,24; 6,50; 8,51; 1Jn 3,14; 5,16-17; Ap 20,14; Rom 5,12; 6,21; 7,5-24; 8,6; 1Cor 15,21-22; Ef 2,1-5; Mm. 5,6...**
- 20. SAN IRENEO, Adversus Haereses, IV 39,4; V 27,2-28,2.**
- 21. SAN ILDEFONSO DE TOLEDO, De Cognitione Baptismi 92-95.**
- 22. Cfr. J. RATZINGER, Escatología, Barcelona 1980, p.201-203; J.L. RUIZ DE LA PEÑA, La otra dimensión, Santander 1986, p. 251-271.**
- 23. SAN JUSTINO, I Apología 19,7-8; 11 Apología 9,1; Diálogo con Trifón 47,4.**
- 24. Martirio de San Policarpo 14,1-2.**
- 25. SAN AGUSTIN, Enarratio in Psal. 148,8.**
- 26. SAN JUAN CRISOSTOMO, In Mth. Homilía 34,2; 31,3-5; De Resurrectione Mortis Homilía.**
- 27. SAN BASILIO, In Ps 33 Homilía 17; In Ps 45 Homilía 8-10; In Ps 114 Homilía 8.**
- 28. SAN AGUSTIN, De Civitate Dei XXII 29-30.**